

cuerpo» necesario a toda vida sana, según la erudita expresión del folleto de yoga, «la justa armonía entre el espíritu y la materia». Y en ella la materia y el espíritu estaban en guerra sin cuartel: por fuera, viuda ejemplar y honrada; por dentro, toda fuego, ardiendo y consumiéndose.

Al principio, sólo de cuando en cuando, y nada más que de noche, soñaba con imágenes lascivas; eran sueños que la conducían a un mundo prohibido a las vírgenes y las viudas, y que hacía temblar sus cimientos de mujer, avivando sus instintos y su ansiedad. Se esforzaba por despertarse hasta conseguirlo, la mano en el pecho, seca la boca. Tenía miedo a dormir.

Durante el día se distraía con tantas ocupaciones, con las tareas de la escuela, la lectura de novelas y la radio, y era más o menos fácil apartar los malos pensamientos, ahogar los latidos de su pecho. Pero ¿cómo contenerse y refrenarse en las noches, cuando quedaba indefensa, sujeta a la voluntad de los sueños incontrolables?

Con el correr del tiempo comenzó doña Flor, también durante el día, a entregarse a extrañas fantasías, viéndosela pensativa y melancólica, suspirando desconsoladamente. Lo más peligroso era cuando se quedaba sola: de inmediato la invadía una cohorte de recuerdos, e incluso los más líricos e inocentes parecían empujarla hacia la cama de hierro y fuego, ansiosa por ofrecerse. ¿Y su pudor de viuda?

Últimamente se había dado a imaginar escenas enteras, mezclando fragmentos de novelas con sucesos leídos en los periódicos o con las historias de las comadres y los recuerdos de su vida de casada. Desde que sintió el aliento del «Príncipe» en el cine, como un hálito abrasador sobre su cuello, le entró en el cuerpo el soplo del deseo; se le había metido en la sangre y la exponía a la tortura de ansiar lo imposible, mucho peor que la del «infierno dantesco» de la literatura yoga.

A partir de cierta época tuvo que abandonar, por excitante, la lectura de todas las novelas para muchachas, alimento espiritual de la joven Marilda, que suspiraba con las condesas y los duques en la languidez tropical de la hamaca. Pues bien, doña Flor descubría malicias en las páginas más ingenuas, y veía el impulso sexual en ese barato y bajo sentimentalismo, dándole una nueva dimensión a tan sosas, a tan insípidas naderías.

Pervertía el argumento, transformando dramones y personajes, transformando a las vírgenes pastoras en lúbricas cortesanas; a su vez, los afeminados mancebos, casi eunucos, se convertían en brutales garañones. Y en vez de la «Colección para Niñas y Jóvenes», lectura para adolescentes, surgían novelas pornográficas, literatura de alcoba.

Lo mismo ocurría con la excitante crónica de la ciudad, ya fuese en el comentario de las comadres o en las páginas de los diarios. Sentadas a la puerta de calle, en la tertulia nocturna, las amigas relataban y discutían el último crimen pasional, el de la mucamita desflorada por el patrón; ella de quince años y con once hermanos, él de cincuenta y tres y con cinco hijos, dos doctores y tres jóvenes ya casadas, para no hablar de la esposa y de varios nietos. El padre, carpintero, empuñando un arma para vengar su honra: tres tiros en el corazón del baluarte de la sociedad, del puntal del civismo y de la moral, del líder de los conservadores; una herida de muerte, el criminal preso, metido en la gayola, después de una paliza para calmarle los nervios; la honra quedó lavada con sangre, y el pueblo exigía justicia, la libertad del vengador. Todas, amigas y comadres, daban razón al padre, que se encegueció al ver a la hija embarazada y su honra perdida entre copas de champán. Todas menos doña Dinorá, siempre a favor de los ricos: «esas negritas se meten en la cama de los patrones para después chantajear». Pero doña Flor sólo conservaba en la memoria los detalles escabrosos, sólo retenía en su pecho y en su degradado pensamiento la visión de la muchachita en los brazos del infame, gimiendo de gozo, satisfecha. El resto, el amplio panorama de los horrores, en el fondo le era indiferente por más que se declarase solidaria con la cólera de las comadres.

De este modo cada día eran menos las horas en que su recato íntimo se mantenía incontaminado. Mientras tanto, quien la viese moviéndose en las clases, en el fogón

o con las amigas, andando de un lado para otro, de compras, de visitas (pero sin ir jamás a las fiestas, que le estaban prohibidas por su condición de viuda), no podría imaginar la batalla que tenía lugar en su intimidad, la loca bacanal en que se consumía por la noche. Porque nadie parecía más respetable y honesta, y sus labios jamás pronunciaban el nombre de un hombre con interés, ni siquiera al hacer referencia casual a sus atributos y virtudes. Si antes se había burlado de los supuestos candidatos, bromeando con las comadres, ahora no toleraba que se pronunciaran sus nombres, como si de verdad hubiera muerto en ella la posibilidad de realizar un nuevo matrimonio. Viuda como ella, discreta y recatada, no la había ni en su barrio ni en toda la ciudad, y si en el mundo hubiese alguna no sería más discreta y honesta que ella. Modelo de viudas, doña Flor. Por fuera, era el recato en persona. Su rostro sereno y distante parecía la misma mansedumbre; por dentro, ardía en deseos, «consumida por el fuego». Como Oxum, su *orixá*. ¡Ah, Dionisia, si supieses cómo el fuego de Oxum abrasa las noches de tu comadre, su cuerpo moreno, su vientre pelado, le harías darse un baño de hierbas o le traerías un marido! Doña Flor estaba cada vez más inquieta en sus noches de sueño y de soledad. Cuando conseguía dormir tranquila una noche entera, ¡ah, eso era una bendición de Dios! Su reposo casi nunca iba más allá de un principio de sueño apacible: pronto surgían las pesadillas, con sus degradantes obscenidades, y doña Flor pasaba la noche dando vueltas en el colchón, el pecho oprimido, dolorido el sexo. Cada vez era menos el tiempo en que lograba dormir y descansar, aumentando cada noche el de los sueños y el deseo, el tiempo de crujir de dientes. «Es la materia, que está predominando sobre el espíritu», según le informaba la culta propaganda yoga.

Impúdica, licenciosa, ¿dónde estaba en los sueños su recato de viuda? Nunca le había sucedido eso: incluso de casada y en la cama con el marido, jamás se entregara fácilmente, viéndose él obligado a vencer su pudor cada vez, a quebrar cada vez el decoro de su casta idiosincrasia. Pues bien, ahora, en los sueños, ella salía a la calle a ofrecerse a unos y otros, y a veces ni siquiera era una viuda, sino una mujer de la vida que se vendía por dinero. ¡Ay!, ¡qué vergüenza! Ya le había sucedido despertarse en mitad de la noche y deshacerse en lágrimas sobre las ruinas de su antiguo ser, de aquella doña Flor púdica, envuelta en su pudor, cubriéndose con la sábana incluso en las noches de amor con el marido. Y ahora, llena de lujuria, en la desfachatez de sus sueños, era una voraz y cínica ramera, una loba ululante, gata en celo, puta. A veces, de tan cansada del trajín del día se quedaba dormida en el cine o cabeceaba mientras hablaban las amigas, muerta de sueño. Pero le bastaba ponerse el camisón para perder todas las ganas de dormir: se le iba el sueño y su pensamiento errabundo ya no podía contenerse en los límites de la decencia y de lo cotidiano, en, por ejemplo, los detalles de las clases, una compra, un paseo, la enfermedad del vecino o el conocido, o el asma de tía Lita, que le causaba tantas molestias. La pobre vieja pasaba, como ella, las noches sin cerrar un ojo, amenazada de asfixia por la implacable enfermedad. Doña Flor también se ahogaba, carcomida por el deseo. Su mente ya no le obedecía: cuando quería pensar en los problemas de Marilda y en su obstinación por cantar en la radio, con sus invencibles obstáculos..., de pronto veía ante sí al lívido «Príncipe», repitiéndole aquellas frases sonoras como versos, aquellas palabras de amor en la oscuridad del cine. ¿Dónde estaban Marilda y su problema, su canto prohibido, su voz de pajarito?

La fama que tenía el galán entre las prostitutas había llegado a doña Flor. Dionisia, que nada sabía de la ridícula aventura, creyendo que su comadre conocía al cuentero a través de las noticias de los diarios, se divertía contándole anécdotas del lánguido «Señor del Calvario». Cuando Dionisia se inició como ramera, el estafador gozaba de un gran prestigio entre las mujeres de la vida. Por su lindeza pálida, su voz romántica, su mirada lánguida y su notable actuación en la cama. Un cachondo de verdad, un mico rijoso, al decir de las expertas. Había despertado dramáticas pasiones y cierta vez dos fulanas se trenzaron por su culpa a los golpes y a los mordiscos, yendo una a parar al hospital, herida por un navajazo, y la otra a la

cárcel como autora de heridas leves.

En el sueño, doña Flor era la segunda, borracha y agresiva, alzada la navaja contra Dionisia, entre groseros insultos: «Ven si eres mujer, inmunda, que te voy a rajar la cara y la concha.» Pero Dionisia se dislocaba de risa y todas las rameras se reían de doña Flor, de la viuda loca. ¿No le habían dicho ya que el hermoso mozo, el «Príncipe de las Viudas», sólo quería de ellas el dinero y las joyas? Ni casamiento, ni desvergüenzas en la cama. Sabiéndolo, ¿por qué venía doña Flor hecha una furia desmandada, desenfrenada, a ofrecerle desnuda su cuerpo pelado? Era una vergüenza, ¿dónde había dejado su pudor de viuda?

Recurrió a las píldoras soporíferas, que prometían hacerla dormir toda la noche. En la Droguería Científica, en la esquina de Cabeza, consultó al farmacéutico, el doctor Teodoro Madureira. El doctor Teodoro, aunque era sólo farmacéutico, podía dar más de una lección - según decía doña Amelia con la aprobación general- a muchos médicos; competente en su profesión, nadie mejor que él para achaques corrientes: sus recetas daban siempre en el blanco, eran garantía de curación. ¿Insomnio, nerviosidad, sueño agitado? Seguro que se debía a un exceso de preocupaciones: nada grave; diagnosticó el amable boticario, aconsejándole que tomase ciertas grageas, inmejorables para combatir los efectos de la fatiga; hacían descansar el cerebro, equilibraban los nervios y proporcionaban un dormir tranquilo. Doña Flor podía tomarlas sin temor; no le iban a hacer mal, no contenían estupefacientes ni excitantes como algunas drogas caras y modernas, muy de moda. «Peligrosísimas, señora mía, tanto como la morfina y la cocaína, si no más.» Era una enciclopedia el farmacéutico, y atento, un tanto ceremonioso, con muchas zalamerías al despedirse. Sobre todo, que no se olvidase doña Flor de comunicarle el resultado.

Ningún resultado, doctor Teodoro. Durmió de un tirón toda la noche, es cierto, despertándose sólo cuando la criada, asustada, llamó a la puerta, casi a la hora de comenzar las clases del turno matutino. Un largo sueño, sí, pero igual que los otros: la misma obsesión, el delirio sensual, la fiebre nocturna, la orgía desenfrenada; era peor que antes, pues no podía despertarse e interrumpir la pesadilla, crucificándose en ella la noche entera, en un sueño sin fin con el sexo atormentado por el hambre y la sed, como una herida dolorosa, una llaga abierta. Por la mañana se caía a pedazos, de cansancio. Con píldoras o sin píldoras el sueño encendía en ella la hoguera del deseo. Estaba obsesionada. Alucinada. Alucinada, debatiéndose en la locura. Durante el día, con todo el tiempo ocupado, era ciega y sorda al llamado del sexo que andaba suelto por la ciudad: a las palabras, a las miradas cargadas de deseo, a las frases galantes o indecentes, al libidinoso deseo del macho que la desnudaba, que se la comía con los ojos en un suspiro al cruzar la calle. Viuda honesta, ejemplo de viudas en el trabajo, en el paseo, en el teatro. Pero durante la noche se arrastraba por el suelo y la basura buscando la voz de los hombres, la mirada posesiva, el suspiro cínico, el indecoroso susurro, el silbido soez, la palabrota grosera, la invitación a la cama. Cuando no era ella la que invitaba, la que se ofrecía impudicamente a los machos, vagando por la zona de las mujeres de la vida y siendo ella la más puta, la más barata y fácil. Un sucio pozo de excrementos. Sin embargo, ningún macho la alcanzó ni la poseyó. Cuando estaba a punto de poseerla, ya en las orillas de su sexo abrasado, entonces doña Flor lo rechazaba, despertando súbitamente, llena de ansiedad y desesperación.

Nadie se daba cuenta de la maldita confusión en que vivía. Todos creían que su vida transcurría en calma, sin problemas, llena de atractivos, incluso alegre. Antes había sufrido mucho con el marido, un mal sujeto, un jugador. Ahora era una viuda conforme con su estado, contenta con su vida, y que sentía la mayor indiferencia hacia todo posible nuevo matrimonio, y el mayor desprecio por los hombres. Tan poco inquieta que causaba admiración y provocaba comentarios. Cuando aparecía por la calle Cabeza, altiva y seria, los parroquianos del bar discutían sobre ella:

- Ésa sí que es una viuda derecha. A pesar de ser joven y bonita, nunca mira a un hombre...

- Honesta por demás. Tal vez no lo sea por virtud...

- ¿Entonces por qué?  
- Honesta por naturaleza, por ser de naturaleza fría. Fría como el hielo, inmune al deseo. Hay mujeres así, que son como bellas estatuas, para ellas no existe el deseo. En su castidad, no hay virtud, sino frialdad. Son icebergs. Ella es una de esas, seguramente.

- ¿Será o no, quién sabe? De cualquier modo, por virtud o por lo que sea, es la viuda más recta de la ciudad...

El otro insistía, escéptico y declamatorio, un pseudoliterato atroz:

- Fría como un témpano, puede estar seguro. Marmórea. Álgida. Glacial.

Y doña Flor seguía con paso prudente, vestida con elegancia y discreción, con su sencilla y modesta hermosura, sin desviar la mirada hacia los lados, respondiendo al alegre saludo del santero Alfredo, a las sonoras buenas tardes de Méndez, el español; al respetuoso saludo del farmacéutico, a la sonrisa acogedora de la negra Vitorina desde su puesto de *abarás* y *acarajés*. Le costaba mucho esfuerzo esa decencia tranquila, ese ambiente sereno, estando como estaba nerviosa, cansada de haber dormido mal durante la noche y de la lucha sin gloria contra el deseo que la abrasaba Por fuera agua remansada, por dentro una hoguera encendida.

## 8

- Fuiste demasiado ruda... Fue una grosería... - le dijo doña Norma, con sinceridad-. Enaide está enojada y con razón...

En la mañana soleada y perezosa del domingo que siguió a aquella tumultuosa y festiva noche del sábado en que se celebró el cumpleaños de Zé Sampaio, las amigas rodeaban a doña Flor, que todavía mostraba restos de irritación.

- No tolero atrevimientos...

- Él bromeaba nada más..., tú lo tomaste a mal...Doña Amelia no vio nada malo en el comportamiento del doctor Aluisio.

- Una broma de mal gusto..

Con energía, doña Norma expresó el pensamiento de las amigas:

- Disculpa, Flor, que te lo diga, pero estás hecha una no- me- toques. Por cualquier cosa te enfadas, te sientes herida..., tú nunca fuiste así, tan engreída... Yo no estaba presente, pero incluso aunque él haya exagerado un poco, era jugando, no tenías que exaltarte por eso...

Doña Gisa desarrolló toda una tesis científica para explicar la personalidad y las actitudes del notario de Piláo Arcado:

- Don Aluisio es un típico hombre del sertón, patriarcal, acostumbrado a tratar a las mujeres como si fuesen propiedad suya, como una cosa, un animal, una vaca...

- Eso es... - interrumpía doña Flor- . Una vaca.. Para él todas las mujeres no son más que eso..., y él es un caballo...

- Usted, Flor, no me entiende y tampoco entiende a don Aluisio. Hay que comprenderlo en función del medio en que vive. Un medio agropecuario... Es un señor feudal...

- Es un descarado, eso es lo que es..., un mal educado..., toma confianza con una y abusa de ella...

- Norma tiene razón, Flor, usted está muy quisquillosa...

- El doctor Aluisio lo único que hizo es tomarle la mano... - opinó doña Jacy.

- Para leer su destino... - confirmaba doña María del Carmen- . ¿Por qué será que todos los tipos malandras vienen con esa historia de leer la mano?

- ¿A usted también le parece que él es un sinvergüenza?

- ¿Ese tal de..., de... doctor Aluisio? Vaya si lo es... - Y planteando otro problema:

- En fin, ¿es o no doctor?

¿Don Aluisio o doctor Aluisio? Doña María del Carmen planteaba sin querer un grave problema de tratamiento y protocolo.

En la región del Sao Francisco, desde Juazeiro a Junuaria, de Lapa hasta Remanso y

Sentó Sé - zona en donde había ejercido la abogacía con retórica oratoria, en calidad de rábula autorizado- era doctor a todos los efectos. Pero en la capital, por carecer de diploma universitario, le sustraían el impropio título. En el deseo de que este relato sea equidistante entre la ciudad y el sertón, usaremos indistintamente los dos tratamientos, teniendo así en cuenta a los rígidos formalistas y a los indiferentes liberales. En cuanto a las amigas reunidas en la sala de doña Flor, a ninguna le interesaba el problema:

- Doctor o no doctor, es un pico de oro, sabe hablar, tiene miel en la lengua..., es astuto... - resumía doña Emina, que había permanecido callada.

Estaban comentando los acontecimientos - casi un pequeño escándalo- ocurridos en la noche del cumpleaños de don Sampaio. Como el dueño de la zapatería era opuesto a toda fiesta y conmemoración, doña Norma se limitó, contra su voluntad, a preparar una comida abundante e invitar a los amigos y vecinos. Don Sampaio, que aunque parsimonioso era glotón, discutió la idea (como lo hacía todos los años) proponiendo a la esposa que no hiciera nada en casa, y que en cambio salieran a comer, los dos y el hijo, a un restaurante. Comerían bien, sin mucho gasto y sin barullo ni confusión. Y, como sucedía también todos los años, desde el casamiento, doña Norma reaccionó frente a tan prudente y parca sugestión: lo menos que podían hacer sin desdoro era ofrecer una comida *americana* «al vasto círculo de sus amistades». Desde la cama, con el dedo gordo metido en la boca, don Zé Sampaio agotó los últimos argumentos, haciendo un alegato que a su juicio era indiscutible:

- Estoy en contra por varias razones, todas ellas válidas.

- Vengan esas razones, pero no me salgas con la vieja historia de que están bajando las ventas de zapatos, porque yo vi las estadísticas...

- No se trata de eso..., escucha sin interrumpir. Primero que no me gusta ese asunto de la comida *americana*, con todo el mundo de pie. Me gusta comer sentado a la mesa. Con ese intríngulis americano que ustedes inventaron ahora, todo el mundo se queda alrededor de la mesa, y yo, como soy tímido, acabo comiendo las sobras; cuando me voy a servir ya acabaron con todos los fritos, ya no hay más pechuga de pavo, sólo quedan las alas. Tercero: esto peor por ser mi casa; como dueño de casa tengo que servirme el último, y cuando lo hago no encuentro nada, me quedo con las manos vacías, como poco y mal... Cuarto: en el restaurante no sucede eso; uno se sienta, elige los platos... Y como se celebra el cumpleaños, cada uno puede elegir dos...

Esos dos platos eran su conmovedora concesión a la familia y a la gula. A doña Norma le costaba aguantar hasta que terminara su razonamiento:

- Sampaio, hazme el favor, no seas ridículo. Primero: todos nos invitan a las fiestas de sus cumpleaños...

- Pero yo nunca voy...

- Algunas veces vas... y cuando vas comes por cinco... Segundo: no me vengas con eso de que en la comida americana te sirves poco y de que eres tímido. En el cumpleaños de don Bernabó», al que fuiste sólo porque el hombre es extranjero, te serviste en el plato casi la mitad del soufflé de langostinos, sin hablar de las empanadas..., un atracón...

- ¡Ah! - suspiró don Sampaio- , la comida de doña Nancy es una maravilla...

- La mía también..., no tiene nada que envidiarle. Tercero: aquí en casa nunca te sirves el último, eres el primero en servirte, un mal educado, nunca vi otro igual. Una grosería..., el dueño de casa... Cuarto: en una cena mía nunca falta comida, alabado sea Dios. Quinto: la comida de restaurante...

- Basta... - suplicó el comerciante cubriéndose totalmente con las sábanas- . No puedo discutir, tengo la presión alta...

Una comida de doña Norma era un banquete; si tenía veinte invitados, hacía comida para cincuenta; con razón, pues todos los pobres de los alrededores venían a limpiar los sobrantes de las bandejas y a beber lo que quedaba en las botellas. En esa ocasión, para el cumpleaños de don Sampaio, trajo toda la vecindad a su casa, incluso a los Bernabós (doña Nancy procurando engranar en la rueda de las amigas y don Héctor hablando de negocios y haciendo alardes sobre el progreso de la

Argentina). Era un terrible patriota porteño este señor Bernabó, que estaba permanentemente haciendo comparaciones entre la Argentina y el Brasil, y siempre, claro, con ventaja para su patria, destacando en las conversaciones y las discusiones el desarrollo argentino, las riquezas, el clima - con las cuatro estaciones bien definidas, y no este calorazo que hay aquí todo el año- , con ferrocarriles ejemplares, y no este embrollo de aquí con trenes sin horario; con frutas finas, europeas, vinos, pan de trigo puro y carne abundante y jugosa, de ganado de raza. Doña Nancy, que se alarmaba cuando el marido se desbocaba en argumentos cívicos, rompió su silencio para contenerlo:

- Pero, Bobó, acá también hay cosas buenas..., mirá los ananases, por ejemplo..., *buenísimos*<sup>2</sup> -le volvía loca el ananá y además temía ver al marido en un conflicto, andando a los sopapos con algún patriota brasileño de los bravos, algún militante del «orgullosismo» nacional, cosa que por otra parte ocurrió más de una vez. En cierta ocasión, en uno de esos debates geo-económicos, don Chalub, el del mercado (hijo de sirios, brasileño de primera generación y por eso mismo un chauvinista exaltado), perdió los estribos:

- Si la industria de ustedes es mucho mejor, si allí la vida es tan formidable, ¿por qué entonces vino usted a montar aquí su horno de ladrillos? - De esta manera, el brasileño rebajaba de categoría la fábrica de cerámica del argentino.

También el pintor Carybé (el que hizo el retrato de Dionisia de Oxóssi vestida de reina, empuñando el *ofá* y el *erukeré*), una vez que fue a consultar con el argentino la posibilidad de cocer en su horno unas piezas folklóricas, se vio envuelto con él en una polémica en torno al tango y la samba, y acabó por explotar:

- Nada..., una tierra en donde no hay mulatas, en donde no hay más que puras blancuchas, es un lugar en donde no se puede vivir... ¡Hágame el favor!

En el cumpleaños de don Sampaio, el temerario defensor de la grandeza argentina estuvo cordialísimo. Si bien es cierto que exaltó a su tierra, no lo hizo en detrimento de las cosas brasileñas. Por el contrario, tejó un verdadero himno al pueblo de Bahía, a su modo de ser, su amabilidad, su bondad. Así que la fiesta del tendero fue un éxito social, sólo empañado por el incidente entre doña Flor y don Aluisio (cuya repercusión, por otra parte, quedó limitada al círculo de las amigas y las comadres).

Doña Flor tuvo sus dudas acerca de si podía o no asistir a la celebración de su cumpleaños. Tratándose de una comida con tantos invitados, ¿no adquiriría carácter de fiesta, algo incompatible con su luto? Todavía no había pasado un año de la muerte del marido. En realidad faltaban sólo unos días, pero una viuda debe ser rígida en sus principios, ya que la ideología de la viudez es sectaria y dogmática, y al menor desvarío, la jauría de las comadres se abalanza sobre la transgresora, condenándola y vituperándola.

Doña Norma se rió de sus escrúpulos: ¿desde cuando una cena, una simple cena de cumpleaños, era algo prohibido a las viudas? No se trataba de un baile, ni siquiera de «un asalto»; y aunque Artur y sus amigos, muchachos y muchachas estudiantes, pusieran algún disco y bailasen una samba, eso no pasaría de ser diversión de jóvenes, un inocente pasatiempo que no estaba en contra del rigor de los plazos en la etiqueta del luto, en el ceremonial de la viudez, y que no iba a escandalizar al difunto en su fosa. Por lo demás, doña Flor pasó el día prácticamente dedicada al aniversario de don Sampaio. En su cocina, y con la ayuda de Marilda, hizo el *vatapá* - una caldera- y la *mokeka* de pescado, una delicia, mientras doña Norma preparaba los otros manjares. Convencida, doña Flor asistió a la reunión. Ojalá no hubiera ido, se habría evitado el disgusto. Cuando estaba ya la casa llena de gente y se estaba sirviendo la mesa, llegó doña Enaide desde el Xame- Xame, trayendo en una bandeja de *quindins*, una corbata para don Sampaio y las disculpas del marido, que los sábados por la noche era un infalible asistente a una rueda de póker, y siempre rechazaba ese día cualquier otro compromiso. En compensación trajo con ella a don Aluisio, para muchos el doctor Aluisio, el ya

---

<sup>2</sup> Transcripción del original (subrayado del Traductor)

citado rábula y notario de las márgenes del río Sao Francisco, aquel que era soltero a medias y al que su parienta proponía como candidato a la mano de doña Flor. Llegó enfundado en un traje flamante, de tono oscuro y cálido, pimpante, con su nariz ganchuda y fuerte, la calva reluciente, los ojos vivaces y escrutadores, y saturado de agua de colonia y talco. Un maniquí. Doña Enaide puso énfasis en las presentaciones, orgullosa del cuñado influyente en el sertón:

- Aluisio, quiero presentarte a doña Flor Guimarães, la viuda más bonita de Bahía...

- Enaide, no haga bromas...

El doctor Aluisio se inclinó para besarle la mano y una ola de perfume quedó en el aire cubriendo a doña Flor:

- Señora mía, éste es un momento emocionante de mi vida. Mi cuñada me escribió sobre usted, contando maravillas..., pero veo que se quedó corta; sólo un poeta podría describirla, señora...

Al mismo tiempo desnudaba a Flor con una mirada lenta y ávida, arrancándole el vestido y la combinación, el corpiño y la bombacha. Doña Flor nunca se sintió tan desnuda; aquella mirada le medía las curvas de las nalgas, la dureza de los senos, la rosa del vientre. Su mirada fue transformándose y pasó del análisis a la aprobación, y la sonrisa amable y cortés se desplegó en una risa de satisfacción.

Todo ello sin soltar su mano, aprisionándola en la suya mientras la desvestía y la juzgaba; la juzgaba, sí: iba valorando a un tiempo su cuerpo y su espíritu, concluyendo que estaba ante una presa fácil y segura. Con su experiencia de Don Juan del interior, calificó a doña Flor como una mujer que fingía, y mucho. Él conocía esas mujeres de apariencia tranquila: casi todas unas impostoras, unas hipócritas que en la cama eran un demonio suelto, unas desenfrenadas.

En las pequeñas ciudades del Sertón, donde las mujeres carecían de derechos y eran siervas dependientes de la voluntad del marido, su señor, y su vida estaba limitada por las fronteras del hogar, don Aluisio había sorprendido más de una vez en el fondo de unos ojos humildes y detrás de un discreto comportamiento la ardiente respuesta a su impúdica invitación.

¡Ah!, estas aguas mansas esconden tempestades; bajo el aparente decoro y la reserva del luto, ¿en qué tormenta interna no se estaría debatiendo doña Flor, mujer joven y sana? El doctor Aluisio recordaba otras que tenían la misma modesta apariencia, sumidas en la oscuridad de sus casas, encadenadas por un código de honor medieval, pero que en cuanto surgía una ocasión propicia dejaban a un lado, con incomparable ingenio, las objeciones y los temores, revelándose verdaderas expertas en la tarea de ponerles cuernos a los terribles guardianes. Y de cuando en cuando algún esposo traicionado debía imponer su ley con unos tiros o unas puñaladas.

En sus horas de ocio - la mayor parte del tiempo, pues el escritorio le daba poco trabajo- el notario se dedicaba a las mujeres, a su estudio y conocimiento «cuando era posible, íntimo», hasta el punto de que el juez de Piláo Arcado, el doctor Vival Pitongo, lo clasificó como «sicólogo emérito, sutil confidente del alma femenina y erudito lector de los clásicos». Las lecturas clásicas de Aluisio se reducían a traducciones nacionales o portuguesas de la mitología griega y a aspectos, en general licenciosos, de la vida en el Imperio Romano. Con referencia a las mujeres, tenía un ojo clínico, lo que le había facilitado algunas aventuras y una amplia fama de seductor irresistible, terror de los maridos. A pesar de la calva y de la narizota, algunas mujeres enfrentaron por él el pecado, el código feudal, las leyes de la venganza.

Pues bien, esa mirada de lince del Casanova del Río Sao Francisco captó de entrada lo más mínimo de doña Flor, el contenido de sus pensamientos, apoderándose de sus secretos después de haberla desvestido de ropas y adornos. Su descarado modo de mirar no tenía otro sentido: don Aluisio la desnudaba por fuera y por dentro, y acabó por concluir que le gustaba, que la encontraba conquistable e incluso fácil.

Para él doña Flor no era la viuda más recta y honesta de Bahía, título concedido por los bebedores del bar de Cabeça, aquella por la cual hasta las más malignas de las

comadres ponían la mano en el fuego en la seguridad de que podían retirarla sin quemarse.

Y hablando de mano, el rábula seguía reteniendo en la suya la de doña Flor, apretándola suavemente, en una caricia casi imperceptible. Doña Flor se dio cuenta a la vez de cómo el tipo la desvestía, del concepto que le merecía y de la mano tomada como un anticipo de posesión. Palurdo atrevido, lleno de petulancia y seguro de sí mismo: si ella no reaccionaba de inmediato, si no le cortaba en seguida las alas, más adelante sería capaz de cualquier intolerable osadía. Bruscamente, poniéndose ceñuda, le retiró la mano. No se dio por avisado el seductor de Catundas:

- Permítame una confesión, estimada amiga..., aunque tengo que resolver unos asuntos en la capital - de la repartición que dirijo- , y parientes a quienes visitar, antes que todo fue el deseo de conocerla lo que me trajo a Salvador... Enaide, en sus cartas...

Pero doña Flor, viendo entrar en la sala a doña Dagmar, alumna suya y amiga de los Sampaio, dejó plantado al maestro Aluisio:

- Con su permiso..., tengo que hablar con aquella amiga... Doña Dagmar, una desbocada sin inhibiciones, le preguntó de inmediato:

- ¿Quién es ese papagayo pelado? ¿Un pretendiente? .

- Déjeme en paz, mujer..., es el cuñado de Enaide, un doctor Aluisio, jefe político de no sé dónde...

- ¡Ah!..., es ése... Oí hablar de él... Dicen que es un mandamás en el Sao Francisco..., nena, déjame comer algo...

En el comedor, los invitados asaltaban las mesas en medio del estrépito de platos, cubiertos y bandejas, antes repletas de comida, que volvían vacías a la cocina.

La cena de cumpleaños de don Sampaio fue todo un éxito. La casa abarrotada por gente del comercio, colegas del Clube dos Lojistas, parientes, vecinos y amigos de doña Norma, formando grupos en las salas y en el balcón; también la cocina estaba llena de los ahijados y comadres de doña Norma y los pobres del alrededor. En un rincón de la sala, junto a la mesa principal, el festejado, don Zé Sampaio, comía con avidez y a prisa, lanzando miradas de reojo a la mesa con el absurdo temor de que se acabara la comida antes de que él pudiera repetir el plato. Medio escondido, para que no viniesen a trabar conversación con él, perturbándolo. Pero el argentino Bernabó, con los labios amarillos por el *dendé*, eructando de puro harto, felicitaba al dueño de casa:

- *Macanudo, amigo. La comida, deliciosa...* <sup>3</sup>

Durante un rato, doña Flor estuvo ayudando a doña Norma y a las empleadas (todas las de la vecindad), pero, al disminuir el movimiento, consiguió una silla en un rincón del balcón, desde donde observaba las peripecias de la cena: don Vivaldo, el de la funeraria, ya iba por el cuarto plato; el doctor Ives se atragantaba de postres, don Aluisio, con un palillo de dientes en la boca, se fue acercando como quien no quiere la cosa hasta apoyarse en la balaustrada del balcón junto a doña Flor:

- Un festín romano... - sentenció.

Doña Flor, por un instante, estuvo a punto de no responder, pero finalmente lo hizo; no tenía motivos para ser desconsiderada.

- Cuando Normita da una cena no escatima la comida...

Don Aluisio miraba hacia los lados interrumpiendo la conversación, dejándola languidecer. Doña Flor se volvió para observar el movimiento de la sala. Fue entonces cuando oyó la susurrante voz del notario que le decía, en un murmullo:

- Dígame una cosa, preciosa...

- ¿Cómo? - dijo ella sobresaltada.

- ¿Qué le parece si salimos de aquí y vamos a ver la luna en la Lagoa de Abaeté? Usted va saliendo y me espera en el Largo...

Pero doña Flor ya estaba de pie, con un nudo en la garganta:

---

<sup>3</sup> Transcripción del original (subrayado del Traductor)



- ¿Por quién me toma?

El doctor Aluisio sonrió tranquilamente, como si él supiese muy bien lo poco que significaba esa indignación; estaba acostumbrado a esas primeras y bruscas reacciones.

- Un paseo, nada más...

Doña Flor ni siquiera pudo responder; la angustia le hacía arder el rostro, le oprimía el pecho. ¿Estaba tan a la vista su necesidad de un hombre, su desatinado deseo? Casi corriendo, entró en la sala.

- ¿Qué te pasa, Flor? - le preguntó Marilda, al verla tan nerviosa, con las manos temblando.

- No sé, tengo palpitaciones... No es nada...

- Siéntate aquí..., voy a buscarte un vaso de agua...

- No es necesario..., voy a conversar con tu madre...

En el círculo de las amigas, oyendo burlas y comentarios sobre la gula de algunos invitados, doña Flor se fue reponiendo del lance, olvidando la sonrisa cazorra y las palabras ofensivas del atrevido. Un cínico... ¡Invitarla a ver la luna en una noche cerrada como aquella, que parecía de alquitrán! Al rato comenzó a participar en la conversación, divirtiéndose con las observaciones que hacían doña Amelia y doña Emina. Doña María del Carmen nunca había visto antes a don Sampaio en plena acción, durante un almuerzo o una cena: estaba apabullada. En un momento dado, cuando la conversación era más ruidosa y alegre, he aquí que el insistente galán sanfranciscano, del brazo de su cuñada doña Enaide, se entremetía preguntando:

- ¿No hay lugar para dos? ¿O se habla de algo prohibido para hombres?

- Siéntese...

Doña Flor no se dio por enterada de la presencia del notario, el cual, poco después, ya estaba leyéndole la mano a doña Amelia, haciéndola reír con sus picardías. El tipo era ingenioso, la misma doña Flor se rió una o dos veces con sus dichos. Le anunció a doña Amelia viajes y riquezas. Después le tocó el turno a doña Emina. Muy serio, le anunció un hijo más, para muy pronto.

- Renegado sea el diablo..., ¿no basta con Anita, que llegó tan fuera de tiempo?... ¿Otra vez la mala suerte?...

- Esta vez va a ser un chico..., no fallo nunca...

Después de leerle la mano a doña Emina miró a doña Flor como si antes no hubiera pasado nada entre ellos; sus ojos la desvestían de nuevo, mientras se pasaba la lengua por los labios, en un gesto tan descarado que ella sintió que el corazón dejaba de latirle; ¿hasta dónde pensaba llegar ese tipo? Felizmente, las otras no se dieron cuenta. Extendiendo la mano para tomar la de doña Flor, dijo:

- Le llegó su turno...

- No quiero saber nada con eso. Puras tonteras...

Pero las otras lo exigieron entre carcajadas. ¿Qué iban a pensar ellas si se seguía negando? Sería peor. Y sin más aceptó. El doctor Aluisio se sonrió, victorioso; el especialista en almas femeninas no se equivocaba nunca.

Puso sobre su mano la mano izquierda de doña Flor con la palma hacia arriba. Con uno de los muy cuidados dedos suyos iba marcando las líneas reveladoras, con un roce muy suave y sutil. Doña Flor estaba rígida y tensa.

- Tiene una excelente línea de la vida..., va a vivir más de ochenta años... - se quedó callado un instante, como examinando atentamente la mano de la viuda- . Veo grandes novedades...

- ¿Novedades? ¿Cuáles? - preguntaron, excitadas, las amigas.

- En la línea del amor... veo un nuevo amor..., un caso, toda una pasión...

- Disculpe... - dijo doña Flor, queriendo apartar su mano. Pero don Aluisio la retuvo entre las suyas:

- Espere..., todavía no acabé..., oiga lo que falta..., un señor del interior...

Bruscamente, doña Flor se levantó, arrancando violentamente su mano de entre las del rábula.

- Yo no le di motivos para su atrevimiento... Y salió de la sala como una tromba, dejando a las amigas aterradas y a doña Enaide sumamente ofendida:

- Qué manteca derretida... Díganme, ¿acaso Aluisio se propasó? ¿Estuvo grosero? Si era sólo una broma para divertirse..., yo no tolero esa clase de gente, que hace esas estupideces. Porque, en fin, ¿quién se cree que es?, ¿una princesa?

Sólo el notario conservaba la calma, disculpando a doña Flor:

- Pobre..., lo comprendo, está tan nerviosa..., es una enfermedad que yo conozco: la que afecta a todas las viudas jóvenes que no se han vuelto a casar. Es el camino hacia la histeria..., las ciudades chicas están llenas de casos así..., solteronas y viudas que se ofenden por cualquier cosa, que lloran, que viven entre desmayos y arrebatos. Cuando llegan a viejas se convierten en locas, pero no peligrosas...

Doña María del Carmen lo interrumpió:

- Mire que yo también soy viuda, doctor, y me voy a ofender...

El rábula la estudió con ojos de entendido: era una mulata con los cascos aún en buen estado, bien conformada, compacta, que podía aguantar unos trotes. El doctor Aluisio no era hombre que perdiese el tiempo; borrando a doña Flor, le dijo:

- Muéstreme su mano izquierda, por favor, quiero aclarar algo...

Tomó la mano de doña María del Carmen entre las suyas, la miró en los ojos, con aquella su mirada de pícaro rústico y le preguntó:

- ¿Puedo decirle la verdad o prefiere que le mienta?

Doña Flor se había ido, y Marilda y doña Norma fueron a verla a la casa; allí estaba, bañada en llanto, en un estado tal de nerviosidad que doña Norma le dijo, repitiendo al maestro Aluisio, de Piláo Arcado:

- ¿Qué es eso, Flor, te estás volviendo histérica?

## 9

### *Llamado de doña Flor, en clase y divagando*

Déjenme en paz con mi luto y mi soledad. No me hablen de esas cosas, respeten mi condición de viuda. Vamos al fogón: el *batapá* de pescado (o de gallina) es un plato delicado, fino, el más famoso de toda la cocina de Bahía. No me digan que soy joven; soy viuda; estoy muerta para esas cosas. *Batapá* para servir a diez personas. (Y para que sobre, como es debido.)

Traigan dos cabezas de *garoupa* fresca; puede ser también de otro pescado, pero no sale tan bien. Tomen sal, cilantro, ajo, cebolla, algunos tomates y el jugo de un limón. Cuatro cucharadas soperas del mejor aceite suave, tanto sirve el portugués como el español; oí decir que el gallego es todavía mejor, pero no lo sé. Nunca lo usé porque no lo he visto en los comercios. Y si encontrase un novio, ¿qué haré? ¿Si viene alguien que avive de nuevo mi muerto deseo, enterrado con la pesadumbre del difunto? ¿Qué saben ustedes, nenas, de la intimidad de las viudas? Deseo de viuda es deseo de libertinaje y de pecado; la viuda que es seria no habla de esas cosas, no piensa en esas cosas, no conversa sobre esas cosas. Déjenme en paz, en mi fogón. Rehoguen el pescado con todos esos condimentos y pónganlo a hervir con muy poca agua, sólo un poquito, casi nada. Después, se filtra y se lo deja aparte. Y continuamos.

Aunque mi lecho sea sólo una triste cama para dormir, sin otra utilidad, ¿qué importa? Todo en el mundo tiene sus compensaciones. Nada mejor que vivir tranquila, sin sueños, sin deseos, sin consumirse en llamaradas, con el sexo abrasado por el fuego. No puede haber vida mejor que la de la viuda seria y recatada, una vida pacata, libre de ambiciones y deseos. Pero ¿y si mi lecho no fuera sólo una cama para dormir, sino un desierto sin salida, al que hay que cruzar sobre las ardientes arenas del deseo? ¿Qué saben ustedes de la intimidad de las viudas, de su cama solitaria, de la pesadumbre dejada por el difunto? Aquí vinieron a aprender a cocinar, no a saber el precio de la renuncia, el precio que se paga, en ansia y soledad, para ser una viuda honesta y recatada. Continuemos la lección.

Tomen el rallador, elijan los cocos y rálíenlos. Rallen con ganas, vamos, rallen, a nadie le hizo nunca mal un poco de ejercicio (dicen que el ejercicio aparta los malos

pensamientos, no lo creo). Junten la masa blanca bien rallada y caliéntenla antes de exprimirla: así la leche será más gorda, leche pura de coco sin ninguna mezcla. Déjenla aparte.

Una vez conseguida esa leche primera, la gorda, no tiren la masa, no sean despilfarradoras, que los tiempos no están para derrochar. Tomen la misma masa y denle un hervor en un litro de agua. Después exprímanla para obtener la leche floja. Ahora sí, tiren la masa sobrante, pues ya es sólo bagazo.

La viuda es sólo bagazo, limitación e hipocresía. ¿En qué país entierran a la viuda junto con el marido? ¿En qué país queman su cuerpo junto con el cuerpo del difunto? Es mejor así, ser quemada de una vez, reducida a cenizas, y no consumirse en fuego lento y prohibido, quemarse por dentro en la ansiedad y el deseo: por fuera hipocresía, el recato de las ropas negras, los velos que cubren una penosa geografía de miedo y de pecado. La viuda es sólo bagazo y pena.

Descortecen ese pan duro y una vez descortezado pónganlo a ablandar en la leche. En la máquina de picar carne (bien lavada), pongan a picar el pan así ablandado en coco, picando también almendras, langostinos secos, castañas de cajú, jengibre, y no olviden la pimienta rabiosa a gusto del paladar (a unos íes gusta un *batapá* cargado de pimienta, otros lo prefieren con sólo una pizca, una sombra de picante). Una vez molidos y mezclados estos condimentos, pónganlos con el ya hervido jugo de *garoupa*, uniendo condimento con condimento, el jengibre con el coco, la sal con la pimienta, el ajo con la castaña, y pongan todo al fuego hasta que se espese el caldo.

¿No influirá el *batapá* sobre la gente? La fuerza del jengibre, la pimienta, las almendras, el poder de estos lascivos condimentos ¿no dará calor a sus sueños? ¿Qué sé yo de tales necesidades? Jamás necesité ni jengibre ni almendras: eran su mano, su lengua, su palabra, sus labios, su perfil, su gracia..., iera él quien me descubriría apartando las sábanas, apartando el pudor, para dar lugar a la loca astronomía de sus besos, para encenderme en estrellas, en su miel nocturna! ¿Quién me desvestirá ahora, apartando los velos del pudor, en mis sueños de viuda solitaria en la cama? ¿De dónde me viene este deseo que me quema el pecho y el vientre si faltan su mano, sus labios, su perfil de luna, su risa agreste, si falta él? ¿Por qué este deseo que nace dentro de mí? ¿Por qué tanta pregunta, por qué este interés por saber lo que pasa en lo más íntimo de una viuda? ¿Por qué no dejan que los negros velos del luto cubran mi rostro; velos de prejuicio, que ocultan mi faz, mi vida dividida entre el pudor y el deseo? Soy una viuda, y no está bien que hable de tales cosas; ni siquiera hablar de ellas condice con mi estado. Una viuda cocinando en el fogón al *batapá*, midiendo el jengibre, las almendras, la pimienta. Y sólo eso.

A continuación agreguen leche de coco, de la gruesa y de la floja, y finalmente el aceite de palma, dos tazas bien medidas: flor de aceite de *dendé*, color oro viejo, el color del *batapá*. Dejen cocer todo bastante tiempo, a fuego lento, y revuélvano constantemente con una cuchara de madera, siempre hacia el mismo lado; no dejen de remover porque si no el *batapá* se agruma. Muevan, remuevan, vamos, sin parar, hasta llegar exactamente al punto justo.

Mis sueños me consumen a fuego lento; no tengo culpa, soy sólo una viuda partida por la mitad: por un lado una viuda honesta y recatada, por el otro una viuda lasciva, casi histérica, que se deshace entre desmayos y arrebatos. Este manto de pudor me asfixia, y de noche recorro las calles en busca de marido, de un marido a quien servir el *batapá* dorado de mi cuerpo cobrizo, de jengibre y miel.

Ya está a punto el *batapá*. ¡Vean qué belleza! Para servirlo sólo falta verter un poco de aceite de *dendé* en la cima, crudo. Sírvanlo acompañado de *acaca* y los maridos y los novios se chuparán los dedos.

Y hablando de novio, avisen a todos, para que todos lo sepan: hay una viuda joven, con cierta gracia suave y cierta hermosura, la piel de color mate, hecha de oro y cobre, gran cocinera, tan trabajadora, honesta y bien hablada como no hay otra igual en toda la ciudad y en el Recóncavo, una viuda de primera con una cama de hierro, un pudor de virgen y un fuego que le abrasa el vientre.

Si supieran de alguien interesado, mándenselo corriendo, a cualquier hora, de mañana, de tarde, a medianoche, por la madrugada, con sol o con lluvia, pero mándenlo con el juez y el cura, con papeles de matrimonio. Mándenlo con urgencia, con la máxima urgencia.

Lanzo este llamado a los cuatro vientos, al capricho de las corrientes submarinas, de las fases de la luna y la marea, en la estela de cualquier navegación de altura o de cabotaje, pues soy un puerto difícil de descubrir, un golfo recóndito, un fondeadero de naufragios. Quienes sepan de un soltero en busca de viuda para casarse, díganle que aquí está doña Flor al fogón, junto al *batapá* de pescado, consumida en el fuego y la maldición.

## 10

Un día no pudo más y se desahogó con doña Norma: «Por fuera honesta continencia, por dentro un pozo de excrementos.» El deseo nacía de ella, de su pecho, del silencio, de la divagación, de la soledad, del sueño. Sin motivo, sin punto de partida, sin semilla ni raíz. Nacía de ella - «de mi misma maldad, Normita» - , de su cuerpo afiebrado, creciendo en aquella carne abonada de ausencia, de penuria, de maldiciones; un ansia plantada en el estiércol de su condenación:

- Estoy condenada, Normita; no quiero pensar en eso, y pienso; no quiero ver y veo; no quiero soñar y sueño toda la noche. Todo en contra de mi voluntad, todo sin querer. Mi cuerpo, el maldito no me obedece, Normita.

El folleto de yoga, leído y releído, le había informado que se trataba de la «batalla crucial entre la inmundicia y el espíritu puro», que luchaban en su intimidad, cosa temible. La aborrecible materia de su cuerpo abalanzándose con una furia maldita contra el pudor de su espíritu, quebrando la placidez de su vida, de su equilibrio. Ya no había ninguna clase de armonía entre su voluntad y sus instintos. Todo era confuso: de un lado una viuda que era ejemplo de dignidad, del otro lado una hembra joven y necesitada. Caso grave, que exigía, de acuerdo a la receta del folleto, «una fuerte concentración de pensamiento y ejercicios diarios».

Ningún resultado le dieron ni la mística literatura ni los penosos ejercicios; todavía más penosos para doña Flor, que era gordita y aun algo rechoncha. Para ver si lograba el elegiaco equilibrio prometido, realizó durante unas dos semanas las contorsiones más absurdas. Doña Dagmar, a pedido suyo, dio algunas lecciones y doña Flor se sometió a sus instrucciones llena de paciencia y esperanza. Doña Dagmar no regateaba elogios a los métodos yogas, iformidables!, ella logró adelgazar cuatro kilos. Pero con doña Flor fue un fracaso total: ni siquiera adelgazó. En vez de calma y equilibrio, lo único que consiguió fue cansarse, quedar con el cuerpo dolorido y no por eso menos ávido y audaz, menos urgido por su necesidad. Tampoco quedó satisfecha con los brillantes análisis científicos de doña Gisa, abarrotada de nombres ininteligibles, un embrollo para doctores: complejos, libido, subconsciente, represiones, tabúes.

- Para usted, Flor, viuda llena de represiones y complejos, el sexo es tabú.

Tabú o no tabú, consciente, inconsciente o subconsciente, a causa de la represión y del complejo o por simple deseo de mujer, lo cierto es que esto era una desesperación que duraba la noche entera, con sueños eróticos que la arrastraban a la bacanal, y la conversación de la gringa no le servía para nada. Pues si resolviera seguir las indicaciones que expresaban sus latines, lo que debería hacer es salir por las calles a fornicar con el primer macho que encontrara, destruyendo sin más toda clase de represiones y complejos, estrangulando en la cama de hierro al miserable tabú, deshonorándose ella y deshonorando la memoria del difunto para siempre.

Doña Norma, en cambio, tenía la buena sabiduría popular, la experiencia viva, la comprensión humana. Fue directamente al asunto:

- Eso quiere decir que necesitas un hombre, mi santa. Eres joven, no tienes

ninguna enfermedad grave, y que yo sepa no estás castrada, ¿qué quieres? Hasta las monjas se casan para poder soportar la castidad - se casan con Cristo- y aun así hay algunas que le ponen cuernos a Jesús - y, sonriendo al acordarse- : ¿Recuerdas aquella monja del Desterro que quedó embarazada del panadero y terminó siendo artista de teatro? Hace tiempo, ¿te acuerdas? No se hablaba de otra cosa...

Ni siquiera la imagen de la monja en un escenario de teatro divertía a doña Flor, que, dramáticamente obsesionada por su problema, no prestaba atención a las digresiones de su amiga:

- Pero, Normita, yo soy una viuda...

- ¿Y eso qué? ¿O tú crees que las viudas no son mujeres? Una viuda, que yo sepa, también piensa en los hombres, sueña con los hombres, mira a los hombres..., por ejemplo ésa...

- Bien sabes que yo no soy de esas que viven empeñadas en casarse. Una vez hasta me criticaste, calificándome de grosera...

- Así fue. Sé que tú no eres ninguna casquivana..., pero te voy a hablar claro: tú eres una viuda calentona y te estás poniendo insoportable. Ya has cumplido un año de viuda y en vez de mejorar estás empeorando, como si hubieras enviudado ayer. Antes todavía te reías si uno te hablaba de noviazgo y casamiento. Pero desde hace un tiempo no quieres ni escuchar una broma, te da por enojarte...

- Tú sabes bien por qué... Hasta que apareció el timador...

- ¿Y sólo porque el tal «Duque» - «Duque» o «Príncipe»- anduvo rondando por aquí te volviste peor que una monja? Si a él le dio por buscarte es porque le pareciste un buen bocado. Ahora bien, sólo porque don Aluisio te haya hecho un avance, un tanteo, te trancas en casa, casi no sales, no enfrentas a ningún hombre, como si los hombres fuesen animales feroces... Después de todo, don Aluisio sólo quería...

- Yo sé lo que él quería...

- Quería dormir contigo, querida... Está claro... Son muchos los que quisieran, los que andan por ahí probando cualquier cosa... Tú eres una viuda despampanante... y hay muchos gavilanes en acecho...

- Será que yo tengo cara de sinvergüenza para que esos atrevidos se animen a...

- ¿Y quién dice que ellos necesiten que una mujer sea descarada para querer acostarse con ella? A pesar de tu cara de verdugo...

- Pero, Normita, ¿qué puedo hacer yo?

- Mujer, tú necesitas apagar ese fuego... Si no duermes bien, si no descansas, si no tienes sosiego, es porque te está ardiendo el rabo en un fuego infernal...

- Cálmate, Normita, renegado sea el diablo...

- Pero ¿no es eso mismo? ¿No es verdad?

- ¿Y qué quieres que haga? ¿Que me desgracie y me convierta en una indecente? No soy ninguna desvergonzada, no nací para tener amante. Para mí esas cosas sólo con mi marido..., sólo porque sueño con esas tonterías ya me dan ganas de morir... Debo parecer una mujer de la vida, para que tú me digas eso...

- No seas tonta, ¿qué te dije yo para que te ofendas?...

- ¿Tú no dijiste...?

- Dije y repito que te está ardiendo el rabo, o, como le decía una hija de una amiga a la madre: «Mamá, mi cosa se convirtió en una hoguera, está ardiendo.» Tú estás más o menos así. Pero eso no quiere decir que no seas seria..., al contrario..., eres seria y mucho, si no, con todo ese fuego, ya habrías abierto las piernas... Eres seria y hasta demasiado, pareces una fiera..., no te das cuenta de la cara que pones cuando un hombre te mira...

- ¿Debo sonreír y decir: «Venga a dormir conmigo...»? Prefiero morirme. Sólo fui a la cama con mi marido...

- Y sólo debes ir con tu marido...

- Mi marido murió...

- Murió el primero... Nada impide que tengas otro. Eres joven, Flor, no llegaste a los treinta...

- Los voy a cumplir a fin de año...  
- Una chica todavía... Hija mía, para lo que tú tienes, que no es enfermedad ni locura, sólo hay dos remedios: o el casamiento o la desvergüenza. O si no entrar de monja en un convento. En ese caso hay que tener cuidado con los panaderos, los lecheros, los jardineros y los curas, para no ponerle los cuernos a Dios Nuestro Señor.

- No bromees, Normita.

- No estoy bromeando, Flor. Si fueras una descarada podías continuar viuda, vestida de luto, yendo por ahí, de uno en otro, divirtiéndote, desahogándote. Pero como no eres nada de eso, como eres realmente seria, entonces tienes que casarte, no puedes hacer otra cosa...

- El deseo de una viuda, Normita, se entierra con el difunto; la viuda no tiene derecho ni siquiera a los recuerdos cameros, a recordar las noches en que yogaban, cuanto más las ilusiones de noviazgo y casamiento, de otro marido. Todo eso no pasa de ser un insulto a la memoria y a la honra del finado.

El deseo de una viuda es tan vivo como el de una doncella o el de una casada si no más, loca; de este modo le respondía, enérgicamente, doña Norma. Casarse de nuevo no es ningún insulto a la honra del difunto; cualquier mujer puede reverenciar la memoria del marido muerto y al mismo tiempo ser feliz en compañía de un segundo esposo. Sobre todo ella, doña Flor, cuyo primer casamiento había sido tan inusitado y no siempre alegre, para no decir lo peor.

Fue una conversación larga y beneficiosa, a solas las dos amigas, con esa intimidad que sólo es posible cuando hay verdadera estimación. Dos hermanas no se entenderían tan bien. Y doña Flor quedó finalmente convencida. Quizá ya lo estuviese antes, tras el cruel debate consigo misma. Pero no lo hubiera confesado jamás, sin embargo, si doña Norma no le arrancase los velos del prejuicio, de un falso luto podrido de deseo...

- Pero, Normita, ¿qué adelanto con estar de acuerdo? ¿Quién me va a querer de novia? Nadie quiere ser el que come las sobras del muerto, y yo no voy a salir a ofrecerme..., me voy a morir consumiéndome...

- Quítate el cartel y apuesto a que antes de seis meses...

- ¿Qué cartel?

- Ese que llevas en la cara: «Soy viuda para siempre, no existo para la vida y para el casamiento.» Decídete, vuelve a reír, a ser igual a todo el mundo y te juro que en menos de seis meses...

Esta conversación tuvo lugar unos días después del carnaval, que aquel año cayó muy tarde, siendo ya marzo, más o menos un mes después del primer aniversario de viuda de doña Flor.

En la mañana de aquel fúnebre aniversario, doña Flor estuvo en el cementerio con lágrimas y flores, demorándose junto al túmulo largo tiempo, como si allí encontrase alivio y calma. Fue uno de los días más tranquilos entre todos los de su confusa época de viuda; sólo se sentía triste por el recuerdo del difunto, con una nostalgia profunda y sedante. Los días de carnaval le resultaron más penosos. La música y las canciones, muchas de las cuales eran las mismas del carnaval anterior, le traían recuerdos de aquel terrible domingo. Al acodarse en la ventana para presenciar el paso de una comparsa, una murga, un conjunto, una agrupación, recordaba a Va- dinho, muerto en el suelo del Largo Dois de Julho, entre serpentinatas y confetis, vestido de bahiana. Cuando el *Afoxé* de los Hijos del Mar, desfilando en todo su esplendor, se detuvo frente a la Escuela de Cocina: Sabor y Arte, obedeciendo al silbato de Camafeu, y la negra Andreza de Oxum alzó el estandarte de la reina de las aguas y danzó un paso deslumbrante - las ventanas llenas de gente, la calle abarrotada, los aplausos entusiastas- , doña Flor se deshizo en llanto, y todo el dolor, toda la ausencia se derribaron de golpe sobre ella. Hacía un año, con el cuerpo del finado extendido sobre la cama de hierro, todavía tuvo ánimos para espiar el paso del *Afoxé* sobre los hombros de doña Norma y doña Gisa, con el pecho lleno de vida y de muerte a la vez.

Tan brusca y reciente fuera la muerte que aún contenía cierta ilusión de vida. Sólo

con el correr del tiempo habría de darse cuenta doña Flor, definitivamente, del vacío irremediable, de la ausencia definitiva.

En el carnaval anterior, con el muerto allí, pudo, sin embargo, ver el *Afoxé* por lo menos subrepticamente.

Pero en este carnaval no podía soportar la gloriosa visión de los Hijos del Mar, marchando al ritmo de los atabales. Aun ignorando que esa detención del conjunto frente a su casa, esa interrupción del desfile, y la danza, las ondulaciones de Andrezza cual un barco sobre las olas, eran el homenaje del *Afoxé* al siempre recordado socio y amigo, fallecido hacía un año, aun así, doña Flor no pudo contenerse: sólo veía su cuerpo desnudo y exangüe, muerto para siempre.

Le resultó difícil aquel carnaval, toda su vida era cada vez más difícil. Era como si el difunto aprovecharse esa estruendosa alegría para mezclarse con la angustia de su deseo insatisfecho; y su sufrimiento fue aumentando hasta ser tanto y tan grande que doña Flor ya no pudo soportarlo más en silencio y soledad. No le fue posible seguir guardando su secreto por más tiempo, el pecho desgarrado, la cabeza embotada, exhausta. Doña Flor era un desecho. Y fue entonces cuando se confió a doña Norma.

Doña Norma le garantizó noviazgo y casamiento a breve plazo si de verdad estaba dispuesta a ello, sin máscara ni tapujos. Buscaron la aquiescencia de doña Gisa, pero la gringa le daba muy poca importancia al noviazgo y al casamiento, ridículas exigencias legales e inhumanas; había estado leyendo al príncipe Kropotkine y terminó mezclando el anarquismo con el psicoanálisis.

Con matrimonio o sin matrimonio, en opinión de la profesora de inglés, doña Flor tenía un «complejo de culpa» que la estaba torturando, y del cual se liberaría sólo cuando rompiera los tabús, «realizándose de cualquier modo». ¡Qué consejo más absurdo!: practicar el amor libre, arrimarse, tener un enamoramiento, una aventura, en fin, pero inmediata. Ni que doña Flor fuese una loca de atar o la más cínica y deschavetada de todas las viudas.

Doña Norma sí servía de ayuda y de consuelo: que doña Flor dejara de confundir el recato con el odio al mundo, la honestidad con el prejuicio, y doña Norma era capaz de apostar dinero a que en menos de seis meses verían a la viuda con un nuevo anillo en el dedo, por lo menos de novia.

Doña Gisa no apostaba: ¿por qué tenía doña Flor que esperar seis meses, soportando horrores? ¿Para qué esa tontería habiendo tanto hombre suelto por el mundo? Pero, de haber apostado, hubiese perdido: casi siempre, entre la sabiduría de los libros y la sabiduría de la vida, quien acierta es la vida.

Ya fuese que doña Flor se humanizó, yendo más allá de la seca urbanidad en su trato cortés, volviendo a sonreír y a conversar con uno y otro, gentil y atenta aunque siempre discreta, o fuese por simple casualidad (como es más probable), un mes después de su conversación con doña Norma y de la discusión con doña Gisa, se hicieron evidentes, y constituyeron un motivo de público debate, la proba inclinación y las honestas intenciones que ella despertó en el doctor Teodoro Madureira, socio de la Droguería Científica, de la esquina de Cabeça. Vibrante y victoriosa, doña Dinorá exigía reconocimiento:

- Lo adiviné hace muchos meses, lo vi en la bola de cristal y se lo dije a todo el mundo: un señor distinguido, hombre de bien, doctor y con dinero. ¿No salió verdad? ¡Mis albricias, señora doña Flor!

- Un gran partido, ¡qué suerte la tuya! - sentenció unánimemente el coro de amigas y comadres en medio de un delirio de bisbiseos.

Nadie sabe en qué momento comenzó a interesarse el farmacéutico. No es fácil determinar la hora y el minuto exactos en que comienza el amor, sobre todo ése que es el definitivo amor de un hombre, el amor de su vida, lacerante y fatal, inde-

pendiente del reloj y del almanaque. Tiempo después, en un instante de mutuas confidencias, el doctor Teodoro le confesó a doña Flor, con cierto risueño estiramiento, que la venía mirando hacía mucho, desde antes que enviudara. Desde el pequeño laboratorio situado en los fondos de la farmacia la veía cruzar el Largo, siguiendo sus pasos por Cabeça, contemplándola absorto. «Si alguna vez decidiera casarme lo haría con una mujer así, bonita y seria», monologaba junto a los tubos de ensayo, junto a los frascos de drogas. Un sentimiento puro y platónico, naturalmente, no era hombre de inquietarse por una mujer casada y dedicarle otros pensamientos menos nobles, poniéndole ojos golosos, o, mejor dicho (para repetir la misma expresión utilizada por el farmacéutico, exacta y elegante, adornando con sus galas estas letras vulgares y populacheras), con «los culpables ojos de la concupiscencia».

La que primero notó la inclinación del farmacéutico fue doña Emina, señora que por lo demás se preocupaba poco por la vida ajena: estaba enterada estrictamente de los chismes necesarios para no quedar atrasada con respecto a los sucesos que ocurrían a su alrededor. Al lado de las otras, ávidas por cualquier rumor, doña Emina era discreta y timorata.

Ocurrió el día del «trote», en que los principiantes de las facultades, a comienzos de abril, se desbandan por las calles y avenidas conmemorando la iniciación del curso lectivo. En larga procesión, bajo la batuta de los veteranos, los novatos - con la cabeza afeitada a navaja, envueltos en sábanas, amarrados unos a otros por una cuerda, como una hilera de esclavos- llevaban pancartas criticando al Gobierno y a la Administración, con ironías sobre la carestía de la vida y la incapacidad de los políticos.

Procedente de la Facultad de Medicina, en el Terreiro de Jesús, el desfile cruzó la ciudad en dirección a la Barra, deteniéndose en ciertos lugares, tales como la plaza Castro Alvéz, Sao Pedro y Campo Grande. En esos puntos de máxima concentración de curiosos, los veteranos hacían la delicia de los asistentes con disparatados discursos, pronunciados desde el lomo de los burros.

Los moradores de las adyacencias del Largo Dois de Julho y de Cabeça, en cuanto oyeron las cornetas y los clarines anunciadores, que sonaban por la Ladeira de Sao Bento, se encaminaron a Sao Pedro. Iban juntas en alegre grupo doña Norma, doña Amelia, doña María del Carmen, doña Gisela, doña Emina, doña Flor.

Según la información de doña Emina, precisa y concreta, el doctor Teodoro estaba muy en lo suyo, junto al mostrador de la farmacia (indiferente a los clarines y al trote de los asnos, vestidos de profesores y de hombres públicos), conversando con el empleado y la muchacha de la caja, cuando las avistó. Se puso tan nervioso que doña Emina, pareciéndole raros los visajes del doctor, estuvo observándolo, pudiendo seguir paso a paso sus sospechosas andanzas. El farmacéutico, un señor de ánimo pacato y maneras comedidas, apenas vio a las amigas abandonó aprisa la cómoda postura, la actitud pachorrienta en que estaba, y se apartó del mostrador poniéndose casi rígido para saludarlas, con un buenos días sonoro y cordial. Un detalle importante: extrajo un peine del bolsillo del chaleco y lo pasó por sus negros cabellos, por otra parte sin necesidad, pues el peinado resplandecía inalterable bajo capas de brillantina. Desapareciendo su cortedad, el boticario comenzó a agitarse como un adolescente. «Pensé que se iba a poner la chaqueta sólo para saludarnos», dijo doña Emina, preguntándose por la causa de tanto afán y tanto celo.

De inmaculada camisa blanca y chaleco ceniza; con gruesa cadena de oro formando una curva pronunciada desde un bolsillo al otro, de la que pendía un sólido patacón también de oro, herencia paterna; perfecta la raya del pantalón, los zapatos en el colmo del brillo, el anillo de graduado: todo un tipazo, alto y simpático. Se inclinó, saludando al grupo.

Las amigas respondieron amablemente; el farmacéutico era una personalidad notable en los alrededores, bien visto y estimado. Siempre según el testimonio de doña Emina - rico en minucias, como se ve- , los ojos del doctor Teodoro sólo miraban a doña Flor, ciego para las otras; una mirada que si no era de



concupiscencia, por lo menos era de codicia. «Te comía, te devoraba con los ojos», así es como la hábil observadora le describía a doña Flor la exacta expresión de aquella mirada.

Cuando ya no las podía ver desde atrás del mostrador, se puso delante; después fue a la vereda del establecimiento, y finalmente, luego de una breve indecisión y haciendo una advertencia a los empleados, salió calle adelante tras el alegre grupo. Se situó cerca de las amigas, en las inmediaciones del gran reloj de Sao Pedro, disimuladamente. Tomando la cadena de oro, sacó el reloj y se sonrió, satisfecho de la precisión suiza de su cronómetro. Doña Norma y doña Amelia, para no perder detalle del «trote», se subieron a un banco del pequeño jardín; las otras se situaron alrededor de ellas, alzándose sobre la punta de los pies. Desde donde estaba, medio escondido por la base del reloj, el doctor Teodoro seguía con devoción cada movimiento de doña Flor. Dona Emina, que lo controlaba, manifestó que el farmacéutico no había visto nada del divertido «trote»: los novatos, pintados de anaranjado, bailando una danza macabra; los veteranos reclamando cerveza y gaseosas en los bares y almacenes. Si el doctor Teodoro se sonreía, era acompañando la sonrisa de doña Flor, y sus aplausos eran copia de los de la viuda, mirándola embobado. Doña Emina le tiró de la falda a doña Norma que estaba aplaudiendo, de pie en el banco, los disparates que decía un estudiante montado en un burro (el animal aprovechaba la parada para mordisquear restos de basura entre la suciedad de la calle). Al principio doña Norma no comprendía el palpitante mensaje que le enviaba su amiga con los ojos y los dedos. Pero finalmente, localizando al farmacéutico en mangas de camisa y en éxtasis, compartió, pasmada, su alborozo.

- Chica... - le dijo- . ¡Qué cosa...!

Doña Amelia y doña María del Carmen fueron advertidas de inmediato acerca de la sorprendente actitud del doctor Teodoro: medio escondido detrás del reloj, con la mirada prendida en doña Flor. Sólo doña Gisa se mantenía distante, entregada a la lectura de los carteles estudiantiles; según ella, las manifestaciones de los estudiantes contenían un precioso material para el estudio del alma colectiva. Doña Gisa no perdía ocasión de estudiar, había nacido con el destino de saberlo y explicarlo todo (a través de la ciencia más moderna). Pero para las otras el material más precioso e ilustrativo era el extraño comportamiento del boticario.

- Chicas..., hay que ver para creer...

El desfile continuó hacia la Piedade y ellas lo siguieron. Pero doña Norma, pretextando tener que transmitir un recado, se quedó atrás, dando una vuelta a la manzana: «Vamos a poner esto en limpio y ahora mismo.» Por un instante el doctor Teodoro permaneció indeciso, a los pies del monumental reloj, pero terminó por irse tras ellas, caminando despreocupadamente como quien va sin prisa y al azar, por placer.

Doña Norma y las demás amigas, excepto doña Flor - totalmente ajena a lo que sucedía- , y doña Gisa, que divagaba sobre la «vocación de los jóvenes para la causa pública», estaban tentadas por la risa. De pronto detuvieron su marcha, y doña Norma fue a dar el mencionado recado, a la puerta de una casa particular. Tomado de sorpresa, a pocos metros de distancia, el doctor Teodoro se vio obligado a proseguir. Pasó junto a las amigas evitando mirarlas, fingiendo que no las veía, pero tenía tan poca experiencia en esas cosas que daba pena: estaba sobresaltado, imaginaba ser objeto de risa y miradas de burla, sin saber dónde meter las manos, un desastre. Hasta que perdió la cabeza y se lanzó hacia la primera esquina, que dobló casi corriendo. A su paso, doña María del Carmen no se contuvo y dejó escapar una risa apagada.

- ¡Chiss...! - indicó doña Norma.

- ¿Adonde va con tanta prisa el doctor Teodoro? - preguntó doña Flor, al verlo desaparecer por la callejuela.

- ¿Quiere decir que no se enteró, tontita? ¿Qué es lo que pasa? ¿Lo va a mantener en secreto o lo va a contar a sus amigas? ¿O es que no tiene confianza?

- ¿De qué se trata, mujer? Ustedes viven inventando cosas... ¿Qué es esta vez?

- No me diga que aún no se dio cuenta...
- ¿De qué, por el amor de Dios?
- De que el doctor Teodoro está chocho por usted...
- ¿Quién? ¿El farmacéutico? Ustedes tienen el meollo reblandecido, son una banda de locas..., dónde se habrá visto..., el doctor Teodoro, el hombre más ceremonioso..., es un disparate...
- ¿Disparate? Ya perdió todas sus ceremonias, querida, anda deschavetado...

Continuaron tras el desfile, broma tras broma, mofándose, riéndose, y la pobre doña Flor sintiéndose en el potro del tormento. Pero cuando regresaron, doña Norma se encontró a solas con ella en la casa de la viuda y le habló en serio. Había estado observando el comportamiento del farmacéutico, una persona que, como decía con razón doña Flor, estaba llena de etiqueta y de formalidades: nunca se oyerá decir que mirase intencionadamente a las dientas y mucho menos que hubiese seguido a alguna por la calle, en mangas de camisa, pasándose antes el peine y escabulléndose detrás del reloj público como un turbado adolescente. No apartó los ojos de doña Flor, no la perdió de vista un momento. Y esto no eran charlas de comadres ni invenciones; doña Norma incluso se había negado a participar en las chanzas, pues, tratándose de un hombre de bien y tan circunspecto, no se debía tomar a la ligera un asunto tan serio, entre burlas y mofas. Un partido así, hija mía, se encuentra muy raramente: un ciudadano maduro, en buena edad para doña Flor, licenciado, un doctor con título y anillo, dueño de una farmacia, rebosante de salud, no lo harían mejor si lo inventasen.

- ¿Tú crees, Normita, que él tiene algún interés? Yo no creo de ningún modo que esté interesado: ¿quién va a querer comer pan de ayer, carne masticada, sobras de difunto? Nadie quiere eso...

Doña Norma la miró de arriba abajo:

- Dios te bendiga... - dijo con una mueca de aprobación.

En aquel momento, doña Flor, un tanto excitada por la novedad, entre curiosa y azorada, lo que menos parecía era pan viejo, pan de la víspera con gusto ácido, y menos aún carne con aspecto de podrida; muy por el contrario: una tez suave de *cabo verde*, de un cobre antiguo y perfecto, sobre una faz lozana y fresca; carne perfumada y joven, con aroma de pitanga, un espléndido pedazo de mujer. Usada, sin duda; tuvo marido, se acostó y yogó con él en la cama de hierro; sin embargo, era más apetecible que muchas doncellas de alfeñique, pues el virgo no lo es todo, ni mucho menos, aunque goce de tanta estimación y tanta fama. En el fondo no es casi nada, una frágil película, una gota de sangre, un ¡ay!, y sobre todo un viejo prejuicio; si alcanza un valor tan alto es porque se beneficia con una publicidad milenaria y cuenta con el ejército y el clero, la policía y la prostitución, todos dedicados a convertir el tapón de la mujer en el rey del mundo. Pero ¿qué es una doncella, con su deseo bobo, ignorante, comparada con una viuda, cuya ansiedad está formada por el conocimiento y la ausencia, la contención y la penuria, el hambre y el ayuno, lúcida y atrevida en su deseo? «Déjame decírtelo, Flor: por sobras así no sólo suspira el doctor Teodoro, sino, ciertamente, además de él, muchos otros que no sabemos.» Lo que doña Norma quería saber era otra cosa:

- ¿Y tú qué dices? ¿Qué te parece? ¿Serás capaz de amarlo?

Al principio ni siquiera quiso considerar el problema de sus sentimientos antes de tener la certeza de que por parte del farmacéutico existía tal inclinación, y de que todo aquello no era más que una burla o un equívoco, pues no estaba dispuesta a cometer errores otra vez y a ser humillada nuevamente, como sucedió antes con el asunto del «Príncipe» y con la actitud de don Aluisio. Pero ante la presión de doña Norma, que le exigía con amable impertinencia una rápida respuesta, doña Flor confesó que no le disgustaba el boticario. Caballero de finos modales, un primor de distinción, y hombre de buen ver, que daba gusto mirarlo, le recordaba a un artista de cine muy en boga; era un parecido ligero pero lo suficiente para que le resultara simpático. En fin, si realmente fuera verdad todo eso, era posible, e incluso probable, que doña Flor llegara a sentir por él... ¿lo que había sentido por el finado? Eso no, era distinto..., ella era otra, no era la misma de ocho años antes, casi

nueve, cuando conoció al tarambana en la fiesta del mayor y repentinamente, sin sopesarlo ni reflexionar, le dio su corazón. (Y de inmediato, alegremente, su senos y sus muslos, en el fragor del Largo y en la oscuridad de la playa.) Loca por él, perdida hasta el punto de entregarse, de darse por entero y sin garantía cuando él lo pidió, refregando en la cara de doña Rozilda, que se había convertido en enemiga del enamoramiento y prohibido el matrimonio, la perdida virginidad.

Ahora era una viuda reposada y reflexiva, incapaz de desenfrenos, de sentimientos y acciones precipitados, perdonables en una jovencita que está en edad de noviar, pero inadmisibles en una señora que anda por los treinta y lleva velos de luto (aunque por dentro la está quemando una hoguera). Si algo de todo eso fuese cierto, ya verían cómo con el tiempo brotaría en ella un sentimiento amoroso, con la tranquila medida de la ternura y la comprensión, sin las violencias juveniles del delirio en los rincones oscuros o en el pasillo de la escalera. Quizá llegara a surgir un sentimiento así, un amor maduro y apacible, a partir de un idilio discreto. A doña Flor incluso le parecía posible que así fuese, pues, como ya había dicho, el doctor Teodoro no era antipático ni feo, y no le tenía aversión, pareciéndole atrayente, cosa que ahora percibía. Y hete a doña Norma viendo ya el noviazgo y el casamiento, previendo una doña Flor feliz, como siempre había merecido y nunca fuera.

- ¡Ah, mi santa, qué lindo va a ser! Ahora no seas estúpida, no te atranques en la casa, no frunzas el ceño...

Pues doña Flor, si bien confesaba su interés por el boticario, en seguida agregaba su decisión de no salir a demostrarlo, a ofrecerse, a contonearse frente a la droguería, exhibiendo sus necesidades, sus ojeras de cuaresma, de dura abstinencia, de ayuno forzoso. Eso jamás, Normita.

- Pues yo no voy a admitir que pierdas una ocasión así...

Mucho tiempo le costó a doña Norma persuadir a la viuda: que no fuese tonta ni se las diera de indiferente. Quien, como doña Flor, estaba ardiendo en brasas vivas, con necesidad de casarse, y casarse pronto para no terminar histérica o loca, o para no salir por ahí y entregarse a cualquiera, haciendo vida de burdel, de viuda a quien le costaba poco llenar de cuernos la calavera del difunto, poniendo una selvática y viciosa plantación de guampas en su honrada sepultura. ¡Ah!, estando como estaba tan declaradamente ansiosa por el calor de un hombre, de un meneo de cama, no podía presumir de viuda fiel hasta la muerte, con luto eterno y amurada hendija, con la concha enterrada con el vínculo del fallecido, como una mustia flor a los pies del muerto, inútil y marchita:

- Sirviendo sólo para hacer pipí...

Era mejor resolverse de una vez a aceptar un nuevo marido y vivir con él una vida decente y honesta, renovada por el amor y la alegría, manteniendo honrada, limpia y tranquila la tumba, la memoria y el esperpento del primero. Sin hablar mucho de él, para no ofender al sucesor. Además, en los últimos meses doña Flor parecía haber olvidado el nombre y el apellido del finado. Antes, por llevarles la contraria a las comadres, que maldecían y cubrían de insultos su recuerdo, doña Flor andaba con él en los labios el día entero. Después lo encerró dentro de sí, como una joya preciosa y rara, cuando las amigas y las vecinas lo dejaron en paz en su sepultura (si se acordaban de él no lo decían). Entonces, sólo se trataba de continuar así, retirando de la sala, de un modo natural, el retrato del granuja, con su sonrisa de cínica desfachatez (y también, ¿a qué negarlo?, con su gracia irresistible), y guardarlo en el fondo de un baúl y en el corazón. En la pared de la sala (y en el sexo) la presencia del segundo... ¡Y qué segundo, hija mía!, una belleza de hombre en la fuerza de la edad y ¡qué distinguido!

Casarse pronto, tener marido, vivir con él una vida decente y honesta como era propio de su carácter y como era su obligación, en vez de quemarse en sueños solitarios, mordiéndose los labios, crujiendo los dientes, conteniéndose solamente por miedo y prejuicio. Ella, doña Norma, no permitiría que doña Flor perdiese tan magnífica oportunidad; una oportunidad única, imposible otra mejor, ¡y que la perdiese por falso recato, por tontería, por estupidez! ¡No, tres veces no!

Así pues, al terminar la clase vespertina, durante la cual doña Flor enseñó a las

alumnas la receta de un dulce de gelatina y coco llamado «Crema del Hombre» (nombre que provocaba chistes - «¡Ay!, ¡qué crema tan sabrosa!»), doña Norma vino a buscarla y la arrastró al Cabeca, con el pretexto de ir a comprar más flores. Una compra bien difícil: una docena de angélicas de «difícil» elección. Doña Norma no se apuraba a componer el ramo, siempre insatisfecha - ante el asombro del vendedor, el viejo negro Cosme de Omulu- ; demora que se debía al doctor Teodoro, pues éste, sumido en las profundidades de la farmacia, no se hacía visible. A las flores siguieron los *acarajés* de Vitorina... y nada..., el farmacéutico no aparecía en el mostrador. Pero doña Norma no era de las que se dan por vencidas: entró embistiendo farmacia adentro, arrastrando a una doña Flor desconcertada, y pidió al empleado un paquete de algodón. Doña Norma le preguntaba casi a los gritos, furiosa, si es que quería meterse bajo tierra. «¿En dónde se vieron tantos escrúpulos?»

En el pequeño laboratorio del fondo, por detrás de los grandes frascos azules y rojos, como en un grabado de libro de alquimia, vieron al doctor Teodoro moliendo sales y venenos en un mortero de piedra; llevaba puestos los lentes y pesaba con mucha atención lo ya molido - cantidades mínimas de polvos y sales- en una pequeña balanza de juguete. Concentrado en el misterio de la preparación de la receta no se dio cuenta de la presencia de las señoras en el establecimiento, como si no llegara hasta él la voz de doña Norma contando un suceso publicado en los diarios.

Dejando la balanza, el boticario puso en un tubo de ensayo el polvo de los minerales molidos, en ínfimas porciones, agregándole veinte gotas exactas de un líquido incoloro, después de lo cual todo quedó envuelto en una humareda anaranjada que circundaba de ciencia y de magia la cabeza morena y fuerte del doctor.

Doña Norma no perdió la oportunidad y su voz resonó, aduladora:

- Fíjate, Flor, querida, si el doctor Teodoro no parece un brujo, todo rodeado de azufre..., irenegado sea el diablo!

Estremeciéndose el doctor al oír el nombre, no el suyo, el de doña Flor: mirando por encima de los lentes (útiles tan sólo para distinguir algo de cerca), constató la presencia de la poesía entre los remedios y sintió conmoverse sus cimientos más profundos, con un escalofrío en el bajo vientre. Quiso levantarse, pero estaba tan atolondrado y entontecido que hizo un mal movimiento y fue a parar al suelo, partiéndose el tubo de ensayo en mil pedazos. Y el remedio casi terminado (una medicina para calmar la tos de doña Zezé Pedreira, una viejita de cristal, de la calle de la Forca) se convirtió en una mancha oscura extendida por el suelo, mientras la humareda color sangre persistía en tomo al austero rostro del doctor.

- ¡Ay!, Dios mío... - exclamó doña Flor.

Y nada más sucedió ni se dijo una palabra más. Doña Norma pagó la cuenta del algodón, riéndose, pues la figura del droguista no podía ser más cómica, semierguido en la silla, la mano en el aire como si todavía sostuviese el tubo de vidrio, los anteojos resbalándole por la nariz, mudo y estupefacto.

Toda confundida, muerta de vergüenza, salió doña Flor puerta afuera mientras doña Norma lanzaba una mirada de complicidad al romántico boticario, como quien echa una cuerda a un náufrago. El doctor Teodoro intentó articular una palabra, pero no pudo.

Doña Norma alcanzó a doña Flor en la esquina: ¿le quedaba todavía alguna duda sobre el estado de ánimo del farmacéutico? ¿O acaso quería - exigencia absurda en una viuda carcomida por el deseo, gimiendo en la cárcel del luto- un candidato de mejor estirpe, clase y complexión? Imposible un partido mejor, mi santa: doctor con diploma y con anillo de amatista verdadera, propietario establecido, buen mozote, muy compuesto con su chaleco y su oro, de salud robusta, de hábitos morigerados, un señor de bien, un soberbio cuarentón.

Un soberbio cuarentón: iba saliendo punto por punto, sin faltar detalle, todo cuanto la bola de cristal y las grasientas cartas le revelaran a doña Dinorá aquella tarde la profecía; así hubieron de reconocerlo las amigas y comadres en la figura del doctor Teodoro. El dinero y el título universitario, la complexión y el talle, la silueta, el porte digno, los buenos modales, todo; y sin embargo, cuando en su momento buscaron por las calles y las plazas, entre afanosas carcajadas, un rostro que correspondiese a la descripción de la vidente, nadie pensó en el farmacéutico. ¿Cómo explicar semejante absurdo, si estaba a la vista, si bastaba mirar para verlo? ¿Ceguera de las comadres y amigas o simulación de este pormenorizado relato, error fatal para más jolgorio de la crítica adversa? Ni error ni engaño; sí, en cambio, una especie de obcecamiento colectivo que impidió a las comadres y amigas descubrirlo en los discretos fondos de la farmacia, las lentes sobre la nariz, la cadena de oro, inclinado sobre las drogas, mezclando venenos para transformarlos en remedios, y distribuir salud a domicilio y a precios módicos.

El cronista de los casamientos de doña Flor, de sus penas y alegrías no hizo más que ser fiel a la verdad al no incluir al doctor Teodoro en la lista de los pretendientes cuyas candidaturas proponían las comadres, pues ninguna de ellas se acordó del boticario, no apareciendo su nombre en el baile, al son de las sabrosas habladurías en torno a la viudez de doña Flor, cuando todas querían distraerla. Por lo demás, poco perdió el doctor con tal olvido; en el mejor de los casos sólo habría logrado participar en aquel sueño de doña Flor cuando ella se vio en la ronda, rodeada de palurdos que aspiraban a su mano. Mejor para él: ni en sueños le tocó hacer un papel ridículo, y de este modo no se desgastó en la estimación de la viuda.

Pero ¿por qué tal ceguera, por qué lo olvidaron, por qué no lo descubrieron en el mostrador de la farmacia, junto a los vidrios azules y rojos, envuelto en olor a medicinas, con la aguja de la inyección pronta para pinchar los brazos y las nalgas de todas las vejanconas dientas suyas? Viéndolo y tratándolo tanto, ¿por qué no se habían fijado en él?

Por considerarlo irremediamente opuesto al casamiento. Por esa razón, al hacer la lista de los solteros de la calle no pusieron en la cuenta al boticario, como si fuera casado, con mujer e hijos. Ni siquiera doña Norma, en su meticulosa búsqueda de novio para la desvaída María, su vecina y ahijada, se acordó de él en ningún momento. ¿El doctor Teodoro? Ese no se casó ni se casará, no vale la pena fijarse en él, es perder el tiempo, aunque quisiera construir un hogar, no podría, ¡qué lástima, pobre!

Y como se trataba de una verdad tan sabida y aceptada, se explica que no haya sido blanco de las burlas y los chismes, como lo fueron los otros célibes conocidos, en toda esta historia de la viudez de doña Flor.

Doña Dinorá, emperatriz de las intrigantes y adivinas, pasaba diariamente frente a la Droguería Científica, y dos veces por semana mostraba allí su flácido trasero. ¡Ah!, ¡qué fugaces son las vanidades y las grandezas humanas!: ese mismo trasero ahora flojo había sido loado por los versos de rimas satánicas de Mestre Robato, cuando era un adolescente vate de la escuela demoníaca; por entonces, verlo y tocarlo costaba cheques y fajos de billetes a los ricos señores del comercio; hoy lo descubría ante el farmacéutico para que le pusiera la dolorosa inyección contra el reuma. Pero ni así fueron sus ojos de vidente capaces de prever el futuro, de adivinar que el moreno señor que agarraba su piel flácida era el soberbio cuarentón de la profecía. Porque ella sabía, y mejor que nadie, hasta qué punto le era imposible tomar esposa.

No por afeminado, por impotente o por doncel a quien repugnasen las mujeres. Por Dios, ni pensar que pueda surgir una sospecha de esa especie, pues el doctor Teodoro, hombre pacífico, amable, de buen vivir, sería muy capaz de salirse de su habitual comedimiento y dar sobradas pruebas de su masculinidad rompiéndole las narices al canalla que lo injuriase al poner en duda su condición de hombre entero.

De hombre con mucho servicio de macho, aunque discreto. Si alguien exigiera sobre este asunto un testimonio preciso e indiscutible bastaría entrevistar en el Beco do Sapoti a la pujante y pulcra pardusca Otaviana das Dores (o Tavita Languidez) y romper con unas monedas la reserva debida a su selecta clientela: dos magistrados de segunda instancia, tres comerciantes de la Cidade Baixa, un padre secular, un profesor de medicina y nuestro excelente farmacéutico.

Por sus manifiestas cualidades de limpieza, de discreción y de seriedad - parecía más bien una señora que recibía acogedoramente a sus amistades en su casa - , Otaviana mereció ser elegida y frecuentada por el doctor Teodoro, infaltable los jueves después de la cena. Los clientes de Tavita, una élite preclara y sigilosa, tenían día fijo (o noche marcada), cada uno con sus hábitos y gustos distintos, con sus preferencias - a veces muy exquisitas, como las del magistrado Lameira, casi coprófilo - , y ella los atendía a todos con competencia y soltura, dándoles total satisfacción. A unos y a otros, a los varones normales y sin problemas, como el doctor Teodoro, y a los viejos sátiros reblandecidos, come-boñigas y chupa-ombigos, dejando a todos contentos y regalados.

A las veinte horas en punto, todos los jueves, el doctor Teodoro cruzaba el umbral de la puerta, siendo recibido con especial estimación y cortesía. Instalado en una mecedora, frente a Otaviana, que tejía escarpines de nene, bebiendo algún licor de fruta, una especialidad de las hermanitas del convento de Lapa, el doctor Teodoro y la mundana mantenían un provechoso diálogo, pasando revista a los acontecimientos de la semana, a las noticias de los diarios. Acostumbrada a convivir con señores ilustrados, Tavita había adquirido cierto barniz de erudición, era de agradable conversación, toda una intelectual, y en el Beco do Sapoti la consultaban con cualquier motivo. Además era muy moralista, criticaba las costumbres actuales, esos disparates que se ven por el mundo, esa juventud incrédula y desenfrenada.

Así pasaba el farmacéutico la hora de la digestión, escuchando y compartiendo los edificantes conceptos de la mulata... «Este mundo está perdido, señor doctor, no hay santo que lo arregle.» Iban después al dormitorio, oloroso a hojas aromáticas, y el doctor Teodoro entraba con Otaviana - en una cama de sábanas blanquísimas - con derecho a bis. ¿Y cómo seguir dudando de su machismo si sabemos que él hacía casi siempre uso de tal derecho y repetía gallardamente el buen jolgorio?

Sin aumento de precio, digámoslo, pues Tavita Languidez no cobraba por vez sino por noches; por la noche entera, incluso cuando el cliente, limitado en su libertad por el control familiar, salía apurado, utilizando sólo el breve margen de tiempo que puede justificarse con una mentira cualquiera. Precio salado, tarifa alta, placer caro; pero el refinamiento en el trato y tanta gentileza y competencia valían el derroche.

El doctor Teodoro permanecía algunas veces hasta la medianoche, echando de cuando en cuando un sueñecito en aquella cama con colchón de parturienta, blando y cálido, mientras la gentil Otaviana velaba su reposo. Antes de irse todavía le ofrecía un *mungunzá*, o un dulce de arroz, o maíz tostado, o una nueva copa de licor para «restaurar las fuerzas», como le decía susurrando, con una sonrisa mimosa, la parda y digna fulana.

Las comadres no lo inscribieron en sus listas ni lo tuvieron en cuenta en sus bromas matrimoniales porque sabían que sólo se dedicaba a la madre, una anciana paralítica para quien el hijo lo era todo. La anciana había tenido un derrame, y en esa circunstancia el doctor Teodoro, recién licenciado, le prometió mantenerse soltero mientras ella viviese. Era lo menos que podía hacer para probarle su gratitud. Perdió el padre cuando tenía dieciocho años y se preparaba para el examen preliminar en la Facultad de Medicina.

Quiso interrumpir los estudios y residir para siempre en la ciudad de Jequié, donde vivía, y hacerse cargo del pequeño negocio de haciendas, único bien legado por el padre además de montones de deudas y una amplia fama de hombre bueno. Pero la viuda, mujer resuelta, aunque de frágil apariencia, no admitió el sacrificio: la única ambición que tuvo el finado era que el hijo se licenciase, y el joven Teodoro

demostraba ser un óptimo estudiante al que los profesores pronosticaban grandes éxitos. Que se presentara a los exámenes y siguiese la carrera, que ya la madre se encargaría del negocito. Sólo hubo un cambio: en lugar de medicina siguió farmacia, que duraba tres años menos.

Sólita, trabajando noche y día, permanentemente fatigada, la viuda administró la casa y el negocio, pagando las deudas y garantizando la mensualidad al hijo universitario. Más de una vez intentó él emplearse, pero la madre se opuso: su tiempo para los estudios era sagrado, tenía que dejar el trabajo para después de licenciarse.

Cuando lo vio hecho un doctor, de anillo y diploma, envuelto en la toga negra y en la solemnidad de la colación de grados, no soportó tanta alegría: esa misma noche, de regreso al hotel, tuvo el derrame. Se salvó por milagro, pero quedó paralítica para siempre.

El joven farmacéutico, viéndola al borde de la muerte, en un gesto de héroe de dramón, aunque sincero, le juró que estaría siempre a su lado y que seguiría soltero mientras ella viviese. Al día siguiente lo primero que hizo fue romper su compromiso con Violeta Sá y no volvió a tener otra novia. Como única alegría y diversión le quedó el fagot, instrumento que aprendió a tocar cuando todavía era un alumno de secundaria, en la Lira Municipal.

Al licenciarse, vendió el negocio de Jequié, y adquirió, en sociedad con otros, una parte de una decadente farmacia de Itapajipe, propiedad de un médico que tuvo triste fin: víctima de una celebridad prematura cometió los mayores desatinos, obligando a la familia a internarlo. El doctor Teodoro alquiló casa cerca de allí y vivió exclusivamente dedicado al trabajo y a la madre tullida, inmovilizada en una silla de ruedas, la mirada perdida, la voz ronca y dificultosa, celosa del hijo. Por las noches se sentaba junto a ella y ensayaba solos de fagot para aliviar la terrible soledad de la enferma. Así permaneció durante años y años, saliendo muy poco del barrio, en el que era popular y estimado. Cuando conoció al músico Agenor Gómez, ingresó con su fagot en la orquesta de aficionados que reunía, en torno al competente maestro, a unos cuantos médicos, ingenieros, abogados, un juez, un dependiente y dos comerciantes. Todos los domingos se juntaban para tocar en casa de uno de ellos, felices con sus instrumentos y sus composiciones. Bajo la dirección del joven titular, la farmacia volvió a su antigua prosperidad y la fama del doctor Teodoro, como hombre recto y bueno, fue imponiéndose y creciendo con el tiempo. Fueron muchas las pretensiones que surgieron en torno al fagot del joven farmacéutico, pero éste, serio e incapaz de hacerle perder el tiempo a una joven casadera, no entretuvo ni dio esperanzas a ninguna. Todas las finezas propias del noviazgo las reservó para la paralítica: flores, cajas de bombones, delicados regalos y hasta una sonata compuesta por el maestro en homenaje a esa devoción filial, titulada «Tardes de Itapajipe con el amor materno». El médico trastornado se murió y el doctor Teodoro atendió los problemas de la sucesión, resolviéndolos como si se tratara de los bienes de su familia. Tal vez por eso la viuda concibió la idea de casarlo con la hija más joven, una atorranta que daba miedo. Por suerte para el doctor Teodoro la promesa no se lo permitía, porque de lo contrario podría haberse visto de pronto casado con la pelandusca (hasta tal punto era dominadora la viuda, que ya había llegado a tratarlo como si fuera su suegra, disponiendo de su vida). Alarmado, el doctor Teodoro sólo tuvo un recurso: traspasar su parte de la sociedad, retirándose de la farmacia y de la amenaza de noviazgo.

Cuando estaba preguntándose qué hacer con el dinero recibido se encontró con un conocido suyo (suyo y nuestro, pues ya lo hemos visto en otra ocasión, al volante de su auto en la calle Chile, casi atropellando a doña Rozilda, y encima soltándole regios exabruptos), el experto representante de productos farmacéuticos Rosalvo Medeiros, quien le dio un dato de primera: un próspero establecimiento, la Droguería Científica, situado en un punto formidable, era causa de una de esas sórdidas luchas entre herederos de una sucesión en litigio, una torpe pelea familiar. Excelente oportunidad para quien tuviese dinero; podía hacer una compra estupenda.

Y así lo hizo el doctor Teodoro, adquiriendo las partes de dos de los cinco herederos, abonando algo al contado y el resto a plazos. Emprendía de este modo algo grande, adquiriría un patrimonio. En los comienzos pasó momentos de apuro, rescatando documentos que pagaban elevados intereses. En aquellos primeros tiempos le fue muy útil su relación con el banquero Celestino, a quien lo recomendará otro miembro de la orquesta de aficionados, el doctor Venceslau Pires da Veiga, que era casi tan buen violín como famoso bisturí. El portugués percibió en seguida que se trataba de un hombre serio: tenía vista y olfato, no se engañaba nunca. Y le facilitó la renovación de los pagarés, aliviando así su situación.

Hombre de pocos gastos (sus lujos se reducían a una enfermera competente para la madre, el fagot y la visita semanal a Tavita Languidez), el farmacéutico, gracias al apoyo del banquero, cruzó sin mayores riesgos aquellos primeros tiempos en Cabeça, cuando aún estaba endeudado. Un año antes de sentirse atraído por doña Flor había pagado, con un suspiro de alivio, el último vencimiento.

Ahora ya no era más el socio de una pequeña farmacia en Itapajipe, sino de una droguería en el centro de la ciudad. Y, aunque socio menor, poseía las dos quintas partes del capital y hacía y deshacía en el negocio, pues los tres hermanos no se entendían y era muy raro que pusieran los pies en la Científica (a no ser para pedir un adelanto a cuenta de los dividendos).

Además, como farmacéutico titular del establecimiento y por la atención diaria del mismo, le correspondía una participación mayor en las ganancias. Esperando que más pronto o más tarde podría comprar las otras partes, cuando los hermanos, una caterva de inútiles haraganes, acabasen por tirar en la buena vida el resto de la herencia, el doctor Teodoro fue ganando paulatinamente el respeto y la estimación del barrio; incluso de las comadres.

Cuando llegó a Cabeça, irreprochable en su traje oscuro, serio y competente, un solterón rondando los cuarenta, las comadres, apenas verlo, se pusieron en campaña. Escudriñaron su vida íntima, evaluaron su ciencia - «qué mano más delicada para las inyecciones», «receta mejor que muchos médicos»- , pasaron por un peine fino los menores detalles de su biografía, desde los estudios, costeados con el trabajo de la madre, al frente del negocito de Jequié, hasta los solos de fagot - arte y placer del célibe- y las lágrimas del capítulo dramático del derrame, cuando el doctor Teodoro jurara no amar a ninguna mujer para atender mejor a la parálitica.

Doña Dinorá, escrupulosa y exacta, obstinada en la averiguación de los menores detalles, amplió su campo de investigaciones hasta Itapajipe, en donde entrevistó a la enfermera que había cuidado a la viejecita en su sillón de lisiada. Su dedicación de hijo merecedor de una sonata - melodía y poema- se impuso a la maledicencia de las comadres, quienes dejaron al boticario en paz con sus austeros hábitos y su madre enferma.

Estaban tan acostumbradas a verlo a través de su solemne compromiso filial que ni se dieron cuenta del profundo cambio cualitativo ocurrido meses antes, cuando la madre del doctor Teodoro murió en su sillón de ruedas, en el que había vivido durante más de veinte años, quedando el hijo libre de su fatal promesa. Libre para casarse. Pero es que para las comadres el farmacéutico no existía como tema de chismes y rumores. Chismorreaban sobre todo el mundo menos sobre él, «el doctor Teodoro es un hombre recto».

Cuál no sería su asombro, pues, cuál no sería su estupefacción - el fin del mundo- cuando estalló la noticia del interés que tenía el droguista por la profesora de cocina. ¡Ah, traidor! Las comadres, en formación de combate, ocuparon todas las posiciones estratégicas entre la Droguería Científica y la Escuela de Cocina: Sabor y Arte. El doctor Teodoro tenía que cruzar, con su paso mesurado, su saco gris-ceniza o azul, y su austera compostura, por entre las miradas y las sonrisas de las vecinas, cuando pasaba ante la ventana desde la que doña Flor respondía con una sonrisa breve y amable al respetuoso pero apasionado saludo del pretendiente. ¡Ah, traidor!, ¡cazurro!, ¡simulador...! - se decían con las miradas y los gestos las intrigantes- . Continuaba viviendo en la misma lejana casa de Itapajipe, pero ya no



se apresuraba a tomar el tranvía primero y el elevador luego apenas cerraba las puertas de la Droguería: ya no lo esperaba más, con nerviosa impaciencia, la madre entenada. Tomó la costumbre de almorzar y cenar en el restaurante del portugués Moreira, y rondaba por Cabeça, Maciel, Sodré, como si no pudiera abandonar las cercanías de la viuda. La cortejaba de lejos, discreto, sin imponerle su presencia. Pero ¿cómo actuar con discreción, en los límites de la reserva, con tanto comadrerío en torno, tropezando a cada paso con una de las beatas, escuchando las insinuaciones de doña Dinorá?

El doctor Teodoro, hombre de actitudes francas, enemigo de fraudes y embaucamientos, se sentía incómodo. La situación se le fue haciendo insostenible.

Doña Norma se dio cuenta:

- Me da pena...

Doña Flor se sonreía con simpatía:

- Pobrecito...

- Esto no puede continuar así..., voy a dar un paso...

Doña Norma decidió tener una sincera conversación con el apasionado farmacéutico para resolver aquello de una vez. La misma doña Flor tampoco podía ya ocultar que también estaba interesada, refiriéndose a él con afecto, firme en la ventana a la hora en que el doctor pasaba por la calle.

- Voy a hablar con él...

- ¿Estás loca, criatura? Va a pensar que yo te mandé, que soy una perdida, una que se anda ofreciendo por ahí...

- No seas tonta..., déjame a mí...

Pero doña Norma no llegó a tomar la iniciativa, pues aquella misma tarde doña Flor se presentó en la casa de ella casi sin aliento, llevando en la mano las hojas y el sobre de una carta. Papel azul con orlas de oro y perfume de sándalo, un primor.

Declaración en regla, frases de galanteo en selecto portugués, relación de bienes y de cualidades, puestos unos y otros a los pies de la dama; honestas intenciones, nobles palabras y el soplo de una pasión verdadera que trasponía los rectilíneos límites de la reserva dándole a ese documento - en el que se revelaba todo un carácter- el tono de un alegato de amor, tembloroso y vivo. - ¡Fabuloso...! - dijo doña Norma, leyendo con avidez y entusiasmo- . ¡Es un coloso!

## 13

Así como el primer casamiento de doña Flor hubo de realizarse a toda prisa, en rápida y restringida ceremonia, en el segundo todo sucedió como debe ser, muy ordenadamente y hasta con cierto brillo. El primero no fue precedido por el noviazgo, yéndose derechamente desde el cortejo (impúdico) al matrimonio, pasando por la cama (antes de hora). Porque se había celebrado en aquella desagradable y embarazosa situación de urgencia debido a la necesidad de cubrir con el aval del Estado y de la Iglesia el virgo destapado anticipadamente por el festejante, y de este modo restaurar, si no el preciado pellejo, por lo menos el buen nombre de la familia.

Esta vez el casamiento se hizo con participaciones e invitaciones impresas, con noticia en la columna de «Sociales» de *A Tarde* - con una elogiosa referencia al doctor Teodoro, «nuestro estimado y conspicuo suscriptor»- , música, y gran iluminación, y gente, mucha gente en la iglesia de Sao Bento, donde el celebrante, don Jerónimo, pronunció uno de sus más elocuentes sermones; a su vez, en la ceremonia civil, el juez, doctor Pinho Pedreira, con los elegantes conceptos que lo caracterizan, vaticinó a la nueva pareja, en un breve y amable discurso, una vida de paz y armonía «bajo el signo de la música, voz de los dioses». El enjuto y preclaro juez era colega del novio en la orquesta de aficionados reunida bajo la batuta del maestro Agenor Gómez, siendo distinguido clarinete de la misma.

Tuvo así el segundo casamiento de doña Flor cuanto le faltó al primero. Organizado

con escrupulosa eficacia por doña Norma a pedido de los novios, cada cosa estuvo en su lugar a la hora prevista, todo de muy buena calidad y a precio accesible, habiendo contribuido al éxito la ayuda entusiasta de toda la vecindad.

¿Qué es lo que no podía conseguir doña Norma? Incluso logró la presencia de doña Rozilda y su total reconciliación con la hija. Vinieron también, de Nazareth, el hermano y la cuñada de doña Flor, registrándose sólo la ausencia de Rosalía y Antonio Moráis, pues el mecánico mantuvo su resolución de no volver a Bahía hasta que la suegra se hubiese ido a tomar «vacaciones permanentes en el infierno».

Esta vez doña Rozilda no encontró nada que criticar: era un casamiento a su gusto, tanto la ceremonia como el yerno. Al fin un yerno que se acercaba al modelo soñado en los lejanos días de la Ladeira do Alvo; no del todo, naturalmente, no era el príncipe perfecto, el ideal casi alcanzado con el estudiante Pedro Borges. Pero, en fin, era un doctor, con recursos, socio de una farmacia bien surtida y situada. Hombre probo y de mundo, alguien en la vida, no un pobre diablo que ganaba el pan rastreando bajo los automóviles de los otros, lleno de grasa, como el marido de Rosalía; y mucho menos un vago atorrante, un charlatán como el primer esposo de Florípedes. A este doctor Teodoro ella podía exhibirlo sin menoscabo ante sus relaciones de élite, era un hombre de pro, un yerno con solidez, con recursos.

En el segundo casamiento lo único que faltó fue el período de festejo, y con razón, pues no queda bien que una viuda se deje cortejar en una esquina o en el escondido rincón de un portal, con abrazos y desenfrenos: besitos, apreturas, toca-aquí- toca- allá, las manos de él en sus pechos o recorriendo sus muslos. Descaros y desvergüenzas tolerables en el noviazgo de una doncella siempre que sean serias las instituciones del cortejante, lo cual le da derecho a algunos anticipos, pero insoportables e inmorales cuando se trata de una viuda.

He ahí por qué al declararse el doctor Teodoro a través de tan noble epístola, se resolvió entre las partes - con el consejo y la aprobación de parientes y amigos- un respetuoso y breve período de compromiso durante el cual podrían doña Flor y el doctor Teodoro conocerse mejor y apreciar mutuamente sus cualidades y defectos, para decidir o no casarse. La amarga experiencia de doña Flor - al decir de Sampaio, embajador plenipotenciario- no le permitía dar un paso tan serio sin amplias garantías de éxito.

Un paso tan serio: ni siquiera doña Norma, con toda su buena voluntad y su no menor capacidad, se animó a dar por su cuenta un consejo a la amiga sobre el tenor de la respuesta a las hojas azul y oro que trascendían a perfume de sándalo y a pasión. Para ella, íntima y fraternal amiga de doña Flor, al tanto de sus secretos, de su necesitada situación de joven hembra presa en las redes de la viudez, no cabía duda que ese casamiento era la solución perfecta para todos los problemas de la amiga. Pero la respuesta a la ardiente y cortés declaración no podía reducirse a una palabra: «Acepto.» ¿Y después?

Era necesario aprovechar la ocasión para poner todo en su lugar, precisando actitudes, condiciones y plazos, de forma que doña Flor no fuese víctima de la condenación de las gentes, ni tampoco se prolongase demasiado la ridícula imagen que ofrecía ahora el inexperto farmacéutico, hombre bien considerado y de respeto, que de repente se veía convertido en payaso y en motivo de burlas por parte de las comadres que espiaban su paso por la calle y describían sus miradas y suspiros, divirtiéndose a costa suya. He ahí por qué doña Norma no sólo convocó a su entrañable amiga doña Gisa, letrada y sabionda, sino que también quiso oír a don Sampaio y apoyarse en él. Al principio pensó en Nazareth das Farinhas o en Río, en la madre y en los otros parientes de doña Flor.

Pero tanto ella como la viuda concordaron en que era inútil la presencia de los bondadosos viejos en los debates preliminares del caso. Si llegase el momento solemne del compromiso, entonces sí, harían salir de su jardín a la tía Lita y al tío Porto de sus coloridos paisajes para recibir la petición del pretendiente y comprobar sus intenciones.

Aquella fue una noche complicada para doña Norma, que tuvo que pedirle a doña Amelia que la sustituyera en la cabecera de una prima suya, en quinto o sexto

grado, que recién acababa de dar a luz:

- Esta Normita no tenía por qué haberse ofrecido a acompañarla, la joven está llena de parientes..., se ofreció de puro entrometida, ¡qué mujer más atolondrada...! - protestaba doña Amelia, camino del hospital contra su voluntad.

También doña Gisa hubo de deshacer un compromiso: una reunión musical en casa de unos amigos alemanes, donde, a media luz, se oían discos de Beethoven en devoto silencio, sorbiendo alguna copita. En cuanto a don Sampaio, fue de mala gana, a la fuerza: no estaba en sus costumbres meterse en la vida ajena y mucho menos entrar en el terreno de los palpitos a propósito de un asunto tan personal como el casamiento. Pero tratándose de doña Flor, criatura a quien realmente estimaba, viuda honesta ¡y qué churro, qué postre! (don Sampaio no podía reprimir sus malos pensamientos), se decidió a salir, resolviendo dejar sus ocios y sus principios para atender el pedido.

Tras una nueva lectura de la carta, hecha en voz alta y con comentarios, don Sampaio comenzó aquella histórica conferencia en la cumbre (como diría la prensa de hoy):

- Me gusta, es un hombre de elevados sentimientos - opinó el dueño de la zapatería.

Se oyó a continuación el tímido asentimiento de doña Flor:

- Sí, pienso que sí... ¿Por qué no? Me parece simpático...

- ¿Simpático? Es un pedazo de hombre, un *zorro* - protestó doña Gisa, dispuesta a usar la jerga bahiana en su media lengua de gringa.

Finalmente, por sugestión de doña Norma, resolvieron darle plenos poderes a don Zé Sampaio para que en nombre de la viuda hablase con el farmacéutico sobre los trámites necesarios, dándole el sí pero no sin condiciones. Debían terminar de inmediato las demostraciones, e iniciar un noviazgo discreto, precedido de un encuentro con los tíos de doña Flor en el que se oficializaría el compromiso.

Hecho esto, el doctor Teodoro podría frecuentar la casa de la prometida tres veces por semana, los miércoles, sábados y domingos. Los miércoles y los sábados debía llegar después de la cena, permaneciendo hasta las diez de la noche; todos los encuentros, como es natural, debían suceder en presencia de terceros, para no dar lugar al más mínimo rumor sobre la responsabilidad de la viuda. El régimen era más suave los domingos, que debían comenzar con un almuerzo en Río Vermelho, en casa de los tíos, y terminar con una función de cine en compañía de los Sampaio o de los Ruas. No es posible cerrar el acta de aquella memorable reunión sin hacer constar en ella el descontento y el desacuerdo de doña Gisa con tales limitaciones. Se había opuesto con énfasis a la mayoría de tan ridículas y tontas exigencias, normas retrógradas que en su opinión no eran más que restos de la Edad Media, feudales y penosos. Pero el mismo Zé Sampaio, hombre de experiencia, las consideraba necesarias para preservar sin mancha el buen nombre de la vecina.

Todo indicaba que el doctor Teodoro era un hombre de bien - como sugerían su comportamiento anterior y los elevados conceptos de su carta- , pero aun así debía protegerse a la viuda contra cualquier abuso, no fuese que el boticario, después de estar día y noche en casa de la indefensa doña Flor, después de pasearla de un lado para otro en giras y excursiones, quizá a lugares distantes, nadie sabe dónde, los dos solos, saliera luego el bribón escapándose de repente, como tantas veces había sucedido en semejantes casos. ¿Dónde irían a parar entonces la honra y el límpido buen nombre de la vecina? Si sucediera eso, doña Flor pasaría, de ser considerada como una viuda ejemplar por su seriedad y comportamiento, a ser vista como orinal de difunto, en el que cualquiera hace pis y se marcha. Doña Gisa, con su sapiencia, podía reírse de esas costumbres, pero él, José Sampaio, celoso de la salud moral de doña Flor, opinaba que...

¡Edad Media, feudalismo, Santa Inquisición...! ¿Dónde se vio que una mujer de treinta años, viuda, dueña de hacer su gusto, dueña de su dinero, ganado con su trabajo idóneo, necesitase testigos para recibir la visita del novio, un caballero que pasaba los cuarenta? Sólo en el Brasil era posible semejante atraso..., en los

Estados Unidos todo el mundo se reiría...

Don Sampaio escuchaba en silencio a la gringa, observándola, dándole la razón en lo más recóndito de su pensamiento: todas esas precauciones, esos testigos, eran una gran tontería, ya que finalmente quien da lo que es suyo se lo da a quien quiere y cuando mejor le parece... ¡Y qué bueno sería si la gringa, con tanta chachara y tanto futurismo, resolviese darle a él algo para poner en práctica sus teorías, su desprecio por los convencionalismos, por esas chiquilleras...! ¡Pero nada! Tanta palabra, tanta indignación, tanta ciencia y tantas letras, y después era una roca. Por lo menos hasta que hubiera pruebas en contra. Si se entregaba era en secreto. ¡Y qué secreto más absoluto! Nadie, ni siquiera doña Dinorá, tuvo jamás la menor sospecha, ni un solo gesto; ni siquiera se le conocía un pretendiente. Muchas habladurías, sí, pero todo en vano, todo concluía desvaneciéndose en la nada. Y la gringa se reía, feliz de la vida, con todos los síntomas físicos y morales del sexo satisfecho, bien servido, mientras las comadres seguían despistadas, sin descubrir una paja por más que escarbasen.

Vaya usted a saber, a lo mejor no se daba y era seria de verdad..., lo cual, finalmente, era consuelo, reflexionaba melancólicamente don Sampaio, mientras daba por finalizada la conferencia. Al día siguiente, contrariando una vez más sus hábitos, don Sampaio tardó en salir camino de su zapatería: estaba esperando la hora de la cita con el doctor Teodoro en la Droguería, deseando desembarazarse pronto del encargo.

Fue una conversación cordial, aunque al principio un tanto difícil, hilvanada con azoramientos y reticencias. Don Sampaio no sabía cómo abordar el tema y el doctor Teodoro se estrenaba en tan delicada faena. Sin embargo, llegaron a entenderse gracias a su mutua buena voluntad: el tendero lleno de simpatía por la causa, el farmacéutico dispuesto a cualquier acuerdo siempre que en él se incluye el casamiento con la viuda, guiado por su pasión definitiva de hombre maduro. El encuentro tuvo lugar en el laboratorio, en los fondos de la botica, que en apariencia estaban al abrigo de las miradas y de los oídos indiscretos. Nada más que en apariencia, pues en esa hora matinal, doña Dinorá, en guardia permanente, observó el cauteloso abordaje de don Sampaio, su sospechosa demora en el retiro del laboratorio (ni un tratamiento de sífilis tardaba tanto), y decidió asomar la cara por allí con el pretexto de su inyección contra el reumatismo (cuando la verdad no tenía que dársela hasta el día siguiente y por la tarde).

El susto de los conspiradores al ver el rostro de la entrometida equivalía por sí solo a una confesión; pero además ella ya había escuchado un fragmento de la conversación, una reveladora afirmación de comerciante de calzados:

- Siendo así, mi querido doctor, mis felicitaciones a las dos partes, a usted y a ella..., ambos merecedores...

La noticia corrió rápidamente de boca en boca, circulando por todas las calles de los alrededores, y doña Flor comenzó a recibir felicitaciones incluso antes de conocer el éxito de la misión tan brillantemente llevada a cabo por don Zé Sampaio (que además fue nombrado padrino del acto religioso, en agradecimiento).

El sábado por la noche, a la espera del encuentro del pretendiente con la viuda, se hizo una pequeña y animada velada frente a la casa de doña Flor: las comadres se apostaron sin la menor vergüenza en la acera del argentino, espiando desde allí la sala de recibo de la Escuela de Cocina. Dona Flor aguardaba, sonriente y apacible, la excitante visita; la rodeaban, como es de rigor, sus parientes próximos, en este caso, sus tíos y sus amigos más íntimos (incluso dona Dinorá, que amenazó con declarar una guerra sin cuartel si no se la invitaba), tres o cuatro parejas, doña María del Carmen y la joven Marilda (tan nerviosa como si se tratara de la petición de su mano), y, en el mejor sillón, el doctor Luis Henrique, personalidad de la Administración Pública y de las letras patrias y amigo de la familia, una especie de pariente rico. Afuera, los no invitados aumentaban en cantidad e importancia.

El doctor Teodoro llegó a la hora exacta, con la precisión de su cronómetro suizo, con una elegancia que había que verlo: de flor en el ojal, un espléndido personaje que estremeció a todas las comadres. Ceremoniosamente recibido por tía Lita,

luego de saludar a todos los presentes se dirigió al lugar que se le había designado de acuerdo a un riguroso protocolo: en el sofá, al lado de doña Flor.

Doña Flor estaba resplandeciente con su nuevo vestido, hermosa y simple en su rubor y su recato, toda cobre y oro. Nadie podría adivinar, viéndola tan tranquila, de ánimo tan firme, hasta qué punto estaba por dentro muerta de angustia, oprimida y afligida, hasta qué punto creciera su ansiedad en esos días de esperanza y de duda. Al fin iban a pasar los tiempos duros, las negras noches, el desierto de luto y soledad: iba a emprender de nuevo la cabalgata del placer, iba a gozar del amor.

Sentóse el doctor Teodoro en el borde del sofá y todo fue silencio y espera, un minuto solemne, inolvidable y muy incómodo. El farmacéutico recorrió con los ojos la sala llena, encontrándose con la animadora sonrisa de doña Norma. Entonces, volviendo a ponerse de pie, se dirigió a doña Flor y a los tíos y dijo cuán feliz sería «si ella quisiera hacerle la merced de aceptarlo como novio y futuro esposo en breve plazo, resolviendo ser su compañera en el sendero de la vida, ruta pedregosa, llena de obstáculos y tropiezos que se transformaría en un paraíso si él contara con su apoyo y su bálsamo...».

Una arenga de orador, era una retórica digna de un bachiller o de un político, toda una faceta inédita del doctor Teodoro. «¡Cuántas virtudes tiene este hombre!», pensó doña María del Carmen, que de todos los presentes era la que menos trato tuviera con el pretendiente. Prosiguió su discurso afirmando que ya se sentía en los umbrales del paraíso por el hecho de estar allí, entre los tíos y los amigos más dilectos de la que era el motivo de su vida; era una pena que no estuvieran presentes también la hermana y el hermano, la cuñada y el cuñado, y, sobre todo, la venerable anciana, la santa madre de doña Flor...

Tan imprevista mención a doña Rozilda casi hace atragantarse a doña Amelia, a quien se le atravesó una carcajada en la garganta: «Espera a conocerla y ya verás qué santa es la viejita», se dijo, tapándose la boca y desviando los ojos para intercambiar una mirada con doña Norma o doña Emina. En resumen, el doctor Teodoro deseaba solicitar la mano de doña Flor, su mano de esposa, en presencia de tantos valiosos testigos. Tan lindamente habló que doña Norma no se contuvo y aplaudió, con gran indignación de don Sampaio: «¿Dónde se vio aplaudir en momentos así, cuando se impone los más discretos modales?» Pero doña Flor restableció el orden y la armonía poniéndose de pie también y tendiendo su mano hacia el pretendiente:

- Yo también deseo casarme con usted...

El doctor rozó apenas la mejilla de la novia con un beso y luego hubo una confusión general de abrazos, felicitaciones, parabienes y besos de las mujeres, mientras los invitados, que habían permanecido afuera, penetraron en la casa, regañando al doctor Teodoro:

- Don simulador, santo falso...

Una mesa cubierta de dulces y saladitos atrajo a las indómitas comadres. Marilda y la criada servían licores caseros: de huevo, de violeta, de grosella, de *umbú* y de *araca*, cuyo paladeo fue causa de que el farmacéutico cometiera una risueña equivocación:

- ¡Ah!, estos licores son excelentes... Los hacen las hermanas del convento de Lapa, ¿no?

Y es que el sabor le había resultado conocido, idéntico al de otros licores gustados en alguna otra casa también acogedora, también de una agradable calidez humana. Los demás se rieron de su afirmación, pero no quisieron aceptarla ni siquiera como hipótesis, considerándolo casi un insulto: ¿acaso no tenía él noticia de las dotes de doña Flor? No sólo era una cocinera insuperable y una repostera sin rival, sino también una maestra en licores; los de las hermanitas de Lapa, del Destierro o de los Perdones son mejunjes, jarabes de farmacia, señor doctor, no se pueden comparar con los de su novia ni de lejos...

No, no tenía noticia de su don para los licores; confundido, en actitud de autocrítica y penitencia, ofrecía su mano para recibir el castigo. Hasta él había llegado, eso sí,

la fama de su regia cocina, que aseguraba que doña Flor no era profesora de condimentos por azar sino por competencia, por ser una verdadera artista. Nunca tuviera antes ocasión, desdichadamente, de probar esas delicias; pero le había llegado la hora del desquite. Con toda seguridad iba a engordar mucho.

Y así pasó la alegre fiesta del compromiso. En una de esas vueltas que da el mundo, el doctor fue a parar a la antesala del lecho de doña Flor, en la orilla de su esperanza. Se sentía torpe, pues no tenía experiencia en noviazgos y conquistas, ya que su trato más íntimo con una mujer se reducía al encuentro semanal con Otaviana. Si alguna vez el farmacéutico había percibido, tras la hetaira, la sutileza de Tavita Languidez, y le ofreció, además de las monedas contantes y sonantes, la gentileza de una palabra suave, con el correr del tiempo ese tráfico de sentimientos se redujo a las habituales cordialidades y amabilidades, las corteses atenciones, con dulces y licores y conversación en la cama, todo libre de galanteos y ternuras de noviazgo o de enamoramiento.

Cuando él se despidió, doña Flor le ofreció nuevamente la mejilla para el casto ósculo que, entre temeroso y tímido, pero sobre todo tieso, le dio el comprometido novio. Doña Flor alcanzó a sentir el temblor de su mano al rozar sus dedos húmedos. Y pensó que el doctor Teodoro también ardía por dentro, lo mismito que ella.

Esa noche doña Flor soñó con él y sólo con él, viéndolo como un gigante moreno, fuerte, invencible, de amplio pecho («una mosca blanca», como decía doña Gisa chasqueando la lengua), que venía y la raptaba.

Así fueron los esponsales de doña Flor. En las calles de los alrededores no se comentaba otra cosa. Por lo demás, sin discusiones ni habladurías, con unánime aprobación. No surgió una sola voz que discordase: todos simpatizaban con el noviazgo del boticario y la viuda, los cuales, en la opinión general, estaban hechos el uno para el otro.

Primero doña Flor estableció un plazo de por lo menos medio año para la fecha de casamiento. Ésa fue una de las pocas cláusulas que el novio discutió. ¿Por qué tanto tiempo, preguntó el doctor Teodoro, si no tenían que preparar el ajuar ni problemas que resolver? Las amigas y las comadres estaban de acuerdo con él, y la misma doña Flor acabó por darle la razón, reduciendo a tres meses aquella etapa pudorosa, de sofrenado deseo.

Fueron tres meses de bonanza, una vez que se acostumbraron (fácilmente) el uno al otro y vieron que se llevaban bien, cada día mejor. Durante ese período, en las veladas de prolongadas conversaciones, con la participación de doña Norma o de alguna otra amiga, decidieron todos los detalles de su próxima vida en común.

Acordaron residir en casa de doña Flor no sólo porque era más cómoda para el doctor Teodoro - quedaba cerca de la Droguería- , sino porque doña Flor se había negado terminantemente a clausurar las actividades de la Escuela, como él proponía. La farmacia le daba lo bastante como para que pudieran vivir bien, con un modesto pasar - argumentó el doctor Teodoro- ; ¿para qué quería continuar con su fatigosa labor? Pero doña Flor se había acostumbrado a ella y en verdad no sabría vivir sin sus alumnas, sin los revoltosos grupos, las risotadas, los diplomas, la disertación y las lágrimas de fin de curso con la entrega de títulos, y algún dinero propio. De ninguna manera, ni hablar de eso.

En todo lo demás, de acuerdo: ni siquiera fue motivo de discusión la cama de hierro, por la que ella sentía secreto apego, pues le agradaba su forma antigua. La novia había temido por su suerte, pensando que quizá el doctor no quisiera dormir en ella, donde el primer esposo la poseyera tantas veces. Cuando hicieron el inventario de lo que debían comprar para arreglar la casa a su satisfacción (por ejemplo, un escritorio en el que el farmacéutico pudiera tomar sus notas y guardar sus papeles), recorrieron pieza por pieza, examinando las cosas y tomando decisiones; al llegar al dormitorio él propuso que se comprara un nuevo colchón, ya que el viejo estaba lleno de montículos, de altos y bajos. Había unos colchones de elásticos, una novedad reciente, magníficos. Él mismo tenía uno, pero de una plaza. En cuanto a la cama, ¿no sería mejor pintarla, ya que iba a hacer pintar la casa y algunos muebles? Y eso fue todo.

Se iban acostumbrando el uno al otro y doña Flor ya sentía ternura por aquel hombre tranquilo y bueno, un tanto solemne y sistemático, que exigía que todo estuviese en su lugar y a la hora exacta, pero incapaz de una indelicadeza, lleno de atenciones y, sin duda, muerto de amor por ella. Ahora, tanto al llegar como al despedirse (y venía diariamente, pues acabaron con aquella bobería, tan criticada por doña Gisa, de visitarla sólo tres veces a la semana), ya la besaba ligeramente en los labios. Con su fuerte boca apenas tocaba los labios de la viuda. Ella sentía ganas de morderlo, dándole un beso de verdad.

Cierta noche en que fueron al cine llegaron tarde, como sucedía cada vez que salían con los Ruas, y ya había comenzado la función; en la sala, casi llena, no encontraron lugar para sentarse juntos los cuatro en la misma fila, quedando doña Flor y el doctor Teodoro allá delante, incómodos. Incómodos para ver la película porque la pantalla estaba muy cerca, pero solitos en la fila y con las manos entrelazadas. En un momento dado él le rozó suavemente los labios, pero ella abrió los suyos y lo besó profundamente. Ése fue el primer beso cambiado entre ellos, en una caricia de hombre y mujer, pues los anteriores fueron ósculos y no besos. Faltaba una semana para que se acabasen los esponsales, para presentarse ante el juez y el cura. Ese beso era como la inauguración de su intimidad, destruía el pudor y la vergüenza que convirtiera sus relaciones en el más ceremonioso de los noviazgos.

Doña Flor soñaba todas las noches con ese beso de verdad, y en sus vigiliass le daba razón a doña Gisa: puesto que iban a casarse dentro de unos días, ¿por qué diablos no matar de una vez el hambre y la sed que los devoraba? No lo hicieron, claro, ni hablaron jamás de eso, y ni siquiera lo insinuaron. De ese beso, sin embargo, nacieron otros, y las manos permanecieron apretadas y las cabezas juntas en la oscuridad del cine. Esa noche doña Flor durmió sin sobresaltos; descansando, al fin, después de muchos meses de pesadillas.

Y así llegó doña Flor, honrada y en calma, al día de su segundo casamiento. La casa lucía hermosa, parecía nueva, pintada al aceite, con un chispeante rebrillar de colgajos y la placa de la escuela reluciendo. Los antiguos muebles estaban dispuestos de otro modo, completándose con los recién adquiridos, como el escritorio y su correspondiente sillón giratorio; en la cama de hierro (ahora azul) ya se había puesto el colchón de elástico - exquisitez de exquisiteces- , un *xispeteó*. En la pared de la sala ya no colgaban los retratos en color de doña Flor y del primer esposo. En su lugar, en la víspera del casamiento, se puso la fotografía del grupo que se licenció junto con el farmacéutico, en la cual, en medio de sus colegas, estaba él, sonriente, con la toga negra y vestimenta de doctor.

No hubiese quedado bien que el finado continuara presidiendo la casa, le susurró doña Norma a doña Flor. Tenía razón, pero doña Flor no quiso que en la pared estuviera sólo su retrato: un retrato de cuando era jovencita, de la muchachita que ella fuera. Sin juicio, una tonta, tristonra chiquilla en la edad de sufrir: la mujer del jugador, no la doña Flor de ahora, un poco más gordita y más reposada, la esposa del doctor, madura para la conquista de la felicidad.

Lo decían todos sin excepción - el mundo de invitados que llenaba la iglesia- , incluido el banquero Celestino, que, siempre tan ocupado, llegó con retraso, como ocurrió en el primer casamiento; lo decían todos al concluir la ceremonia en la iglesia de Sao Bento. En el principio de aquella noche de luna, cuando ya los novios iban a entrar al taxi que los conduciría fuera de la ciudad para celebrar las nupcias en la quietud de Sao Tomé de Paripé, en el golfo verde azul de la Bahía de todos los Santos, con innumerables estrellas, música de grillos y coro de sapos..., todos lo decían, incluso doña Rozilda:

- Esta vez sí que acertó; va a ser feliz.

Esta vez sí: lo decían todos, sin excepción.

*IV. De la vida de doña Flor, en orden  
y en paz, sin sobresaltos  
ni disgustos, con su segundo  
y buen marido, en el mundo  
de la farmacología y de la música  
de aficionados, brillando  
en los salones mientras el coro  
de los vecinos proclamaba su felicidad*

(con el doctor Teodoro Madureira en un solo de fagot)

*LA ORQUESTA DE AFICIONADOS «HIJOS DE ORFEO»*

tiene el alto honor de invitar a Su Excelencia y a Su Excelentísima Familia al concierto conmemorativo del sexto aniversario de su fundación, a realizarse en los jardines del palacio de los esposos Taveira Pires, en el Largo de Graca, número 5, el próximo domingo a las 20,30 horas.

*PROGRAMA*

Primera Parte

1. BERGER. Amoureuse. Vals.
2. FRANZ SCHUBERT. Marche Militaire.
3. E. GILET. Loin du Bal. Vals.
4. FRANZ DRDLA. Souvenir. Solo de violín con acompañamiento de piano. Solista, doctor Venceslau Veiga. Al piano: señor Helio Basto.
5. ÓSCAR STRAUSS. El sueño de un Vals. Potpurri.

Segunda Parte

1. FRANCIS THOME. Simple Aveu.
2. OTHELO ARAUJO. Solo de violoncelo con acompañamiento de orquesta. Solista: señor Comendador Adriano Pires.
3. GRAZIANO- WALTER. Gemitto Appassionato.
4. AGENOR GÓMEZ. Arrullos de Florípedes. Romanza con solo de fagot y acompañamiento de orquesta. Solista: Dr. Teodoro Madureira.
5. FRANZ LEHAR. Viuda alegre. Potpurri.

Dirección y piano: MAESTRO AGENOR GÓMEZ.

1

Habiendo comprobado una vez más el orden absoluto y el irreprochable aseo que reinaba en el lugar, doña Filó fue saliendo despacito, con sus lerdos pasos de obesa:

- No se molesten, angelitos... No necesito decirles que les deseo que tengan una buena noche...



Hasta cuando se proponía ser maliciosa era solamente bonachona y maternal. Había conocido al doctor Teodoro cuando éste era todavía un estudiante, compañero y contemporáneo de su hijo, el médico João Batista.

- Contándolos a ustedes, ¿saben cuántas parejas pasaron la luna de miel en esta habitación, desde que estamos aquí en Sao Tomé? Diecisiete... ¿o dieciocho? Ya ni lo sé, tendría que volver a hacer la cuenta...

Una caricia en la mejilla de doña Flor, una guiñada al farmacéutico:

- Que duerman de un tirón toda la noche, apaciblemente... - Su risa franca, que le hacía temblar los mofletes, resonó por toda la casa; en respuesta, se oyó el comentario que en el cuarto de enfrente hacía el doctor Pimenta, con tono de reproche: («Ahí está Filó, jorobando a los huéspedes.»)

- Ven a dormir, mujer..., déjalos en paz...

- Sólo vine a ver si falta algo... - y, echando una última mirada a la puerta - : Pichoncitos...

Doña Flor y el doctor Teodoro quedaron frente a frente en el enorme cuarto, turbados, inhibidos. La inhibición se había ido acumulando durante el día con las bromas de las comadres, las salidas de las alumnas, los chistes idiotas, las chanzas de los vecinos. Tanto en el acto civil como en la iglesia, cada invitado procuraba ser más ingenioso e insistente en su malicia que los demás. El banquero Celestino dijo cada cosa que daba miedo, ese portugués boca sucia; el taxi ya estaba en marcha y él todavía continuaba la orgía de burlas. Así son siempre las bodas de las viudas, sazonadas con los comentarios torpes, con la sal de los dichos ordinarios. Pero si hasta doña Filó, la persona más buena y más acogedora, hasta ella misma perdía su seriedad y bromeaba, recomendándole prudencia al boticario. Muertos de vergüenza, ellos permanecían mudos sin mirarse, como dos aldeanos.

El doctor Teodoro se acercó a los grandes ventanales que daban sobre el jardín, con la visible intención de cerrarlos. A través de ellos la noche entraba entera en el cuarto; la luna, las estrellas, el croar de los sapos, el rumor de los cangrejos y los *aratus*, el brillo de los peces como una lámina de acero en la oscuridad del mar, y la mariposa azul marino con manchas de oro, obstinada en torno a la araña de la luz. La brisa venía por entre los cocoteros y las *mangueiras* y se oía el golpe sordo de los zapotes que los murciélagos hacían caer al chocar con ellos en un vuelo rasante de sombras y fantasmas sobre el charco poblado de grillos y ranas.

Doña Flor, en un impulso repentino - era preciso saltar esa barrera que los separaba, esa paralización inicial y tonta- , se acercó al marido poniéndose de bruces sobre el pretil de la ventana. El doctor Teodoro, venciendo su timidez, la abrazó contra su pecho; con la mano libre señaló la noche de luna, apuntando a la lejanía.

- ¿Ves, querida? - decía «querida» todavía con timidez, costándole- . Allá, en lo alto... Es la Cruz del Sur...

Y ella, que siempre había deseado reconocerla, desde niña.

- ¿Dónde? ¿Dime dónde, querido mío...? Alzó la voz para decir «querido mío...». La cara del doctor Teodoro se iluminó:

- Allí..., fíjate..., mi querida...

¿Por qué, querido, ese miedo, ese temor? ¿Por qué no me tomas en tus brazos, no me besas en la boca, no me llevas a la cama? ¿No ves con qué impaciencia espero, no adviertes el hambre en mi cara, no oyes los sobresaltos de mi corazón, no adivinas mi ansia? También eran para doña Flor una revelación las estrellas de su íntimo cielo nocturno, de su secreta astronomía.

En la ventana, junto a ella, teniéndola contra su pecho, el doctor Teodoro reflexionaba sobre el modo de actuar para no lastimarla, para no herir su pudor como un sinvergüenza o un descarado cualquiera. Cuidado, Teodoro, no seas atropellado, no te apresures, eres capaz de echarlo todo a perder por falta de tacto; a esta criatura tan recta puedes darle una impresión de la que jamás se repondría. En la cama, no vayas a confundir a tu esposa con una mujer de la vida, con una impúdica fulana, con una meretriz que cobra para satisfacer al hombre, entregada al vicio, y de la cual se abusa y con la que se puede obrar sin tener en cuenta la

compostura y el pundonor. Para la lujuria están las mujerzuelas, con su triste oficio. Las esposas están reservadas para el amor. Y el amor, tú lo sabes, Teodoro, está hecho de mil cosas diferentes e importantes. Entre ellas el deseo que corresponde tanto al espíritu como a la materia: cuidado con no convertirlo en sórdido y obsceno. La esposa merece prudencia, sobre todo en relación con cosas tan delicadas, y la noche de bodas es siempre el punto de partida decisivo para una vida feliz o infeliz. Y más aún cuando la esposa pasó por la amarga experiencia de un primer matrimonio desastroso. De acuerdo con lo que te contaron, su primera experiencia no sólo fue amarga sino dolorosa, cruel, llena de sufrimientos y humillaciones.

Por eso mismo, Teodoro, tienes que ser un marido tan delicado y tierno que consigas arrancar del lacerado corazón de la esposa hasta el último recuerdo de toda villanía o falta de respeto padecidos. Sí, él le proporcionaría cuanto le había faltado, sin darle jamás motivo para sufrir o sentirse humillada.

En esa hora de contenida ansiedad en la que ambos buscaban mutua comprensión y ternura, cada uno con sus errores, atrapados en una red de equívocos de la que procuraban encontrar a tientas una salida, se lanzaron al cielo azul temerarios astronautas y de esta forma pudieron encontrar en la órbita de las estrellas la serenidad necesaria y cierta intimidad.

El doctor Teodoro estaba familiarizado con la carta del cielo, con el mapa del universo; conocía los nombres de las constelaciones, satélites y cometas, el número y el tamaño de los astros en las galaxias. Le mostraba con el dedo, en los rincones del infinito, la estrella más pura, y luego la acercaba, como si con su saber y su mano grande la trajera hacia allí para depositarla en el borde de la ventana, sobre la pequeña mano de la esposa.

En la noche nupcial él le dio lo que jamás puede ofrecer un amante a su amante: un collar de astros con su luz divina, y con los volúmenes, pesos y medidas, posición en el espacio, elipses y distancias exactas. Su dedo doctoral los iba eligiendo en el cielo ordenadamente, de acuerdo a su tamaño. Y los astros translúcidos refulgían en el regazo de doña Flor.

Aquella estrella grande para tus cabellos, esa otra casi azul, en la línea del horizonte, la que más brilla, la mayor de todas, ¡ah!, mi querida, es el planeta Venus, impropriamente llamado estrella de la tarde o vespertina cuando se enciende con el crepúsculo y la noche, y estrella de la mañana o matutina, o estrella del alba, cuando irrumpe con la aurora sobre el mar. En latín, ¡oh! mi amor, se dice *stella- maris*: estrella que guía a los navegantes...

No era una lección de cosmografía, pedante e ingenua, no, era un galanteo ardiente, era su modo de vencer la timidez y ofrecerle la magia de la noche y su amor. Doña Flor, toda envuelta en estrellas y ciencia, la cabeza reclinada en el pecho del doctor, estaba ahora más sosegada. Saboreando el placer que le proporcionaban tales conocimientos, preguntó:

- ¿No es Venus también la diosa del amor? ¿Una que no tiene brazos?...

Era algo muy distinto lo que hubiera querido decirle: «Su luz refulge sobre nuestro lecho, es nuestra buena estrella; no tengas miedo, mi querido, no me ofendería si me tomaras, lleno de ardor, si en un arrebato arrancarás ansiosamente este vestido que Rosalía me mandó de Río, si me dejaras desnuda, sólo cubierta por las estrellas, y si cabalgaras sobre mí para irnos, yegua y garañón, por esos campos de *mangueiras* y *cajús*, por ese mar de canoas y *saveiros*.

Pero ¿cómo juntar coraje para decírselo?

Sonriente, el doctor, en osado gesto, le apretó la mano; la suya temblaba. «Sí, era la diosa del Amor en la mitología griega, y la célebre escultura era una creación del genio clásico...»

Doña Flor comprobó de nuevo que también a él le faltaba intrepidez para ser violento y loco, para derribar el muro que los separaba. Semejante hombre con semejante sabiduría y no sabía cómo tomarla y poseerla. En cuanto a ella, ¡ah Teodoro!, por más que lo deseara, no le correspondía tomar la menor iniciativa. Ya casi había sobrepasado los límites de lo correcto, pues la esposa no tiene el deber

de ofrecerse a la excitación de su esposo sin parecer una desvergonzada que compite con las mujeres de la vida, una descocada. Eso compete al marido, Teodoro mío.

Él iba a trancas y barrancas, esforzándose. Habiéndole dado antes por adorno un collar de astros, le ofrecía ahora la riqueza de los monopolios de este mundo y, de yapa, la lucha de los pueblos contra los *trusts*:

- Dicen que por aquí hay una capa subterránea de petróleo inmensa, una riqueza tal que bastaría para que el nuestro fuese un pueblo poderoso...

Ríos de petróleo, torres, perforaciones, pozos, todo a los pies de doña Flor. ¿Qué no le daría él esa noche de bodas?

- Ya me lo habían dicho..., fue tío Porto, que solía andar por aquí...

Doña Flor volvió a reclinar la cabeza en el pecho del marido. Afuera la noche seguía perfumada de jazmín, esa misma noche que los acompañó en el taxi, camino de la casona del doctor Pimenta y de doña Filó, en las lejanías de Sao Tomé de Paripé. Noche de luna en un cielo bajo y fulgurante en el que las estrellas parecían nacer las unas de las otras, anónimamente, pero eran inmediatamente clasificadas por la polimórfica erudición del farmacéutico («Sólo doña Gisa podría hacer pareja con él en cuanto a sabiduría») - ...justo ahí arriba, sobre la genipa, las Tres Marías...

La luna llena se hundía en la oscura y densa agua del mar - una negrura de petróleo- , un mar de golfo en tranquila mansedumbre. Los faroles de los *saveiros*, cometas errantes y rojos, pasaban rumbo a las plantaciones de caña y de tabaco, en las márgenes del río Paraguacu, donde agonizan ciudades y villas de la Antigüedad.

Un mar interior, de dulce bonanza, tibio y quieto. Una brisa suave circulaba entre la *jaqueira* y el árbol del pan. Doña Flor contempla la belleza de la luna sobre las aguas, las arenas, las canoas, los *saveiros*. Un mar de calma y paz.

No el mar océano, barra afuera, feroz y peligroso, con oleaje, corrientes submarinas y traidoras mareas, libre mar de vientos desencadenados, de tremendos temporales, mar de tempestades, desplegándose en dirección a las casitas reservadas de Itapoá, donde el amor irrumpe en aleluyas. Un mar de violencia desatada; no con este dulce perfume de jazmín, sino con el olor de la marejada, el ardiente olor de los sargazos, las algas y las ostras, con gusto a sal. ¿Para qué recordar?

¿Para qué recordar si la noche de Paripé era tan amena, con las estrellas, la luna llena, el mar negro y tranquilo, y la paz del mundo sobre los turbados esposos?... Teodoro, muéstrame en seguida más estrellas, aplasta con tu voz y tu sabiduría los recuerdos de un tiempo oscuro, muerto y enterrado. Traza en tu luminosa constelación nuestro largo y apacible camino, ese río en calma, ese remanso, esa vida de la bahía, la vida feliz que hoy inauguramos lentamente. Doña Flor se estremece, sus ojos se humedecen.

- Tienes frío, estás temblando, mi amor. Qué locura exponerte así, al sereno; es peligroso, puedes engriparte, resfriarte. Entremos, cerremos el ventanal. - Y el doctor Teodoro sonreía, con su sonrisa llena de bondad, al preguntarle, un tanto indeciso- : ¿No te parece que ya es hora, querida?

Ella también se sonrió, medio escondida tras él, jugando, entre maliciosa y recatada: «Eres tú quien mandas, mi señor.» Era tan simpático y gentil, un gigante bondadoso; ella sentía su apoyo, su protección. Le dio el brazo, era su esposo: un hombre de bien, fuerte y tranquilo, como ella necesitaba. Un marido de verdad, sin vueltas.

Como este mar de golfo, sin violencia, sin rompientes, pero ¿quién sabe?, quizá con ocultas estrellas, con insospechadas, imprevistas riquezas.

Entre los dos pusieron las trancas de madera en la ventana.

En el cuarto, la noche se hizo pequeña e íntima, recogida, a la medida de la timidez de los dos esposos. ¿Qué pasará ahora, Dios mío? - se preguntó ella cuando terminaron.

Por hacer algo, doña Flor fue poniendo su ropa y la de él en los armarios. A los pies de la cama los dos pares de pantuflas; sobre la colcha el vistoso pijama amarillo del

doctor y el camisón de encaje y volados, regalo de doña Enaide a la novia, una obra maestra de bordado. Doña Enaide era una artista y con esa finísima labor había hecho las paces con la amiga, poniendo en la cuenta del olvido aquel asunto con el doctor Aluisio, rábula y zafado, un doctor de pacotilla.

El doctor Teodoro - ¡ah!, ése sí que era un doctor de verdad, de *canudo* y anillo-observaba su ir y venir. Ella le mostró el camisón, tomándolo por los hombros. «Bonito, ¿no te parece?», y él, al mirarlo y aprobarlo, sintió un escalofrío en la nuca. «Cuidado, amigo mío, no vayas a echarlo todo a perder con un gesto brusco, una palabra fuerte...», se recomendó el novio una vez más. Era preciso ser prudente, tener tacto, durante los siete días de luna de miel que iban a pasar en el paraíso de Sao Tomé, en las lejanías de Paripé, en casa de los Pimenta. Sólo siete días de mar y jardín, de pereza y voluptuosidad; pero la luna de miel iba a durar toda la vida.

Tenía ganas de decirle a doña Flor: «Nuestra luna de miel va a durar toda la vida.» ¿Por qué tan tímidos e inhibidos? Era como si de repente hubieran gastado toda la intimidad que a duras penas conquistaran en el noviazgo. Sin embargo estaban casados, con la bendición del monje de Sao Bento y las felicitaciones del juez enjuto y músico, y antes del casamiento habían intercambiado algunos besos, ávidos y temblorosos, en el cine y en casa, y sentido la ansiedad y la fiebre, arrebatados por un deseo sin disimulos. ¿Por qué entonces esta turbación; por qué se quedaban así, inmóviles y enmudecidos, como dos palurdos, cuando por fin estaban a solas en la hora de ser totalmente marido y mujer? Él hubiera querido decirle a su amor: «Nuestra luna de miel va a durar toda la vida», pero sólo dijo, con la intención de desatar aquel nudo de angustia y de silencio:

- Mientras tú te cambias, yo voy a entrar...

Y entró al cuarto de baño llevando el pijama y las pantuflas, casi huyendo.

Doña Flor se cambió rápidamente ante el espejo mientras oía correr el agua en el baño, perfumándose con agua de colonia y aroma de heliotropo (doña Dagmar le había dicho que era el más indicado para su color). Sobre el cuerpo desnudo, sobre el vientre pelado, sólo el perfume y el encaje del transparente camisón bordado. Cierta brillo de deseo casi impúdico pugnaba por imponerse sobre su honesto pudor, haciéndole bajar los ojos, trémula y medrosa. Cubrió a la vez el deseo y la hermosura, los encajes y los volados transparentes, con la casta sábana en que el espliego dejara su olor familiar e inocente.

El doctor Teodoro regresó, de amarillo, fascinante; con el pijama, parecía haber crecido. Doña Flor pensó: «¡Qué enorme es!» Una vez que colgó el traje nuevo, de casamiento, pantalón a rayas y saco de *mezcla*, apagó las luces de la araña de cristal, dejando sólo el vacilante e íntimo brillo de la lamparita de aceite ante los santos, en el oratorio secular.

«No me va a ver cuando me quite el camisón.» No iba a ver su cuerpo joven, igual al de una joven virgen, sus senos de doncella - pues no habían amamantado- , su vientre sin las deformaciones de la gravidez, sin la marca del parto, y su rosa de cobre y de terciopelo.

Pero ¿qué importa? Ya vería él su cuerpo cuando terminase la cabalgata, al despuntar de la aurora, en la velada claridad matinal. Ahora lo único que tenía importancia es que lo sintiera joven y ardiente y suyo para siempre. Adivinando su proximidad, doña Flor cerró los ojos, con el corazón sobresaltado.

Al mismo tiempo imaginaba cómo sería, pues ya había estado casada, e incluso antes de estarlo había ido a yogar en un lecho que trascendía a mar y tempestad. Sabía con certidumbre cómo iba a ser, guardaba un recuerdo fiel, exacto, tanto en su mente como en cada rincón de su cuerpo. Un instante más y él, su nuevo marido, cruzando las fronteras de la esmerada educación y del pudor, apartaría la sábana y el camisón, en un tropel de caricias y palabras, y en medio de un desenfreno, de un vendaval de hambrientas bocas y sabias manos, la rescataría de la pudibundez y la vergüenza, llegando al territorio de su húmeda verdad. Sintió el cuerpo del marido junto al suyo, en la cama. Siempre fue necesario conquistarla de nuevo cada vez. Se encogía, se parapetaba tras un manto de vergüenza que re-

cubría de nudosa corteza la pulpa del deseo. Era necesario trasponer esa barrera, sacando a la superficie su avidez de hembra, su recóndito deseo. Ahora, sin embargo, después de tantos meses de viuda honesta (¡ah!, joven y necesitada), meses que fueron una permanente noche interminable y en vela, cuando no llena de sueños desgarradores que la llevaban a una calle de busconas; una noche angustiada, una vigilia mortal; ahora, después de todo eso, la dura corteza de pudor se había transformado en frágil y delgada superficie, incapaz de resistir al menor llamado.

Con el corazón sobresaltado, cerrados los ojos, espera el gesto brusco del marido, arrancándole la sábana y el camisón, descubriéndola por entero. Pues, según había aprendido a costa de su perdido pudor, ¿dónde se vio yogar en camisón, con el cuerpo vestido o incluso sólo cubierto por el más leve encaje transparente? ¿Dónde se ha visto tal absurdo?

Mas no tardó en verlo, no como algo absurdo, sino diferente. En vez de descubrirla, se cubrió él también, y, bajo las sábanas, la envolvió en sus brazos. Atrajo hacia él su cabeza (la cabellera, de tan negra, casi azul), y la puso sobre su pecho amplio como el muelle de un puerto, besándole la cara, primero con ternura y después, al fin, la boca, en un beso como el que doña Flor había sentido y esperado.

Tomada de sorpresa, se abandonó y con ese beso se quebró la frágil y delgada corteza de su vergüenza. La mano de esposo descendió de la cadera a la pierna, por encima del camisón, llegó a los bordes del encaje, y, sin dar tiempo a que doña Flor se desinhibiese del todo y se liberara de su recato, le alzó los bordados y los volados. Sin perder tiempo en desvestirla y en desvertirse, o en lujuriosas caricias de cama de burdel, siempre bajo las sábanas, se puso sobre ella y la poseyó con voluntad, fuerza y gozo. Todo fue muy rápido y pudoroso, por así decir; muy diferente a lo que antes conociera doña Flor, y por eso mismo se perdió, no logrando alcanzarlo en tan silenciosa y casi austera posesión. Apenas comenzaba a andar suelta por el pasto del deseo cuando oyó el canto victorioso del marido en el otro extremo de la campiña. Doña Flor quedó desorientada, el corazón oprimido, con ganas de llorar.

En ocasión de tanto desencuentro pudo medir, con el metro de la pena y la ansiedad, toda la gama de sentimientos, toda la delicadeza del doctor Teodoro.

Como es sabido, era soltero y no tenía ninguna experiencia en la vida de cama con una esposa, y casi ninguna con una amante o un *flirt*, ya que sólo había frecuentado mujeres de la vida para no arriesgarse a un compromiso capaz de hacerle romper su promesa. Ni siquiera la parda y limpia Otaviana, durante largo tiempo la única puerta abierta a su deseo, el pozo en que cada semana depositaba su virtud de hombre, ni siquiera ella significó jamás una ligazón tierna, o un ardiente capricho, sino tan sólo una amable respuesta a su necesidad, un hábito agradable a la naturaleza monógama del doctor.

Por lo demás, debe decirse también que debido a sus firmes principios y convicciones ideológicas el farmacéutico rezaba según un catecismo, hoy superado (*iDeo gratias!*), que presentaba a la esposa como una flor sensitiva, hecha de castidad e inocencia, merecedora del máximo respeto; para la desvergüenza, para el gozo desenfrenado, para el placer del cuerpo, están las putas y para eso cobran. Con ellas sí, pagándoles, se pueden liberar los frenos de la lujuria sin causarles ofensa o pena, pues son tierras yermas, áridas para el sembradío. Con la esposa nunca, con ella la discreción, el amor puro, bello y digno (y un tanto soso): la esposa, según ese catecismo, es sólo la madre de nuestros hijos.

Pero aun así, atrapado en esos dogmas ya absolutos, a pesar de tantas limitaciones, de tanta ignorancia, se dio cuenta de que había dejado a doña Flor insatisfecha y tensa. Mas, como se ha dicho anteriormente, en la visita semanal a Otaviana el doctor repetía con frecuencia el acto alegremente. Lo mismo hizo con doña Flor en el monumental lecho de Jacaranda, macizo y con olor a espliego, durante la noche de bodas en la casa de los Pi- mentas; debe agregarse, por otra parte, que lo repitió con el mayor gusto, no por obligación, sino contento por tener la oportunidad de un bis. Pero ahora atento y responsable, para no dejarla de

nuevo al borde del placer. Y lo consiguió. Lo consiguió a pesar de ser tan poca su experiencia en esos sutilísimos cálculos y medidas, pues jamás le había interesado saber si Otaviana u otra cualquiera quedaba satisfecha al mismo tiempo que lo satisfacía a él con pericia, ya que buscaba y pagaba su placer y no el placer de la mujerzuela.

Supo seguir el ritmo con que se entregaba doña Flor, causándole el juego un goce extremado, un placer como jamás había sentido, ni siquiera cuando - más para satisfacer el capricho de Tavita en noches de malicia que por propia iniciativa- se había entregado a ciertas prácticas licenciosas, de éstas que un hombre puede permitirse con una mundana o una prostituta, pero jamás con la esposa. Con la esposa es diferente, para ella se reserva un amor hecho de materias limpias, una posesión serena, casi secreta, digamos pura, recatada. Pero no por eso menos placentera, como comprobó el doctor Teodoro al oír a doña Flor, suspirando de agradecimiento, pronunciar su nombre:

- Teodoro, amor mío...

Él se apresuró para alcanzarla, llegando a tiempo, pues al terminar se encontraron unidos en un estrecho abrazo y en un beso hondo. Envueltos en ayes y suspiros, en languidez y en frío, ya que la sábana, en el ardor de la lucha, había resbalado de la cama, dejando a los esposos destapados: doña Flor como brotando de la miel, mostrando las vergüenzas. ¡Y qué preciosura de vergüenzas!, observó, atisbando con timidez de reojo, el doctor Teodoro.

Agradecido a tantos bienes y goces la besó en la cara afiebradamente y abrigó su cuerpo con una púdica y una cálida colcha. Y por fin pudo el feliz esposo decirle todo cuanto la quería, con toda la fuerza de su alma:

- Nuestra luna de miel va a durar un tiempo infinito... Toda mi vida te seré fiel, querida mía, jamás miraré a otra mujer, te amaré hasta la hora de la muerte.

- ¡Amén! - respondieron a una los sapos y las ranas en la noche de luna y bodas de Paripé- . ¡Amén! ¡Amén! - como en un solo de fagot.

- Yo también, toda la vida - afirmó ella, convencida de su afirmación, satisfecha, liberada de su ansiedad mas no cansada; muy por el contrario, capaz de emprender nuevas correrías, si él quisiera espolearla.

Pero el doctor Teodoro se vestía ya, bajo la sábana y la colcha, comentando:

- Gracioso..., cuando doña Filó hace poco nos quería obligar a comer, no tenía hambre. Y ahora sería capaz de probar un dulce, qué tontería...

- Si quieres voy a buscarte alguna cosa. Tiene tantos dulces y tanta fruta..., voy...

- De ningún modo..., ni lo pienses...

Acababa de darse cuenta: no era hambre, era que estaba acostumbrado al plato con golosinas que le ofrecía Tavita antes de despedirse, al finalizar la noche, y el estómago, por puro vicio, lo reclamaba. Pero ¿cómo profanar las relaciones con la esposa conservando un hábito adquirido en una casa pública, de mujer de la vida? Dios me libre y guarde. Con un último (y casto) beso se despidió:

- Duérmete, querida, debes estar muerta de cansancio, con un día tan fatigoso...

Casi le dijo: «... con una noche tan fatigosa...», pero, todavía temeroso de ofenderla, guardó para sí la malicia, se acomodó y en seguida quedó dormido.

Doña Flor tardó en conciliar el sueño; en realidad había contado con pasar la noche en claro, hasta la madrugada, entre las hogueras del campamento, y recorriendo kilómetros de lecho en la montería de su cuerpo. Junto a ella resonaba la densa respiración, el potente resoplido del doctor Teodoro. Ese ronquido completaba su condición de hombre; fuerte, noble y hermoso hombre, su esposo.

Rozó con su mano el ancho pecho y el rostro plácido, con una caricia leve, para no despertarlo. Tenía ganas de envolverse en él, de dormir entre sus brazos, presa entre sus piernas. No se atrevió. Cada hombre era distinto, no había dos iguales: se lo aseguraron ciertas alumnas de vasta experiencia, como la licenciada María Antonia, que proclamaba:

- No hay dos hombres que sean iguales en la cama, cada uno tiene su manera, su preferencia, su prepotencia; unos son experimentados y otros no. Pero si una los sabe aprovechar, ¡ah!, todos son buenos, y con cualquiera, tonto o sabio, bruto o

delicado, se mata la pulga y se riega la flor...

Éste era otro hombre, diferente, opuesto al anterior. Lleno de tacto y comprensión, tan afectuoso, ¡qué delicadeza! Correspondía a la esposa adaptarse a los modos y a la voluntad del marido. Atenerse a él exacta y enteramente. Mucho más difícil fue la otra vez, con el otro, y sin embargo, ella lo consiguió. ¿Por qué no ahora, que era tanto más fácil? Ambos tenían, tanto el doctor Teodoro como doña Flor, todo cuanto se necesita para la más dulce y más feliz de las vidas. No sólo lo decían todos, unánimemente: doña Flor también lo sentía así.

El perfume del jardín entraba por las rendijas del ventanal. Fuera, la noche serena del golfo, sin los rudos vientos, sin las imprevistas tempestades, sin el tumulto, sin lo insólito; un golfo de bonanza. Una vida feliz, de equilibrio y seguridad, sin necesidades ni padecimientos. Por fin, después de tantas vueltas y andanzas, doña Flor va a conocer el sabor de la dicha.

- Teodoro... - murmuró, con el corazón alegre y confiado- . Va a ser verdad, va a ser cierto, muy cierto...

El concierto de los sapos en los fagots brujos, concordaba repitiendo:

- ¡Amén! ¡Amén!

Era la noche de Paripé, con estrellas y faroles de *saveiros*.

Doña Flor fue siempre considerada, y ella misma se consideraba así, una buena dueña de casa, ordenada, puntual, cuidadosa. Buena dueña de casa y buena directora de su Escuela de Cocina, en la que acumulaba todos los cargos, contando sólo con la ayuda de la palurda y floja empleada y la asistencia amistosa de la pequeña Marilda, con su curiosidad por las recetas y los condimentos. Nunca le ocurrió que una alumna presentara una reclamación, incidente que empañaría el sosiego de las aulas. A no ser, claro está, lo sucedido cuando vivía el primer esposo, pues el finado, como estamos hartos de saber, no tenía el menor respeto por el horario, por el trabajo ajeno o por melindres de alfeñique; sus audacias con las alumnas, más de una vez le habían creado dificultades y problemas a doña Flor, causándole dolores de cabeza, cuando no se le ponía en ella adornos de dura cornamenta.

¡Ah!, en verdad, ella, doña Flor, no tenía noción de lo que son reglas y métodos, había estado lejos de tener en orden la casa y la escuela, y ni siquiera su misma existencia - medida y pauta de todo- como debiera. Fue necesario que viviera con el doctor Teodoro para darse cuenta de que su orden era anarquía, sus cuidados pobres e insuficientes, y que todo andaba más o menos a la buena de Dios, al azar, sin ley ni control.

El doctor Teodoro no se apresuró a decretar ninguna ley, a ejercer ningún severo control; ni siquiera habló de ello. Tratándose de un hombre tranquilo y suspicaz, de esmerada educación, no sabía imponerse y no se imponía; pero lo obtenía todo sin alboroto, sin que los demás se sintieran forzados; era un «jodemansito» nuestro caro farmacéutico.

¡Había que ver la casa un mes y medio después de la luna de miel! ¡Qué diferencia! También doña Flor era diferente, procurando adaptarse a su marido, su señor, y dar con justeza y precisión la medida que se requería de ella. Si en ella el cambio había sucedido por dentro, y era más sutil, menos visible, en la casa se hacía evidente, bastaba con mirar.

Comenzó por la empleada. Doña Flor la tomó como mucama, apenas quedó viuda, por insistente consejo de los vecinos: «¿Desde cuándo una viuda joven y seria vive solita en una casa, sin nadie que la acompañe, indefensa contra un ratero o un vagabundo?» No fue feliz en la elección cuando tomó, a pedido de doña Jacy, a esa Sofía, de obtusa apariencia, en el fondo una resabiada, una relajada que tomaba en broma el trabajo, con la total despreocupación de quien se siente seguro: sabía que doña Flor era incapaz de despedir a nadie, cuanto más a alguien recomendado por una vecina y amiga. A pesar de estar descontenta con su haragana, doña Flor se iba arreglando con ella, por compasión hacia la infeliz. Era una inútil, es cierto, pero no era mala de corazón.

Así las cosas, al quinto día de haber regresado de su luna de miel en las soledades

de Paripé - aquella semana de tierna convivencia- , tuvo que salir doña Flor toda apurada para Río Vermelho, pues doña Lita tenía un ataque de asma. Esa noche el doctor Teodoro la llevó y de paso visitó a la enferma. Pero como la tía estaba muy enferma y era sábado (los sábados no había clase), doña Flor decidió quedarse para cuidar a los viejos. No regresó hasta el domingo por la tarde, cuando la crisis había cedido y la tía Lita retornó a su jardín.

La ausencia de doña Flor duró menos de tres días y en ese breve tiempo la casa se transformó hasta parecer otra. Comenzando por la criada, que realmente era otra. En vez de Sofía, sucia y pardusca; con su aire triste de idiota, ocupaba el puesto una oscura Magdalena, mujer de cierta edad, limpia y fuerte. Si no fuese por el subido negro de la piel y el pelo ensortijado, pasaría por parienta del doctor, pues era alta y bien conformada como él, y como él cortés en el trato y firme en el trabajo.

El doctor Teodoro le explicó, con su voz firme pero amable, que se había visto obligado a despedir a Sofía: además de ser una pésima empleada no le había obedecido, respondiendo con gestos de no importarle y con insolentes rezongos a sus órdenes categóricas para que hiciese una limpieza seria de la casa, que siempre estaba mal barrida. No había consultado a doña Flor para no importunarla con esa tontería, cuando ella se consumía de pena al pie de la tía enferma; se vio en la necesidad de expulsar en el acto a la desagradecida por no poder soportar más las torpezas y las groserías de la doméstica. Cuando le dio la orden de barrer la casa, la muy puerca salió por el pasillo murmurando y llamándole Doctor Purgante.

Doña Flor se sintió desconcertada, jamás le había pasado por la cabeza la idea de echar a Sofía, a pesar de su negligencia y de sus desplantes.

- Pobrecita...

Le daba pena y además ¿cómo despedirla, sin darle explicaciones a doña Jacy que se la recomendó? Al mismo tiempo, ¿cómo no reconocer que el doctor Teodoro tenía razón a carradas? No era posible que el marido, hombre respetable y de posición, tolerase ciertas groserías de la criada, que ella, doña Flor, con más paciencia por ser mujer, podía pasar por alto.

- ¿Pobrecita? - exclamó el doctor Teodoro- . Es una atrevida, indigna de tu bondad, amor mío... A veces, Flor, una persona acaba siendo tonta por querer ser bondadosa... ¿Doña Jacy? Si alguien debía disculparse era doña Jacy, por haber tenido la desfachatez de pedir trabajo para una tipa como ésa, que no contenta con abusar de la bondad de la patrona quiso poner en ridículo al patrón.

Doña Flor comprendió que el doctor no hablaba del tema con la intención de discutirlo; no hacía más que informarla de cómo resolvió el asunto: en la casa había un hombre, dueño y señor, pensó. Se sonrió: «Mi marido, mi señor.» Hizo bien, ella tampoco estaba dispuesta a admitir ninguna falta de respeto a su marido. «Doctor Purgante»: ¿dónde se ha visto tal grosería?

Por otra parte había un punto sobre el cual no se podía discutir: la nueva sirvienta era un portento. El doctor Teodoro no la tomó a pedido de ninguna vecina; exigió buenas referencias, por escrito, y las controló por teléfono. Eso sí que era orden y eficacia.

No sólo se observaba una limpieza ejemplar, obra de la nueva empleada; también estaba cada cosa en su lugar, pero realmente en su lugar definitivo, no hoy aquí y mañana allá sin que nunca se supiera dónde encontrar los objetos de uso más frecuente, en cuya búsqueda se enredaba doña Flor durante las clases:

- Marilda, hijita, ¿viste el libro de recetas? Sofía no sabe dónde lo puso, no lo encuentra. Preparando la salsa, reclamaba:

- Sofía, ¿en dónde pusiste la batidora? Dios mío, en esta casa desaparece todo...

El doctor eligió un lugar para cada cosa, con rara competencia y buen gusto, y dio órdenes precisas a la criada: al finalizar las clases, después de la limpieza de la cocina, quería que cada objeto fuese puesto en su sitio, marcado por él con un rótulo en el que escribió con historiadados caracteres tipográficos: «Cuchillo de pan», «Cortador de huevo», «Rallador», «Mortero», etc.; pero no sólo ordenó los objetos de la escuela, sino también los de la casa, con cartelitos indicadores de los lugares



en que debían ponerse: «Radio», «Florero», «Licoreras», «Cajón de las camisas del doctor Teodoro», «Cajón de la ropa íntima de la señora».

- ¡Dios mío! - exclamó doña Flor ante tanta eficiencia- , y yo que pensaba ordenar la casa..., era un lío, un desbarajuste. Teodoro, querido, hiciste un milagro...

- No hay tal milagro, querida, sólo se necesitaba un poco de método. Sucede que como mi madre quedó paralítica tuve que tomar las riendas de la casa y me acostumbré al orden. Y en nuestra casa es más necesario ser metódico, por ser vivienda familiar y escuela al mismo tiempo..., puesto que te empeñas en seguir con la escuela. Por mí, ya te lo dije, se terminaría con esa esclavitud... Tú no lo necesitas, yo gano lo suficiente para...

- Ya lo hemos discutido, Teodoro, y resolvimos no volver a hablar del asunto. ¿Para qué volver a discutirlo?

- Tienes razón, Flor, disculpa por insistir..., no volveré a tocar ese tema a no ser que tú me lo pidas. Quédate tranquila, querida, y perdóname, no quise molestarte... - Era un constante «querido» y continuo «querida» con afecto y urbanidad, pues el doctor Teodoro opinaba que el trato gentil y la cortesía son complementos imprescindibles del amor. Jamás se dirigía a la esposa sin hacerlo atenta y afectuosamente, esperando de ella la misma afable delicadeza de trato. En esa circunstancia, concluyendo la escena, le dio un beso en la mejilla, pidiéndole perdón por haber traído a colación el desagradable tema.

Siendo novios todavía, le propuso a doña Flor - como ya se ha contado al pasar- , el cierre de la escuela, dejando clases y alumnas, diplomas y recetas, los turnos de la mañana y de la tarde. Con un detallado balance de sus haberes y de su situación en la firma de drogas y medicinas, el doctor Teodoro le demostró, como dos y dos son cuatro, la inutilidad de conservar la escuela; pues doña Flor ya no necesitaría obtener dinero para sus gastos y caprichos; felizmente él estaba en condiciones de garantizarle lo indispensable y lo superfluo, y hasta cierto lujo honesto, sin larguezas de derrochador, pero sin aprietos de tacaño. Ella no necesitaba trabajar: el boticario, al pedirle la mano, estaba resuelto a sustentarla y a cubrir todos sus gastos. Lo que por lo demás era bien fácil, pues no se trataba de una mujer dada al derroche y la disipación.

Pero doña Flor no aceptó. Se mantuvo en sus trece y conservó la escuela, suspendiendo las clases solamente durante los breves días de la luna de miel en Sao Tomé. Aprovechemos la ocasión para señalar que al regreso de la pareja las burlonas alumnas pusieron a la profesora en la picota, con un continuo chacoteo de risas y chistes a veces maliciosos, a veces pícaros, y en el caso de María Antonia desagradables, pues la descomedida preguntó cuál de los dos maridos poseía «mejor chirimbolo, o instrumento más poderoso y suave».

Pero volvamos a la conversación con el doctor en la época del noviazgo. En aquel entonces doña Flor dio por terminada la cuestión: prefería continuar viuda a cerrar la escuela. Acostumbrada a trabajar desde chica, adquirió desde muy temprano el hábito de disponer de dinero propio. Si no fuese por eso, ¿cómo se habría arreglado durante el primer casamiento, y después, durante la viudez?

Cuando se fue de su casa tenía algunos ahorros y fue con ellos con lo que pagó los muebles, los trámites del casamiento, el contrato de alquiler y los gastos de los primeros días. Y si no fuera por la escuela, ¿qué habría hecho cuando enviudó de repente? El finado no dejó más que deudas: no había una sola sucursal de banco en Salvador en la que no hubiera «un *muerto* que levantar» con su garbosa firma al pie, ni tampoco un amigo o conocido al que el pájaro no hubiese sableado. Además, desapareció en pleno carnaval, época de grandes y fatales gastos.

A no ser por la escuela doña Flor hubiera quedado en blanco, sin un centavo para el entierro y para todo lo demás. Era la causa de que le diese tanta importancia a su trabajo, a sus ahorros, a las monedas que guardaba en secretos escondites. Nada de cerrar la escuela, querido, si me quieres es con la Sabor y Arte funcionando; ten paciencia, santa paciencia, no puedo darte ese gusto, pide otra cosa cualquiera, te doy mil besos, me echo en tus brazos, pero no te doy la escuela como dote: es mi seguridad. ¿Comprendes, Teodoro?

El trabajo no era tanto como para matar a nadie. Al contrario, era un placer, un entretenimiento que la ayudó a soportar el tiempo vacío de la viudez, así como antes, ¡ah!, antes, en los años del primer matrimonio, la salvó de la desesperación. En las clases y en las alumnas encontró consuelo para sobrellevar aquellos días negros y confusos. ¿Cuántas excelentes amigas no hiciera junto al fogón y el libro de recetas, amistades más valiosas aún que el dinero? No, no soltaba la escuela, sus únicos ingresos, su honesto pasatiempo.

Mientras el doctor permanecía en la farmacia (salía antes de las ocho, volvía para el almuerzo y la siesta y luego se iba nuevamente, quedándose allá hasta después de las seis de la tarde), la escuela era una agradable y lucrativa ocupación. Sin las clases de cocina, dígame, señor doctor, ¿en qué iba a emplear el tiempo libre? ¿En chismes y rumores con las comadres, bajo las órdenes de doña Dinorá, en el torpe oficio de Juez del Mundo, de entrometida en la vida ajena? ¿O acodada en la ventana, como un maniquí en una vitrina, para recreo de los que pasaban, oyendo tonteras, conversando con unos y otros, y al poco tiempo andar en boca de todos, con fama de alcahueta? Hay gente a la que le gusta ese ostentoso oficio, ese modo de destacarse. En esta misma calle, justo en la esquina, pasaba su tiempo doña Magnolia enmarcada por la ventana. Era una mulata metida a rubia a costa de tintura, con una sonrisa inmóvil de bebé de celuloide, un lunar en la mejilla izquierda y ojos de cabra muerta. Allí estaba todo el día, en exhibición, pendiente del engatusamiento y de la calentura silenciosa de los que pasaban. Era una vecina reciente, hacía poco que llegara al barrio con su marido, un agente secreto de la policía, que lucía su jactancia y sus hermosos cuernos. Según doña Dinorá y otras comadres de olfato fino e información exacta, el detective era su amante y no su marido: habría heredado a la oscura rubia Magnolia de una línea de antecesores de diversa posición y diversa calidad, pero todos ellos, sin excepción, igualmente cornudos, con una constancia y coherencia digna de todas las alabanzas.

Así pues, si doña Flor no podía nunca ser ventanera ni intrigante, ¿en qué emplear su tiempo, doctor mío? ¿Qué prefería él? ¿Que estuviera con las alumnas en la escuela o que fuera a mostrarse por la calle Chile, camino seguro, corto atajo para los burdeles cercanos, en las transversales de la calle Ajuda? Que guardase sus argumentos, que no volviera a hacer semejante propuesta; doña Flor estaba orgullosa de su escuela, de su fama, de su buen concepto. Ese renombre le costó esfuerzo y perseverancia, todo un capital.

Hubo de conformarse el doctor, pero dejando, desde luego, claramente establecido y aprobado que a él, y sólo a él, le correspondían todos los gastos de la casa y los personales de doña Flor. Las ganancias de la escuela eran exclusivamente de ella y él no admitía que se emplearan en las necesidades de la pareja. Además, el doctor tomó otras medidas con respecto a ese dinero. Era absurdo tenerlo en casa, una invitación a los ladrones; ponerlo ahí, entre las válvulas de la radio o metido en una vieja caja de zapatos o por detrás del espejo del peinador o bajo el colchón, era hacer como los gitanos, tener costumbres de gente pobre. Sobre todo ahora, cuando ese dinero al que no se tocaba crecía mensualmente, siendo una cantidad respetable. El doctor Teodoro llevó a doña Flor a la Caja de Ahorro y abrió allí una cuenta a nombre de su esposa, en la que ella fue depositando sus economías.

- De este modo te rinde intereses, querida, el tres por ciento, siempre es algo. Y en la caja tu dinero está seguro, sin peligro de que te lo roben.

¿Qué hacer con ese dinero guardado en el banco, por amor de Dios? De pronto doña Flor sintió que el dinero era una cosa inútil, pues ahora no lo tenía a mano, no podía sacarlo de detrás de la radio para hacer una compra, dar una limosna o efectuar un pago. Pero doña Norma, experta en esas cosas, se rió del prejuicio bancario de la vecina. Su dinero en la caja iría acumulándose; en cuanto a los gastos, que corriesen por cuenta del marido. Mientras poseyera su libreta y el talonario de cheques no dependería del doctor cada vez que quisiera comprar un alfiler, o cuando se encaprichase con un vestido, o quisiera hacer un derroche adquiriendo un sombrero. No tendría que vivir persiguiendo al esposo, inventando argucias para sacarle algunas monedas destinadas a esos pequeños y múltiples gastos; el dinero

obtenido así, con súplicas, tiene un humillante sabor a dádiva.

Doña Norma conocía ese gusto amargo, ya que Zé Sampaio era bastante rezongón y algo mezquino. Por eso mismo, mediante una gimnasia presupuestaria digna de un brillante financiero, con aprietos, pichinchas, cálculos, economías, diversas tretas, alteraciones de las cuentas, de las sumas y restas de los totales, veinte mil-réis por aquí, cincuenta por allá, cien por el otro lado, y, si era preciso, la mano nocturna en el bolsillo del marido, doña Norma también era poseedora de una robusta alcancía, que le permitía ciertos refinamientos elegantes, así como atender a su enorme clientela de compadres y ahijados, viejos desvalidos, enfermos, obreros sin trabajo, borrachitos y vagos, así como decenas de chicos, sus preferidos.

- Por ejemplo, mi santa: el doctor cumple años y tú no tienes ni medio centavo partido por la mitad. ¿Le vas a pedir dinero a él para comprarle un regalo? Imagínate: «Teodoro, hijito, ¿me das algo para comprarte unos calzoncillos como regalo de cumpleaños?» Yo, mi linda, no me atrevo a tanto con Zé Sampaio.

Doña Flor estaba de acuerdo, claro; lo que no la conformaba es que el dinero estuviese en el banco, que fuese una cifra inscrita en una libreta, y no moneda contante y sonante, al alcance de su mano. De pronto la media de los ahorros desaparecía de su vista; ¿cómo manejarlo en esa fría libreta, en ese depósito a interés? Sin embargo, debía cambiar sus costumbres, pues al decir de la amiga sus antiguos hábitos eran de pobretona, de mujer de un mísero funcionario que encima era jugador y le derrochaba las entradas de la escuela, viviendo en la práctica a costa suya, siendo más su gigoló que su marido. Eran costumbres de viuda sin ningún apoyo, que se mantenía con el dinero que le producía su trabajo, sacando de él para comer, vestir y hacer frente al alquiler de la casa y a los otros gastos. Costumbre gitana, de gente pobre, como dijera el doctor; costumbres de la pobreza, cuando no hay dinero para llevar al banco, con sus intereses y su talonario de cheques, confirmaba doña Norma.

Pero ahora la posición social y la fortuna de doña Flor eran distintas. Si no era rica como para desperdiciar, tampoco era la pobretona de antes; por lo menos, y siendo muy modesto, tenía un pasar, y un buen pasar. Había subido de golpe varios peldaños, desde el suelo de los pobres a las alturas vecinas, a los escalones más altos: los argentinos de la cerámica, el doctor Ives con su consultorio médico y su empleo público, los Sampaíos con su buena tienda de zapatos, los Ruas con sus envidiables representaciones, estando, en fin, al par con la aristocracia de los alrededores, para regodeo de doña Rozilda, que al fin tenía un yerno de acuerdo a sus ambiciones. Según don Vivildo, el de la funeraria, un informante respetable, siempre curioso de la situación financiera de los amigos, el doctor Teodoro, equilibrado, serio y trabajador, llegaría lejos:

- No va a tardar en tragarse la farmacia entera...

Así fue como se abrió la cuenta de doña Flor en la Caja de Ahorro, aumentando todos los meses, y así dio comienzo a una segura ordenación de principios en su vida.

Como muy bien decía el farmacéutico, la irregularidad, el barullo, los hábitos desordenados, provocan discusiones y desacuerdos en las parejas, y constituyen el primer paso hacia la desarmonía conyugal, hacia los roces y el distanciamiento entre los esposos. Doña Norma lo consideraba un poco sistemático y metódico por demás, cuando exigía que cada cosa estuviera en su lugar y sucediera exactamente en el día marcado, cuando rechazaba la improvisación y la sorpresa, único «pero» («pero», según la opinión de doña Norma) en un hombre de tantas cualidades, recto, bueno, de esmerada educación, y que tenía a su mujercita como a una reina. Mejor que fuera así, sin embargo, rígidamente sistemático, que dislocado como doña Norma, siempre atrasada, al margen de las agujas del reloj, una madre del desorden.

Doña Flor se reía oyendo a la amiga elogiar, en medio de su constante agitación sin medida ni horario, el equilibrio y el orden del doctor: «Un marido como ése, felizota, no anda dando ventajas por ahí; cae del cielo.» Incluso doña Gisa, cruda

verdad científica ilustradora del barrio cuando lo acusaba de feudal, reconocía sus cualidades:

- Para ti, Florcita, que buscas antes que todo seguridad, no hay nada mejor. Realmente, viviendo en un orden que daba gusto, bajo la dirección y el amparo de su buen marido, con todos los puntos puestos sobre las íes, un día para cada cosa y con puntualidad, doña Flor se imponía como un modelo a toda la vecindad.

Su vida transcurría en calma y sin imprevistos, serena y suave; una vida sin vacíos, con el tiempo cuidadosamente planificado: un perfecto organigrama. Una vez por semana, los martes, iban al cine, a la función de las veinte horas. Si se daba otra película que causase furor en la opinión general y en la de *A Tarde*, iban dos veces, pero muy raramente, y jamás a las funciones vespertinas, pues el doctor no soportaba el alboroto que armaban las muchachas y los muchachos, la ruidosa juventud.

Dos veces por semana, por lo menos, después de la cena, él ensayaba con su fagot, preparándose para la tarde de los sábados - sagrada- , cuando se reunía la orquesta en casa de alguno de los músicos. Eran unas reuniones de lo más alegres y cordiales, en torno a la abarrotada mesa de la merienda - la dueña de casa siempre desviviéndose por atender a los aficionados- , con refrigerios y jugos de fruta para las damas, abundante cerveza para los caballeros, y a veces una *cacharúa*, si el tiempo era frío o si era caluroso. Sentábanse los invitados, admiradores del compositor o de los intérpretes, una «selecta asistencia» de amigos que acudían a oír sonatas y gavotas, valeses y romanzas, a sentir la emoción de las fugas y de los pizzicatos, de los graves y de los agudos, de los estudiados solos. Una excelsa hora de arte.

En las noches libres restantes hacían visitas o las recibían. En su primer matrimonio, doña Flor había abandonado sus relaciones, pero ahora, en cambio, las cultivaba con absoluta regularidad. Por ejemplo, dos veces por mes, en un día predeterminado, era infalible la presencia de la pareja en la casa del doctor Luis Henrique, llevándoles doña Flor a los chicos un *páo- de lo*, un *manué de milho*, un plato con *cocadas brancas* o *quindins*, cualquier cosa, una golosina.

Hinchado de orgullo, el doctor Teodoro se incorporaba a la eminente tertulia que se reunía en la sala del ilustre amigo, formada por gente de la más alta distinción, como el doctor Jorge Calmon, ex secretario de Estado; el doctor Jayme Baleeiro, abogado de la Asociación Comercial; el historiador José Calazans, de la Academia y del Instituto; el doctor Zezé Catarino (basta con citar su nombre), el doctor Ruy Santos, político, profesor y literato, y otros prohombres de la Administración, del Instituto Histórico, de la Academia de Letras del Estado.

Para el doctor Teodoro eran gratas aquellas noches de placer espiritual en que podía conversar con «figuras representativas», oyéndolas respetuosamente y participando a su vez con prudencia en la erudita conversación sobre los profundos temas que se debatían. Según él, «en esos torneos de sublime elevación, en ese diálogo de privilegiados intelectos, las ideas refulgen en el esplendor de las frases centelleantes». Mientras tanto, doña Flor, en el círculo de las esposas, discurría sobre temas de costura o cocina, o comentaba los últimos crímenes de que daban cuenta los diarios.

Para el doctor Teodoro, las visitas al doctor Luis Henrique eran el summum, mientras que las preferencias de doña Flor se inclinaban por las noches en el palacete del García, el *bungalow* de doña Magá Paternostro, la ricacha, figura por excelencia de la élite y ex alumna suya. Allí se encontraba doña Flor en medio del trato y el refinamiento de las señoras más empingorotadas, discutiendo sobre modas, protocolos y acontecimientos sociales, con agradables incursiones en la vida ajena. Pero no la vida de cualquier vecina, sino la de los figurones de la élite, de la hidalguía y del señorío: contándose cada historia, cada porquería ique no te puedo decir! Era una podredumbre de primera calidad en todas sus partes, sin excepción.

De los hábitos antiguos, procedentes del primer casamiento, el único que se conservó fue el del almuerzo dominical en Río Vermelho con los tíos (claro que en los tiempos del primer casamiento casi no tenían hábitos, todo era una barahúnda,

todo era imprevisible).

Con las nuevas costumbres, la vida no sólo fue adquiriendo animación, sino también estabilidad, haciéndose plácida y entretenida. Una vida feliz, según la opinión general de la vecindad y de acuerdo a la sonrisa de doña Flor. Los miércoles y los sábados a las diez de la noche, minuto más, minuto menos, el doctor Teodoro poseía a su esposa con honesto ardor e invariable placer, siendo seguro el bis los sábados y optativo los miércoles.

Doña Flor, recordando el desorden de ciertos hábitos anteriores, al principio le chocaba, extrañaba la discreción que circundaba y regía la porfía de amor que se celebraba en la cama de hierro sobre el nuevo (y espectacular) colchón de elástico. Pero pronto su pudor congénito y el propio recato de su carácter fueron ajustando sus necesidades de hembra, sus ansias de mujer, a la manera conveniente y puntual, casi podría decirse respetuosa y distinguida, con que el doctor la cubría, al abrigo de las sábanas, pero con firme deseo y lanza en ristre.

En la cama de un matrimonio (en opinión del doctor Teodoro), el deseo no impide el pudor, el amor no se opone al recato, pues el deseo y el amor de los esposos están hechos de materias puras, aun en la secreta intimidad conyugal.

Los miércoles y los sábados, sin falta, a la misma hora, doña Flor vislumbraba los discretos y repetidos movimientos del esposo en la oscuridad. Así, semierguido para ponerse sobre ella, la sábana sobre los hombros y los brazos abiertos, le parecía un paraguas blanco y enorme que protegía su vergüenza de mujer, que la amparaba incluso en aquel supremo instante de abandono. Un paraguas, ¡qué visión más sin gracia, qué imagen inhibitoria, qué chasco!

Cerrando los ojos para no mirar, doña Flor imaginaba a su Teodoro como a un pájaro de alas inmensas y potentes garras, águila o cóndor en vuelo rasante sobre ella, que la tomaba, la alzaba por los aires y la poseía. Abríase doña Flor para que en ella se posara el ave de rapiña. Al sentirse penetrada, con una garra desmedida en sus entrañas jugosas, presa y liberada a la vez, se alzaba con ella hacia un cielo de bronce, en un goce compartido.

Aunque no era un goce totalmente casto, pues doña Flor, al desatarse, soltaba también su pensamiento y allá se iba.

Así eran las noches de amor de estos buenos esposos, con un bis seguro los sábados y optativo los miércoles...

### 3

Doña Rozilda, al regresar a Nazareth das Farinhas después de larga permanencia en Bahía, dio testimonio minucioso de los primeros tiempos de la nueva vida matrimonial de doña Flor, habiendo antes confiado a doña Norma sus preocupaciones e incertidumbres.

El doctor Teodoro era un yerno estupendo bajo todos los aspectos. Sobre eso no le cabía ninguna duda. Pero ¿estaría doña Flor a la altura de un consorte de tantas cualidades? ¿Por qué no? - preguntó suspicazmente doña Norma, leal amiga que no admitía la más leve crítica. En su opinión, doña Flor era digna del marido más perfecto, del más hermoso y rico.

Pero en doña Rozilda no se encendía la llama del mismo ardiente entusiasmo. A pesar de ser la madre, y por lo tanto inclinada a disculpar y a favorecer a la hija, no veía en ella el impulso necesario para la escalada, posible al fin; no la sentía ávida de influencia social, capaz de aprovecharse de la posición del marido, de su prestigio, de su responsabilidad, de sus relaciones. Si hubiera salido a doña Rozilda, ahora, apoyada en el brazo del doctor, treparía fácilmente hacia las salas, los jardines, la intimidad de los palacetes de la Graca y de la Barra, conviviendo con la mejor gente de Bahía, la élite, un sueño de la vieja señora. ¿No había sido ya doña Flor presentada a los Taveiras Pires? ¿No le había besado la mano el millonario Adriano, comúnmente denominado Caballo Pampa? ¿No la había distinguido con

una asquerosa y complaciente sonrisa doña Inmaculada, la primerísima dama de la sociedad, dictadora de la elegancia?

¿Qué hacía, sin embargo, doña Flor para corresponder a esas oportunidades que debía al título del doctor, a la floreciente droguería, al delicado fagot?

Nada, tres veces nada. Al contrario, continuaba dando clases de cocina como una pobretona cualquiera, a pesar de que su actividad repercutía negativamente sobre el prestigio social del marido (un marido cuya mujer trabaja, o le va mal en la vida o es un sórdido avaro, rezaba la cartilla de doña Rozilda); y la hija continuaba en aquella casita, cuando podían tener un domicilio mucho más amplio y en una calle distinguida.

Que doña Norma la disculpase, pues ella no decía esto con intención de humillar a nadie, pero las calles de la vecindad, si alguna vez fueron elegantes, en otros tiempos incluso aristocráticas, en la actualidad eran arterias de gente de medio pelo, con unas pocas excepciones. En esas callejuelas podían contarse con los dedos - manifestaba venenosamente la intrigante- las señoras representativas y de sociedad. La mujer del argentino, doña Nancy, era realmente de clase y de buena raza, pero ¿quién más? - preguntaba, mirando provocativamente a la amiga de doña Flor- . El resto... es chusma...

Mas, volviendo al guisado, ¿cuál era la situación de la nueva pareja? El doctor Teodoro andaba loco por mudar de casa, y ella, doña Flor, la idiota, obstinada en seguir allí, firme en aquel agujero. Doña Rozilda meneaba la cabeza:

- El que nace para diez centavos no llega nunca al peso...

Por lo demás, a ese asunto del cambio de domicilio se debió el súbito regreso de doña Rozilda a Nazareth. Cierta mañana, doña Flor la interpeló:

- Mamá, ¿qué idea es ésta de ir a decirle a Teodoro que yo quiero mudarme? Sepa de una vez por todas que tanto él como yo estamos muy satisfechos con nuestra casa y no nos vamos a mudar.

Doña Rozilda, olvidándose de sus maneras de gran dama, escupió hacia un lado con gesto arrabalero.

- ¿Qué me importa? Cada puerco en su chiquero... Doña Flor hizo un esfuerzo para contenerse:

- Oiga, mamá. Yo sé de dónde viene esa historia de una casa más grande. Usted quiere meterse para siempre, pero puede quitárselo de la cabeza. Yo no estoy de acuerdo. Puede venir cuando quiera a pasar unos días. Pero vivir con nosotros, eso no. Le hablo con franqueza: usted, mamá, nació para vivir solita..., le voy a decir...

Doña Rozilda salió hecha un estampido, sin querer oír el resto, que por lo demás era la parte agradable del discurso, pues doña Flor, para compensar a la madre de tan ruda franqueza, había decidido darle una pequeña suma mensual. «Dinero para sus alfileres, mamá, para las obras de caridad», como finalmente pudo comunicarle cuando la acompañó hasta el muelle de la Bahiana, días después.

Una vez más le fallaron a doña Rozilda los planes de establecerse con su hija; antes, de viuda, no la quiso con ella, y tampoco la quería ahora de recién casada. Si la primera vez doña Rozilda se mostró ofendida, rompiendo prácticamente su trato con doña Flor, ahora se tragó la afrenta, pues la tentación de estar ligada de algún modo a la nueva vida de la hija, con sus brillantes relaciones y saraos, era demasiado poderosa. Es cierto que se volvió a Nazareth, pero sus visitas a la capital menudearon. Cuando lo hacía se hospedaba en aquel «culo del mundo» de Río Vermelho, pero venía muy temprano, antes del almuerzo, a casa de la hija, y a chismear por los alrededores, asumiendo la jefatura de la banda de intrigantes. Se quedaba en Río Vermelho unos ocho o diez días, tiempo que bastaba para hacerse insoportable y refiir con la hermana. Y allá se iba de nuevo a convertir en un infierno la vida del hijo y la nuera, en el Recóncavo. En Nazareth, a sus diversas ocupaciones, se añadía la de describir el fausto social que rodeaba a doña Flor («vive entre banquetes y fiestas, es íntima de doña Inmaculada Taveira Pires»), cantando loas al yerno doctor y a todo lo referido a él, desde las dotes de su inteligencia al envidiable estado de sus finanzas, desde la dignidad de sus modales hasta el inusitado fagot. Y narraba detalladamente los ensayos semanales de la or-

questa de aficionados, derritiéndose en sonrisas, cayéndosele la baba al recordarlo:  
- Eso sí que es música...

Lo decía en alabanza de las arias, las romanzas, los conciertos de exquisito repertorio en los que Haendel, Lehar, Strauss, coexistían con Othelo Araújo y el maestro Agenor Gómez, compositores locales menos conocidos por esos mundos, pero no por eso menos inspirados. Lo decía también como una demostración de desprecio a la otra música, la de las sambas y canciones, las *modinhas*, la de la chusma - aquí una escupida de desprecio- , y a la gentuza de los violines y las guitarras, las gaitas y los tamboriles, una caterva de atorrantes. Al hablar así establecía una distancia, señalaba una diferencia entre la orquesta de aficionados, a la que pertenecía el doctor Venceslau Pires de Veiga, eminente cirujano; el doctor Pinho Pedreira, juez de la capital, y el millonario y comendador del Papa, Adriano Pires, «El Caballo Pampa», dueño de una firma mayorista, con palacete en la Graca, automóvil con chófer, marido de la noble Inmaculada, «la que está antes que la primera, la primerísima, la cúspide opalescente» (según la feliz expresión de Silvinho Lamenha, locutor de radio y redactor de «Sociales» en el diario del temido Odorico Tavares): doña Inmaculada Taveira Pires, con su cara de caballo viejo y sus impertinentes de gobernanta suiza. Y así quedaba marcada la diferencia con los vagos que andaban dando serenatas y provocando desórdenes, unos borrachos, gente de mal vivir. En los tiempos del primer casamiento de su hija (si es que aquello se podía llamar casamiento) tuvo que soportar la *cachaca* y las necesidades de esos «valdevinos», pura canalla, imagen de la depravación y de la orgía: Jenner Augusto, Carlinhos Mas- carenhas, Dorival Caymmi. De vez en cuando, algún universitario de buena familia se juntaba con esa caterva y en seguida se volvía el peor de todos, como aquel doctor Walter da Silveira, cuyo rostro regordete doña Rozilda recordaba con odio. En Nazareth había oído elogiar los conocimientos jurídicos del tal Silveira: una eminencia en derecho, e incorruptible. Que lo creyera quien quisiese, no ella, doña Rozilda, que lo vio tocar en la gaita el paso del *Siri-Bocéta*. ¡El infame!

Debido a esa escoria de la sociedad se volvió tan antimusical que reaccionó violentamente cuando por primera vez le hablaron de las dotes del yerno. «Un sujeto que no tiene arreglo, un tocador de birimbao.» Una vez más, seguramente, la idiota de la hija, sin tono y sin vergüenza, se iba a atar a algún malandrín al que tendría que mantener y llevar a cuestras, financiándole los vicios y las amantes con su sudor, con el dinerito de la escuela. Recordaba con tanta rabia las serenatas y las canciones que ni siquiera el título de doctor en torno al cual doña Norma, concedora de sus debilidades y preferencias, había armado gran estruendo en la carta que le comunicara el noviazgo de la viuda, ni siquiera el anillo universitario, la había conmovido. «Un doctor de reconocida sabiduría», decía en su misiva la vecina, pero doña Rozilda no se entusiasmó:

- Otro borracho de éstos..., toda la noche por las calles en plena juerga y desvergüenza con el dinero de la tonta... Todavía va a resultar que también es jugador. Lo que quiere es vivir con la tripa llena..., ella en el trabajo y él en el vicio.

- En cuanto al título de doctor, tenía sus reservas:

- Farmacéutico... ¡Bah!... Un doctor a medias...

Establecía diferencias entre las diversas jerarquías universitarias. No todas poseían, a su modo de ver, la misma clase y categoría:

Doctores de verdad, de primera, son los médicos, los abogados, los ingenieros civiles. Pero los dentistas y los farmacéuticos, los agrónomos y los veterinarios, todos éstos son doctores de segunda, poca cosa, unos doctorcitos..., gente que no tuvo cabeza ni aptitud para estudiar hasta el final...

Toda esa mala voluntad para el futuro yerno a quien todavía no conocía personalmente y, sin embargo, criticaba tanto, procedía de saber que era un músico aficionado. Sólo después, en Bahía, al comprobar la buena situación financiera del farmacéutico, socio de un establecimiento tan sólido como la Científica, en la esquina de la calle Carlos Gómez y Cabeça (ya el lugar valía una fortuna), su respetabilidad, sus modales y aptitudes, el espléndido y vasto círculo

de sus relaciones, se desvaneció su falsa impresión inicial, dejando así de confundir al erudito fagot con el vulgar birimbao de *capoeira* y la Orquesta de Aficionados con la serenata al claro de luna.

Entonces el yerno ascendió mucho y rápido en su opinión. No era el perfecto Príncipe Encantado, entrevisto un día en Pedro Borges, el estudiante paraense, con sus ríos, islas y cauchales, con su riqueza de las mil y una noches. ¿Qué más podía pedir, sin embargo, una viuda pobre, a los treinta años de edad? Doña Rozilda, satisfecha más allá de toda expectativa, le confesaba a doña Norma:

- Con éste hasta yo me casaba... Un ciudadano respetable...

¡Y qué modales! Esta vez acertó. También..., ya era tiempo... ¡Es un señor muy educado!

Una educación finísima: el doctor Teodoro, cordial y respetuoso, se dirigía a ella tratándola de «mi querida suegra», y preguntando a cada momento si precisaba algo. Le traía pastillas para la tos y un jarabe para el catarro crónico, y le regaló un paraguas nuevo cuando la oyó lamentarse de haber perdido el suyo - viejo, del tiempo de don Gil- en la confusión que se produjo al desembarcar en el puerto.

Doña Rozilda venía para asistir al casamiento y quedarse por unos días. Pero al comprobar las cualidades del yerno se dio cuenta de las perspectivas que le brindaría la vida en compañía de la pareja, decidiendo instalarse allí definitivamente, abandonando Nazareth das Farinhas, las obras piadosas del reverendo Walfrido Moraes, el club, la iglesia y la presidencia del sabroso y cruel chismerío del municipio.

En la pequeña ciudad, como ya se dijo, se sentía a sus anchas. Allí era alguien, un personaje influyente, podía intrigar libremente e imponer sus caprichos y enojos a la nuera, que ya había llegado al límite de la paciencia y perdido las esperanzas en los milagros de los santos: Nuestra Señora de los Dolores permaneció ciega y sorda a sus ruegos y promesas, sólo la muerte podía ya liberarla. Entiéndase: la muerte de la suegra. A veces, la buena de Celeste se ponía a pensar en tan jubiloso acontecimiento, ¡ah!, ¡qué velorio más impacientemente esperado! Sería la velada más alegre de Nazareth. Se hablaría del cuidado del cuerpo y los responsos y misas por el alma de la anciana señora en todo el Recóncavo, y los ecos llegarían hasta la capital. Celeste estaba dispuesta a no escatimar gastos ni molestias.

En Nazareth se encontraba bien, pero, con este nuevo yerno, prefería Salvador, y para quedarse en él trazó doña Rozilda todo un plan de acción. Fue adúltera e insinuante, servicial y bondadosa, devota del farmacéutico. Al principio el doctor Teodoro se conmovió. Hablando con su amigo Rosalvo Medeiros, el representante de los laboratorios, le confesó haber ganado con el casamiento no sólo la más perfecta de las esposas, sino también una segunda madre, su suegra, aquella santa viejecita.

- ¿Quién? - el próspero Rosalvo no podía creer a sus oídos- . ¿Quién es la santa viejecita? ¿Doña Rozilda? - preguntó, y se echó a reír, como doña Amelia el día del noviazgo. Se oía cada cosa..., ¡doña Rozilda una santa criatura!... Pobre Teodoro, con su ingenuidad...

Pero ni el mismo doctor Teodoro se engañó por mucho tiempo: la costumbre de meter en todo la cuchara, la capacidad de intriga y la permanente irritabilidad de doña Rozilda pronto relegaron a segundo lugar sus sonrisas melosas y sus cautivantes palabras, y el yerno comenzó a comprender el porqué de la risa incontinente y divertida de doña Amelia y de Rosalvo. Fue entonces cuando doña Rozilda le habló, con muchas vueltas, de los inconvenientes que tenía una casa pequeña, con tan poca comodidad. ¿Por qué no alquilar una residencia más a tono con sus posibilidades y relaciones? ¿Más amplia, con mayor número de habitaciones?

Con mucha habilidad sugirió que doña Flor no estaba satisfecha con aquella casa tan poco confortable, llena de malos recuerdos. Y que solamente por no importunar al marido callaba su disgusto.

El doctor Teodoro encontró extraña la sugestión fabricada por la suegra y todavía más extraño el pretendido disgusto de la esposa. ¿Acaso no fue doña Flor la



primera en destacar las conveniencias y ventajas de residir allí? Un alquiler bajo, el mismo desde hacía ocho años, la buena situación de la casa, a dos pasos de la droguería, además de ser la dirección conocida de la Escuela de Cocina: Sabor y Arte, con una cocina adaptada a la enseñanza, con horno de gas y fogón de leña... ¿Para qué una casa mayor si eran ellos dos solos? ¿Para qué más trabajo y gastos si allí estaban contentos ella y el marido, si tenía espacio suficiente para que se cumplieran sus deseos de felicidad? Estos habían sido los argumentos de doña Flor, modestos y sensatos, cuando aún era novia.

¿Por qué entonces este cambio repentino? ¿Por qué irse de allí a un innecesario caserón, que daría más trabajo cuidarlo y sería costoso? ¿Para qué esos lujos que estaban más allá de sus posibilidades? ¿Sólo por vanidad?

Doña Rozilda, en su confuso alegato, había mencionado el prestigio y el «buen tono». Al doctor Teodoro le afectó el argumento, siendo como era celoso del prestigio y de la consideración de los demás, pues temía las críticas de la sociedad. Pero a doña Flor no le preocupaban esas cosas, argumentando - cuando discutieron sobre la escuela- que el valor de un hombre no se mide por la figuración, por sus apariencias, sino por lo que él es realmente, por lo que vale.

Si era así, ¿por qué se mostraba contrariada ahora, por qué esas quejas y reivindicaciones? El doctor Teodoro escuchó con atención las ñoñeces de la suegra, pero no quiso discutir el asunto:

- No sabía, cara suegra, que mi querida esposa tuviera esa idea y no deseo discutirla. Pero puedo adelantarte que todo será resuelto a satisfacción de Flor.

Y dejando a doña Rozilda llena de optimismo se retiró, taciturno, camino de la droguería. Si el cambio de opinión de doña Flor fue para el doctor Teodoro una sorpresa, su procedimiento lo disgustaba. ¿Por qué no le habló ella misma, con lealtad y franqueza? ¿Por qué mandar en lugar suyo a doña Rozilda? El farmacéutico no quería que hubiese ninguna duda, ningún malentendido, por más mínimo que fuera, entre él y la esposa. Estaba dispuesto a darle todo cuanto estuviera a su alcance, a satisfacer sus deseos aun cuando le pareciesen caprichosos, dentro de los límites de sus posibilidades e incluso con algún sacrificio. Pero exigía sinceridad, llaneza, confianza. ¿Por qué tenía que haber terceros, intermediarios, entre ellos, si eran marido y mujer? El doctor Teodoro, en los fondos de la farmacia, manejando la espátula y triturando sustancias, pesando cantidades ínfimas en la balanza de precisión, se sentía apenado, triste. ¿Por qué esta falta de confianza? Entre marido y mujer no debe haber secretos, ni nadie que medie en sus relaciones. Subnitrato de bismuto, aspirina, azul de metileno, nuez moscada, las cantidades exactas, ni un grano de más ni uno de menos. Así debe ser el casamiento. Y resolvió poner en claro la cuestión cuanto antes.

Por la noche, ya en el cuarto, a solas con la esposa mientras se cambiaba tras la cabecera de la cama de hierro, le dijo:

- Querida, deseaba pedirte una cosa... Doña Flor ya estaba acostada, esperando el beso del marido para cerrar los ojos y dormir:

- ¿Qué, Teodoro?

- Me gustaría que tú, cuando tengas que decirme algo, me hables personalmente, sin mandar a nadie en tu lugar...

En la voz del doctor no se observaba enojo, su acento era más bien melancólico. Doña Flor se incorporó, sorprendida. Apoyándose en el codo, volvióse hacia el marido, que estaba poniéndose los pantalones del pijama:

- ¿Qué es esa historia?, ¿cuándo mandé yo...?

- Yo pienso que el marido y la mujer deben ser francos el uno con el otro, que no necesitan correveidiles...

- Teodoro, querido, por favor, dime pronto de qué se trata, no entiendo nada...

Ya vestido con su pijama a rayas, él se acercó a la cama, sentándose en ella:

- Si quieres cambiar de casa, ¿por qué no me lo dices tú misma?

- ¿Cambiar de casa? ¿Yo? ¿Quién te dijo eso?

- Pues tu madre, doña Rozilda. Me dijo que tú andabas quejándote, descontenta con la casa, disgustada...

Doña Flor se quedó mirando fijamente al marido, sentado en el borde de la cama, muy serio, con un asomo de tristeza en los ojos. Le dieron ganas de reír: «Semejante hombrón y tan sin malicia.»

- ¿Mamá? ¿Y tú pensaste que yo la había mandado? Tú no conoces todavía a mamá, Teodoro. Yo sé lo que ella anda buscando... ¿Para qué iba a querer yo una casa más grande? Quien la quiere es ella, con un cuarto en el que instalarse de una vez por todas, ¡Dios me libre y guarde!

- Pero si es eso, querida, si se trata de hospedar a tu madre, tal vez pueda... - doña Flor continuó riéndose y miró al marido bien de frente:

- Debemos ser francos el uno con el otro, acabas de decir tú, Teodoro. Dime, pero dime la verdad, no mientas: ¿a ti te gustaría que la vieja viviera con nosotros para siempre?

No era el doctor Teodoro hombre capaz de mentir, pero tampoco de ofender a los demás y menos todavía a la madre de doña Flor:

- Es tu madre, es mi suegra, y si ella quiere y tú estás de acuerdo...

- Pues has de saber, querido, que yo no quiero ni estoy de acuerdo. Es mi madre, le tengo cariño, pero tenerla aquí, viviendo con nosotros, ni por todo el oro del mundo. No hay quien la aguante, Teodoro, tú todavía no la conoces bien.

Tomó la mano del esposo:

- En esta casa, querido, sólo tú y yo, nadie más. De aquí sólo saldríamos para nuestra casa propia. Además, cuando podamos, lo mejor es comprar esta misma...

El farmacéutico respiró con alivio. Por doña Flor hubiera sido capaz de cualquier sacrificio, hasta de aguantar a doña Rozilda con sus tramoyas. Felizmente, todo quedó claro. Doña Flor no había cambiado, seguía siendo modesta en sus ambiciones, prudente en los gastos, sensata. Pero su opinión en cuanto a doña Rozilda evolucionó definitivamente y la santa viejecita convirtiéndose en ponzoña. No en vano su cuñado, el tal Moráis, no se movía de Río, estando dispuesto a volver a Bahía sólo cuando la vieja estirase la pata (otro más cuya única esperanza residía en la muerte, pues en el caso de doña Rozilda, en su opinión, no había otra alternativa). Aun así, el doctor Teodoro, con menos experiencia en el trato de la suegra y siendo mucho más afable y de esmerada educación, todavía dijo con una última amabilidad:

- Cosas de vieja, pobre..., a su edad... Ella acarició mimosamente la mano del marido, ese hombre tan bueno:

- No se trata de la edad, querido..., fue siempre así..., es mi madre, no debo hablar mal de ella, una hija no puede..., pero siempre tuvo el mismo carácter, desde jovencita... Ni mi padre la soportaba, y era un santo. Si ella se metiera aquí, Teodoro, terminaríamos peleándonos.

- ¿Nosotros? Nunca, querida mía, jamás... Y la miró casi conmovido, lleno de ternura:

- Nunca reñiremos..., ni tendremos secretos el uno para el otro, sea el que fuere. Nos contaremos todo, todo... El la besó en los labios, suavemente.

- Todo... - repitió doña Flor en un susurro.

El doctor Teodoro sonrió, totalmente satisfecho, se levantó y fue a apagar la luz. «¿Todo, Teodoro? ¿Crees que es posible? ¿Incluso los pensamientos más recónditos, incluso aquellos que uno se oculta a sí mismo, Teodoro?» Doña Flor contemplaba el torso fuerte del esposo bajo el pijama, los amplios omoplatos, el recio cuello, los músculos del brazo. Mordiéndose los labios trató de apartar sus pensamientos, pues, como era lunes, no correspondían esas cosas... El doctor, hombre sistemático, mantenía con respecto a eso, igual que para todo, el más perfecto orden. Pero era tan bueno y generoso, tan delicado y atento, estaba tan rendido por ella, hasta el punto de disponerse a soportar a doña Rozilda... Tanta devoción compensaba su sistematización, su rigor para los horarios, las reglas y las etiquetas.

«Todo no, Teodoro, tú no sabes qué oscuro pozo es el corazón de uno.»

Del brazo de su marido, doña Flor descubrió mundos desconocidos e insospechados, en los que penetró con él, llegando a ser figura destacada, «gracioso ornamento», como escribiera sobre ella, justo y gentil, reseñando la fiesta de los Taveiras Pires, nuestro exigente Silvinho, a quien hay que referirse siempre inevitablemente. Nunca se le había ocurrido a ella que existiese un universo constituido solamente por farmacéuticos, hermético y fascinante: con sus propios problemas, su peculiar visión de la vida, su lenguaje de casta, su atmósfera de nitratos y calomelanos. El universo cuya capital y cumbre era la Sociedad Bahiana de Farmacia, con sede propia, un piso entero, limitando con otros mundos más o menos importantes como el de los médicos, una casta suficiente y poderosa que se beneficiaba del trabajo de los demás. Sí, ¿para qué servirían los médicos - se preguntaban los líderes de la farmacología- si no existiesen los farmacéuticos? ¿Por qué entonces esa altivez, esa arrogancia? Eran igualmente presuntuosos los representantes de los laboratorios; a la hora de vender eran corteses y hasta humildes con los grandes, pero desatentos con los pequeños, y a veces groseros a la hora de cobrar una cuenta atrasada. Más simpáticos eran los representantes viajeros, con sus valijas llenas de remedios y las últimas anécdotas del interior. Toda esa gente, la de la universidad y la del comercio, con sus títulos, su dinero, su orgullo, se alzaba sobre una amplia capa de profesionales y despachantes de farmacia con míseros sueldos.

Al pasar frente a la Droguería Científica, al cruzar su umbral, al adquirir un tubo de pasta dentífrica o un jaboncillo, nunca había percibido antes doña Flor el fuerte hálito de aquel mundo de las drogas, nunca lo había respirado.

Un mundo en el que moraba su marido, apoyado en el *canudo* de doctor (y más todavía en los conocimientos resultantes de la larga práctica en los laboratorios y mostradores), en su capacidad de trabajo y en su honradez, y en el que procuraba asegurarse una situación financiera y cierto renombre científico. Tenía en ese mundo una situación modesta, un modesto renombre, lo suficiente como para que se le abriesen a doña Flor las puertas de aquel territorio de yodo y sulfatos; para que se beneficiase con los programas culturales y recreativos de la Sociedad Bahiana de Farmacia: las asambleas que se realizaban en su sede propia, la lectura y debate de tesis y trabajos sobre temas científicos o profesionales; las comidas, en días festivos, toma de posesión del nuevo directorio, el Día del Farmacéutico...; comilonas en torno a las cuales se juntaban directores y socios (con sus familias), en ruidosa «confraternización de profesionales», como decía siempre el doctor Ferreira en su infaltable discurso. Sin olvidar el baile de fin de año, en diciembre, antes de Navidad. Doña Flor frecuentaba con cierta asiduidad, aunque sin exageración, las tesis y las comidas. Se relacionó con las esposas de los colegas del marido visitando a algunas de ellas y siendo visitada por ellas a su vez, trueque de cortesías que le dejó como saldo tres o cuatro amigas y sólo una alumna.

Eran esas señoras, doña Sebastiana, esposa y brazo derecho del doctor Silvio Ferreira, secretario general de la sociedad y su principal animador: mujerona alegre que tenía una voz de tromba y una risa contagiosa; doña Rita, señora del doctor Tancredo Vinhas, de la Farmacia Santa Rita, constituía con su marido una pareja flaca y agradable, él fumando cigarrillo tras cigarrillo y ella con una tosecita de tisis aguda; doña Neusa, la rubia Neusoca de los ojos alegres, era la mujer de R. Macedo & Cía.: la compañía estaba formada por los vendedores, y a doña Neusa le atraía siempre el nuevo empleadito: los coleccionaba, los iba bautizando con los nombres de los remedios más en boga (hubo un elixir de Ñame, un oscuro mulato; un Bromil que parecía un niño de tan jovencito y frágil, todavía imberbe e inocente, joya preciosa para la más rara colección; hubo un lindo muchacho, llamado Emulsión de Scott, campesino recién llegado de las tierras de Galicia, con su cara de manzana; el pequeño Freasa fue llamado Salud de la Mujer, tocándole

acompañarla cuando ella estaba convaleciendo de una hepatitis; asimismo hubo el Regulador Gesteira, el Jabón Indígena, un negrito casi azul, ¡ay, Virgen Santa!; un ímpetu Seguro y un Cura Milagrosa, este último significaba una traición de doña Neusa a la activa clase de los vendedores de farmacias, a la cual se había dedicado hasta entonces en exclusividad, pues se trataba de un galante seminarista que estaba de vacaciones en la vecindad, y que para la ávida Neusoca tenía el doble sabor del pecado contra la ley de los hombres y contra la Ley de Dios).

Doña Paula, esposa del doctor Angelo Costa, de la Farmacia Goiás, vino a estudiar culinaria en la Sabor y Arte, mostrando bastante vocación. Era la única alumna que provenía de las huestes de la farmacia. Hubo otra, doña Berenice, que inició el curso, pero desistió pronto debido a que era incapaz de distinguir un filete de un pernil de buey.

Con doña Gertrudes Becker, esposa del doctor Frederico Becker, propietario de la red de Droguerías Hamburgo - cuatro en la ciudad alta, una en la ciudad baja, otra en Itapajipe- , representante de grandes laboratorios extranjeros, presidente más o menos perpetuo de la Sociedad, y rey de la magnesia y de la urotropina, doña Flor no intercambiaba visitas. Doña Gertrudes sólo descendía de su trono una vez al año, con motivo del baile de diciembre, cuando hacía la concesión de rozar con la punta de los dedos las manos de la pequeña burguesía laboriosa y sufridora con la que su marido tenía en común apenas los negocios. En cuanto al doctor Frederico, si bien no asistía a los almuerzos con vino y gaseosas de Río Grande, no faltaba a las reuniones de la Sociedad que él presidía y en las que decía la última palabra sobre cualquier tema.

Era un alemán más bien bajo, de ojos azules y suaves, y áspero acento. Corrían rumores con respecto a su forma y a su título de farmacéutico, otorgado por una lejana facultad alemana cuando él era ya dueño de tres farmacias. Adoraba a los niños y se paraba en las calles para darles bombones, que sacaba de sus bolsillos siempre provistos.

Hacía sólo dos meses que doña Flor se había casado cuando subió por primera vez las escaleras que conducían a los salones de la Sociedad Bahiana de Farmacia, en el segundo piso de un edificio colonial del Terreiro de Jesús. En el piso de abajo funcionaba el Centro Espiritista Fe, Esperanza y Caridad, en feroz competencia con los farmacéuticos, pues los médium y la hermandad astral obtenían curas radicales para todas las enfermedades a base de recetas metafísicas, prescindiendo de medicinas, drogas e inyecciones.

Así tuvo doña Flor la oportunidad única de ser testigo del sensacional debate que se iba a entablar esa noche en la reunión de la Sociedad Bahiana de Farmacia, en torno al trabajo que presentaría el doctor Djalma Noronha, tesorero del gremio, titulado: «De la creciente aplicación por la clase médica de productos manufacturados, con la consiguiente declinación de las recetas a preparar y de las imprevisibles consecuencias resultantes».

El gremio de los boticarios se hallaba dividido. Unos eran partidarios entusiastas de los remedios fabricados y envasados en los laboratorios del Sur y otros de las medicinas tradicionales, pacientemente dosificadas en los fondos de las farmacias, con las fórmulas escritas y pegadas a los frascos y cajas, todas ellas productos garantizados por el farmacéutico con el aval de su firma.

El doctor Teodoro no habló de otra cosa durante toda la semana, ya que él mismo era uno de los campeones de la escuela tradicional. «¿Para qué servirá el farmacéutico cuando sólo existan productos manufacturados? No pasará de ser un vendedor, un simple despachante en su farmacia», declaró patéticamente en la reunión.

En el campo opuesto, defendiendo la industrialización de los remedios (e incluso su nacionalización) de acuerdo con los tiempos modernos y la técnica avanzada, doña Flor tuvo ocasión de oír al doctor Sinval Costa Lima - cuyos descubrimientos en relación con las propiedades medicinales de la *jurubeba* le habían dado amplio renombre- , así como la palabra fluida y arrebatada del célebre Emilio Diniz. Aunque adversario suyo en este debate, no negaba el íntegro doctor Teodoro el

talento fulgurante del profesor Diniz:

- ¡Es un Demóstenes! ¡Un Prado Valadares!

También era fuerte en intelectos el partido en cuyas combativas filas científicas se alineaba nuestro caro Madureira; para demostrarlo bastará citar el nombre del doctor Antiógenes Dias, ex decano de la Facultad y autor de varios libros, un viejecito de ochenta y ocho años que todavía tenía fuerzas para afirmar:

- En mi farmacia no entra un remedio hecho a máquina...

Pero él no tenía que ver nada con su farmacia. Hacía más de veinte años que los hijos no sólo compraban y vendían remedios manufacturados, sino que además eran representantes en Bahía de poderosos laboratorios paulistas. «El viejo está caduco», decían.

Quizá tuviesen razón los ingratos, pues el viejo estaba un tanto lelo, se reía solo. En cambio, eran lúcidos y competentes los doctores Arlindo Pessoa y Melo Nobre -idos cabezas de primera!-, y el propio doctor Teodoro, cuyo nombre no debe olvidarse injustamente, sólo porque sea el preclaro héroe de esta modesta crónica de costumbres. Sobre todo si se tiene en cuenta que él confesó a la esposa que poseía un total dominio de la materia en discusión, haciendo resaltar una vez más la importancia de la asamblea: doña Flor debía considerarse felicísima por tener ocasión de presenciar el histórico debate.

Histórico y puramente académico, pues como el propio doctor Teodoro decía a su mujer, ni él ni ninguno de los más ardientes defensores de las recetas a elaborar dejaban de adquirir para sus farmacias los productos de los laboratorios. ¿Cómo hacer frente a la competencia si sus establecimientos quedaran desprovistos de esas malditas drogas tan de moda? De ahí que su posición en el debate fuese estrictamente teórica, gratuita, técnica, sin nada que ver con las exigencias prácticas del comercio, «pues no siempre, mi querida Flor, es posible conciliar la teoría con la práctica, ya que la vida tiene sus aspectos sórdidos».

No quiso doña Flor ahondar en esa contradicción entre la teoría y la práctica, aceptando sin más la afirmación del doctor: «Exactamente por eso es todavía más de elogiar la posición de los que defienden las recetas tradicionales.» Tocante a ella, era persona de pocos remedios y mucha salud, sin recordar la última vez que estuviera enferma (a no ser su insomnio de viuda).

Fue aquélla, realmente, una noche memorable, como dijo el doctor Teodoro y registró el diario. Una crónica abreviada, sintética - se quejó nuestro doctor, al ver sus decisivas intervenciones, igual que todas las otras, reducidas a una frase incolora, y con los nombres incompletos- : «Intervienen en la discusión, entre otros, los doctores Carvalho, Costa Lima, E. Diniz, Madureira, Pessoa, Nobre, Trigueiros.» Sólo destacaba el discurso del doctor Frederico Becker, con elogios a su «claridad expositiva, sus valiosos conocimientos y la lógica de su razonamiento». ¿Por qué tanto desprecio de la prensa hacia la cultura, por qué semejante economía de espacio - protestaba el doctor Teodoro-, cuando sobran páginas para los crímenes más repugnantes y para los escándalos nudísticos de las estrellas de cine, con sus divorcios absurdos y su pésimo ejemplo para nuestras jovencitas?

En cambio, se publicó una amplia información y un extenso análisis del debate en la *Revista Brasileña de Farmacia*, de Sao Paulo (Año XII, volumen 4, páginas 179 a 181). Financiada por los grandes laboratorios, la *Revista* no ocultaba su posición en favor de los productos manufacturados. No dejó, sin embargo, de destacar con justicia «las brillantes intervenciones del doctor Madureira, intransigente y docto adversario a quien rendimos nuestro homenaje». «Intransigente y docto»: lo dice, con toda autoridad, la *Revista Brasileña de Farmacia*, y no nosotros que somos incondicionales del doctor.

Mucho se esforzó doña Flor por seguir y entender el impetuoso debate, pero, en honor a la verdad, debe decirse que no le fue posible. Por amor al esposo y por amor propio le hubiera gustado mantener su atención concentrada en los oradores, pero, como desconocía tesis y fórmulas y le resultaban pesadas aquellas palabras y frases en lenguas muertas, no consiguió comprender los discursos.

Su pensamiento divagaba, perdiéndose en temas menos filosóficos, pasando de los

problemas de la escuela a los chismes de María Antonia, tan divertidos (sonrió al recordarlos, en medio de los recios argumentos del doctor Sinval Costa Lima, el de la *jurubeba*); además estaba inquieta por Marilda, cada vez más obstinada e impaciente en su decisión de actuar ante el micrófono, un ejemplo - según el doctor Teodoro- de la pésima influencia de las actrices del cinematógrafo sobre la juventud. Se había vuelto respondona y desobediente, entrando en relaciones con un sujeto del ambiente radial, Oswaldinho Mendonca, festejante que la embaucaba hablándole de programas y *cachets*. Doña María del Carmen, a su vez, ejercía un control total sobre cada paso y gesto de la estudiante, castigándola, prohibiéndole salir de la casa.

Cuando menos lo esperaba doña Flor, quien estaba ante el micrófono no era Marilda, sino el doctor Teodoro. Intentó seguir su dialéctica y comprender los argumentos con que él confundía a los adversarios. El rostro grave, el semblante circunspecto, los gestos corteses aunque fogosos, todo en él correspondía a la imagen de un hombre digno, del íntegro ciudadano que estaba cumpliendo con su deber; en este caso su deber de farmacéutico, honrando su diploma de doctor (aunque fuese contra sus intereses comerciales).

Siempre cumplía con su deber, siempre era un ciudadano íntegro. En la víspera, por la noche, había cumplido en la cama, con la misma competencia y sesudez, su deber de marido. Como estaba nerviosa, con la sensibilidad a flor de piel a causa de Marilda, que se había presentado en casa de doña Flor, dominada por una crisis de lágrimas y sollozos, hablando de suicidarse - «o cantar en la radio o morir», era su fanático lema- , le insinuó al marido, entre dengues e incitaciones, su deseo del bis, dado que era una noche optativa, por tratarse de un miércoles.

Sintió por un instante la vacilación del doctor, pero como ella ya había roto la timidez y la pacatería, hizo demostraciones de su deseo, insistiendo. Sin dudar más, el doctor atendió su pedido y cumplió gustosamente su deber por segunda vez.

Ahora comprendía doña Flor, en el salón de debates, la causa de la indecisión del esposo: había querido evitar la fatiga, mantener el cuerpo y el cerebro descansados para el acto de la noche siguiente en la Sociedad. Él dividía su tiempo y su esfuerzo entre sus diferentes deberes.

Pero el bis de la víspera no lo había fatigado, pues allí estaba, firme en la tribuna, soltando latinajos (¿o sería francés ese idioma?): «la natablucósida C igual a etanoico más glucosa más 3 digitoxosía más digoxigenólida», fórmulas que suenan al oído como versos bárbaros.

Viéndolo tan solemne y grave, con su griego y su latín, el dedo en alto, mientras los colegas lo escuchaban con atención y deferencia, doña Flor se daba cuenta de la importancia de su esposo. No es un cualquiera, como bien decían doña Rozilda y los vecinos, y con razón. Debía estar orgullosa de él, dar gracias a la Divina Providencia que le había otorgado un marido tan bueno, un regalo del cielo. Además, llegó a tiempo, cuando ya no podía soportar más su condición de viuda, y estaba a punto de dar cuerda y ánimo a cualquier audaz, a punto de abrir las puertas de la casa y los muslos al primer atorrante pálido y suplicante, como el Príncipe Eduardo de las Viudas. ¡Válganos Dios, de lo que se había salvado!

Si el farmacéutico no hubiese aparecido en el mostrador de la Droguería Científica el día del «Trote de los Novatos», ella, doña Flor, en vez de estar allí, rodeada de consideración, en aquel salón en que los ilustres doctores discutían eruditos temas, probablemente hubiera rodado de mano por los hoteles, sumida en el libertinaje y la depravación, habiendo perdido la honra, las amigas y las alumnas, terminando quién sabe dónde... Se estremecía ante el horror que le causaba el sólo pensarlo. Su aplauso, al finalizar el discurso del doctor Teodoro, no significaba apenas entusiasmo, sino también gratitud. Era su salvador, y un hombre respetable. Debía estar orgullosa del marido.

Desde la mesa presidencial a la que había vuelto el doctor Teodoro buscaba con los ojos a la esposa y recibía de ella el estímulo de una sonrisa, verdadero premio mayor para su esfuerzo y brillantez. Proseguía la discusión: ocupaba ahora la tri-

buna el doctor Nobre, cabeza de mucho meollo, sin duda, pero con una voz monótona y neutral, en tono menor, que invitaba irresistiblemente a dormir.

Doña Flor quería reaccionar, pero sus párpados le pesaban cada vez más. Su última esperanza fue puesta en el doctor Diniz, tribuno famoso desde los tiempos de estudiante, profesor notable, autor de *Galénica Digitalis - communia & stabilisata*, un tratado definitivo- . Pero ni él ni los otros que le sucedieron en el debate consiguieron evitar los cabeceos de doña Flor. Y no sólo de doña Flor. Doña Sebastiana dormía profundamente: su busto imponente subía y bajaba, y el aire salía de su boca en un silbido. Doña Rita tenía los ojos cerrados y de cuando en cuando alzaba un párpado, despertándose sobresaltada. Doña Paula resistió cierto tiempo, pero después se entregó, reclinando su cabeza en el hombro del marido. Sólo doña Neusa, con sus profundas ojeras, estaba fresca y campante. Ella era la única que no sentía la modorra ni la monotonía de las fórmulas y de los conceptos, como si toda aquella ciencia le fuese familiar. Sus ojos seguían los vaivenes del muchachote empleado de la Sociedad, que estaba llenando una copa de agua en la tribuna para los oradores. Ya le había puesto un sobrenombre: 914, una inyección de mucha fama, que había dado en el blanco contra la sífilis.

Doña Flor cabeceaba, el sueño le subía por la nuca. Le parecía oír, muy a lo lejos, la voz del marido. Hizo un esfuerzo para prestar atención y sí, allí estaba el doctor Teodoro discursando por segunda vez. No entiendo nada de todo eso, querido mío, fórmulas de química y botánica, sesudos argumentos. Perdóname si no consigo resistir el sueño, soy una vulgar ama de casa, una burra, demasiado ignorante, no estoy hecha para estas alturas.

La despertaron los aplausos, y también ella aplaudió, sonriéndole al marido y enviándole un beso con la punta de los dedos.

La sesión duró poco tiempo más y después las mujeres, liberadas, se reunieron formando un sonriente grupo mientras se despedían.

- El doctor Teodoro estuvo magnífico... - comentó doña Sebastiana. (¿Cómo lo sabe, si durmió todo el tiempo?)

- ¡Qué portento el doctor Emilio! - dijo doña Paula, repitiendo conceptos oídos en anteriores reuniones- . Y el doctor Teodoro, ¡qué cabezota!

Al descender por la escalera, del brazo del marido, doña Flor le dijo:

- Todo el mundo te elogió, Teodoro. Te cubrieron de alabanzas. Gustaste a todos y dijeron que estuviste muy bien...

Él sonrió con modestia:

- Es una amabilidad de los colegas..., pero es probable que haya dicho alguna cosa útil... Y a ti, ¿qué te pareció?

Doña Flor apretó la mano grande, honrada del marido, atrayéndolo hacia sí:

- Un amor. No entendí mucho, pero me pareció adorable. Y me hincho toda cuando te elogian...

Casi le dijo: «No te merezco, Teodoro»; pero quizá él, con todo su griego y su latín, no lo hubiese entendido.

## 5

Si el mundo de los farmacéuticos era un imprevisible descubrimiento, cabe imaginarse lo que sería el secreto y casi cabalístico universo musical de la orquesta de aficionados en el que doña Flor ingresó por la puerta estrecha del fagot.

Aquellos graves y respetables señores, todos ellos bien asentados en la vida, con títulos universitarios o con comercios, empresas, escritorios - todos menos Urbano Pobre Hombre, melodioso violín, simple empleado de la Tienda Beirute- , constituían una especie de comunidad cerrada, con características de secta religiosa. («La sublime religión de la música, el misticismo de los sonidos, con sus dioses, sus templos, sus fieles y su profeta, el inspirado compositor y maestro

Agenor Gómez»), según decía el reportaje de Flavio Costa, joven periodista que hacía gratuitamente su aprendizaje en las páginas de *El Comerciante Moderno*, del generoso Nacife (no le cobraba nada al novato por el aprendizaje). El reportaje sobre los aficionados ocupaba toda la última página del *Tendero*, con un cliché en el centro, a tres columnas, de la orquesta completa, de *smoking*, en los jardines del palacete del comendador Adriano Pires. Éste, por otra parte, recibió al día siguiente la simpática visita de su director, que iba a hablarle sobre las innumerables dificultades que debía enfrentar un diario serio como el suyo. Era imposible sobrevivir si no se contaba con la comprensión de hombres como el del título del Vaticano, de corazón y cartera sensibles a esos dramas de la prensa. Mostraba el pasquín con el reportaje. («Un muchacho inteligente el redactor, un talento, pero es uno de esos chicos, comendador, que hoy en día cobran una fortuna por mes»); y el millonario abría la bolsa, enternecido al verse con su violoncelo en medio de sus hermanos de la secta. Una secta que tenía sus obligaciones, sus hábitos, un ritual estricto y una alegría semanal de pájaros: el ensayo en las tardes de los sábados. Viniendo de las alquitaras, los morteros, los pildoreros, los potes de porcelana con óxidos y venenos, con mercurio y yodo, doña Flor ingresaba en los trinos, pizzicatos, pavanas y gavotas, solos y suavísimos, en la estela del violoncelo y el oboe, de los violines y del clarinete, de la flauta y de la trompeta, de la batería, del fagot del marido, obedeciendo todos al piano conductor del maestro Agenor Gómez. «¡Qué persona más simpática!» Pasaba así de doña Sebastiana, doña Paula, doña Rita y la voraz Neusoca, llena de avidez por los empleados, a la convivencia todavía más elegante con las damas de la flor y nata, las esposas de estos señores. A propósito de ellos, acostumbraba a decir el banquero Celestino, cuando se veía obligado a oír un concierto suyo (¡ah!, la vida de un banquero..., hay gente que supone que es un constante disfrutar de delicias, sin imaginar los aburrimientos, los latazos...):

- Cada desafinación de uno de esos maniáticos vale millones...

Esos grandes señores, los sábados por la tarde, se transformaban en alegres y despreocupadas criaturas, libres de compromisos y obligaciones, de clientes y negocios, del dinero a conquistar con prisa y apetito. Ponían a un lado las distancias sociales, confraternizando el mayorista con el ingeniero de la prefectura, de bajo salario, el famoso cirujano con el modesto farmacéutico, el honorabilísimo juez o el dueño de los Emporios Nortistas - ocho tiendas en la ciudad- , con el empleado del pequeño negocio.

Asimismo, esas señoras de tanta alcurnia y distinción abrían la intimidación de sus casas a las esposas de los otros músicos, sin medir su fortuna y origen social, recibéndolas a todas con la misma afabilidad, incluso a ña Maricota. (¿Por qué ña y no doña? Porque ella misma alardeaba: «yo no soy doña, soy solamente ña Maricota y gracias».)

Por lo demás, ña Maricota casi nunca aparecía, pues no tenía los vestidos apropiados ni su conversación estaba a la altura de aquellas «hidalgas de mierda», como explicaba a los vecinos en una esquina de la calle, donde se juntaban Lapinha y Liberdade:

- ¿Qué voy a hacer yo allí? Sólo se habla de fiestas, de recepciones, de almuerzos y cenas, todo es una comilonería que hasta la angustia a una. Y sin hablar de los chicos que dejamos en casa y que no pueden comer lo que debieran, lo que se llama comer... Cuando no hablan de comida y bebida, se conversa sobre porquerías: que la mujer de Fulano está metida con Zutano, que la otra se entrega a Dios y al diablo, que Fulanita fue vista entrando en un hotel. Al parecer esas señoras sólo saben comer y moverse en la cama. Nunca he visto...

En medio de su ira, doña Maricota. («Yo no soy dueña de nada, cuando mucho llámeme ña Maricota como a cualquier criada, que no soy más»), o sea, ña Maricota no medía las palabras, dando rienda suelta a su lenguaje áspero y realista:

- Todos son lujos, sedas, paquetería... Que se queden ahí, en lo alto de su mierda, con sus cacareos, que yo no las necesito... Urbano va porque no puede vivir sin el



ensayo... Si por mí fuese, él no pisaría la casa de ningún ricacho, tocaba aquí mismo, en la taberna de don Bié, con Bobo Sapo y don Bebe- Y- Escupe - decía, abriendo los brazos con gesto de impotencia- . Pero ¿qué le voy a hacer...? Es un pobre hombre...

De tanto repetir ella la despreciativa calificación, don Urbano fue finalmente conocido como Pobre Hombre. El apodo humillante procedía de ella. En cuanto a Bobo Sapo, era un maestro gaitero, y Bebe- Y- Escupe poseía una vieja zanfona: los domingos, ambos tocaban sus «modas» y tragaban su *cachaca* en el boliche de don Bié, punto de cita de la más elegante sociedad de aquellos rincones. Don Urbano también aparecía por allí y algunas veces se hacía aplaudir tocando el violín, si bien aquel público daba clara preferencia a la gaita de Bobo Sapo y a la zanfona de Bebe- Y- Escupe. Ña Maricota, que no entendía nada de música, rezongaba por tener que planchar, para los ensayos, el único y viejo traje azul del marido (los pantalones ya comenzaban a ser transparentes en las asentaderas):

- Si no pueden ensayar sin él, por lo menos debieran pagar el almidón... Esa Orquesta de Tal sólo causa gastos, no veo que el pobre hombre gane nada con ella.

Sí, ganaba. Ganaba la paz del espíritu: en la música se desvanecía la agría Maricota, con su olor a ajo, sus verrugas y su cháchara. Los sábados, en el ensayo, repitiendo las mismas partituras de siempre, iniciando el estudio de alguna que otra melodía nueva para ampliar el selecto repertorio, Urbano Pobre Hombre olvidaba la mezquindad de la vida, lo mismo que todos los otros señores de la orquesta, los copetudos, los hombres ricos. Unos con sus graves modales, otros desprendiéndose de toda solemnidad al ponerse en mangas de camisa para el ensayo, todos, al tomar los instrumentos, revelaban la misma alegría interior y una inspiración pura borraba de su pensamiento las miserias y pobreterías cotidianas.

El doctor Venceslau Veiga, el egregio cirujano, después de los primeros acordes y el primer vaso de cerveza, se sonreía contento con la vida y con la humanidad. Toda la fatiga de la semana en la sala de operaciones, abriendo pechos y barrigas, atendiendo enfermos, inclinado sobre la muerte en una lucha incesante, cruel y vana, todo ese cansancio acumulado desaparecía con los primeros acordes, apenas vibraba el arco del violín. El doctor Pinho Pedreira rompía las cadenas de su soledad de soltero misántropo, volviendo a encontrar en su flauta el recuerdo de un amor de adolescente, de unos ojos glaucos y simuladores. Adriano Pires, el Caballo Pampa - manchas blancas de vitíligo pintarrajeaban sus manos y su cara- , el millonario, el gran mayorista, el socio de bancos, el director de empresas e industrias, el comendador del Papa, estaba allí humildemente con su poderoso violoncelo, compensando así una semana de ambiciones feroces y feroces golpes, de pleitos con los clientes, los competidores, los empleados - itodos ellos unos ladrones!- , con el afán de ganar cada vez más, con miedo a ser robado, con las angustias del poco tiempo que tenía para tanta ansia de dinero y de poder, y también con la obligatoria convivencia junto a doña Inmaculada Taveira Pires, una catástrofe. Allí estaba no sólo humilde, sino también generoso y humano, sonriéndole al paupérrimo empleado que estaba junto a él: el uno libre de la excelentísima doña Inmaculada, el otro liberado de ña Maneota.

Al igual que ña Maricota, la comendadora raramente iba a los ensayos. No por falta de vestidos y conversación, claro; por falta de tiempo, ya que tenía ocupadas sus horas por mil compromisos, pues era la primera en importancia entre las damas de la alta sociedad, y también porque no le hacían gracia esos ensayos, infinitamente monótonos, una eterna repetición de acordes, siempre las mismas partituras durante meses, iinsoportable!

Era mejor que no estuviese presente, así no tenían que contemplar su máscara angulosa, recubierta de cremas, el busto lleno de joyas y pellejos y sus infectos impertinentes. Así le era más fácil a don Adriano borrarla de los ojos y de la memoria. A ella, a las hijas y a los yernos. Las hijas, unos fracasos: dos pobres infelices para quienes la vida se reducía a los vestidos y los bailes. Los yernos, dos gigolós, a cual más inútil y zafado, uno derrochando en Río, el otro tirando en Bahía

el dinero de don Adriano, su sudor, su sangre, su vida. Allí, con la orquesta, el mayorista olvidaba todo eso, descansando de los afanes que le causaban los millones acumulados, y la gente que se presentaba en busca de un acuerdo porque no podían pagar, o los que se declaraban en quiebra, así como del vacío, el egoísmo, la tristeza de su gente. Allí descansaba con su violoncelo. Al lado de don Urbano, iguales los dos, como iguales eran, en su íntima verdad, la excelsa doña Inmaculada y la andrajosa ña Maricota, las dos unos horribles adefesios.

Estos conspicuos caballeros se reunían sin falta todos los sábados, entregándose a la música y a la cerveza, despreocupados y risueños, cada sábado en un domicilio distinto, y la dueña de casa les ofrecía una nutrida merienda, una mesa bien puesta a media tarde. Siempre venían dos o tres esposas de los músicos, algunos amigos y otros tantos admiradores, pues «hay gustos para todo» (como murmuró Zé Sampaio, al regresar de una de esas tenidas sabáticas a la que asistiera para corresponder a las musicales invitaciones del farmacéutico). Doña Flor, que en los primeros tiempos era infatigable, fue acogida con amable cordialidad, brillando por su dulzura y afabilidad.

En el selecto mundo de la música erudita - y usamos este adjetivo cualquiera que sea el valor que se le quiera dar: doña Gisa no lo aprobaba, como más adelante se verá- ; en ese ambiente impregnado de insignes sentimientos, no tenían lugar ni ocasión las desigualdades de dinero y origen social; allí se diluían las diferencias de clase y de fortuna, formándose la super- casta de los Hijos de Orfeo, hermanos en el arte. Todos se trataban con fraternal intimidad - incluso Pobre Hombre, que allí era Violín Genial- , por los nombres y apodos: Lalau, Pinhozinho, Azinhavre, Raúl das Meninas, Caballo Pampa, y casi lo mismo ocurría con las señoras. Se trataban de Elenita, Gildoca, Sussuca, Toquinha, y le decían «mi santa, morena linda, preciosita», a doña Flor, pidiéndole consejos culinarios. Ellas no tenían culpa si algunas veces doña Flor quedaba al margen de la conversación, por desconocer ciertos temas gratos y constantes en ese medio. En fin, no sabía jugar al bridge, no era socia de los clubes, ni su presencia en sociedad era obligada. Cuando se producían esas lagunas de silencio, los ojos de doña Flor buscaban al marido, que seguía soplando en su fagot, con semblante plácido y feliz. Y entonces sonreía, importándole poco la conversación de las señoras, dejando de sentir el peso del aislamiento.

Cuando el doctor Teodoro le anunció que habían elegido su casa para el próximo ensayo, puso manos a la obra: no iba a ser menos que ninguna. Cuando el marido se dio cuenta ya había invitado a Dios y al diablo, dispuesta a gastar incluso sus economías en un derroche de comida y de bebida. Le costó trabajo contenerla: quería demostrar a aquellas ricachas que también en la casa de los pobres se sabe recibir.

El doctor Teodoro intentó reducir la comilona: que sirviese como máximo dulces y saladitos, además de la cerveza de rigor. Si quería ser gentil y atenta con el maestro, podía preparar un sabroso *mungunzá*, un plato por el que sentía especial predilección don Agenor:

- Además se lo merece..., tiene una sorpresa para ti... ¿Y qué sorpresa!

Aun así, a pesar de las advertencias del marido, doña Flor sirvió un *lunch* opíparo en la casa abarrotada de invitados. La mesa soberbia: *acarajés*, *abarás*, *moquecas* de *aratu* en hojas de banano, *cocadas*, *acacas*, *pés- de- moleque*, *bolinhos de bacalhau*, *queijadinhas*, y no se sabe cuántas más cosas; *iguarias* y *pitéus* a elegir. Además del caldero de *mungunzá* de maíz blanco (iun espectáculo!). Los cajones de cerveza se pidieron al bar de Méndez, así como las gaseosas de limón y de fresa y guaraná. El ensayo fue un éxito. Aunque sólo asistieron dos de las esposas de los aficionados, doña Helena y doña Gilda, la casa se llenó de gente: los vecinos con mucha vergüenza, nerviosas las alumnas y delirantes las comadres. (Doña Dinorá, después, casi se muere de la indigestión.)

La orquesta se instaló en el aula, en la que además de los músicos se sentaron sólo algunas personas de elevada condición: don Clemente, doña Gisa, doña Norma, los argentinos (doña Nancy se vistió de gala, con una elegancia que había que verla),

el doctor Ives, muy fantasioso y como siempre queriendo saberlo todo, cagando reglas musicales, citando óperas, mencionando a Caruso: «ésa sí que era voz». Hubo un instante de suspenso: cuando el maestro Agenor Gómez, batuta en mano, dijo que tenía algo que comunicar, una sorpresa para la dueña de casa, una dedicatoria. Esa tarde, por vez primera ensayarían una composición de la que era autor, una romanza inédita y reciente, especialmente creada «en homenaje a doña Florípides Paiva Madureira, adorable esposa de nuestro hermano en Orfeo, el doctor Teodoro Madureira». Todos los asistentes sintieron un escalofrío y se hizo un silencio total en la sala hasta entonces irrespetuosamente alborotada por las risas y las conversaciones.

Sonrióse para sí el buen maestro: esos músicos aficionados eran como una prolongación de su familia; con pavanas y gavotas, valeses y romanzas, conmemoraban los faustos de sus vidas, las grandes alegrías, las hondas tristezas. Si moría el padre o la madre de uno de ellos, si les nacían hijos, si alguien tomaba esposa, como sucedió con el farmacéutico, el maestro dejaba libre su inspiración y componía una solidaria página musical para el amigo dichoso o apenado.

- *Arrullos de Florípides* - anunció el maestro- , con el doctor Madureira en un solo de fagot.

Verdaderamente, una maravilla. Pero un ensayo es un ensayo, no es un concierto, ni siquiera un espectáculo. Hasta tratándose de piezas para las cuales se consideraba que la orquesta estaba ya a punto, el maestro, aun en esos casos, interrumpía ora a uno, ora a otro; pero en esta obra inédita todo fue desarrollándose paso a paso, o, mejor dicho, nota a nota, incluida la parte del doctor Teodoro, solfeando en su fagot. No era fácil seguir la melodía, sentir su gracia, su belleza suave como la de la homenajeadada, tierna y apacible. A pesar de eso, doña Flor se conmovió: con el gesto del maestro y con la devoción del farmacéutico, casi temblando en la búsqueda de la escala perfecta para brindarla a la esposa. Con la partitura por delante, él estaba en plena tensión nerviosa, casi rígido, la cabeza bañada en sudor, las manos frías, pero dispuesto a expresar en los sonidos graves del fagot su alegría de hombre triunfante, de vida plena y realizada: con su dinero, su farmacia, su saber, su oratoria, su paz, su orden, su música, su esposa bonita y honesta, y el respeto general. Buscaba ese acorde, tenía que lograrlo. Doña Flor bajó la cabeza, sintiéndose confusa y perturbada por tanta honra.

Felizmente llegó la hora del intervalo, el maestro se regaló con la comida, repitiendo el *mungunzá*, y los demás se dieron un hartazgo con aquellas sabrosuras, además de cerveza, gaseosas y jugos. Todo perfecto.

## 6

### *Rondó de las melodías*

Doña Flor se deslizaba, serena y cortés, por los mundos de la farmacia y de la música de aficionados, otra vez paqueta, extremadamente elegante, para no quedar mal ni pasar vergüenza en los ambientes que su nueva situación la obligaba a frecuentar. Cuando joven, antes de su primer matrimonio, como invitada pobre a casas ricas, a los palacetes de los copetudos, había sido la mejor vestida de las muchachas, con caprichoso buen gusto, y sólo Rosalía, su hermana, se le podía comparar. Ninguna otra, por más rica y fantasiosa que fuera.

Ahora eran otros ambientes, otros problemas y conversaciones, relaciones nuevas. Tenía exigencias, compromisos, de vez en cuando un obligado té, una visita, un ensayo. En la residencia de un dirigente de la Sociedad de Farmacia o de un hidalgo de la orquesta de aficionados. Y allá iba doña Flor, entre las exclamaciones del vecindario, soberbia en su acicalamiento, con soltura en su donaire, una locura de mujer. Había engordado un poco y a los treinta años, lozana y *chic*, era un pedazo de morena, que daban ganas de comérsela:

- Una jamona... - musitaba entre dientes don Vivaldo, el de la funeraria- . Las carnes se le afirmaron, la popa se le redondeó..., es un postre... Ese doctor Jarabe está comiendo un manjar de rey...

- La trata como a una reina, le da de todo, la tiene como a una princesa - decía doña Dinorá, que había anunciado al previsto doctor Teodoro en la bola de cristal y le era fiel sin desvíos- . ¡Y qué estampa de hombre...!

La vecina reciente, doña Magnolia, ventanera acérrima y perita en cálculos sobre la capacidad de los transeúntes, advertía:

- Oí decir que todo es grande en él, tiene una pata- de- mesa...

¿Quién se lo había dicho? Nadie: ella echaba el ojo y de inmediato sabía las proporciones, como resultado de una práctica constante y efectiva.

- Pues ambos están parejos, tanto en la figura como en la bondad - se oía decir a doña Amelia- . ¿Dónde se vio un casamiento más acertado? Estaban hechos el uno para el otro y, sin embargo, tardaron tanto tiempo en encontrarse...

Pero doña Flor no quería medir ni comparar nada, quería vivir su vida, al fin una vida decorosa y regalada, que el buen trato hacía placentera. ¿Por qué no la dejaban en paz? Antes venían a aumentar su pena, entre quejas y conmisericordias, compadeciéndose de su suerte. Ahora todo eran loas y encomios al acierto, a la admirable solución que significaba ese casamiento, a la felicidad de los esposos ejemplares.

Toda la calle seguía de cerca los pasos de doña Flor: sus vestidos, sus relaciones con la alta sociedad, el nuevo orden de su vida, las visitas, los paseos y funciones de cine y el próximo pleito electoral en la Sociedad de Farmacia. Pero, sobre todo, la vecindad se conmovió con la música, tema palpitante por los opulentos ensayos de la orquesta de aficionados y por Marilda, la estudiante de pedagogía, cuestiones que entraron al baile casi a un tiempo. Al principio la polémica se limitó a la expresión de conceptos académicos y pretenciosos, en medio de una discusión apasionada y violenta surgida entre el doctor Ives, fanático de las óperas, y la exigente doña Gisa, dos cumbres de barrio. Contribuyó a hacerla más animada, desbocada y agria doña Rozilda, que llegó entonces en una de sus visitas. Pero quien puso en el debate la nota dramática y emocionante fue la joven Marilda, sacándola del plano puramente intelectual a la realidad del choque entre generaciones, entre padres e hijos, entre lo viejo y lo nuevo (como diría un filósofo de la generación más joven).

Mientras doña Gisa, después del ensayo de la orquesta de aficionados, rechazaba la calificación de «música erudita» (tan grata a los prejuicios antiguos de doña Rozilda), empleada por el doctor Ives para referirse a los vales, las marchas militares y las romanzas, la joven Marilda se encontraba clandestinamente - conspirando contra la paz de la familia y el sosiego de la calle- con el tal Oswaldinho y con un señor Mario Augusto, director de la Radio Amaralina, recién inaugurada, en busca de talentos a bajo precio.

Para doña Gisa sólo merecía llamarse erudita la gran música inmortal de Beethoven y Bach, de Brahms, de Chopin, de algunos raros y sublimes compositores: las sinfonías, las sonatas, la música para oír en silencio y recogimiento, la que interpretan las grandes orquestas, los famosos directores, los intérpretes de clase internacional. Una música para los espectadores capaces de oír y entender. Ella se había iniciado en esa música, y, para su sectario fanatismo, para su extremado formalismo, todo lo demás era una porquería apta «para quien no posee educación musical».

Por lo demás, debe entenderse que en esa definición violenta - «todo lo demás es una porquería»- no incluía doña Gisa a la llamada música popular, a la expresión ardiente y pura del pueblo. Las sambas y las *modinhas*, los *spirituals*, los *cocos* y las rumbas, merecían su respeto y estimación y era frecuente oír la asesinar con su terrible acento la letra de la última samba de moda. Eso sí, no toleraba la fatuidad de esa otra música sin fuerza ni carácter que estaba hecha, en su opinión, para el mal gusto de la clase media, incapaz de sentir la belleza y conmovirse con los grandes maestros. Doña Gisa se conmovía al oírlos en grabaciones de calidad, a

media luz, en casa de los amigos alemanes, en aquellas noches de tanto gozo espiritual (y, de yapa, un buen trago y algunas anécdotas).

El doctor Ives abría la boca, alarmado: ¡Qué pedantería qué gringa de porquería! ¿Dónde ponía las óperas - dígame, profesora- : *El Rigoletto*, *El barbero de Sevilla*, *El payaso*, *El guaraní*, de nuestro inmortal Carlos Gómez - oiga, doña Gisa, nuestro, brasileño, nació en Campiñas- , que llevó el nombre de la patria amada a los escenarios del extranjero, entre ovaciones? ¿En dónde poner esas maravillas, con sus arias, sus dúos, sus barítonos y sus bajos, sus *prima donnas*? Si eso no era música erudita, entonces ¿cuál era?, ¿acaso las sambas y las rumbas, las *modinhas* y los tangos?

Así que, señora Gisa, váyase calmando, porque en esa materia, «como en cualquier otra», el doctor Ives es una autoridad. Alzando la voz, le preguntaba con ademán victorioso: ¿Dónde encontró ella algo más refinado que una buena opereta, como *La viuda alegre*, *La Princesa del Dólar* o *El Conde de Luxemburgo* ?

De modo concreto, la cultura musical del clínico era resultado de un conocimiento vivo de la materia, pues en su época de estudiante había ido a Río con una excursión y asistido, desde el gallinero del Teatro Municipal, con entradas gratuitas, a algunas óperas montadas y cantadas por la Gran Compañía «Musicale Di Nappoli». Y quedó deslumbrado con los espectáculos, las melodías, las voces de los barítonos y las sopranos, los tenores y los contraltos. Él no los había oído a través de los discos, sino en persona, viendo brillar sobre el escenario, en el esplendor de su genio, a Tito- Schippa, a la Galli- Cursi, a Jesús Gaviria, a la Bezanonni, cantando *La Traviata*, *Tosca*, *Madame Butterfly*, *II Schiavo* (también de nuestro Carlos Gómez, cara mía). Además había visto todas las maravillosas películas, sin perder una sola, sobre las mejores operetas, interpretadas por Jan Kepura y Marta Egerth, con Nelson Eddy y Jeanette MacDonald. ¿Acaso los había visto doña Gisa? ¿Todos, sin perder ninguno?

Lleno de entusiasmo, el doctor Ives tartamudeaba fragmentos de las arias más conocidas y hasta llegó a ensayar un paso de ballet. Con él no se jugaba, había que saber en firme, que no le viniesen con discos y con tonteras, pues en cuanto a cultura musical no le iba en zaga a nadie...

- ¡Le llaman cultura a eso! - exclamaba doña Gisa alzando las manos al cielo, ofendida en sus más legítimas opiniones, pero no en sus bríos- . La cultura es otra cosa, señor doctor, algo más serio..., y también lo es la música, la verdadera, la grande..., una cosa muy diferente.

Doña Norma, designada arbitro, se mantuvo neutral, confesando:

- Yo no entiendo nada..., a mí no me saquen de la samba, la marcha, la música de carnaval, ésas sí que las sé todas.. Si me sacan de ahí, soy un cero a la izquierda... Vi una ópera, cuando pasó por aquí en busca de unas monedas la Compañía Billoro-Cavallaro, ya casi sin figuras, daba pena. Ni siquiera daba una ópera entera, sólo unos fragmentos de *Aída*.

- También yo fui... - comentó el doctor Ives, para apuntarse otro tanto.

- No entiendo nada, pero lo oigo todo, porque cualquier cosa me divierte. Hasta me parece lindo el toque de difunto de una campana. Soy muy dada para todo: conciertos, óperas, no digamos las operetas, y me enloquece cualquier programa musical de la radio. Sin embargo, estoy segura de que no hay nada igual, nada que pueda compararse con una *modinha* de Caymmi. Pero para mí sirve todo, todo me divierte y me hace pasar el tiempo, incluso los ensayos del doctor Teodoro..., con tal de que una no preste mucha atención...

Para Rozilda era una blasfemia que se comparase la música de la orquesta de aficionados, manjar selecto para oídos delicados, con ese bochinche de mocosos con guitarra. Doña Norma es buena persona, sí, bien casada y rica, pero sus gustos son de gentuza... En cuanto a la profesora, sólo por el hecho de ser norteamericana se metía a catedrática. Puede ser que doña Gisa hubiese conocido allá en su país algo mejor, más erudito, superior a los Hijos de Orfeo. Ella, doña Rozilda, no lo sabía, pero lo dudaba. A su juicio, ellos eran el *non- plus- ultra*, hasta que se demostrara lo contrario. ¡Unos señores como éstos, de la más alta distinción...!

Sonriente y silenciosa, doña Flor seguía el hilo del debate, abriendo la boca sólo para defender los ensayos de la orquesta de aficionados, considerados por doña Gisa como «la cumbre del aburrimiento».

- No sea exagerada...

- ¿Y no es así? Y así tiene que ser, pues se trata de un ensayo. ¿Dónde se vio invitar a la gente para oír un ensayo?

- Ellos no tienen la culpa, la culpable soy yo por haber invitado... Cuando ensayan asiste el que quiere, los amigos, las personas de la familia. Cuando den un concierto la voy a invitar y ya va a ver usted...

Doña Gisa seguía pesimista:

- En un concierto... puede ser. Pero aun así pienso que estos aficionados, con su perdón, Flor, no valen gran cosa...

Pero valían, y mucho, si ha de creerse a los redactores de los diarios y a los críticos musicales, que, en fin, están obligados a saber del tema. Éstos, en cada presentación de la orquesta - en una estación de radio o en el auditorio de la Escuela de Música- , se deshacían en elogios. Uno de los críticos, un tal Finerkaes, nacido, por así decirlo, en la cuna de la música, pues era de procedencia alemana, en un arrebatado de entusiasmo comparó a los Hijos de Orfeo con las «mejores orquestas del género en Europa, a las cuales nada tienen que envidiarle, muy por el contrario».

Cuando llegó de Munich, el tal Finerkaes era bastante sobrio en sus opiniones; pero el trópico lo conquistó totalmente, perdió la continencia y nunca más regresó a su helado invierno.

El doctor Teodoro tenía un álbum en el que coleccionaba los programas de los conciertos, las noticias y elogios, los artículos, todo cuanto se publicara sobre la orquesta, un montón de tinta impresa. Después del casamiento era doña Flor quien cuidaba el archivo de los acontecimientos, los comprobantes de la pequeña gloria del marido. La última de las noticias allí pegada anunciaba que el maestro Agenor había compuesto una romanza en homenaje al matrimonio Madureira, su obra maestra, actualmente en ensayo. Los Hijos de Orfeo proyectaban estrenarla. «A propósito de los Hijos de Orfeo, cabe preguntar cuándo nos regalará esta excelente orquesta con un concierto que insistentemente reclaman los amantes de la buena música en Bahía», interrogaba el periodista. Como se ve, los aficionados tenían amigos fieles, numerosos y fanáticos.

Atenta a la polémica en torno a la orquesta, doña Flor descuidó los problemas de Marilda, también relacionados con la música y el canto y las prohibidas melodías. Supo la última novedad sobre el conflicto entre madre e hija por la boca de la misma joven. Había ocurrido un hecho de cierta significación:

Marilda, por intermedio de Oswaldinho, conoció a un tal Mario, de la emisora benjamina, la Amaralina, y el citado fulano le prometió oírla cantar, y, si le agradaba la voz, contratarla para un programa semanal. Oswaldinho, desdichadamente, no podía conseguirle nada en Radio Sociedade.

Doña Flor no se enteró de los sucesos posteriores. Esos días estuvo muy ocupada y no pudo prestarle a Marilda la debida atención. Por lo tanto, sólo después del drama supo del éxito de la adolescente en su prueba ante el micrófono. Mario Augusto se quedó embobado con la voz y (más todavía) con la belleza de la joven, y se decidió a contratarla para un programa de categoría, en buen horario, los sábados a la noche. El *cachet* era bajo, pero ¿qué más podía esperar una principiante? Con el borrador del contrato en la cartera, Marilda fue corriendo a su casa, embargada por la emoción.

Doña María del Carmen rompió el papelucho: «Yo te eduqué para que fueras una mujer honesta, para que te casaras. Mientras yo esté viva...»

- Pero, mamá, usted me prometió... - Marilda recordaba la promesa hecha por la viuda el día en que la vio cantar en un programa de aficionados - . Usted me dijo que cuando yo tuviera dieciocho años...

- Todavía no los cumpliste...

- Faltan sólo tres meses...

- No te dejaré nunca, mientras vivas bajo este techo. Nunca.
- ¿Bajo su techo? Pues ya verá.
- ¿Ver qué? Vamos, dime.
- Nada.

Y se fue en busca de doña Flor, cálido pecho amigo, en busca de consejo y consuelo. Pero la vecina había salido al terminar la clase de la tarde y Marilda estaba apurada, pues estaba llegando la noche y la tiranía materna se le hacía ya insoportable. Y se escapó de la casa. Reunió algunos trapitos, unos pares de zapatos, la colección de la *Revista de Modinhas*, los retratos de Francisco Alves y Silvio Caldas, lo puso todo en una valija y se fue a tomar el tranvía aprovechando que la madre estaba en el baño. Fue directamente a Radio Amaralina. Cuando Mario Augusto se enteró que había abandonado a la familia y la vio llorando, sabiendo que era menor de edad, pensó en su responsabilidad y se alarmó, y ni siquiera le permitió seguir en el edificio de la emisora: que se marchara cuanto antes, no deseaba dolores de cabeza. Salió Marilda calle adelante y anduvo vagando en busca de Oswaldinho. Fue de una dirección a otra, de Radio Sociedade al escritorio de una firma comercial en donde él tenía cita con unos patrocinadores, los poderosos Magalhães. ¿Oswaldinho? ¿El de la radio? Ya se había retirado, probablemente se dirigió a los estudios. ¿Sabía la dirección? Allá se fue nuevamente a Radio Sociedade, en la calle Carlos Gómez. Subió en el Elevador La Cerda, caminó por la calle Chile, y, atravesando la plaza Castro Alves, se detuvo por fin, transpirada y mareada, ante la puerta de la radio. Oswaldinho no estaba, pero el portero la dejó esperar allí y hasta le ofreció una silla. Cansada y con cierto miedo, pero todavía llena de rabia y dispuesta a todo, permaneció allí horas sin moverse, viendo pasar ante ella artistas conocidos y cantores famosos, entre ellos Silvinho Lamenha, con una flor en el ojal y un inmenso anillo en el dedo chico. Algunos la miraban, ¿quién sería esa chica tan linda? El portero, de cuando en cuando, le sonreía (quizá con el propósito de confortarla, condolido por su tristeza y su juventud):

- Todavía no llegó, pero no puede tardar. Ya es su hora de llegar...

Alrededor de las ocho, ya de noche, sintiendo que le ardían los ojos y muy asustada, le preguntó al portero dónde se podría tomar un café y comer un sandwich. Que entrase al bufet de la misma radio. Allí, viendo y oyendo a los cantores y a las actrices, sus ídolos, recobró fuerzas, decidiéndose a esperar toda la vida si era necesario para cumplir su destino de estrella. De nuevo en la portería, reflexionó: «a estas horas mamá, la pobre, ya debe estar muriéndose de preocupación», mezclando en su pensamiento la rabia y la intrepidez con los remordimientos. Poco después el portero de la tarde se despidió y el sustituto le dijo a Marilda que no creía que Oswaldinho volviera:

- ¿A esta hora? Ya no viene...

Eran casi las nueve y media, y cuando ya a duras penas podía contener el llanto, llegó un sujeto desdentado que se apoyó en el mostrador de la portería y, después de mirarla con insistencia, se puso a conversar y a reír con el portero, contándole anécdotas de juego ocurridas allí cerca, en el Tabaris. De pronto Marilda oyó que el sujeto mencionaba a Oswaldinho y supo que su amigo estaba jugando desde las últimas horas de la tarde en la ruleta. Muy contento según decía el desdentado.

- ¿Tabaris? ¿Dónde queda eso?

El tipo se rió mientras la escudriñaba golosamente, con descaro:

- Aquí cerquita... Si quiere la acompaño...

Estaba dispuesto a acompañarla, muerto de curiosidad por presenciar el escándalo, por darse el gusto de ser testigo de las lágrimas y las recriminaciones que imaginaba, pues Oswaldinho era la perdición de las muchachas.

Cruzaron la plaza mientras el desdentado le iba dando conversación, procurando saber si Marilda era la esposa, la novia o una enamorada... A la puerta del cabaret tropezaron con Mirandao, que se retiraba camino del Pálace. Al pasar miró a Marilda de reojo y siguió andando. Pero súbitamente la identificó y se dio vuelta con rapidez:

- ¡Marilda! ¿Qué diablos estás haciendo aquí...?  
- ¡Ah!, señor Mirandao. ¿Cómo está usted? Mirandao conocía de sobra al desdentado:

- ¡Aliento- de- Onza, ¿qué estás haciendo con esta muchacha?

- ¿Yo? Nada... Ella me pidió... - ¿Que la trajeras aquí? Mentira... - respondió, con ira, Mi-

Marilda intercedió, disculpando al otro: sí, ella se lo pidió.

- ¿Que te trajera aquí, al Tabaris? ¿Y para qué? Dime.

Ella le contó todo, finalmente, y él la llevó de vuelta a su casa, que no quedaba tan lejos. Doña María del Carmen estaba como loca, dando alaridos, deshecha en llanto, tirada en la cama, clamando por la hija. Y a su lado, doña Flor, el doctor Teodoro, doña Amelia. A su vez doña Norma había asumido el comando del grupo de exploración y salvamento, asistida por doña Gisa. Habían arrancado a Zé Sampaio de la cama (rabioso) y partieron rumbo a la Asistencia Pública, la Policía, la Morgue. Al ver a la hija, doña María del Carmen se echó en sus brazos, acariciándola, en medio de un llanto convulsivo. Lloraban las dos, dándose besos y haciéndose mutuos pedidos de perdón. Furioso, el doctor Teodoro se retiró casi con brusquedad, pues, aun contrariando a doña Flor, estuvo de acuerdo con doña María del Carmen en su primera e implacable resolución de darle a la fugitiva una paliza de esas que levantan roncha. En cambio, doña Flor intentó convencerla, ganarla para la causa de Marilda; ella también había toma esa medicina cuando era jovencita, y de nada le sirvió el tratamiento. ¿Por qué se obstinaba doña María del Carmen en contrariar la vocación de su hija?

«¡Qué vocación ni qué vocación!», exclamaba el doctor Teodoro, poniéndose de parte de la viuda; la chica lo que necesitaba era una lección que le devolviese el juicio y enseñara a obedecer. El marido y la mujer casi llegaron a exaltarse por su mutua intransigencia: doña Flor en defensa de Marilda, ¡pobrecita!, y el doctor Teodoro en defensa de los principios, de los deberes de los hijos para con los padres - causa sagrada- , pero no prosiguieron la discusión, pues el doctor no tardó en controlarse y decir:

- Querida, tú tienes tu opinión sobre el asunto aunque yo no comulgue con ella. Yo tengo la mía, fui educado así y es la que me cuadra; sigamos cada uno con nuestra opinión. Pero no debemos discutir por eso, pues no tenemos hijos. «Y no los tendremos», hubiera podido agregar, ya que siendo todavía novios doña Flor le confesó su condición de mujer estéril.

No quedó entre ellos el menor rastro de acritud, inclinándose ambos ante el dolor de la viuda, que quería morirse si la hija no llegaba pronto.

Llegó Marilda y ocurrió lo que ya se dijo. El doctor Teodoro, vencido, se retiró. También se fueron Mirandao, doña Amelia y doña Emina, quedándose doña Flor, en compañía de la madre y de la hija, y resolviéndose el caso de una vez por todas: Marilda conquistó su derecho al micrófono. Doña Flor se quedó apenas un minuto en el cuarto, lo suficiente para garantizar el acuerdo y la bendición materna a los proyectos de la futura estrella, y después fue a encontrarse en la sala de recibo con su compadre Mirandao.

- Compadre, ¿por qué desapareció? Nunca más se le volvió a ver por aquí. Ni a usted, ni a la comadre con el chico. ¿Qué le hice yo para ofenderlo tanto? Quiero preguntárselo incluso antes de agradecerle el favor que les hizo a María del Carmen y a Marilda. ¿Por qué está enojado conmigo?

- No estoy enojado, ¿por qué había de estarlo, comadre? Si no vine es porque estuve en ocupaciones...

- ¿Sólo por eso, por sus ocupaciones? Discúlpeme, compadre, pero no le creo.

Mirandao contempló la noche transparente, el cielo lejano:

- La comadre sabe: entre marido y mujer nadie debe meterse; hasta una sombra, hasta un recuerdo puede ser malo. Yo sé que mi comadre vive contenta, que todo marcha bien. Eso es lo único que deseo. Bien merece todo eso y mucho más. No porque yo no aparezca por aquí será menor nuestra amistad.

Tenía razón, y doña Flor, sonriéndose, se acercó al compadre:



- Hay una cosa que deseo pedirle...
- Mande, no pida, comadre...
- Pronto será el día del *carurú* de Cosme y Damián, fecha de aquella promesa...
- Yo también me acordé y todavía el otro día le preguntaba a la patrona: «¿Habrás este año *carurú* en casa de la comadre?»
- ¿Qué opina usted, compadre? ¿Qué piensa?
- Pues le diré, comadre, que nadie puede andar por dos caminos al mismo tiempo, uno de ida y otro de vuelta. La obligación no era suya, sino del compadre, y quedó enterrada con él; los *ibejes* se darán por satisfechos...

Luego hizo una pausa y prosiguió:

- Si usted opina lo mismo, comadre, entonces quédese tranquila que no está obrando mal con los santos ni dejando de cumplir el precepto...

Doña Flor lo escuchaba pensativa, absorta como si estuviera sopesando elementos vivos:

- Tiene razón, compadre, pero no es únicamente con los santos con quien una tiene cuentas que arreglar. Yo estoy resuelta a mantener la obligación - su compadre miraba con mucha seriedad el mandato, hay cosas que la gente no puede borrar.

- ¿Y entonces, comadre?

- Pues pensé que podría hacer el *carurú* en la casa del compadre. Yo iría allá ese día a ver al chico, llevo lo que sea necesario, hago el *carurú* y comemos. Invito a doña Norma y a nadie más.

- Pues que sea así, comadre, como usted quiera. La casa es suya, ordene. Si yo estuviera seguro de tener dinero para esa fecha, le diría que no llevase ningún condimento. Pero ¿quién puede adivinar qué noche se gana y qué noche se pierde? Si lo supiera, estaría rico. Lleve entonces su cesta, es más seguro.

Ya serenado, apareció el doctor Teodoro. Conocía a Mirandao de nombre y tenía noticias de su fama y de sus hechos. Se saludaron cortésmente.

- Es mi compadre, Teodoro, un buen amigo.

- Tiene que venir más a menudo...

Pero las palabras del doctor no eran una invitación, no pasaban de ser una frase amable: si llegaba de visita, paciencia. Y Mirandao regresó de nuevo a su vida airada mientras Manida concertaba con la padre la visita de Mario Augusto, al día siguiente, para discutir juntos las condiciones del contrato y la fecha de la presentación.

- Vamos, querida mía... - dijo el farmacéutico.

Se había hecho tarde, no obstante lo cual, para olvidarse de tantas emociones y disgustos, el doctor Teodoro fue a buscar el fagot y la partitura. Doña Flor tomó asiento en una silla y se dedicó a arreglar los puños y cuellos de las camisas del doctor, que todos los días mudaba su ropa blanca.

En la sala quieta y tibia el doctor Teodoro ensayaba el solo de la romanza compuesta en homenaje a doña Flor. Inclineda sobre la costura ella escuchaba, un tanto distraída, intentando poner en orden sus confusos pensamientos. Estaba abstraída, con la mente lejos de allí, en otra música.

Procurando dominar en el instrumento las notas en fuga, captar el sonido más puro y ardiente, vencer las escalas de la difícil melodía, ya totalmente calmado, el doctor Teodoro sonrío: finalmente, ¿qué le importaba la forma, correcta o equivocada, en que doña María del Carmen educase a su desobediente hija? Él no era el látigo del mundo y sería idiota enojarse con su mujercita, tan hermosa y buena, por locas razones ajenas. Entonces vuela el acorde justo, late en el aire, solo, armonioso y puro.

Mas doña Flor venía de otra música, no de las altas notas clásicas de Bach y Beethoven, de las sinfonías y sonatas, como doña Gisa, en la refinada media luz del alemán. Ella venía de las melodías populares, de las guitarras de las serenatas, de los guitarrillos bohemios, de las gaitas de risa cristalina. Ahora debía habituarse a la orquesta de aficionados, a la grave melodía de los oboes, de las trompetas, los violoncelos y los conspicuos acordes del fagot. Debía apartar de la memoria esa otra música que distraía su atención, que la hacía perderse en oscuros caminos, en

el misterio de las encrucijadas. En los ensayos del fagot, en las escalas de la orquesta, debía sepultar los recuerdos de las melodías muertas, de un tiempo ya extinguido, de lo que había sido y ya no era. Sobre las camisas del doctor vibraba el son del fagot.

## 7

Asuntos con mujeres, solamente dos. Por lo menos éstos son los que llegaron a oídos de doña Flor. Pero ella ponía las manos en el fuego por su marido, no creía en la existencia de otro asunto de faldas en la vida del doctor. Y uno de esos dos, por lo demás, el referido a Mirles Rocha de Araújo, no llegó a nada. No pasó de ser un equívoco y una decepción. Una decepción muy efímera, pues la atrevida no era de las que pierden el tiempo en lamentaciones. Se sacudió los hombros y siguió adelante.

Casada con un funcionario de banco al que trasladaban a Bahía, con más sueldo y mejor cargo, Mirtes se lamentó a sus amigas íntimas, se sentía desdichada - dijo- por ese exilio a una ciudad carente de atracciones masculinas y sin la libertad de Río de Janeiro, en donde conquistara cierta reputación en el ejercicio del adulterio. Sin nada en qué ocupar sus horas libres, sin hijos ni quehaceres, dedicaba su tiempo y su natural predisposición a tan agradable diversión. Eran tardes placenteras, en compañía de benévolo muchachos, muy capaces y de cautivante físico, sin correr peligro alguno, todo dentro de la más amable discreción.

En cambio en Bahía, ¿en dónde encontrar la misma cualidad masculina de un Serginho, por ejemplo, «un sueño», y la confortable seguridad del *rendez- vous* de doña Fausta?

Una de las amigas, Inés Vasques dos Santos, bahiana orgullosa del progreso de su tierra, se sintió ofendida ante tanto desprecio, viendo su ciudad relegada a la condición de lugarejo en que ni siquiera había alguien con quien traicionar al marido ni en dónde hacerlo con seguridad. ¿Por qué insultaba Mirtes a Bahía sin conocerla? Después de todo, Salvador no era una minúscula aldea, ni estaba tan atrasada...

En ella inicia Inés su siembra de cuernos y podía afirmar, con pleno conocimiento de causa, que existían condiciones propicias para el ejercicio de la buena labranza, con garantía segura de cosecha abundante. Discretísimas casas de citas, *bungalows* ocultos entre los cocoteros, en las playas salvajes, y la brisa del mar..., ¡una divinidad! En cuanto a muchachos..., ¡había cada uno!

La mirada perdida, mordiéndose los labios con sus pequeños dientes, Inés Vasques dos Santos se sumía en los recuerdos..., ¡cuánta nostalgia! Sobre todo recordaba cierto granuja petulante, un perdido, un jugador; pero ¡qué espectáculo a la hora del combate, qué andante caballero! Inés, corazón voluble pero eficiente, había conocido, en desnuda intimidad, muchachos a granel. «Pues te digo, chiquita, que no encontré hasta hoy ninguno igual a él; todavía conservo el gusto de su piel y aún siento detrás de la oreja la punta de su lengua y oigo su risa al recibir mi dinero.»

- ¿Recibir dinero?

Mirtes siempre quiso conocer a un gigoló. Inés, magnánima, le dio las informaciones del caso y la dirección: Escuela de Cocina: Sabor y Arte, entre Cabeza y el Largo Dois de Julho. La profesora, su mujer, no era fea, era una buena moza, con sus cabellos lisos y su color de cobre. Todo lo que tenía que hacer Mirtes era entrar como alumna - las clases, además, ayudaban a matar el tiempo- , y el rijoso no tardaría en echarle el ojo, la mano y, ¡ay!, su canto de sirena.

Y que no se olvidara después de escribirle, contándole y agradeciéndole. Inés no tenía dudas sobre las deleitosas consecuencias del connubio, por lo demás útil a todas las partes, incluso al marido, que no dejaría de recibir su premio: con su

diploma de doctora en culinaria, Mirtes estaría capacitada para servirle los más sabrosos manjares bahianos. La profesora era de primera, una maestra en su arte, tenía manos de hada.

Doña Flor no sospechó nunca, ni antes ni ahora, que hubiese habido una aventura entre el finado y esa Inés, que por entonces era una flacucha enjuta, muy atenta a los condimentos. A no ser por la posterior indiscreción de la furiosa Mirtes, nunca hubiera llegado a conocer esta otra tropelía del difunto. Una más o una menos..., habían sido tantas..., y ahora doña Flor estaba casada con un hombre de otra índole, con otras normas de conducta intachable.

En cuanto a Mirtes, apenas instalada en Bahía buscó la escuela para inscribirse. Doña Flor procuró convencerla de que esperase la iniciación del nuevo curso, pues el actual iba ya por el *carurú*, habiéndose dado el *efó* y el *vatapá*, para no hablar de algunos postres como el dulce de coco, el *beiju* y la *ambrosía*.

Pero Mirtes estaba apurada, le era imposible esperar. Inventó un próximo regreso a Río, iba a estar poco tiempo en Salvador y no tendría otra oportunidad para aprender por lo menos algunos platos, su marido se volvía loco por la comida de *dendé*. Y la boba de doña Flor hasta le prometió enseñarle en los descansos, por lo menos el *vatapá*, el *xinxim* y el *apelé*.

No llegó a enseñarle ni eso ni otros manjares, tan breve fue el paso de Mirtes por la escuela. No habiendo visto al marido de la profesora durante los primeros días, al tercero preguntó por él a una condiscípula, quien le dijo que era difícil ver al doctor en las horas de clase, pues debía atender la farmacia en el mismo horario. «¿Doctor? ¿En la farmacia?» No sabía que era farmacéutico, la loca de Inés sólo le habló de las cualidades deportivas del bahiano, nada le dijo acerca de su trabajo fuera de la cama. Incluso se había hecho ilusiones: por fin iba a conocer a un verdadero gigoló.

Por casualidad, ese mismo día el doctor Teodoro necesitó un documento y fue a la casa a buscarlo. Pidiendo miles de disculpas, muy solemne y atropellado, pasó entre las alumnas.

- ¿Quién es? - preguntó Mirtes.

- El doctor Teodoro, el marido. Yo diciéndole lo difícil que era verlo aparecer... ¿y quién llega?.. Él en persona...

- ¿El marido de ella? ¿De la profesora? ¿Ése?

- ¿Y de quién si no...?

Todavía disculpándose, con el papel buscado en la mano, el importuno salió hacia la Droguería. Mirtes meneó la cabeza, con sus cabellos sueltos «rubio- platino» (a la última moda): o Inés estaba loca de atar o algo había pasado. Seguramente la profesora se cansó de las trapisondas del gigoló y le dio el pasaporte, o era él quien se había ido con otra. Fuera como fuese, doña Flor cambió sus preferencias por el tipo opuesto, el del hombre serio y respetable, en opinión de Mirtes un sujeto inútil e imposible, un individuo que daba vómitos; el calzonazos ni se fijó en el fulgor de sus cabellos, pasó a su lado sin mirarla siquiera. Claro que mejor así... El idiota no le servía ni para marido, era capaz de ser un cornudo sin clase, sin *fair play*, de esos que vengan la honra a tiros y cuchilladas, obsoletos y melodramáticos.

No volvió más a la escuela ni creyó necesario darle explicaciones a la profesora. Además ella era de las que pican, de las de poco comer (para mantenerse delgada, en forma, en su tipo de *Vamp*) Poco después, le bastó mover un dedo para enterarse de la muerte del fogoso garañón de Inés y del nuevo casamiento de la viuda con ese tipo cegato. Ciego, sí señora, y de la peor ceguera, la del que cierra los ojos a la vida, incapaz de distinguir la luz del sol y unos cabellos color plata.

Doña Flor vino a saber los detalles de aquella farsa por su amiga Enaide, a su vez amiga de Inés Vasques dos Santos desde los tiempos de estudiante, y, por ese motivo, confidente de los equívocos bahianos de Mirtes Rocha de Araújo, la cual resumía su decepción en una frase casi literaria:

- Es mi aventura con un difunto..., algo que me faltaba en la lista.

Frase que al mismo tiempo era una queja: para conocer al doctor Teodoro, «iesa insipidez de hombre, ese pasmado!», tuvo que quemarse los dedos en el horno de

doña Flor, aprendiendo a cocinar la fritada de *aratu*. ¡Qué ridiculez! Pero para doña Magnolia, siempre ventaneando en su ventana, ¡oh, qué ventanera más intrépida!, el hecho de ser serio y responsable no le restaba interés al doctor, dándole incluso cierto sabor picante, cierto no sé qué. En su siembra de cuernos, siendo una labradora tan eficiente como la pedante carioca, la putuela del policía secreto había aprendido a variar sus enamoramientos - cambiando de color, de aspecto, de edad- , por asco a la monotonía. Mientras Mirtes, secretaria, sólo pensaba en jóvenes sin juicio, Magnolia, la antidogmática, no se limitaba a una fórmula, a un molde. Hoy un moreno, mañana un rubio, después uno oscurito y tras un inquieto adolescente un cincuentón ceniciento. ¿A qué repetir platos que tenían el mismo condimento, por qué atenerse a una sola receta? Doña Magnolia era ecléctica.

Por lo menos cuatro veces al día, al ir y venir de la casa a la farmacia y viceversa, el «soberbio cuarentón» (según la bola de cristal de doña Dinorá) pasaba ante su ventana, en la que doña Magnolia, en descotado batón, apoyaba sus senos insolentes, que mostraba en todo su tamaño y redondez. Los muchachos del Instituto Ipiranga, situado en una calle próxima, habían cambiado sus itinerarios para desfilar, unánime y reverentemente, junto a la ventana donde crecían aquellos senos capaces de amamantarlos a todos juntos. Doña Magnolia se enternecía: tan lindos, con sus uniformes de colegiales, los más chicos alzándose en puntas de pie para alcanzar la alegría de ver, el sueño de palpar. «Deja que sufran para que aprendan», reflexionaba, pedagógica, doña Magnolia, acomodándose para exhibir todavía más los senos y el busto (que lo demás, desdichadamente, no estaba permitido mostrarlo en la ventana).

Los chicos del colegio sufrían, gemían los artesanos de las cercanías, los repartidores que transportaban compras, los jóvenes como Roque, el de las molduras y los viejos como Alfredo, a vueltas con sus santos. Venían de lejos, de Sé, de Jiquitáia, de Itapagipe, de Tororó, de Matatu, en peregrinación, sólo para ver aquellas mentadas maravillas. A las tres en punto de la tarde, bajo el sol, el pordiosero atravesaba la calle:

- Una limosna para un pobre ciego de los dos ojos...

La mejor limosna era la divina visión de la ventana: incluso corriendo el peligro de ser desenmascarado, se sacaba los anteojos negros, y, con los ojos como dos tentáculos, se regalaba con aquellos dones de Dios, propiedad del policía. Aunque el policía lo persiguiera y lo metiese en el calabozo, acusado de impostor, de falso mendigo, aun así, se daría el cieguito por recompensado.

Sólo el doctor Teodoro, encorbatado, con su pomposo traje blanco, pasaba sin siquiera alzar los ojos al cielo que se exponía en la ventana. Inclinando la cabeza, cumpliendo con las buenas maneras, alzaba el sombrero para dar los buenos días o las buenas tardes, indiferente al plantío de senos que doña Magnolia rodeaba de encajes para obtener mayor efecto, para sacudir a aquel hombre de mármol, para destruir aquella insultante fidelidad. Sólo él, el morenazo, el guapetón, seguramente un *pé- de- mesa*, sólo él pasaba sin mostrar señales del impacto, de la alegría, del éxtasis: sin ver, sin mirar siquiera aquel mar de senos. ¡Ah!, era demasiado, un ultraje intolerable, un insoportable desafío.

«Monógamo», sentenciaba doña Dinorá, conocedora de todos los detalles de la vida del doctor. Ése no era de los que traicionaban a la mujer; ni siquiera lo había hecho con Tavinha Manemolência, mujer pública aunque de clientela limitada. Sin embargo, doña Magnolia tenía confianza en sus encantos: «Mi querida cartomántica, tome nota, escriba lo que le digo: no hay hombres monógamos, nosotras lo sabemos, usted y yo. Mire bien en la bola de cristal, que si es de fiar le mostrará al doctor en la cama de un hotelito - el de Sobrinha, para mayor exactitud- , teniendo a su lado, muy pimpante, a ésta su servidora, Magnolia Fátima das Neves.»

¿Que el doctor no se conmovía ante los desmayados ojos de la vecina, ante la voz insinuante con que respondía sus saludos, con los senos plantados en la ventana, creciendo a la sombra y al sol con el deseo de los chiquillos y con el gemir de los viejos? Doña Magnolia se reía de eso, ella tenía otras armas y las iba a usar,

pasando de inmediato a la ofensiva.

Así, cierta tarde de bochorno, con un tiempo pesado, que pedía brisa y *cafuné*, caricias de cama y canciones de cuna, doña Magnolia traspuso los umbrales de la farmacia llevando en la mano una caja de inyecciones, para tentar de nuevo a San Antonio. Con ropas de verano - un vestido de tela ligera- , iba mostrando al pasar todas sus riquezas, en un verdadero derroche.

- ¿Me puede poner una inyección, doctor?

El doctor Teodoro estaba pesando nitratos en el laboratorio; la bata almidonada le hacía aún más alto, dándole cierta dignidad científica. Sonriéndole, ella le tendió la caja de inyecciones. Él la tomó, depositándola sobre la mesa, y diciendo:

- Un momento...

Doña Magnolia permaneció de pie, contemplándolo. Cada vez le gustaba más. Un tipazo, en la edad mejor, la de la fuerza y la valentía. Suspiró, y él, dejando los polvos y la fórmula, alzó los ojos hacia la ventana.

- ¿Algún dolor?

- ¡Ay, doctor...! - y sonrió como queriendo darle a entender que sufría de angustias y que él era el causante.

- ¿Inyección? - preguntó, examinando la ampolla- . Hum... Complejo vitamínico...

Para mantener el equilibrio... Estos remedios nuevos... ¿Qué equilibrio, señora mía? Y le sonreía amablemente, como si le pareciese una pérdida de tiempo y de dinero ese tratamiento de inyecciones.

- De los nervios, doctor. Soy tan sensible, usted ni se imagina.

Tomaba él las agujas con una pinza, retirándolas del agua caliente, atento al paso del líquido a la jeringa, sereno, sin prisa, cada cosa a su vez y en su lugar. Sobre la mesa de trabajo colgaba un díptico que era una declaración de principios claramente expresada: «Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.» Lo leyó doña Magnolia, que sabía de una cosa y de un lugar, y observó con malicia la cara del doctor..., iqué hombre más seguro de sí mismo, todo un figurón!

Luego de empapar en alcohol un pedazo de algodón, suspendió en el aire la jeringa:

- Retire la manga...

Doña Magnolia aclaró, con voz mimosa, maliciosa:

- No es en el brazo, no, doctor...

Él bajó la cortina y ella se levantó la falda, mostrando ante los ojos del doctor una riqueza mucho mayor aún que la otra exhibida diariamente en la ventana. Era un culo y pico, de museo.

Ni sintió el pinchazo. El doctor Teodoro tenía la mano suave y segura. El algodón apretado contra su piel por el dedo del doctor le dio una agradable sensación de frío. Una gota de alcohol le corrió por los muslos y ella suspiró nuevamente.

Y una vez más el doctor Teodoro se equivocó al interpretar el suave gemido:

- ¿Dónde le duele?

Todavía sosteniendo el borde del vestido, ostentando las caderas que hasta entonces demostraran ser irresistibles, doña Magnolia lo miró de lleno en los ojos:

- ¿Será que no entiende, que no entiende en absoluto? Desde luego, no entendía:

- ¿Qué cosa?

Llena de rabia, soltó el borde del vestido cubriéndose las despreciadas ancas y diciendo entre dientes:

- ¿Será verdaderamente tan ciego que no puede verlo?

La boca entreabierta, la cara inmóvil, fijos los ojos, el doctor se preguntaba si no se habría vuelto loca. Doña Magnolia, ante semejante monumento de estulticia, terminó su pregunta:

- ¿O es rematadamente lelo?

- Señora mía...

Ella alargó la mano, tocó el rostro de la luminaria de la farmacología, y, con voz nuevamente desmayada y melindrosa, lo soltó todo:

- ¿No ve, tonto, que estoy perdida por usted, babosa, loquita? ¿No lo ve?

Y se le fue acercando, proponiéndose atrapar allí mismo al cauteloso, por lo menos

para los preliminares; ni una criatura se engañaría al verla ofreciendo los labios, lánguida la mirada.

- ¡Apártese! - exclamó el doctor en voz baja pero con acento terminante.

- ¡Mi mulato lindo! - dijo ella arrimándose.

- ¡Salga! - El doctor rechazaba aquellos brazos ávidos, aquella boca voraz, plantado en sus principios, en sus convicciones inmovibles- . ¡Fuera de aquí!

Majestuoso en su inflexible virtud, con la jeringa y la bata blanca, si el doctor hubiera estado sobre un pedestal sería el monumento perfecto, la fulgurante estatua de la moral victoriosa sobre el vicio. Pero el vicio, o sea, la descompuesta y humillada doña Magnolia, no contemplaba al impoluto héroe con ojos de remordimiento y contricción, sino con enojo, con ira, con furia:

- ¡Bruto! ¡Capado! ¡Me las vas a pagar! ¡Impotente! ¡Viejo cabrón! - y salió, comenzando ya a maquinan intrigas.

Pobre doña Magnolia, víctima del desprecio y de la mala suerte, realmente hundida en un mar de yeta, pues no pudieron ser más imprevistos los resultados que tuvo su intriga, haciendo fracasar sus planes de venganza. Ofendida (en su pudor, en su honra de manceba sería), se quejó enfáticamente al policía de la «persecución de ese chivo inmundo, el farmacéutico», un desvergonzado que le hacía proposiciones, insistiendo con sus piropos, invitándola a ir con él a contemplar la luna en las arenas de Abaeté. El canalla merecía que le diesen una lección, unos sopapos oportunos, tal vez una temporadita en gayola, con postre de látigo para que aprendiera a respetar a las mujeres ajenas.

Nunca había dicho nada hasta ahora para evitar el escándalo y para no causar un disgusto a su mujer, tan buenita. Pero ese día el tipo había exagerado... Cuando fue a la farmacia a ponerse una inyección, el zafado intentó ponerle la mano en los pechos y tuvo que salir corriendo... El policía oyó el relato en silencio y doña Magnolia, que lo conocía bien, notaba cómo iba creciendo la ira en el rostro de su hombre: el doctor le pagaría cara la ofensa, por lo menos una noche de calabozo. Pero esa misma tarde el policía había reñido con un colega como consecuencia de errores de cálculos en un asunto de unos mil- réis coimeados a los quinieleros. En el diálogo un tanto áspero que precedió a las bofetadas y los golpes, habiéndole el amante de doña Magnolia llamado ratero al colega, éste le hizo asombrosas revelaciones: «Prefiero ser ladrón - le respondió- a ser cornudo consentido como tú, caro amigo.» Y a continuación dio como prueba los detalles de ciertas peripecias recientes de doña Magnolia. En síntesis le informó que, sólo entre los colegas de la policía, sumaban cinco los que se relevaban en la tarea de decorar la testa del distinguido amigo. Para no hablar del inspector de Moralidad Pública. Si le pusieran una lámpara en cada guampa podría iluminar media ciudad, desde el Largo da Sé hasta Campo Grande. No sería ladrón, pero era la vergüenza de la policía. Y se fueron a los sopapos. Lavada la honra en la pelea, hizo las paces con el cofrade y escuchó de los labios de los otros informaciones tremendas; ¿oyera hablar de una tal Mesalina? No, no era de *la zona*, pertenecía a la Historia, y fue una tal. Pues al lado de doña Magnolia era una pura doncella...

Agobiado, avergonzado, el policía juró venganza, como si plagiera, por otra parte, la amenaza de doña Magnolia al farmacéutico:

- ¡Zorra! ¡Me las vas a pagar!

Por lo tanto, oyó con escepticismo todo aquel bla- bla sobre el boticario, y, apenas acabó doña Magnolia de mencionar sus propios senos, defendidos con tanta dignidad de las presuntas audacias del doctor, el detective le dio una bofetada y le exigió una confesión completa.

Fue una paliza dada por un perito, por alguien que obraba con experiencia y gusto. Doña Magnolia terminó contando lo que hizo y lo que no hizo, incluso casos antiguos, sin relación ninguna con el policía, y, de yapa, la verdad íntegra sobre sus relaciones con el doctor Teodoro, íntegra hasta cierto punto, pues, para restarle gravedad, no dejó de opinar sobre el doctor: impotente, con mucha pinta pero no servía para nada, pues a ella nadie le había hecho jamás la injuria de resistirse a su trasero levantado en guerra.

El alboroto ganó la calle, fue todo un jaleo. Los golpes, los gritos, las palabrotas, atrajeron hacia el frente de la casa del policía a una curiosa y excitada banda de vecinos, comadres y alumnos del instituto. Las comadres, y en general la vecindad, aplaudían la paliza, bien merecida y bien aplicada. No reprochaban más que una cosa: que hubiese tardado tanto. Los muchachos del colegio sentían cada bofetada, cada sacudón, como si fuera en carne propia, por ser aplicados sobre aquella carne tierna y mimosa, poseída por todos ellos en sus solitarios lechos de adolescentes. Hubo noches en que ella durmió, hembra ubicua, omnipotente pastora de chiquillos, maestra de amor, en más de cuarenta camas juveniles a un mismo tiempo, en un mismo sueño, en un mismo arrebol...

Pero en la casa del policía sólo entraron doña Flor y doña Norma, contentándose los demás con aplaudir o criticar, pues nadie quería reñir con el esbirro de la policía.

- Señor Tiago, ¿qué hace? ¿Quiere matar a la desdichada? Vamos, déjela... - gritó doña Norma.

- Bien merecía que yo acabase con ella, esta zorra... - respondió el deportista, dándole unos últimos golpes.

- Pobrecita... Usted es un monstruo... - dijo doña Flor, inclinándose sobre la molida víctima del destino...

- ¿Pobrecita? - el «tira» no podía aguantar tamaña injusticia- ¿Sabe lo que esta pobrecita inventó sobre su marido?

- ¿Sobre mi marido?

- Pues vino a contarme que el doctor anda tras ella y que hoy quiso poseerla en la farmacia, a la fuerza. Cuando yo la apreté confesó que todo era mentira, que había armado esa patraña para que yo riñera con él, y que fue ella quien se le echó encima, pero él la rechazó. Eso para no hablar del resto.

Y con voz dolorida preguntó:

- ¿Sabe usted cómo me llamaban?: «La vergüenza de la policía».

Esa noche, mientras se preparaban para ir al cine, doña Flor, poniéndose polvos de arroz ante el espejo, le dijo sonriendo al doctor Teodoro:

- Así que el doctor anda intentando meterle mano a las dientes que van a la farmacia a ponerse una inyección..., quiso agarrar a doña Magnolia...

Él la observó y se dio cuenta de la broma: doña Flor no hablaba en serio, considerando que todo el asunto era más bien cómico. Por más que quisiera enternecerse con la lealtad del marido, no conseguía apartar las imágenes del doctor Teodoro, jeringa en mano, y la tetuda Magnolia, la muy descocada, intentando besarlo. Ése era un marido recto, correcto de toda corrección. Pero ¿qué le iba a hacer si la historia se le antojaba divertida, más ridícula que heroica?

- Chiflada... ¿Con qué derecho se le ocurrió que yo iba a profanar mi laboratorio, abusar de una diente?

- En este caso no era abuso, querido, ella misma se ofrecía. Él bajó la voz (nunca perdió del todo la timidez frente a su esposa en asuntos como ése):

- ¿Cómo podría yo mirar a otra mujer teniéndote a ti, querida?

Ningún homenaje podía ser más leal y correcto, y doña Flor le ofreció los labios, besándola él levemente.

- Gracias, Teodoro, yo pienso lo mismo con respecto a ti.

En la calle, en las esquinas, a la hora del aperitivo en el bar de Méndez, los hombres comentaban la zorra, sus causas y efectos. Doña Magnolia fue recogida en casa de unos parientes: la tenían en salmuera, el secretario le había hinchado la cara a golpes.

Don Vivaldo, el de la funeraria, planteó la cuestión: ¿Era o no impotente el doctor Teodoro? No sólo lo afirmó la fulana en voz alta (a los gritos), sino que además - convengámoslo- , únicamente un eunuco sería capaz de rechazar, como lo hizo él, a la tentadora Magnolia y sus opulencias. Era como para dudar de su hombría, desde luego. Moisés Alves, el hacendado del cacao, se exaltaba en defensa del boticario:

- ¿Flojo? Es una mentira de esa desvergonzada. Es que es un hombre serio, con responsabilidad... ¿Usted quería que se revolcase con la pecadora sobre los

remedios?

Aun así, don Vivaldo no podía comprender:

- Desperdiciar semejante bocado... En la farmacia, o en donde fuese... Si ella se presentase allá, en «El Paraíso de la Flor», con ganas de entregárame, allí mismo le daba, en un ataúd.

Estuvieron de acuerdo en un detalle: fuese por impotente o por austero, el doctor Teodoro se había portado mal al expulsarla sin darle una cita:

- Dios da pan a quien no tiene dientes...

Los ecos de estas discusiones, recorriendo esquinas y bares, avivadas por la cerveza y la *cachaca*, así como los elogios unánimes de las amigas y las vecinas, llegaron a oídos de doña Flor:

- Si todos los maridos fuesen así, valía la pena...

La calumnia contra su marido la indignaba, y le dijo a María Antonia, una ex alumna suya desparramadora de alcahueterías, que fue a visitarla y a chismear:

- Si alguien quiere saber si él es verdaderamente hombre que venga aquí, que yo le mando a él que le muestre...

- ¿Se lo mandaría de verdad? - se rió María Antonia, jaraneando, en chacota.

Doña Flor se irritó también. A pesar de lo que la irritaban los chismes, no pudo contener la risa imaginando lo grotesco de la situación.

Cierta mañana, un tiempo después, apareció Dionisia de Oxóssi con su nene - gordita la criatura- , al que traía para que lo bendijese la madrina. Últimamente venía poco, muy de cuando en cuando. Le contó el disgusto que había tenido al descubrir un asunto de faldas en la vida del marido: andando por esos caminos con su camión, parando en un sitio y en otro, se había metido con una tipa en Joazeiro. Dionisia encontró una carta de la perversa e hizo un escándalo, amenazando con dejar al traidor. Era sólo una amenaza, mi comadre, pues ¿qué hombre no tiene sus líos con mujeres, qué hombre no le pone guampas a la esposa? Pero lo sintió mucho, hasta había enflaquecido; ahora comenzaba a sentirse mejor, pues el marido no sólo cortó con la tipa, sino que ya no dormía más en Joazeiro.

Doña Flor la consolaba: ¿quién no sufre esas contrariedades? Ella, doña Flor, todavía no hace mucho, también hizo un desagradable descubrimiento que la había herido, que le causó dolor.

- ¡Cómo...! ¿También el doctor anda prevaricando? ¿Hasta él? Bien le dije que ningún hombre está libre de un tropezón con una mujer...

- ¿Quién? ¿Teodoro? No, mi disgusto fue por algo distinto. Comadre Dionisia, Teodoro es la excepción que confirma la regla... Es un hombre serio, por él pongo las manos en el fuego...

Diose cuenta de pronto doña Flor, y casi se lo había confesado a Dionisia, que, de las dos historias femeninas relacionadas con el doctor Teodoro, la única concreta, con principio y fin, y la única que la hería y le dolía profundamente, no había ocurrido con el segundo, sino con el primer esposo: ese viejo asunto, que no supo hasta ahora, entre Inés Vasques dos Santos y el difunto. Tan pronto como doña Flor se acordaba de Magnolia o de Mirtes, en seguida la flaca y la sonsa Inés se erguía ante ella, iperra hipócrita, buscona!

## 8

Los ensayos de la romanza duraron cerca de seis meses, hasta que el exigente maestro consideró que estaba en perfectas condiciones de ejecución. El maestro fue más exigente aún en aquel caso, pues era autor de la obra y ésta estaba dedicada a la gracia y a la bondad de doña Flor, siendo los *Arrullos de Florípedes* la niña de sus ojos.

Todos los sábados por la tarde, con sol o con lluvia, en una casa o en otra, allá se reunían ellos repitiendo acordes para el próximo concierto, que ya tenía fecha y



local: dentro de una semana, en la residencia de los Taveira Pires.

Esos meses transcurrieron en la paz del Señor, sin incidentes notables y dignos de ser especialmente registrados, con excepción, tal vez, de la presentación de Marilda «en los micrófonos del pueblo, los de Radio Amaralina, la estación sanjuanina, la más joven y la más escuchada», acontecimiento que alborotó a la vecindad y causó conmoción en los alrededores. Era como si todas aquellas calles y callejuelas hicieran también su debut, a través de la moza, en los aires de la ciudad. Tal era la agitación y el nerviosismo.

Doña Norma era la capitana que comandaba la banda de la hinchada, una ruidosa delegación que se hizo presente en la emisora el día de la fiesta. En una colecta realizada entre los vecinos se había logrado juntar un paco apreciable, destinado a la compra de un recuerdo; en las manos de don Samuel das Jóias - vendía joyas y cuanto cosa hubiera en este mundo: casimires, tropicales, telas, muebles, perfumes, todo de contrabando y todo barato- se transformó en un reloj de muñeca que era un amor, moderno y original, con seis meses de garantía. «Suizo, diecisiete rubíes, una ganga», afirmaba el señor Samuel, dando la impresión de venderlo apenas para hacer un favor a su buena clienta doña Norma.

Por la noche, don Sampaio, a quien le mostraron la excepcional compra, constató que la esposa había sido estafada otra vez por el viejo chamarilero, cosa que venía sucediendo desde hacía veinte años y seguiría sucediendo hasta que uno de los dos, ella o don Samuel, estirara la pata:

- Y si fuera ella quien muriese primero, el viejo Samuel es capaz de venderle, cuando esté en la agonía, una extremaunción de contrabando...

Ni era suizo ni estaba tan abarrotado de rubíes: fabricado en San Pablo, mas no por eso era un reloj malo: «Hay que acabar con esa manía de hablar mal de la industria brasileña, tan buena como cualquier otra», sentenciaba don Zé Sampaio.

El día de la presentación, como es natural y comprensible, a doña María del Carmen le dio una llantina al ver a su hija frente al micrófono mientras el locutor anunciaba sus cualidades, su «voz *canora* de pájaro tropical». También enjugó unas lágrimas doña Flor: sentía por Marilda una ternura de madre, habiendo luchado para verla ahí, y en cierta ocasión incluso se había enojado con el doctor Teodoro por su causa. Si bien la victoria de Marilda pertenecía a toda la vecindad, era principalmente un triunfo de doña Flor. Para celebrarlo, hizo los dulces destinados a la mesa servida en casa de la moza, en donde aquella noche hasta abrieron una botella de champán (regalo de Oswaldinho).

Al estreno de la joven cantora, saludada con simpatía por la crítica de radio y por el público, se juntó el repentino viaje de doña Gisa a los Estados Unidos, que dio lugar a abundantes comentarios. Ni siquiera doña Dinorá, con su olfato para adivinarlos entretelones de todos - ni siquiera ella- , pudo imaginar jamás esa noticia: había fallecido en Nueva York cierto Mister Shelby dejándole en herencia sus bienes a doña Gisa. ¿Quién era ese Mister y por qué legaba sus riquezas a la profesora de inglés que hacía tantos años estaba radicada en Brasil? No se lo pudieron preguntar a doña Gisa, pues se había embarcado de la noche a la mañana, sin previo aviso y sin el protocolo de las despedidas.

Surgieron los rumores más extravagantes sobre el muerto y su fortuna. Lo designaron marido, divorciado o no, una antigua pasión, un caso de amor; las versiones eran múltiples, honestas o indecentes. En una cosa coincidían: doña Gisa apañaba su fortuna colosal, heredaba a un millonario, pero un millonario norteamericano, rico en dólares, no en mil- réis.

El chismerío se desmoronó cuando el cartero le trajo una carta por vía aérea a doña Norma, quien antes de abrirla examinó largamente aquellos sellos de extranjería y la letra, tan familiar, de doña Gisa, fuerte y enrevesada como caligrafía de médico.

Escribía desde Nueva York y anunciaba su próximo regreso: había arreglado sus asuntos y llevado flores al túmulo del primo, «¿primo?, que cada cual crea lo que quiera... Era el marido, si no era otra cosa», cuchicheaban en las esquinas y en los bares las comadres y los ociosos.

Realmente, había heredado - era la única parienta- , pero la herencia se reducía a

un automóvil usado, algunos objetos de uso personal y de la casa, unas pocas acciones de compañías petroleras del Medio Oriente (convulsionado, las acciones en peligro). Vendió todo y lo que sacó apenas le alcanzó para pagar los gastos del viaje. Como herencia verdadera del dudoso primo sólo le quedaba Monseigneur, un *basset* de pura raza, que pronto estaría en las calles de Bahía, pues doña Gisa ya estaba haciendo los trámites para traerlo.

Eso es todo cuanto sucedió durante aquellos meses, que pueda considerarse asunto de esta crónica de doña Flor y sus dos maridos. Aparte de eso, estaban los ensayos, las sesiones de la Sociedad de Farmacéuticos, las clases de la escuela, las visitas a parientes y amigos, las salidas al cine, el amor los miércoles y los sábados. Doña Flor ya no asistía a los ensayos con la misma asiduidad que al principio, sin que por ello los considerara pesados y latosos, como algunas de las esposas de los miembros de la orquesta, cuya opinión era pública y notoria. Por más amiga que fuese del marido, y solidaria con sus obligaciones y sus gustos, de vez en cuando escabullía el bulto al ensayo y hacía la rabona. Porque realmente, en verdad, sólo ellos, apasionados por la música, tenían la aptitud necesaria para extraer de aquella monótona repetición de melodías tanta paz interior e infinito placer.

Tampoco era infaltable su presencia en las doctas reuniones de la Sociedad de Farmacéuticos con sus tesis y debates. ¿Para qué forzarse a ir? ¿Para estar toda la noche luchando contra el sueño traidor y fatal, procurando prestar atención, y finalmente tener que rendirse y caer en la vergüenza del cabeceo? No pudo aguantar una sesión entera ni siquiera cuando el doctor Teodoro presentó su discutida tesis sobre los barbitúricos: «De la sustitución de las infusiones por productos orgánicos en el tratamiento del insomnio.» Y sin embargo, aquélla fue una noche apasionante, de violentos debates, en la que se puso en juego la reputación científica del doctor. Claro que la discusión duró hasta la madrugada y cuando el esposo, trémulo y feliz, le ofreció el brazo, ella, despertada por los aplausos, casi le pidió disculpas por haber dormido a pierna suelta, como si hubiera ingerido dosis de infusiones y barbitúricos como para un caballo. Alcanzó a decir:

- ¡Querido mío...!

Pero él, de tan eufórico, ni percibía sus ojos enrojecidos, su cara abotargada.

- Gracias, querida. ¡Qué gran victoria!

Había arrasado, de una vez para siempre, con los barbitúricos, cumpliendo su deber de ciudadano y de farmacéutico. En la droguería tenía que vender esos peligrosos tóxicos, obteniendo con ellos pingües ganancias, pues estaban de moda, hacían furor. Sin embargo, siendo un farmacéutico erudito y estudioso y al mismo tiempo un propietario de farmacia capaz y próspero, al doctor no le perturbaba, ni veía duplicidad en la posible contradicción de su conducta al observar con la misma conciencia inflexible la noble moral del científico y la no menos digna moral del comerciante.

El concierto de la orquesta de aficionados Hijos de Orfeo en la fiesta celebrada en el palacete del comendador del Papa y virtuoso del violoncelo fue todo un acontecimiento que tuvo repercusión en las columnas de los diarios. Fue también comentado en los altos círculos, conmoviendo a las casas de costura, tiendas de modas y sastres, y su registro se hace aquí obligatorio (en una de esas vueltas que da el mundo, ¿quién sabe si un día no tendremos que recurrir al comendador Adriano Pires, dueño del dinero?).

Describir aquella nochaza de arte con todo su esplendor nos parece tarea imposible, por encima de nuestras fuerzas y de este pobre estilo. Si alguien quiere tener noticia, por ejemplo, de los vestidos de las señoras, de su belleza y de sus *chic* incomparable, lo remitimos a la colección del itinerario del poeta Tavares, en donde podrá leer la crónica hecha por el siempre brillante Silvinho Lamenha, arbitro en tan delicada materia. En cuanto al concierto propiamente dicho, los interesados pueden consultar las opiniones expresadas en los diarios por los críticos Finerkes y José Pedreira, además de la crónica de Helio Basto, hombre orquesta, ya que además de ser pianista se dedicaba a las letras y a las bellas artes. Doña Rozilda coleccionó en Nazareth todos los recortes, pues en general se referían con

alabanzas al doctor Teodoro y a «su primorosa interpretación en el difícil solo de fagot de la Romanza de Agenor Gómez, uno de los puntos altos del concierto» (Coqueijo, «Pizzicatos de un concierto», en *Gazeta de Bahía*).

Esa noche doña Flor ascendió a la cima, llegando al más alto grado de la escala social, siendo destacada por los comentarios: «gracioso ornamento..., ¿qué modisto parisiense firma su vestido de *moiré fauve*, de escote drapeado, que dejó chiquitas a tantas figuras importantes?», como escribió Silvinho, el «Niño Jesús» de la sociedad. Estaba presente toda la flor y nata del gran mundo, la gente más importante de Bahía, los personajes de la política, del dinero, de la intelectualidad, desde el arzobispo primado al jefe de policía; y entre ellos, esnobs y aburridos, algunos cuenteros que habían aplicado con éxito el timo del baúl, comenzando por los yernos del comendador.

De las inmediaciones del Largo Dois de Julho, además del doctor Teodoro, sólo recibió invitación don Sampaio, colega de Caballo Pampa en el Club dos Lojistas y antiguo compañero suyo de colegio. Pero se negó a ir:

- ¡No! Por Dios... Déjenme en paz, ando mal del brazo, necesito reposo... Ve tú sola, Norma, si quieres...

Naturalmente, doña Norma fue, pero no sola, sino con doña Flor y el doctor. (¿Cómo despreñar una invitación que era un privilegio? Sólo podía hacerlo su marido, obcecado y antisocial, un animal salvaje.)

El comendador le había dicho a doña Inmaculada:

- Quiero que todo sea lo mejor de lo mejor...

Y así fue, doña Inmaculada podía ser una prueba cruel para un hombre, pero hay que hacerla justicia, sabía recibir. Contrataron, a peso de oro, los servicios del arquitecto Filberbet Chaves para la decoración de los jardines en donde iba a tocar la orquesta.

- No mida los gastos, joven, quiero algo bueno, con escenario y todo. Gaste lo que sea necesario...El comendador, avaro con la gente de servicio y los gastos menudos, abría los cordones de la bolsa, empuñaba talonario de cheques. Al maestro Chaves sus palabras le supieron a miel: eso de no medir los gastos era propio para él. Gastó una fortuna, pero ¡qué maravilla! El jardín parecía un jardín de cuento de hadas, y el pequeño teatro era de una audacia arquitectónica nunca vista en Bahía. «Gilberbet - aprendan el nombre tal como es: Gilberbet y no Gilberto o Gilbert, como pronuncian ciertos rastracueros- reveló su genio ultramoderno» (Silvinho, una vez más, y con seguridad no será la última).

Doña Flor, al entrar, se quedó con la boca abierta, admirada, pasmada. Doña Norma sólo pudo articular una palabra:

- ¡Diablos...!

Doña Inmaculada y el comendador recibieron a los invitados: ella emperifollada con sus trapos de procedencia europea, empuñando sus impertinentes; él, desgarrado a pesar del *smoking* y de la camisa con pechera almidonada, con cuello de palomita. Al ver al doctor Teodoro con el fagot bajo el brazo, en su rostro cruzado de manchas blancas se desplegó una sonrisa:

- ¡Mi querido Teodoro! Hoy vamos a dar la nota... - saludó al boticario, feliz con el retruécano y con el concierto.

Muy tiesa, doña Inmaculada ofrecía la punta de los dedos al beso de los hombres y a la inclinación de las mujeres, como si unos y otras viniesen a pedirle la bendición.

- ¡Qué palo de escoba...! - comentó doña Norma en cuanto se alejaron de los impertinentes de la comendadora.

- Sin embargo, es muy caritativa... Es presidenta de la Sociedad de Ayuda a los Gentiles de África y Asia... Incluso me escribió a propósito de eso.

El doctor Teodoro había recibido hacía mucho tiempo una circular firmada por la comendadora en la que se le pedía ayuda para las misiones católicas en aquellos continentes.

En eso vieron a Urbano Pobre Hombre, reluciente con su *smoking* recién salido del sastre (pagado por el comendador al enterarse de que el violinista no podía ir al concierto por falta de traje adecuado), con su violín al brazo. (Salió de su casa en

medio de las burlas de su mujer y ahora procuraba esconderse entre los árboles y pasar desapercibido.) El doctor Teodoro lo arrastró al anfiteatro, donde dejaron sus instrumentos. Aunque estaba anunciado para las ocho y treinta, el concierto no comenzó hasta pasadas las nueve, cuando el maestro Agenor Gómez consiguió reunir a sus músicos.

Los invitados, de coqueo en las salas o en el jardín, no parecían tener prisa. Fue necesario que el propio comendador tomara el micrófono y gritara enojado, la voz cortante:

- Va a comenzar el concierto, ocupe cada uno su sitio..., vamos..., vamos...

¿Quién dejaría de obedecer aquel llamamiento, que era una orden, no una invitación? Fueron cesando los ruidos y los caballeros y las damas ocuparon las sillas, permaneciendo de pie muchos hombres con la esperanza de poder escabullirse. Un verdadero desfile de elegancia: las mujeres exhibían sus joyas valiosas, sus escotes audaces; todos los caballeros estaban de etiqueta y el maestro lucía su frac. En primera fila, próximas a doña Inmaculada, estaban sentadas doña Flor, doña Norma y el arzobispo primado, en vísperas, según decían todos, del cardenalato.

El maestro Agenor Gómez, emocionado de la cabeza a los pies («ya debía tener el cuero curtido, pero en cada nuevo concierto no sabía dónde poner los pies, como si fuese la primera vez»), alzó la batuta.

La primera parte fue oída con atención y aplaudida. La marcha de Schubert interpretada con énfasis y justeza, y después el primoroso violín del doctor Venceslau Veiga en la melodía de Drdla, arrancaron palmas, y hasta bravos, de ciertos aficionados y entendidos, como el doctor Itazil Benicio, «double de médico y de artista» (Silvinho). Sudaba, feliz, el maestro Gómez.

En el intervalo, los convidados, como bárbaros hambrientos que no hubiesen comido desde hacía meses, se abalanzaron sobre el regio bufet, donde, por primera vez en sus vidas, doña Flor y doña Norma vieron y probaron el caviar.

A doña Flor, con su paladar de maestra de cocina, el tan mentado caviar - cada gramo una fortuna- le supo bien: «Es raro..., pero me gusta.» Doña Norma no pensaba lo mismo y, haciendo una morisqueta, le dijo a la amiga, entre risas (lo que sí le gustaba era el champán, y ya había bebido dos copas):

- Esta cosa tiene un dejo..., no sé de qué...

También se rió doña Flor, y como el doctor Teodoro se apartara para ir en busca de Urbano Pobre Hombre y obligarlo a servirse, recordó un dicho de su finado primer esposo, al regresar de Río. En el curso del viaje, doña Flor no recordaba dónde, se dio un hartazgo del tal caviar, y cuando ella le preguntó qué gusto le encontró, él le respondió:

- Tiene gusto a vulva... ¡Es muy bueno!

Doña Norma, un poco atontada por el champán, se desternilló de risa: qué loco era el finado, una boca sucia que no tenía arreglo, pero tan alegre, inolvidable! «Chica, el difunto tenía gracia y era un entendido en esos sabores...»

Ya volvía el doctor Teodoro trayendo del brazo a Pobre Hombre y doña Flor se apresuró a prepararle un plato, sin olvidar una porción de caviar.

Fue un tanto difícil volver a juntar a los invitados frente al estrado para la segunda parte del concierto. Los amantes de la música ocuparon pronto sus lugares, pero eran minoría entre aquella masa de gente que no tenía más que riqueza, y que se dedicaba a comer y a beber. Pero el comendador dio órdenes enérgicas a los empleados y finalmente el maestro y la orquesta atacaron el *Simple Aveu*.

Después de la música de Francis Thomé llegó el momento culminante del concierto: el solo de violoncelo ejecutado por el comendador Adriano Pires, el Caballo Pampa. Ése sí que fue un silencio de verdad: incluso cesaron de trabajar en la despensa y en la cocina, y los mozos dejaron de servir bebidas hasta que terminó el número. Doña Inmaculada había dado personalmente órdenes para que hubiera el más estricto silencio.

Olvidado de todo, del mundo y de sus habitantes, el comendador del Papa, el seco millonario, en ese momento, con el violoncelo, se consustanciaba con la alegría y la

bondad y, súbitamente, era un ser humano.

Al concluir, hubo aplausos interminables. De pie en el anfiteatro, señalando al maestro y los colegas de la orquesta, don Adriano agradecía. Gritaban «bravos» y «bis» no sólo los entendidos, los de la chochera por la música. Gritaban todos, destacándose, por la fuerza con que batía palmas y gritaba los «bravos», el usurero Alirio de Almeida, que no entendía jota de música: sus negocios dependían de una palabra de Caballo Pampa.

Como dijo después Pobre Hombre, el número del comendador debiera haber sido el último del programa, ya que después muchos convidados abandonaron a la orquesta en el jardín y se fueron a las salas a beber y a conversar. Los que estaban sentados no se atrevieron a irse, oyendo el resto del concierto sin prestar atención, y varios, incluso, daban muestras de impaciencia. De vez en cuando alguno se llenaba de coraje y se largaba pidiendo disculpas a los vecinos, encaminándose al interior del palacete para regalarse.

Los Hijos de Orfeo, sin embargo, ni siquiera percibían las deserciones, sosteniendo la misma afinación, la misma calidad. Los devotos de la música sí que se incomodaban con el movimiento y el creciente cuchicheo. Doña Norma chistó imperiosamente, dándose vuelta hacia los de atrás, cuando el doctor Teodoro inició su solo de fagot (con los ojos mirando a doña Flor); doña Inmaculada, atenta anfitriona, se volvió también, con los impertinentes dirigidos a los inquietos. Bastó con eso: se hizo el silencio y ya nadie tuvo la osadía de levantarse. El son del fagot se expandía en el aire, sobrevolaba el jardín, iba a tejer un halo en torno a los cabellos de doña Flor, azules de tan negros. Ella, con los ojos entrecerrados, oía y reconocía, a través de aquel solo de Romanza, cuánto le había dado él, su buen marido. Allí estaba ella, donde nunca se imaginara, sentada en los jardines de la casa más aristocrática de Bahía, mientras, a su lado, escuchaba a su marido con complacencia Su Eminencia el Señor Arzobispo Primado, con su púrpura y su armiño. ¡Tanto le había dado, tanto!: paz y seguridad, tranquilidad, orden y confort, representación, cuanto ella pudo desear y él adivinar. Y ni un sobresalto. Ahora iba a buscar en el delgado vientre del fagot la grave nota de su amor, de su devoción. No se podía pedir marido mejor.

Cuando se iniciaron los aplausos, doña Norma miró a la amiga: por el rostro de doña Flor corría una lágrima. «Llora de felicidad», pensó sonriendo la bondadosa vecina, contenta ella también con el éxito del doctor:

- El doctor Teodoro tocó divinamente...

La misma doña Inmaculada, desde la silla próxima, se dignó hacer el elogio.

Su marido estuvo muy bien.

En la gran sala de recepciones las danzas comenzaron apenas terminaron los acordes finales de la orquesta, del *pot-pourri* de *La viuda alegre*, último número. En el jardín, los oyentes, el primado al frente, felicitaban al maestro y a los músicos, rodeando al comendador. Doña Flor no había enjugado todavía las lágrimas y el doctor, al verla emocionada, se sintió recompensado por los seis meses de ensayo.

De la sala vinieron a buscar a Helio Basto para que desgranase al piano sambas y fox, tangos y boleros, improvisando un bailecito. El doctor Teodoro, fagot al brazo, propuso la retirada: pasaba de la medianoche... Pero doña Norma pidió cinco minutos más para vaciar otra copa de champán: «¡Lo adoro...!»

Bebió dos copas, y en el taxi se reía sin saber por qué, contenta de la vida. Doña Flor tomó entre sus manos las de su marido, su buen marido. Hicieron comentarios sobre el concierto y la fiesta, magníficos ambos. Tanta comida, tanta bebida, todo de lo mejor, el comendador había gastado un dineral.

- Una exageración... - decía el doctor- , hasta caviar... del verdadero, ruso...

Doña Norma, con la euforia del champán, le guiñó un ojo a doña Flor y se dirigió al doctor Teodoro con una malicia que sólo ellas dos podían comprender:

- ¿Y el caviar le gusta, doctor?

- Sé que es un bocado de dioses; hoy lo probé, porque no se debe perder una ocasión como ésa cuando se puede comer tan caro manjar. Pero le voy a confesar,

doña Norma, que mi paladar no se puede acostumbrar a su gusto...

- ¿Y qué gusto le encuentra usted al caviar?

Doña Norma se sonrió con picardía, llena de euforia. Doña Flor bajó la cabeza, no se sabe si para ocultar una sonrisa burlona. El doctor Teodoro buscaba con qué comparar el sabor todavía reciente de la golosina, no encontrando nada adecuado:

- Para ser franco, no recuerdo nada que tenga el mismo gusto. Aquí entre nosotros, que nadie nos oiga..., ¡qué gusto más feo!

- ¿Feo? - doña Norma se desternillaba de risa- . Yo pienso lo mismo... Pero hay quien lo encuentra bueno... ¿No es cierto, Flor?

Pero doña Flor no se reía. Su rostro seguía circunspecto, en la sombra, ¿quién sabe si triste o solamente conmovida? Contemplaba la noche, como si no oyera la risa de la amiga. Apretando la mano del marido, le dijo a media voz:

- Preciosa la música y tu interpretación, Teodoro.

- No lo sé hacer mejor... Soy un aficionado nada más.

¿Para qué mejor? ¿Quién soy yo para exigirte nada, querido mío? ¿Qué te traje yo, qué bienes puse en mi plato de la balanza conyugal que pueda compensar el tuyo, tan lleno: desde el dinero a la Romanza en el fagot, desde la sabiduría a la educación esmerada, y esa limpidez, esa decencia? Nada te traje, en nada te enriquecí, y yo no soy transparente y constante, no tengo esa meridiana luz tuya, estoy hecha también de sombras, de materia oscura y pasajera. Soy tan pequeña para tu altura, Teodoro.

Bajo el toldillo de la pared de tranvía, esperando un medio de transporte, Urbano Pobre Hombre los vio pasar. Llevaba en sus manos el violín enfundado y un paquete con dulces y salados para ña Maricota.

## 9

El profesor Epaminondas Souza Pinto, circunspecto y carcamal, amaba los proverbios y las frases hechas, viendo en esos dichos un resumen de la sabiduría de los siglos, la expresión de las verdades eternas. «La felicidad es inenarrable, con una vida feliz no se hace una novela», respondió cuando Chimbo, aquel pariente importante del finado, le preguntó por doña Flor, a la que no veía hacía años, desde el absurdo carnaval («¿cuántos años hace, dos o tres?») del entierro del calavera.

- Pues volvió a casarse y es feliz... Hace un año, más o menos, que unió su suerte a la del doctor Teodoro Madureira...

- ¿Se sabe algo más de ella?

- No tuve más noticias... - y, para no darle ocasión, colocó el adagio- : Como bien dice el pueblo, la felicidad es algo inenarrable.

Chimbo, hombre de experiencia, estaba de acuerdo:

- Así es. Cuando pasa algo es casi siempre para causarle preocupaciones a uno... Si le contara... Escuche...

Y abrió su pecho al amigo: a su edad proveya, ¡profesor!, se había ido a meter con una joven de diecinueve años..., no, no una doncella, pero casi. Un canalla, haciéndole el cuento del casamiento, la había desflorado, pero torpemente, con apuro, dejando unos restos de pellejo que Chimbo, en trance de consolarla y protegerla, hizo desaparecer... Resultado, mi pobre profesor: la moza quedó gruesa y él con esa responsabilidad...

El profesor Epaminondas Souza Pinto, de vida inmaculada, no podía dar consejo ni consuelo para la inquietud del ilustre hombre público, y, a falta de palabras más oportunas, lo felicitó por la «auspiciosa gravidez».

Tampoco nosotros tenemos consuelo o prudente consejo que dar al caballero Chimbo, y hasta nos falta tiempo y espacio para ello; así que de todo el incidente sólo utilizaremos la verdad contenida en el refrán: en efecto, en la feliz existencia de doña Flor y del doctor Teodoro nada ocurrió que merezca destacarse, no siendo nuestro propósito alargar esta crónica, ya extensa, con el relato de su diaria

placidez, monótona e insípida materia antiliteraria.

La misma doña Flor, que daba noticia de todas las peripecias en su correspondencia familiar, en una carta a su hermana Rosalía, en vísperas del primer aniversario de su matrimonio con el farmacéutico, le decía que nada importante tenía que contarle.

Llenó la carta con noticias de los parientes y vecinos (durante esos años Rosalía había ido conociéndolos a todos a través del epistolario de la hermana). Le hablaba de tía Lita y sus achaques, tío Porto no envejecía; doña Rozilda seguía siempre en Nazaret, ipobre Celeste!; Marilda iba de éxito en éxito, ahora en Radio Sociedade y con la promesa de grabar un disco. De doña Norma contaba una historia divertidísima (tienes que conocer a doña Norma personalmente, vale la pena): un martes doña Flor la invitó a ir a un bautismo el sábado siguiente y se disculpó de no poder ir «debido a que el sábado ya estoy comprometida para ir a un entierro». «¿Cómo puedes saber el martes que el sábado hay un entierro, Normita?» Verás cómo... Resulta que un conocido suyo estaba a punto de estirar la pata y... seguramente lo haría en la noche del viernes al sábado para así aprovechar la semana inglesa y tener un enterrazo...

Doña Gisa, de regreso, trajo de Nueva York un cachorrito, de esos «que son exactamente una longaniza», y un lindo regalo para doña Flor, un broche. Pero «imagínate, Rosalía, lo que la chiflada de la gringa trajo para Teodoro: una camisa toda estampada con mujeres desnudas. ¿Te das cuenta lo que parecería el doctor poniéndose un chirimbolo de éstos? Como es tan educado no dijo nada e incluso le dio las gracias sin dar muestras de enojo, pero yo guardé la camisa en el fondo de mi ropero, para que él no estuviera viéndola a cada rato y le tomara rabia a Gisa, que es así, pero muy buena». Quien está enferma, sin poder salir de casa, es doña Dinorá: «Imagínate cuánto sufre, le duelen las articulaciones, un reumatismo bravo, y encima teniendo que enterarse de las cosas por terceros.» Lo único que podía hacer era echarles las cartas a las visitas y prever desgracias para todos, furiosa. Incluso amenazó a doña Flor, después de consultar los naipes: «Me dijo que tuviera cuidado, pues no hay bien que dure cien años... Nunca vi boca tan sucia, te juro.»

Aparte de esas cosas de rutina nada tenía para contar: «no sucede nada, siempre es la misma vidurria sin ninguna novedad». El doctor estuvo a punto de comprar la casa en que vivían, pero uno de los herederos de la droguería decidió vender su parte para irse a vivir a Río, y el marido le preguntó a doña Flor: «¿Qué me parecía mejor y más razonable: adquirir la casa o la parte de la farmacia?» Al mismo tiempo le daba su opinión: con esa parte adquiriría el control de la firma, se convertía en socio mayoritario; con respecto a la casa, en cuanto pudieran, más adelante, la comprarían. El propietario no tenía otra salida que la de vender, pues la renta que le daba el alquiler era una ridiculez. En realidad, el doctor ya había formado su opinión y decidió qué era lo mejor, y si le pedía consejo a doña Flor lo hacía por gentileza y buena educación: «El tiempo no hace cambiar al doctor: la misma delicadeza, el mismo sistema, el mismo trato, siempre igual, un día tras otro. Puedo decir lo que va a suceder a cada instante, según las horas, y hasta sé por anticipado cada palabra, porque hoy es lo mismo que ayer.» Así transcurría la vida, suave y tranquila, con lento e invariable ritmo. ¿Cómo temer una mudanza, cómo tomar en serio las previsiones de la cartomántica, de tres al cuarto y paralizada, más entregada a sus barajas y adivinanzas que el comendador Adriano Pires al violoncelo?

En cuanto a ella, doña Flor, incluso no le parecería mal que sucediera algo, cualquier imprevisto que rompiera la monotonía de los días, invariablemente felices y sosegados. «Hasta es un pecado, hermana, hablar así cuando se tiene la vida que yo tengo, después de pasar las del purgatorio, pero la misma cosa todos los días es algo que cansa, incluso cuando es lo bueno, lo mejor. Aquí, entre nosotras, te digo, hermanita, que a pesar de esa vida tan feliz, envidiada por los otros, a veces me entra una angustia tan sin pie ni cabeza que no puedo explicármela., un no sé qué... Es la mala índole de esta tu hermana que no sabe apreciar como es debido

cuanto recibió del cielo sin haberlo merecido: una vida tan tranquila y un buen marido.»

Por aquel entonces, un domingo que fue a misa en la iglesia de Santa Tereza, con sermón de don Clemente («¿Por qué, Señor, la paz no habita el corazón de los hombres?»), después del oficio, se dirigió a la sacristía con la intención de invitar al sacerdote a la fiesta del primer aniversario de su casamiento. No iba a ser una fiesta propiamente dicha, sólo una reunión con los amigos íntimos en torno a una copa de licor y unos dulces, conmemorando, al mismo tiempo, la elección del boticario como segundo tesorero de la recién designada junta directiva de la Sociedad Bahiana de Farmacia.

- Allí estaré, con mucho placer, para felicitaros por este año de armonía conyugal, un ejemplo de unión bendecida por Dios...

Despidióse doña Flor, y el marfileño padre, reprochándose su sermón un tanto pesimista, sonrió alegre: he ahí alguien, doña Flor, en cuyo corazón moraba la paz, he ahí un ser humano satisfecho y feliz con su vida, desmintiendo su sermón, lleno de sombras y dudas.

Hacia la mitad del corredor, doña Flor se detuvo frente al extravagante grupo formado por la imagen barroca de Santa Clara y por la antigua talla popular en que estaba esculpido aquel ángel cínico y candoroso, tan igual al finado, con la misma insolencia y la misma gracia irresponsable.

Pobrecita, la santa: su santidad, por mayor que fuera, por más defendida que estuviese, por más fuerte que fuera su virtud, no podría resistir la mirada picara del tinoso: la pobre bienaventurada tenía que rendírsele, entregarle su pudor y su vida, perdiendo por él su ya ganada salvación, porque sin él ¿para qué le servirían el paraíso o la vida?

Allí, ante el insólito grupo escultórico de madera y de chulería, doña Flor se detuvo largo tiempo. Y la nave de piedra y cal, como un barco inmenso, levantó el ancla y partió, singlando los aires en un mar azul, entre nubes, cielo adentro.

## 10

Tanto se esmeró doña Flor que la fiestita fue de la más notables, un éxito completo que vino a coronar el primer aniversario del «feliz connubio de dos almas gemelas», como dijo con acertado estilo el doctor Silvio Ferreira, secretario general (reelecto) de la Sociedad Bahiana de Farmacia, levantando su copa para brindar por los esposos, «por nuestro estimadísimo segundo tesorero y por su digna consorte, dona Flor, ejemplo de prendas y de virtudes».

Doña Flor había anunciado a don Clemente que sólo estarían «algunos de los amigos más cercanos», pero al franquear la puerta, el padre se encontró con la casa llena, y no sólo con los vecinos. El prestigio del doctor Teodoro y la simpatía de doña Flor atrajo a la fiesta íntima a un número considerable de personas: dirigentes del gremio de los farmacéuticos, colegas de la orquesta de aficionados, representantes comerciales, alumnas y ex alumnas de la Escuela: Sabor y Arte, además de viejos amigos, algunos de ellos importantes, como doña Magá Paternostro, la ricacha, y el doctor Luis Henrique, el «cabecita de oro». Don Clemente, antes incluso de felicitar a la pareja, abrazó al «celebrado hombre de letras»: su *Historia de Bahía* acababa de obtener un premio del Instituto, «codiciado lauro consagratorio de un valor auténtico» (vide Junot Silveira, «Libros & Autores», en *A Tarde*).

En materia de cultura, además del discurso del doctor Ferreira, rico en figuras de retórica, hubo algo de música. El doctor Venceslau Veiga ejecutó dos arias en su violín, siendo aplaudido. Hubo también aplausos, y muchos, para la joven cantante Marilda Ramosandrade, «la voz hechicera de los trópicos», a pesar de no tener más acompañamiento que el ritmo de un pandero, marcado por Oswaldinho.



En la improvisada hora de arte, el doctor Teodoro se apuntó un tanto con un número que causó verdadera sensación: tocó, en el fagot, todo el himno nacional, siendo ovacionado al terminar. Aparte de eso, comieron y bebieron, se rieron y conversaron. Los hombres se plantaron en la sala de recibo y en la otra sala se instalaron las mujeres, a pesar de las protestas de doña Gisa, para la cual esa separación de sexo era un absurdo «feudal y mahometano». Sólo ella y otras dos o tres señoras se arriesgaron a participar en la rueda masculina, en la que corría la cerveza y se sucedían las anécdotas, sujetas a la censura de doña Dinorá, todavía maltrecha y dolorida, pero impertérrita:

- Esa María Antonia es una desvergonzada... Se queda en medio de los hombres escuchando groserías... y encima arrastra con ella a doña Alice y a doña Misete... En cuanto a la gringa, ésta es la peor de todas..., miren cómo alarga el pescuezo para oír...

En compensación, miren a doña Neusa Macedo (& Cía.), ejemplo de buen comportamiento, en la rueda de las mujeres, ponderada y discreta, escuchando a Ramiro, un mocito de diecisiete o dieciocho años, hijo de los argentinos de la cerámica. Si no fuese por ella, el adolescente no tendría con quién entretenerse, pues los otros jóvenes cercan a Marilda y le piden sambas, valsos, tangos y rancheras, mientras que él sólo desea hablar de pesca: «Atrapé un *vermelho...*, itenía cinco kilos!»

- ¡Oh! - exclamaba ella en éxtasis- . ¿Cinco kilos?, ¡qué coloso! ¿Y qué más pescó? (¿Qué apodo ponerle a un pescador audaz? «Aceite de hígado de bacalao» le iría bien..., y los ojos de Neusoca se iluminan.)

El argentino, al llegar con la esposa y el hijo, se encontró en la puerta con don Vivaldo, el de la funeraria «Paraíso en Flor». Juntos fueron a felicitar a los dueños de casa, y, de regreso a la sala de los hombres, el porteño Bernabó, con su franqueza un tanto incivil, comentó la elegancia de doña Flor, cuyo vestido hacía morir de envidia a las mujeres presentes; y de yapa el inquieto Miltinho, un mariquita que hacía las veces de ayudante - por lo demás excelente- en casa de doña Jacy, que lo había prestado para la fiesta, agregó: «Doña Flor hoy se superó, está de rechupete.»

- El dinero es lo que hace bonita una mujer... - dijo don Héctor Bernabó- ; mire la elegancia de doña Flor y qué hermosa está...

Don Vivaldo se fijó; por lo demás, le gustaba observar a las mujeres, medir los contornos, las curvas, las concavidades.

- A decir verdad, siempre fue elegante y graciosa, aunque no tan bonita, es cierto. Ahora es más mujer, una jamona, pero no creo que sea el dinero... Es la edad, querido, ella está en el punto exacto. Son chiflados los que prefieren las chiquilinas: ni diez juntas se pueden comparar con una señora en la fuerza de la edad, de las que hacen estallar el vestido...

- Miré qué ojos... - comentó el argentino, por lo visto también él un experto.

Ojos desmayados, perdidos en la distancia, como entregados a voluptuosos pensamientos. Don Vivaldo se preguntaba por qué inspiraba el farmacéutico pensamientos tan tiernos como para darle a su mujer un aire tan soñador mientras iba de una sala a otra, atendiendo a sus invitados, gentil y placentera, una perfecta dueña de casa. Pero eso lo hacía mecánicamente.

Don Vivaldo tomó del brazo al argentino: no es el dinero lo que hace bonita a una mujer, don Bernabó, es el buen trato, es la paz del espíritu, la felicidad. Esos ojos desmayados y esas caderas que se balancean se deben a la alegre serenidad de su vida.

Curiosa la expresión de su mirada... ¿Cuándo la había visto antes con aquella misma mirada perdida, como si mirase a su propio corazón? Don Vivaldo buscó en su memoria hasta recordar: era la misma mirada que tenía durante el velorio del finado. Con la misma expresión distante con que hoy recibía las felicitaciones, había recibido entonces los pésames con los ojos fijos más allá del tiempo, como si en torno a ellos no hubiese lágrimas de luto ni risas de fiesta, soledad. Su belleza, percibió don Vivaldo, también le venía de adentro, en una proporción imprecisable.

En la sala en que estaban las mujeres el tema de la actual vida feliz de doña Flor se impuso una vez más. Algunas señoras presentes, las de la orquesta y las de la farmacopea, poco sabían de aquel primer desastroso casamiento y del vil marido.

No deseaban otra cosa las vecinas y las chismosas sino contar y comparar: y contar y compararon a placer. Para ellas ninguna diversión era mejor: ni las anécdotas picantes que narraban los hombres (y las sinvergüenzas como María Antonia) y que los hacían reír a carcajadas, en la otra sala, ni rodear a Marilda y pedirle en hora dedicada a la nostalgia viejas sambas y antiguos valsos, como hacían doña Norma, doña María del Carmen, doña Amelia y los jovencitos (todos locos por Marilda): nada se podía comparar con el placer del parloteo. El primer casamiento, sépanlo, queridas amigas, fue un infierno de vida.

Esta felicidad del segundo matrimonio se hace aún mayor y más preciosa, tiene más valor, por comparación y por contraste con el error del primero, una prueba a la que la sometió Dios, un desastre, ¡una desgracia! Cuánto sufrió la pobre mártir en las manos de aquel monstruo plagado de vicios y maldades, un satanás: hasta llegó a pegarle.

- ¡Dios mío! - dijo doña Sebastiana, afligida, llevándose la mano al amplio pecho.

¡Cómo había sufrido! Todo lo que puede sufrir una esposa delicada, humillada, en un calvario de amarguras, trabajando para mantener la casa y además las juergas del desenfrenado, siendo que el juego, como es público y notorio, es el peor de todos los vicios y el más caro. Si ahora es feliz..., ¡qué desdichada fue antes!

Doña Flor escuchaba esos recuerdos de su vida como desde las nubes, los ojos perdidos en una bruma distante. Estando doña Gisa en el círculo de las anécdotas y doña Norma en la rueda de las cotorras, nadie se encontraba allí que pudiese abrir la boca para defender al difunto.

A eso de la medianoche se despidieron los últimos invitados. Doña Sebastiana, todavía emocionada por el relato de aquel martirologio que había durado siete años, ¿cómo pudo soportarlo, pobrecita?, dijo acariciando cariñosamente el rostro de doña Flor:

- Qué bueno que haya cambiado todo y que usted tenga al fin lo que merece...

Marilda, ofuscando con su luz de estrella a los jóvenes estudiantes, se lanzó a entonar un tango- canción, de serenata, ése que dice: «Noche alta, cielo risueño, la quietud es casi un sueño...», ...el tango de doña Flor, enterrado en el mundo del difunto.

El doctor Teodoro, con una sonrisa de satisfacción, acompañaba hasta la puerta a los últimos convidados, un grupo ruidoso, enzarzado en una discusión inacabable sobre los efectos de la música en el tratamiento de ciertas enfermedades. El doctor Venceslau Veiga y el doctor Silvio Ferreira disentan. Para no perderse el final de la polémica, el dueño de casa acompañó a los amigos hasta el tranvía. Ya no se oía el canto de Marilda.

Doña Flor, a solas, dio espaldas a todo aquello: los dulces, las botellas, el desarreglo de las salas, los ecos de las conversaciones en la acera, el fagot mudo y grave, en un rincón. Fue hacia el dormitorio, abrió la puerta y encendió la luz.

- ¿Tú? - dijo con voz cálida, pero sin ninguna sorpresa, como si lo hubiese estado esperando.

En la cama de hierro, desnudo, tal como doña Flor lo viera en la tarde de aquel domingo de carnaval, cuando los hombres de la Morgue trajeron el cuerpo, allí estaba Vadinho, acostado, a sus anchas; sonriendo, le hizo señas con la mano. Respondió doña Flor, sonriendo también, ¿quién podía resistir la gracia del perdido, aquella expresión de inocencia y de cinismo, esa mirada lasciva? Ni una santa de la Iglesia pero cuanto más ella, doña Flor, una simple criatura.

- Bien mío... - dijo con su voz querida, perezosa, lenta.

- ¿Por qué viniste justamente hoy?

- Porque me llamaste..., y hoy me llamaste tanto y tanto que vine... - como si dijera que sus llamadas habían sido tan insistentes e intensas que llegaron a borrar los límites de lo posible y lo imposible- . Pues aquí estoy, mi bien, llegué ahora mismito... - y, semiincorporándose, le tomó la mano.

Atrayéndola hacia sí, la besó. En la mejilla, porque ella apartó la boca:

- En la boca, no. No se puede, loquito.

- ¿Y por qué no?

Sentóse doña Flor en el borde del lecho y Vadinho de nuevo se tendió con libertad, entreabriendo las piernas y mostrándolo todo, todas aquellas prohibidas (y hermosas) indecencias. Doña Flor se enternecía con cada detalle de ese cuerpo: no lo había visto desde hacía tres años, pero estaba igual, como si no hubiera pasado el tiempo.

- Estás igual, no cambiaste ni un poquito. Yo engordé.

- Tú estás bien..., ni te lo imaginas... Pareces una cebolla carnosa, jugosa, de ésas que da gusto morder... El que tiene razón es el zafado Vivaldo... Le echa cada mirada a tu pandero, ese crápula...

- Saca de ahí la mano, Vadinho, y déjate de mentir... Don Vivaldo nunca me miró así, siempre fue respetuoso... Vamos, saca la mano...

- ¿Por qué, mi bien...? ¿Sacar la mano... por qué?

- ¿Tú te olvidas, Vadinho, que soy una mujer casada y seria? Sólo me puede meter mano mi marido... Vadinho le guiñó un ojo, insinuante:

- ¿Y yo qué soy, mi bien? Soy tu marido..., ¿ya te olvidaste? Yo soy el primero, tengo prioridad...

Ése era un problema nuevo. Doña Flor no había pensado en él y no supo qué contestar:

- Tú inventas cada cosa... No das pie para que una razone...

En la calle, de vuelta, resonaban los pasos firmes del doctor Teodoro.

- Allí está él, Vadinho, vete ya... Me alegra, no sabes cuánto me alegra haberte visto... Fue más que bueno... Vadinho, muy tranquilo, siguió a sus anchas.

- Vete ya, loco, que él está entrando, va a cerrar la puerta.

- ¿Y por qué voy a irme, dime?

- Va a aparecer él y verte aquí, y ¿qué le voy a decir?

- Tonta... Él no me va a ver..., sólo puedes verme tú, flor de mi perdición...

- Pero él se va a acostar en la cama...

Vadinho hizo un ademán de pena e impotencia:

- No lo puedo impedir, pero, apretándonos un poco, cabemos los tres...

Esta vez ella se enojó realmente:

- ¿Qué es lo que piensas de mí? ¿O ya olvidaste cómo soy? ¿Por qué me tratas como si fuera una mujer de la vida, una meretriz? ¿Cómo te atreves? ¿Ya no me respetas? Tú sabes bien que soy una mujer honesta...

- No te enojas, mi bien... Fuiste tú quien me llamó...

- Sólo quería verte y conversar contigo...

- Pero si aún no hemos hablado...

- Vuelve mañana y entonces conversaremos...

- No puedo estar yendo y viniendo... ¿O piensas que es un viaje de juguete como ir de aquí a Santo Amaro o a la Feira de Sant'Ana? ¿Crees que basta con decir «voy a tal parte, ahora vuelvo»? Mi bien, ya que vine, me instalo de una vez...

- Pero no aquí, en el dormitorio, en la cama, por el amor de Dios. Mira, Vadinho, incluso aunque él no te vea, yo me quedo como muerta, sin saber qué hacer. No tengo cara para eso - dijo con voz entrecortada... (él nunca quiso verla llorar).

- Está bien, voy a dormir en la sala, mañana resolveremos eso. Pero antes quiero un beso.

Él doctor ya estaba lavándose en el cuarto de baño, se oía correr el agua. Ella ofreció la mejilla, pudorosa.

- No, mi bien... En la boca, si quieres que me vaya...

El doctor aparecería de un momento a otro... ¿Qué otra cosa podía hacer sino satisfacer la exigencia del tirano, ofrecerle los labios?

- ¡Ay, Vadinho, ay...! - Y no dijo nada más, labios, lengua y lágrimas - ¿de vergüenza o de alegría?- , enjugados por aquella boca voraz y sabia. ¡Ah, ése sí que era un beso!

Él se fue totalmente desnudo como estaba, itan bello y tan viril! El dorado vello le

cubría brazos y piernas, una mata de pelos rubios en el pecho, la cicatriz del navajazo en el hombro izquierdo, el bigote insolente y la mirada de chulo. Salió dejándole el beso, que le quemaba en la boca (y en las entrañas).

Trasponiendo la puerta, el doctor Teodoro le hizo los debidos elogios:

- Una fiesta de primera, querida. Todo en orden, no faltó nada, todo perfecto. Así es como me gusta, sin un error - dijo. Y fue a cambiarse tras el respaldo de la cama, mientras ella se ponía el camisón.

- Felizmente, todo salió bien, Teodoro.

Para celebrar el aniversario se puso el camisón de encajes y volantes de la noche de bodas en Paripé, obra de doña Enaide, guardado desde entonces. Se contempló en el espejo, sintiéndose bonita y deseable. Y tuvo ganas de que la viese Vadinho, aunque fuera sólo una ojeada.

- Voy adentro a beber un vaso de agua, vuelvo en un minuto, Teodoro.

Era posible que el otro se hubiera quedado dormido, fatigado por el largo viaje. Para no despertarlo, entró al corredor caminando de puntillas. Sólo quería verlo un instante, acariciar su rostro si estaba dormido y mostrarle (de lejos), si estaba despierto, el camisón.

Llegó justo a tiempo para verlo salir a través de la puerta, desnudo y apurado. Se quedó inmóvil, helada, sintiendo que le dolía el corazón; ¿se habría ofendido decidiendo irse de vuelta y dejándola sola para siempre? Nunca más vería su rostro delicado para posar en él sus labios, nunca más se podría exhibir en camisón ante él (para que él extendiese la mano y se lo sacase, riéndose). Nunca más. Se había ido ofendido.

Mejor así, quizá. Seguramente mejor así. Era una mujer recta..., ¿cómo mirar a otro hombre, aun a ése, cuando su marido la esperaba en la cama, con el pijama nuevo (regalo de aniversario del casamiento)? Mejor así, mejor que Vadinho se hubiera ido para siempre. Ya lo había visto, ya lo había besado, no deseaba nada más. Mejor así, repetía, mejor así.

Pudo marcharse de allí e irse al dormitorio. ¿Por qué partiría él de regreso tan pronto? ¿Por qué se fue tan de repente si para venir hubo que atravesar el espacio y el tiempo? Quién sabe..., a lo mejor no se fue para siempre.

Quién sabe, quizá salió a pasear, echar una ojeada a la noche de Bahía, ver cómo andaba el juego, cómo lo habían cultivado en su ausencia..., habría salido sólo a inspeccionar, de ronda, del Pálace al carteadado de Tres Duques, del Abaixadinho a la casa de Zé da Meningite, del Tabaris al antro de Paranaguá Ventura.

V. *De la terrible batalla  
entre el espíritu y la materia,  
con singulares acontecimientos  
y pasmosas circunstancias, que sólo  
podían ocurrir en la ciudad  
de Bahía, y crea lo que aquí  
se cuenta quien quisiere*

(con un coro de *atabaques* y *agogós* y  
con Exu lanzando una cantiga picaresca:  
*Ya cerré la puerta,  
ya la mandé abrir*).

ESCUELA DE COCINA  
«SABOR Y ARTE»

*Lo que les gusta a los orixás  
y lo que les repugna*

(Información suministrada por Dionisia de Oxóssi)

Todos los miércoles Xangó come *amala*, y en los días de respeto come tortuga o carnero (*ajapá* o *agutan*). A Ewa, *orixá* de las fuentes, le repugnan la *cachaca* y la gallina. *Iyá Massé* come *conquém*. Para Ogun, reservar el chivo y el *akikó*, que así se llama al gallo en lenguaje de iniciado. *Omolu* no soporta el cangrejo.

De espejo y abanico, de melindre y mimo, a Oxun le gusta el *acara* y el *ipeté* hecho con ñame, cebolla y camarones. Para acompañar a la carne de cabra, su carne predilecta, servirle al mismo tiempo: harina de maíz con aceite de palma y miel de abejas.

*Oxóssi*, a quien le encanta ser muy respetado, rey del *Ketu*, cazador, está lleno de repugnancias. En la selva enfrenta al jabalí, pero no come pescado si éste tiene piel, no tolera el ñame ni el frijol blanco y no quiere ventanas en su casa; su ventana es la selva.

A la guerrera que no teme a la muerte ni a los *eguns*, a Yansá, no le ofrezcan calabaza, ni le den lechuga o zapote, ella come *acarajé*. Frijoles con maíz para Oxumaré, y para Nanan *carurú* bien sazonado. (El doctor Teodoro es de *Oxalá*, se le ve en seguida por su seriedad y compostura. Cuando luce temo blanco y lleva su fagot, es igual a un *paxoró*, parece *Oxolufan*, *Oxalá* viejo, el mayor de los *orixás*, el padre de todos.) Las comidas de *Oxalá* son *ojojó* de ñame, *despacho* de maíz blanco, girasol y *acaca*. A *Oxalá* no le gustan los condimentos, no usa sal ni tolera el aceite.

(Dicen que fue el *Asobá* Didi quien hizo los conjuros para el finado y los *búzios* los confirmaron tres veces: el santo de Vadinho era *Exu* y no otro. ¿Será *Exu* el diablo, como se afirma por ahí? Quizá sea Lucifer, el ángel caído, el rebelde que enfrentó a la ley y se vistió de fuego.)

Es comida para *Exu* todo cuanto la boca prueba y come, pero bebida es una sola, la *cachaca* pura. *Exu* espera las encrucijadas, sentado en la noche, para tomar el camino más difícil, el más estrecho y complicado; según dicen todos, el mal camino, pues *Exu* sólo acepta el reinado. ¡Qué *Exu* más reinador el de Vadinho!

No tardaría el croupier en anunciar la última bola: habían llegado la madrugada y el cansancio. Desesperada, Madame Claudette iba de jugador en jugador, extendiendo su mano pedigüeña de uno en otro. Ya ni siquiera conseguía dar a los ojos y a la voz el tono de convite, el toque de malicia, la promesa de un dulce pago. Ya no le quedaba ni un resquicio de amor propio, sólo miedo al hambre, a morir de hambre. Ya no decía, con su puro acento parisiense: «mon chéri», «mon petit coco», «mon chou»; sólo suplicaba - la voz saliéndole de entre los dientes podridos- una ficha, al menos una de las más chicas, de cinco mil- réis. No para jugar, sino para cambiarla, asegurándose así la comida del día siguiente.

Si la hubiesen atendido cuando entró, burlando la vigilancia del portero, o conmoviéndolo (había orden de no dejarla pasar), hubiera puesto la ficha en la ruleta para que se multiplicase - con toda seguridad- , obteniendo así dinero para el alquiler, vencido, de la pocilga en el conventillo de Pelourinho, donde vivía junto a los ratones y las cucarachas (unas cucarachas negras y cascarudas, que se subían a la cama, un asco). Cada mañana la despertaban los gritos y carraspeos, las amenazas de desalojo inmediato de Pestilente, cobrador de la señora doña Inmaculada Taveira Pires, propietaria de aquel y de otros muchos tugurios, cuya renta íntegra le había dejado el comendador para sus caridades.

En cuanto al alquiler..., ¿quién sabe?, tal vez pudiese conseguir otro plazo, por un día o dos, si el Pestilente se sintiera dispuesto a «aliviar la materia», como él decía, y ella satisficiera sus necesidades. Precio terrible, al decir de quienes conocían a Pestilente (aun conociendo también a Madame Claudette y su extremada decadencia: comparada con él, ella era perfume y flor).

Cercana a los setenta - si no los tenía ya- , casi calva, apenas con unos pocos pelos, le quedaban restos de los dientes, y tenía cataratas en los ojos. Ya no estaba en condiciones de ejercer el honrado oficio en el que un día fuera excelsa majestad, cuando los clientes hacían cola en la sala de la pensión- de- mujeres en donde lo cumplía con refinamiento. Había desembarcado en San Salvador cuando poseía toda la fuerza y el encanto de los cuarenta años, pareciendo de veinticinco - vía Buenos Aires, Montevideo, San Pablo, Río- , «sensación de París» y del alto meretricio de Bahía. Hacía tanto tiempo, que Madame Claudette no guardaba de él sino un débil recuerdo, de modo que la remembranza de todo aquel fausto ni siquiera le servía como fuente de alegría.

Fue descendiendo poco a poco, calle a calle, desde la Pensión Europa, en la Praga do Teatro, cumbre suprema de lo *chic*, donde los coroneles del cacao tiraban billetes de quinientos y aprendían, en cursos intensivos, las gálicas finuras del placer; de allí fue bajando de jerarquía y de precio hasta llegar, tras un viaje de años y años, implacablemente, a la última inmundicia en la falda de las laderas, el arroyo de Juliáo, al del Pilar, el callejón de la Carne Podrida. Y por último, ni tampoco eso. Desde entonces fue aguantando su hambre amarga en los cuartos más miserables. Trotadera a escondidas, se ofrecía por dos gordas en las esquinas más lúgubres, «miché de París, mon coco». Cierta vez, un negro que andaba en los comienzos de la borrachera, le dijo, casi afectuosamente, dándole una moneda:

- Vaya a criar a sus nietos, abuelita, usted ya no sirve para puta.

No tenía nietos, ni un pariente, ni un amigo, ni nada. Tampoco le quedaban vestidos elegantes para ponerse, y sus últimos trapitos eran una mezcla de remiendos y suciedad. Había vendido, pieza por pieza, todo cuanto poseyera. De la última joya, la que conservara por más tiempo (herencia de la familia), se había desprendido cierta madrugada, hacía unos diez años (más o menos, pues Madame Claudette hace mucho que dejó de contar meses y años), cuando, ya en la decadencia, ejercía en la calle San Miguel *miché* barato. Vadinho, cofrade insensato pero galante, le había ofrecido montones de dinero y se llevó el collar azul-turquesa.

En ese instante, allí, ante la mesa de la ruleta, en el momento exacto de hacer juego, al girar la última bola, Madame Claudette, sin fichas, sin un vintén, y sin esperanzas, se acordó de Vadinho. Con ganancias o pérdidas, en noche de suerte o de mala sombra, jamás dejara él de ofrecerle por lo menos una ficha de diez *tostóes* y un palpito. En una ocasión él casi hizo saltar la banca en el Casino Tabaris, saliendo con los bolsillos abarrotados de dinero y yendo a festejarlo con una panda de amigos, en un itinerario de copas, de lugar en lugar. En cada uno de ellos, al llegar, distribuía, como un rey de cuentos de hadas, billetes de cinco y diez mil- réis, y algunos de veinte y cincuenta. Fue un delirio, las atorrantas lo llevaban en andas.

Si Vadinho viviese, si estuviera allí, al menos le daría una ficha, asegurándole el bife con frijoles y el paquete de cigarrillos, y además lo haría con aquella traviesa sonrisa suya, con su insolente gracia, mientras decía: «A su disposición, Madame, a su servicio.» Madame respondía: «Merci, mon chou», y se iba a jugar. Pero, ¡ah!, había muerto joven, en un carnaval, si no le fallaba su borrosa memoria.

Sucedió exactamente en el momento en que lo recordaba, justamente entonces: Chastinet, el croupier perfecto, iba a recoger y pagar la última bola, con las manos llenas de fichas - de cien, de doscientos, de quinientos: las de quinientos eran grandes, de madreperla, una belleza- , cuando sintió algo, una angustia, como si le atravesaran el cuerpo. Soltó un grito ronco y breve, le cayeron los brazos abriéndosele las manos y las fichas rodaron por la alfombra.

Los malandras se precipitaron rápidamente y hubo una confusión de hombres y mujeres agachándose y disputando. Sólo Madame Claudette, de puro confundida y desesperada, no tuvo fuerzas para entrar en el remolino y se quedó quieta hasta que Chastinet, ya repuesto, se arrodilló para recoger lo que quedaba. También Granuzo, jefe de sala, venía corriendo para salvar lo que se pudiese. Sobraron fichas para todos menos para ella, atónita.

De pronto, Madame Claudette sintió que una mano le ponía en el flácido pecho una de las grandes, de las de quinientos, de las de madreperla, dinero de sobra para pagar el cuarto y garantizarle una quincena de almuerzos.

«A su disposición, Madame, a su servicio», le pareció que decía una voz como aquella otra, llena de astucia y picardía. «Merci, mon chou», respondió ella, siguiendo la antigua costumbre. Tomó el camino de la caja para realizar su fortuna, pues era demasiado vieja y curtida para buscar una explicación al misterio. Probablemente alguno de los jugadores, con generosidad y rapidez, le había puesto en el escote una de aquellas fichas robadas. «Merci, mon vieux...», fuera quien fuese.

## 2

Doña Flor despertó sobresaltada. El doctor Teodoro ya se había bañado y afeitado y comenzaba a vestirse.

- Dormí demasiado...

- Es natural, querida, debes estar muerta de cansancio. No es un juego preparar una francachela como la de anoche y además recibir y atender a la gente... Necesitas descansar. ¿Por qué no te quedas en cama? La empleada preparará todo...

- ¿En cama? Si no estoy enferma...

Y se levantó, arreglándose a toda prisa: todas las mañanas desayunaban juntos, y a toda costa quería ser ella quien pusiese el *cuscuz* a calentar; sólo ella sabía preparar la masa al gusto del marido, leve y esponjosa. Para conseguirlo le ponía una pizca de tapioca en polvo.

Estaba cansada, sí, pero no por la fiesta; tenía el cansancio de una noche de insomnio, el oído alerta, como en otros tiempos, esperando los pasos conocidos en la calle, a altas horas. Además de otra inquietud: ¿había notado Teodoro, por

casualidad, alguna diferencia en ella cuando se celebró el festejo principal con que cerraron las brillantes conmemoraciones del aniversario? No era miércoles ni sábado, pero doña Flor tenía puesto el camisón nupcial y el doctor dijo:

- ¡Qué recuerdo más gentil, querida! Hay ocasiones que se imponen, perdóname si hoy abuso sin hacer caso al calendario...

Él era siempre así, tan prudente y delicado, ¿qué mujer no quedaría cautiva de su educación? Aceptó doña Flor, pero con los sentimientos en desorden. Sus labios dolidos, la boca hecha una brasa, la lengua un fuego, conservaban el gusto picante de Vadinho, su ardiente sabor; y el beso con que el doctor, invariablemente, daba principio a sus transportes, le supo a fofo e insípido.

Llena de confusión, se perdió en el camino, rompiéndose la coordinación justa y perfecta que los unía en el placer, casto pero impetuoso. En su turbación, no pudo acompañar al marido paso a paso como de costumbre, y allá se fue él primero, mientras que doña Flor, en el bis (pues hubo bis), consiguió liberarse de la prisión de sus tensos nervios. Jamás se había dado así, con tanto desacierto, casi repitiendo los errores de la noche de Paripé. Por suerte, aunque él la hubiese notado extraña y esquiva, seguramente atribuyó el desencuentro y el comportamiento a la fatiga, al ajetreo de la fiesta de cumpleaños.

De mañanita, cuando la primera luz, todavía confundida con la noche, comenzaba a extenderse por las paredes, doña Flor oyó unos pasos a lo lejos, y sólo entonces se quedó dormida, con un sueño pesado, como si hubiera tomado estupefacientes.

Ahora se ponía las chinelas, la bata floreada sobre el camisón, se pasaba el peine por el pelo y se encaminaba a la cocina. Pero al llegar a la sala descubrió al perverso, tendido sobre el diván, en toda su impúdica desnudez. Tenía que despertarlo sin falta antes de condimentar el *cuscuz* (desde la cocina llegaba el suave aroma del café, que el ama estaba colando). Doña Flor tocó el hombro de Vadinho y él abrió un ojo, rezongando:

- Déjame dormir, acabo de llegar...

- No puedes dormir aquí, en la sala...

- ¿Qué tiene de particular?

- Ya te dije, me turbas...

Él hizo un gesto de impaciencia:

- ¿Y yo qué tengo que ver...? Déjame en paz. .

- Ya comienzas con tus modales de bruto... Por favor, Vadinho...

Él volvió a abrir los ojos y sonrió perezosamente:

- Está bien, boba. Voy al dormitorio... ¿Ya salió mi colega?

- ¿Colega?

- Tu doctor... ¿No nos hemos casado contigo los dos, no somos tus maridos?

Colegas de concha, mi bien... - Y la miraba con complicidad e impudor.

- ¡Vadinho! No te admito esas groserías...

Había alzado la voz, y de la cocina se oyó a la empleada:

- ¿Me hablaba, doña Flor?

- Decía que ya voy a hacer el *cuscuz*...

- No se enfurruñe, mi bien... - dijo Vadinho levantándose. Tendió la mano para agarrarla..., ¡oh, qué desnudez más indecente!..., pero ella huyó.

- No tienes juicio...

Los dos hombres se cruzaron en el comedor, y, viéndolos pasar, uno que salía, otro que entraba, doña Flor sintió ternura por ellos, tan diferentes, pero ambos maridos suyos ante la iglesia y el juez. «Los dos colegas», se acordó riéndose de la graciosa picardía. En seguida se contuvo: «Dios mío, me estoy volviendo de un cinismo que ni Vadinho.» Además, el cínico le estaba haciendo una guiñada de entendimiento mientras sacaba la lengua en dirección al doctor, haciendo con la mano un gesto pornográfico. Doña Flor se disgustó.

No, eso no estaba bien, y ella no podía tolerar esas indecencias, esas bromas sucias, esas maneras de granuja, esas groserías y abusos. Ya era tiempo de que Vadinho aprendiese a comportarse en una casa respetable.

El doctor, afeitado al ras, de chaleco y chaqueta, reluciente, le decía:



- Hoy estamos un tanto atrasados, querida...
- Dios mío, el *cuscuz* - exclamó doña Flor corriendo hacia la cocina.

### 3

Al finalizar la clase del turno de la mañana, cuando las alumnas estaban echando a suertes para ver quién se llevaría la *computera de baba- de- moca* para su casa, doña Flor sintió su presencia ya antes de verlo.

Aún no se había acostumbrado al hecho de que sólo era visible para ella, y, al encontrarlo junto a la mesa, exhibiéndose completamente desnudo, se estremeció. Pero como las alumnas no reaccionaban ante el escándalo, recordó su privilegio: para los demás, su primer marido era invisible. Mejor así.

Las alumnas continuaron riendo y bromeando como si entre ellas no estuviese un hombre desnudo en pelo, que las estudiaba de arriba abajo con ojo clínico, demorándose en las más bonitas, el abusador. Ahí estaba otra vez perturbando las clases, metiéndose con las alumnas igual que antes. A propósito, Vadinho le debía ciertas explicaciones, la rendición de algunas viejas cuentas atrasadas: lo de aquella pérdida Inés Vasques dos Santos, la esquelética.

Muy suelto de cuerpo, a sus anchas, con paso ligero, casi un paso de danza, dio tres vueltas en torno a la exuberante Zulmira Simóes Fagundes, criolla augusta, de opíparas caderas, de sueltos, independientes senos de bronce (por lo menos lo parecían), secretaria privada del poderoso magnate señor Pelancchi Moulas, muy privada al decir de la gente.

Habiendo aprobado sus ancas con preferencia y alabanza, Vadinho quiso poner en claro de una vez por todas el enigma de los senos: ¿serían realmente de bronce o solamente de una extraordinaria firmeza? Para salir de dudas se elevó en el aire, los pies hacia arriba, la cabeza hacia abajo y escudriñó en el descote de la princesa de la nación *nagó*.

Doña Flor se quedó muda, aterrada: todavía no lo había visto nunca en vilo, tan a su arbitrio en el aire como en tierra firme, manteniéndose en él del modo que mejor le conviniese: vertical o extendido horizontalmente, inclinado o de cabeza para abajo, como en aquel momento estaba, espiando los pechos de la soberbia moza.

A las alumnas no les era dado verlo, es cierto, pero algo debían sentir en la atmósfera, pues estaban nerviosas en demasía, riéndose y hablando sin ton ni son, con una especie de presentimiento. Doña Flor se fue poniendo furiosa, Vadinho estaba sobrepasando todos los límites.

Y realmente los sobrepasó cuando, no satisfecho con escudriñar, metió la mano escote abajo para averiguar, definitivamente, de qué materia prima estaban hechas aquellas divinas creaciones: ¿eran de carne y sangre, o eran un milagro?

- ¡Ay! - gimió Zulmira- , me están tocando... Doña Flor perdió la cabeza ante tanta canallada y explotó, gritando:

- ¡Vadinho!

- ¿Quién? ¿Qué ¿Cómo? ¿Qué le pasa? ¿Qué fue? - Atontadas, excitadas, las alumnas rodeaban a la compañera y a la profesora- . ¿Qué fue lo que dijo, doña Flor? ¿Y usted, Zulmira?

Zulmira explicó, suspirando mimosamente:

- Sentí que algo me tocaba y palpaba el seno..

- ¿Le duele?

- No... Fue más bien agradable...

Doña Flor se repuso con esfuerzo... Vadinho había desaparecido al oír su indignada exclamación.

Al atardecer, Vadinho le insistió dos o tres veces, con tono zumbón, sonriendo burlescamente:

- Vamos a ver quién puede más, mi santa... Tú con tu doctor y tu orgullo, o yo...

- ¿Tú con qué?

- Yo, con mi amor...

Era un desafío, y doña Flor, fortalecida por la promesa que él le hiciera poco antes (no la tomaría por la fuerza, sólo a las buenas, con su consentimiento), se apuró a aceptarlo, dispuesta a correr el riesgo, pues para eso poseía un carácter íntegro y un ánimo valeroso. «Quien atravesó, arrogante mío, sin quemarse el infierno de la viudez, no le tiene miedo a fantasmas ni a seductores»:

- Pongo mi honestidad por encima de todo... Vadinho se echó a reír:

- Estás hablando lo mismo que el doctor, mi bien. De un modo estrambótico, muy engolada, pareces un profesor... Ahora le tocó a ella reír:

- Soy profesora, ya lo era antes de conocerlo a él y de conocerte a ti. Y por más señas una profesora muy cotizada...

- Profesora de manjares y de presunción...

- ¿Crees de verdad que me volví presuntuosa? ¿Que cambié?

- Tú nunca vas a cambiar, mi bien. Tu única presunción es tu honra. Pero ya la gocé una vez y la voy a gozar otra... Por más profesora que seas, mi bien, en el yogar eres mi alumna. Y yo vine aquí para acabar de formarte...

Siguiendo el juego, entre risas y bromas, tiernamente, se quedaron conversando hasta la hora del almuerzo. Doña Flor, llena de aires y de jactancia: jamás lograría doblar Vadinho su voluntad de mujer honesta y vencer su virtud de casada. La otra vez era una adolescente cohibida, no supo regular las emociones del primer amor y allá se le fue la honra, en la brisa del Itapoá. Pero ahora era una mujer experimentada en el dolor y en la alegría y conocía el precio y el significado de cada cosa. Vadinho se iba a cansar de esperar.

Mas él no creía que la resistencia de ella fuese invencible:

- Vas a entregármelo cuando menos lo esperes... Como la otra vez..., ¿y sabes por qué?

- ¿Por qué?

Arrogante, insolente, él contestó:

- Porque te gusto y porque en el fondo, allá muy en el fondo, donde ni tú misma puedes ver, estás loquita de ganas de entregarte a mí...

Vadinho estaba lleno de ardides y de compadras. Doña Flor, firme en su decencia fundamental, le respondió:

- Esta vez vas a perder... el tiempo y la serenata...

Fue un atardecer sereno y lleno de encanto, a pesar de sus comienzos difíciles y desagradables. Cuando, después de las clases vespertinas, doña Flor salió del baño y se estaba perfumando y peinando ante el espejo, semidesnuda, con sólo el sostén y la bombacha, sintió un murmullo de aprobación que procedía de alguna parte del aposento. Sin embargo, antes de entrar y de salir del baño, había revisado el cuarto, comprobando la ausencia de cualquiera de sus dos maridos: el doctor estaba todavía en la farmacia y Vadinho no volvió a aparecer desde el escándalo del primer turno. Pues bien: allí estaba el tinoso, sobre el ropero, balanceando las piernas. Borroso en la penumbra, parecía hecho de la misma madera que el ángel colocado en el corredor de la iglesia de Santa Tereza. Su mirada caía sobre los hombros de doña Flor, tan libidinosamente, que su gula parecía que iba a resbalar como un aceite sobre ella, sobre su cuerpo húmedo. ¡Dios mío!, exclamó doña Flor, tomando la bata para vestirse a todo lo que daba.

- ¿Y eso por qué, mi bien? ¿Es que yo no te conozco, toda, todita entera? ¿Hay alguna parte que no te haya besado? ¿Qué tontería es ésa?.., ¡qué estupidez...!

Con un salto de bailarín - ¡qué ligereza de movimientos!- su cuerpo desnudo atravesó la luz y la sombra y vino a aterrizar con elegancia sobre la cama de hierro,

sobre el nuevo colchón de resorte:

- Hijita, este nuevo colchón es una nube, es más que bueno... Mi enhorabuena...

Y se estiró con indolencia. Un rayo de luz destacaba la sonrisa satisfecha en su rostro sensual y tentador. Doña Flor, en la sombra, lo contemplaba.

- Ven aquí, Flor, ven a acostarte conmigo, vamos a yogar un poquito. Acuéstate aquí, vamos a rodar en este colchón fabuloso...

Todavía con rabia por lo acontecido con las alumnas - por aquel despropósito de Vadinho metiéndole mano a los senos de Zulmira, y a la apestada le gustó, pues aun sin percibir al sinvergüenza, se derretía toda, en desmayado ademán- , doña Flor reaccionó con brusquedad:

- ¿Te parece poco lo que hiciste? Y no contento con eso ¿todavía vienes a esconderte para espiarme? En todo este tiempo no has mejorado tu modo de conducirme, podías haber aprovechado...

- No te pongas así, mi bien... Acuéstate aquí, juntito a mí.

- ¿Aún tienes coraje para pedirme que me acueste contigo? ¿Qué es lo que piensas de mí? ¿Que no tengo honra ni carácter? Vadinho no quería discutir:

- Mi bien, ¿por qué ese enojo? No hice nada exagerado... Sólo dejé que los ojos se regalaran en la anatomía de la moza... Nada más que por curiosidad, para saber cómo están hechos esos caprichos de Pleancchi Moulas. Dicen que él mama en esos pechos... - Se rió y después dijo en voz baja- : Venga, mi bien, siéntese aquí junto a su maridito, ya que no quiere acostarse, ya que tiene miedo. Siéntese, para hablar dos palabras..., ¿no fuiste tú misma quien dijo que necesitabas hablar?

- Si me siento vas a querer tomarme por la fuerza...

- ¡Ah, si yo pudiese!..., ¿así que crees que si yo pudiera tomarte por la fuerza, sin tu consentimiento, estaría aquí adulándote, perdiendo el tiempo? Por la fuerza, mi bien, jamás te voy a poseer: toma nota de eso, que es palabra de Vadinho...

- ¿Tienes prohibido forzarme?

- ¿Prohibido? ¿Y por quién? No hay Dios ni diablo que me prohíba nada. ¿No lo sabes tú? ¿Acaso no has vivido conmigo siete años?.. ¿Y todavía no me conoces?

- ¿Y por qué, entonces?

- ¿Alguna vez te tomé a la fuerza? Dime.. una sola...

- Nunca...

- ¿Y entonces? Yo mismo me lo prohibí, nunca necesité forzar a una mujer, y una vez que Mirandáo quiso apoderarse de una negrita por las malas, en el arsenal de la Uniáo, yo no lo dejé... Este fulano, querida, sólo toma lo que le dan y cuando se lo dan de buen grado, de corazón... A la fuerza, ¿qué gusto puede haber que no sea malo?

La contempló largamente, volviendo a sonreír.

- Tú vas a dárteme, Florcita linda, y yo estoy loco porque llegue pronto la hora de gozar tu peladita... Pero eres tú misma quien te me vas a dar, quien va a abrir las piernas, pues yo sólo quiero cuando tú también quieres. No te quiero con gusto a odio, mi bien.

Ella sabía que ésa era la pura verdad: el orgullo crecía en el pecho del (primer) marido como una aureola, como un resplandor. No precisamente de santo, sino de hombre, de hombre macho y derecho. Entonces doña Flor se sentó al borde del lecho; Vadinho, tendido junto a ella, la miraba. Sintió relajarse sus nervios y se abandonó, desarmada frente a él. Apenas se sentó y ya la mano del bandido le descendía por la cintura al ánfora del vientre. Se levantó indignada:

- Verdaderamente, no tienes arreglo... Me hiciste creer que hablabas de corazón, que eras un hombre de palabra. Pero en seguida te desmientes, y comienzas a meter mano...

- ¿Y acaso te estoy obligando, tomándote a la fuerza? ¿Sólo porque puse la mano en tu ombligo? Siéntate aquí y escucha, mi bien: no te voy a forzar, pero eso no quiere decir que no haga todo, todo, que no use todos los recursos para que tú te me des por tu propia voluntad. Siempre que te pueda tocar te voy a tocar, cuando pueda darte un beso te lo voy a dar. No te engaño, Flor mía, voy a hacer todo, todo, y a prisa, porque estoy loco por comerte todita, vine muerto de hambre.

Era un reto: su honra de mujer honesta contra la fascinación de Vadinho y su labia, su jactancia y su picardía.

- No te engaño, Flor, te voy a envolver, y cuando ese doctor tuyo menos se lo piense tendrá una corona de cuernos en la cabeza. Además, mi bien, con esa cabezota y alto como es, va a quedar lindo, va a ser un pedestal de la mejor calidad para la cornamenta.

¿La desafiaba? Pues muy bien, mi señor primer marido y garañón de fama en las casas de cita y en la *zona*, sutil seductor de solteras y casadas, el menda, el bigardo: por más astuto que seas no vas a gozar otra vez mi peladita. Con toda tu astucia, con toda tu labia, con tu prosopopeya entera, mi bigardo, no me dejaré vencer ni burlar: soy una mujer honesta, no voy a manchar mi nombre ni el de mi marido. Acepto el desafío.

Luego de reflexionar de ese modo, tomó una decisión y volvió a sentarse al borde del colchón:

- No hables así, Vadinho, es feo... Respeta a mi marido..., no digas esas palabras, vamos a hablar de cosas serias. Si yo te llamé, como tú dices, fue para conversar contigo. No era con mala intención. ¿Por qué tienes una idea tan baja de mí?

- ¿Yo? ¿Cuándo pensé mal de ti?

- Fui tu mujer durante siete años..., tú andabas suelto por la calle... y no sólo en el juego. Vivías en la cama de todas las mujeres perdidas de Bahía, te metiste con muchachas y con mujeres casadas, unas tipas todavía peores que las de la vida... Y ya que hablamos de esas estúpidas, acabo de descubrir que anduviste liado con Inés, una tísica que iba a la escuela hace ya mucho tiempo...

- ¿Inés? ¿Flacucha? - Buscó el nombre y la figura en su memoria excelente, de sablista, y allí encontró a la esbelta Inés Vas- ques dos Santos, con su hocico y su apetito voraz- . ¿Eso? Puros huesos y pellejo. Nada importante, no te preocupes por eso, mi bien. Un pasatiempo y de los peores. Además, hace tanto que sucedió..., ¿por qué sacas a relucir eso, un asunto tan viejo, algo ya pasado?

- Asunto viejo, algo ya pasado, pero yo no lo supe hasta el otro día... ¿Te imaginas qué vergüenza, Vadinho? Tú muerto y enterrado, yo casada de nuevo, y tus fechorías persiguiéndote todavía... Por eso y por otras cosas iguales es por lo que te llamé, porque todavía tenemos cuentas que ajustar. No te llamé para lo que tú piensas...

- Pero, mi bien, fuera para lo que fuese me llamaste, y ya que estoy aquí, ¿qué mal hay en que yoguemos un minutito? Aprovechemos y démosle gusto al cuerpo. Tú andas algo necesitada; yo, ni digamos...

- Tú debías conocerme, saber que no soy mujer capaz de engañar a su marido. Durante siete años me hiciste toda clase de diabluras, me engañaste de todas las maneras. Todo el mundo lo sabe y se comenta hasta en la calle...

- ¿Y tú haces caso a esa porquería de alcahuetas?

- Tú me engañaste y no poco, fue algo serio... Si yo fuese otra te hubiera largado, o te hubiera llenado de cuernos y de vergüenza. ¿Hice eso? No, aguanté firme porque soy una mujer recta, Vadinho, gracias a Dios. Nunca miré a ningún hombre mientras tú vivías...

- Lo sé, mi bien...

- Y sabiéndolo, ¿cómo quieres que engañe a Teodoro, que es tan marido mío como tú, y un hombre serio que nunca me traicionó con otra? Nunca, Vadinho, nunca. Una vez, hasta... - Pero se contuvo.

- ¿Hasta qué, mi bien? - le pidió él con voz muy suave- , cuenta el resto...

- Pues hubo muchas mujeres que andaban tras él, y él ni medio...

- ¿Fueron verdaderamente tantas? No exageres, mi bien, sólo una, y era Magnolia, la zorra mayor de Bahía, y él hizo un papelón. En dónde se vio que un nombre grande, doctor y todo, se portase como un chico virgen, sintiera miedo de una mujer..., sólo le faltó pedir socorro. Una vergüenza..., ¿sabes cómo le llaman después de ese fiasco? Doctor Lavativa, mi bien...

- Vadinho, no sigas... Si quieres conversar seriamente, muy bien, pero venir aquí para burlarte de mi marido, eso no... Has de saber que me gusta mucho, que sé

apreciar el trato que me da y nunca voy a manchar su nombre...

- Fuiste tú quien sacó la conversación, palomita mía. Pero di la verdad..., ¿quién te gusta más? No mientas... ¿Yo o él?...

Puso la cabeza en el regazo de doña Flor y ella le acarició los cabellos. Meditabunda, no respondió a la comprometedor pregunta.

- Nunca lo voy a engañar, Vadinho, él no lo merece...

Vadinho respondió aliviado, sonriendo inocentemente, como una criatura. Ella le acariciaba el pelo, una mata de pelos rubios, una dulce tibieza. Lo que él le decía ahora no era ya una pregunta, era una afirmación:

- A ti te gusto más yo, mi bien... Estoy seguro.

- Él sólo merece que le dé amor...

La mano de doña Flor se detuvo en la cicatriz del navajazo: le gustaba sentir el recuerdo de esa pelea, ocurrida antes de haberse conocido, el tajo ancho y hondo, ganado en una riña de adolescentes, inmediatamente después de haberse fugado del colegio. ¡Qué Vadinho más fanfarrón y granuja! ¡Y tan buen mozo!

La dulzura de la tarde entraba en el cuarto en penumbra, con una brisa imperceptible.

- Mi bien - dijo él- , yo tenía una nostalgia tan loca de ti, tan grande, que pesaba en mi pecho como una tonelada de tierra. Hace tiempo que quería venir, desde que me llamaste por primera vez. Pero tú me habías atado con el *mokan* que te dio Didí y hasta ahora no pude librarme de él y venir... Porque sólo ahora me llamaste de veras, con ganas, necesitándome verdaderamente...

- Yo también tuve nostalgia todo el tiempo... De nada sirvió que tú fueras malo, Vadinho, casi me muero cuando tú falleciste...

Doña Flor sentía dentro de ella algo así como ganas de reír, o de llorar, da lo mismo, pero en sordina, muy bajito. Era tan suave la caricia de la mano de Vadinho en su brazo, en su cuello, en su cara, mientras la cabeza de él descansaba en su regazo, moviéndose en busca de una posición más cómoda, sintiendo en los muslos su peso y su calor, adormeciéndola. Linda cabeza de cabellos rubios. Doña Flor fue bajando el rostro poco a poco. Vadinho alzó el suyo, y, de repente, le dio un beso y no por la fuerza.

Desprendióse doña Flor del beso y de los brazos en los que ya se sentía desfallecer.

- ¡Dios mío! ¡Ay! ¡Dios mío!...

No era un desafío cualquiera. No podía permitirse un solo minuto de abandono, ni el menor descuido, si no quería que el tinoso la embaucase.

Silbando, muy campante, con una sonrisa burlona, Vadinho se levantó y comenzó a revolver los cajones del armario. Acaso de puro curioso, o, ¿quién sabe?, para dejar que doña Flor buscara por el cuarto, sin sentirse coartada, los restos de su fuerza de voluntad, de su proclamada resolución.

## 5

Cuando llegó el doctor a la hora de la cena, doña Flor ya se había reintegrado totalmente a su innata decencia, fortaleciendo aún más su decisión de conservarse digna del marido, preservando su limpio nombre y su fama, y defendiendo la limpidez de su frente, en la que refulgían las ideas y bullían los conocimientos. «Jamás deshonraré el nombre que me ofreciste, ni pondré cuernos en tu testa, Teodoro: antes prefiero morir.»

Lo importante era no facilitarle las cosas, no darle oportunidades, no permitir que el muy astuto conmoviera sus sentidos, obteniendo la complicidad de la materia vil y despreciable, materia capaz - como le enseñara la propaganda de yoga en los tiempos hambrientos de la viudez- de traicionar sus sentimientos impolutos y comprometer su honor. Si Vadinho pretendía seguir viéndola tenía que contenerse en los límites del decoro, de las relaciones platónicas, pues no podía haber otras entre ella y su anterior marido.

No ocultaba doña Flor - ni siquiera intentaba hacerlo- su ternura por el ex finado, su primero y gran amor. Él fue quien la despertó a la vida, convirtiendo a la mocita alocada de la Ladeira do Alvo en una hoguera de altas llamaradas, y enseñándole la alegría y el sufrimiento. Sentía por él una honda ternura, una emoción, un no sé qué, una mezcla de lo bueno y lo malo, era un sentimiento difícil de precisar y ella misma no podía explicarlo.

Estaba contenta, feliz de ver al malvado, de hablar con él, celebrar sus salidas, y reírse con sus locuras; feliz, incluso, con los ayes de su corazón, nuevamente esperándolo ansiosamente en la noche inacabable, atenta a sus pasos en el silencio de la calle, insomne; con él en las buenas y en las malas, como antes. Pero ahora, todo eso no iba más allá de una amistad amorosa, sin otras implicaciones, sin mayores compromisos, sin indecencias de cama. La cama, ¡ah!, ¡he ahí el peligro! Suelo lleno de trampas, territorio de derrotas.

Ahora, casada de nuevo, feliz con el segundo esposo, sólo podía mantener con el primero relaciones castas, como si aquella impúdica y desmedida pasión de su mocedad se hubiera convertido, con la muerte de Vadinho, en una púdica turbación de románticos enamorados, despojada de la violencia de la carne para ser puro espíritu inmaterial (lo que además se imponía por ésas y por todas las otras razones). La cama y el gozo del cuerpo, sólo con el segundo, con el doctor Teodoro, los miércoles y los sábados, con bis y dulce afecto. A Vadinho bastaba con darle el tiempo que debía dedicar a dormir, único tiempo vacío en medio de tanta felicidad, o quizá, de tanta felicidad sobrante... Si Vadinho estuviera de acuerdo en encarar así la situación, y respetara el convenio, muy bien: ese platónico sentimiento lleno de dulzura y la presencia discreta y alegre del muchacho serían la gracia y el perfume en la vida de doña Flor, tan ordenadamente dispuesta, compensando cierta monotonía insulsa que al parecer es parte integrante de la felicidad. Mirandáo, filósofo y moralista (como hartamente se comprobó aquí), manifestó cierta vez en su castizo dialecto bahiano:

- La felicidad es bastante jodida, aplastadora: en resumen, un aburrimiento...

Pero si Vadinho no quería mantenerse en esos límites, doña Flor no lo vería más, rompiendo de una vez por todas esas relaciones, borrando esos sentimientos, incluso ese afecto espiritual tan inocente que no llegaba a ser pecado, ni tampoco una desconsideración, una amenaza a la relumbrante testa de su íntegro y respetado esposo.

Tranquilizada con estas meditaciones, fuerte el ánimo y habiendo saboreado una pastilla de menta para quitarse de la boca el gusto a pimienta y miel que le dejara aquel beso impúdico, doña Flor recibió al doctor Teodoro con la misma afectuosa mansedumbre, con el mismo tierno ósculo de todas las tardes, haciéndose cargo de la chaqueta y el chaleco y trayéndole el fresco saco del pijama. El doctor, para cenar, para sus estudios en el escritorio y para sus ensayos de fagot, vestía el saco del pijama sobre la camisa y la corbata, poniéndose cómodo.

Durante la comida, doña Flor notó en la voz y en los modales del esposo una gravedad mayor de la acostumbrada, al borde de la solemnidad. El boticario, como se sabe, ya era muy formal de suyo. Pero esa tarde, su rostro impenetrable, su silencio, su modo de comer sin prestarle atención, revelaban preocupación e inquietud. Doña Flor observó al marido mientras le pasaba la fuente del arroz y le servía el lomo relleno (con *farofa* de huevos, longaniza y pimentón). El doctor debía tener algún problema serio, sin duda, y doña Flor, esposa buena y solidaria, se inquietó de inmediato ella también.

Cuando llegó el café (acompañado de bollos de tapioca, un maná del cielo), el doctor Teodoro dijo al fin, y eso con cierta reticencia:

- Querida, deseo conversar contigo sobre un asunto muy importante, de interés para los dos...

- Dilo pronto, querido...

Pero él tardaba, cohibido, buscando las palabras. ¿Qué asunto sería ése, se preguntaba doña Flor, tan difícil que hacia que el doctor se sintiera tan inseguro? Preocupada por la inquietud del marido, se había olvidado totalmente de sus

propios problemas, los de su doble matrimonio.

- ¿Qué es, Teodoro?

Él se quedó mirándola, tosió y le dijo:

- Deseo que hagas lo que quieras, que decidas lo que mejor te parezca, lo que creas más conveniente...

- Pero ¿qué es, Dios mío? Habla de una vez, Teodoro...

- Se trata de la casa... Está en venta...

- ¿Qué casa? ¿Esta en que vivimos?

- Sí. Tú sabes que yo había juntado dinero para comprarla, como era tu deseo. Pero cuando ya íbamos a cerrar el negocio, cuando todo estaba arreglado...

- Ya sé, la farmacia...

- ...surgió la oportunidad de adquirir una parte más de la farmacia, exactamente la que me daba la mayoría, garantizándome la propiedad de la Científica... Yo no podía dudar...

- Hiciste muy bien, obraste con acierto... ¿Qué te dije entonces? «La casa queda para después.» ¿No fue así?

- Lo que ahora sucede, querida mía, es que la casa está en venta y por una suma ridícula. .

- ¿En venta? Pero si teníamos la opción...

- Sí, teníamos...

Dio detalles del asunto: el propietario se metió a explotar una hacienda en Conquista y comenzó a criar ganado, enterrando cantidades de dinero en el cebú. ¿Sabía doña Flor lo que era «la carrera del cebú»? ¿Había oído hablar? Pues bien, en esa carrera se había ido también la soñada casa propia. El propietario la ponía en venta por una ínfima cantidad. En cuanto a la opción, según él, debiera corresponderle a la antigua inquilina, pero doña Flor había perdido todo derecho a invocarla cuando desistió de comprarla después de estar casi cerrado el trato, en la fase de los documentos. El dueño no podía quedarse a esperar a que el doctor Teodoro terminase de apoderarse de todas las cuotas de los herederos de la farmacia, antes de decidirse a comprar la casa. Tenía la intención de venderla de inmediato. ¿Para qué servía un inmueble alquilado por una cantidad ridícula en el que los Madureiras vivían gratis? El buen negocio era criar el fuerte ganado cebú, por cuyo kilo de carne daban un dineral. No pudiendo abandonar la hacienda, encargó la venta de la casa al Departamento Inmobiliario del banco del amigo Celestino. Y con seguridad no faltarían candidatos, ante el estimulante precio fijado. ¿Cómo sabía el doctor Teodoro todo aquello? Muy simple: Celestino se lo había dicho, en su despacho, en la casa central del banco. Citó al farmacéutico por teléfono: «deje esas drogas y venga aquí, urgente»; le expuso la situación y luego le preguntó: ¿por qué no hacía un esfuerzo y compraba la casa? Era un negocio redondo, imposible una transacción mejor, el loco ofrecía el inmueble prácticamente por nada - lo necesario para un lote de terneros- , embarcado como estaba en la aventura del cebú.

- Cuando el cebú deje de correr en el mercado, maestro Teodoro, se va a fundir mucha gente buena... De aquí del banco no sale ni un vintén para esa especulación... Compre la casa, caro mío, no discuta.

Tenía razón el portugués en lo que decía sobre la casa y el cebú..., también el doctor desconfiaba de aquella locura por los terneros, vacas y toros. Pero ¿de dónde iba a sacar el capital si todavía hacía poco que pusiera todos sus ahorros en la adquisición de la cuota de la farmacia, más dinero pedido al banco, que le prestara el mismo Celestino, con documentos de vencimiento riguroso?

El banquero observaba al boticario, un tipo honesto, lleno de escrúpulos, incapaz de estafar a nadie. No era hombre que corriese el riesgo de una operación bancaria sin la absoluta certeza de que podía responder... El doctor Teodoro no jugaba nunca. Celestino se sonrió: ¡qué sorprendente era la vida! La apacible doña Flor, con su tímida presencia y sus insuperables condimentos, se había casado con los dos hombres más opuestos, el uno lo contrario del otro. Se imaginó a sí mismo ofreciendo dinero prestado a Vadinho como ahora lo hacía al boticario. Las nerviosas

manos del muchacho hubieran tomado la pluma y firmado cuanto papel se le pusiera delante con tal de que las firmas le dieran unos cuantos mil- réis para la ruleta.

- Reúna algún dinero y yo le consigo el resto sobre una hipoteca de la misma casa. Veá...

Tomó el lápiz e hizo cuentas. Si el doctor conseguía unos pocos *contos*, no tenía que preocuparse por el resto: la hipoteca sería a largo plazo, a bajo interés, con todas las facilidades. Lo que el portugués le proponía era un negocio como se hacen entre padre e hijo: Celestino conocía a doña Flor desde su primer casamiento, había comido en su casa, le tenía estimación. Igualmente estimaba al doctor Teodoro, hombre de bien, de carácter recto. En su alocución se cuidó de citar a Vadinho, en deferencia al segundo esposo y porque el granuja estaba muerto. Pero en ese instante recordaba su perfil y su picardía, y el recuerdo lo hacía sonreír con complacencia y dilatar otros seis meses los plazos de la hipoteca.

- Le agradezco su oferta. No olvidaré su generosidad, mi noble amigo, pero en este momento no dispongo en absoluto del dinero necesario para completar el capital. Ni tengo tampoco a quién pedírselo. Es una gran pena, porque Florípides tenía muchas ganas de adquirir la casa. Pero no hay forma...

- Florípides... - murmuró Celestino para sí mismo, «nombre absurdo»- . Dígame una cosa, doctor Teodoro, usted, en su casa, ¿la llama Florípides?

- En la intimidad, no. La llamo Flor, como todos, por lo demás.

- ¡Ah, bueno.. ! - Frenó con un ademán las explicaciones que iba a darle el doctor; su tiempo era un tiempo precioso, de banquero- . Pues, caro mío, según me informaron, doña Flor o doña Florípides, como usted quiera, tiene unos ahorros bastante abultados en la Caja Económica... Más que suficientes para completar, con la hipoteca, lo necesario para la compra de la casa...

El doctor ni se había acordado del dinero de la esposa:

- Pero ese dinero es de ella, jamás lo tocaré, es un dinero sagrado...

Una vez más volvió el banquero a medir de arriba abajo al farmacéutico sentado frente a él: Vadinho le sacaba las monedas a la mujer para ir a jugar, y a veces se las arrancaba a la fuerza, brutalmente. Hasta la pegaba, según le dijeran.

- Hermosos sentimientos, mi doctor, dignos de la cabalgadura que es vuesa merced... - Él portugués pasaba de la mayor finura a la grosería total- . Lo que es usted es un burro, un burro como un compatriota de esos que cargan con un piano y parten piedras en la calle... ¿Quiere decirme para qué sirve el dinero de doña Flor puesto en una libreta en la Caja? Ella deseando tener casa propia y aquí el caballero, por unos escrúpulos de mierda - de mierda, sí señor- , deja pasar una ocasión única. ¿No están casados con comunidad de bienes?

El doctor Teodoro se tragó en seco lo de la cabalgadura, el burro y la mierda. Conocía bien al portugués y le debía demasiados favores.

- No sé cómo hablarle a ella del asunto...

- ¿Qué es lo que no sabe? Pues aproveche la hora de la cama, que es la mejor para discutir negocios con la esposa, caro mío. Yo sólo discuto estos asuntos con la patrona cuando ya estamos los dos acostados y siempre me dio buen resultado. Escuche: le doy veinticuatro horas de plazo. Si mañana a esta misma hora usted no aparece, mando vender la casa a quien dé más... Y ahora, déjeme trabajar...

- Por mi gusto, tú no tocabas ese dinero de la Caja, Flor...

- ¿Y de qué me sirve?

- Para tus gastos... personales...

- ¿Qué gastos, Teodoro, si tú no me dejas pagar nada? Ni siquiera la mesada de mi madre... Tú pagas todo y hasta te enojas cuando yo protesto. En todo este tiempo no hice más que poner dinero en la libreta; sólo hice dos retiros, un poco cada vez, para comprarte dos chucherías. ¿Para qué guardar ese dinero que no es de ninguna utilidad? Únicamente para mi cajón, cuando me muera...

- No digas bobadas, querida... La verdad es que a mí, como marido, me cabe la obligación...

- ¿Y por qué no voy a tener yo derecho a contribuir a la compra de nuestra casa?



¿O es que tú no me consideras tu compañera para todo? ¿Es que sólo sirvo para arreglar la casa, cuidarte la ropa, hacer la comida e ir contigo a la cama? - doña Flor se excitaba-. ¿Una criada y una mantenida?

Ante tan inesperada explosión el doctor Teodoro se quedó sin palabras, sintiendo como si tuviera una piedra en el pecho, manteniendo en alto el tenedor con el trozo de bollo. Doña Flor, ahora, bajaba la voz, como quejándose:

- A no ser que no me ames, que me desprecies tanto que ni quieras que te ayude a comprar nuestra casa...

Quizá el doctor Teodoro, en todo el tiempo que llevaba casado, no se haya nunca conmovido tanto como en aquella cena. En un repente de tímido, exclamó:

- Tú sabes que te amo, Flor, que tú eres mi vida. ¿Cómo lo dudas? No seas injusta.

Ella, todavía exaltada, proseguía:

- ¿No soy tu mujer, tu esposa? Pues bien, mañana tú no vas al banco, soy yo quien va a ir y cierro el negocio con el señor Celestino...

El doctor Teodoro se levantó, se arrimó a ella y la abrazó estrechamente, apasionadamente. Se sentaron en el sofá, doña Flor sobre sus rodillas, las caras juntas, con una ternura casi sensual.

- Tú eres la más recta, la más seria y la más bonita de las esposas...

- La más bonita, no, Teodoro mío...

Lo miró en sus ojos bondadosos, bañados de felicidad.

- Bonita no... Pero te aseguro, eso sí que te lo aseguro, que soy seria, que soy una mujer recta.

Y habiendo dicho esto buscó con los labios la boca del doctor y la cubrió con la suya en un beso de amor: su buen marido, el único que merecía su ternura y el goce de su cuerpo. La noche entró entera en la sala. En la oscuridad, Vadinho, que contemplaba con inquietud la escena, se pasó la mano por la cabeza, se dio la vuelta y salió a la calle, descontento.

## 6

A partir de esa conversación entre doña Flor y el doctor Teodoro, los acontecimientos comenzaron a precipitarse con un ritmo cada vez más acelerado y confuso.

Sucedieron entonces en la ciudad cosas tales que podían asombrar (y asombraron) hasta a las criaturas más familiarizadas con el prodigio y la magia (como la vidente Aspasia, que todas las mañanas - acababa de llegar de Oriente, su verdadero *habitat*- , a las Portas do Carmo, en donde era «la única que empleaba el sistema de la ciencia espiritual en movimientos»; como el célebre médium Josete Marcos («fenómenos de levitación y de ectoplasma»), cuya intimidad con el más allá es de sobra conocida; como el Arcángel Sao Miguel de Carvalho, con su tienda de milagros en el Beco do Calafate; como la doctora Nair Sacá, «diplomada por la Universidad de Júpiter», que curaba cualquier enfermedad con pases magnéticos en la calle de los Quince Misterios; como Madame Deborah, del Mirador de los Afligidos, que detentaba los secretos de los monjes del Tíbet, y estaba en permanente gravidez como resultado del coito espiritual con el Buda Viviente, siendo ella misma una «revelación suprema del futuro», y capaz, con sus dones de adivina, de «prever y garantizar casamientos de fortuna a corto plazo y revelar los números que saldrían premiados en la lotería»; sin hablar de Teobaldo, Príncipe de Bagdad, ya un tanto caduco. Y no sólo se asombraron estas autoridades. El asombro alcanzó incluso a los que más íntimamente tenían tratos con el misterio de Bahía, a aquellos que lo crean, lo preservan y son sus depositarios a través del tiempo: *madre y padres- de- santo, yalorixás y babalorixás, babalaós y iakarés, obás y ogás*. Ni la misma *Mae Senhora*, sentada en su trono en el *Axé do Opó*; ni *Meninha do Gantois*, con su corte en el *Axé lamassé*; ni la tía Massi de la Casa Blanca, del venerado *Axé la Nassó*, ni siquiera ella, con la sabiduría de sus ciento

tres años de edad; ni Olga de Yansá, danzando, soberbia y arrogante en su *terreiro* del Alaketu; ni Nézinho de Ewá; ni Simplicia de Oxumaré; ni Sinhá de Oxóssi, *hija-de-santo* del fallecido padre Procopio del Ilé Ogunjá; ni Joáozinho do Caboclo Pedra Preta; ni Emiliano de Bogum; ni Marieta de Tempo; ni el indio Neive Branco en la Aldeia du Zumino Reanzarro Gangajti, ni Luis de Muricoca: ninguno de ellos pudo controlar la situación y explicarla satisfactoriamente.

Ellos vieron estallar la guerra de los santos en las encrucijadas de los caminos, en las noches de macumba, en los *terreiros* y en la vastedad de los cielos, en *ebós* sin precedentes, despachos nunca vistos, hechizos cargados de muerte, conjuros y brujerías de todas las esquinas. Los *orixás*, hechos una furia, se unieron todos en un solo bando, con todas sus especies y naciones; en el otro bando estaba *Exu*, sólito, amparando al *egun* rebelde, ya que nadie había ofrecido ropas coloridas, ni la sangre de gallos y ovejas, ni un cabrito entero, ni siquiera una *conquém* de Angola. *Exu* estaba revestido con los ropajes del deseo, con los oropeles de la pasión que no muere, y como único sacrificio en su homenaje pedía la risa y la miel de doña Flor. Ni siquiera *Yansá (iepa hei!)*, la que expulsa las almas, la que no teme a los *eguns* y los enfrenta, la que manda en los muertos, la guerrera cuyo grito hace madurar las frutas y destruye los ejércitos, ni siquiera ella, la autoritaria, la temeraria, consiguió imponerse, pues ese *babá* de Exu le arrebató el alfanje y el *eruexim*. Todo estaba revirado, todo al revés, era el tiempo de lo contrario, el mediodía durante la noche, el sol entero a la madrugada.

Prosternados, a la hora del *padé*, las *yalorixás* y los *babalorixás*, a partir de cierto momento ya no quisieron intervenir más: correspondía a los encantados llegar a una decisión en el ardor de la batalla. Sólo intervino el *babalaó* Didi, porque era Asobá de Omolu, mago de Ifá, guardián de la casa de *Ossain*, y sobre todo, porque debido a su puesto de *Korikoé Ulukótum* en el *terreiro* de los *eguns*, en la Amoreira, hubo de intentar otra vez atar con las pajas del *mokan* el *egun* despertado de su sueño por el amor. Lo hizo a pedido de Dionisia de Oxóssi, pero fue en vano, como se verá más adelante. Sin embargo, no puede decirse que Cardoso y S.<sup>a</sup> se haya asombrado; no es él un ciudadano capaz de asombrarse, ni tampoco de asustarse y espantarse fácilmente. Pero sufrió un sacudón, iah, sí que lo sufrió!, no se puede ocultar la verdad... y al decir que Cardoso y S.<sup>a</sup> se sorprendió, está definitivamente dicho todo y queda dada la medida del insólito, del absurdo clima de la ciudad. Fue por aquellos días cuando la gente, con rabia y lucidez, atacó la sede del monopolio extranjero de la energía eléctrica, exigió la nacionalización de las minas y del petróleo, puso en fuga a la policía y cantó la *Marsellesa* sin saber francés. Todo comenzó en aquella ocasión. Al principio doña Flor no se dio cuenta de la situación, al contrario de Pelancchi Moulas, cuya sangre calabresa intuyó primero y luego indicó el sentido y dirección de los sucesos la misma noche del *lasquiné*. Unos pocos días bastaron para convencer a Pelancchi. Aterrado - sí, aterrado, ese hombre sin miedo y sin entrañas, ese bandido de la Calabria, ese gángster moderno a la manera de Chicago, ese duro jugador-, mandó a Aurelio, su chófer y hombre de toda su confianza, al *terreiro* de la madre Otávia Kissimbi *yalorixá* de la nación congo, y él mismo fue en busca del filósofo y místico astrólogo Cardoso y S.<sup>a</sup>, únicos seres capaces de socorrerlo en tan terrible emergencia, de salvar su reino y su cetro. Sí, reino y cetro, pues Pelancchi Moulas era soberano del más poderoso *trust* de Bahía: rey del juego y del delito, bancaba legalmente la ruleta, la liebre francesa, el bacará, el *lasquiné*, en el Pálace, el Tabaris, el Abaizandinho; en las casas grandes y en las chicas, en las que sus agentes vigilaban con atención los dados y las barajas, los *croupiers* y jefes de sala, y le traían la diaria y gruesa recaudación de la ronda, el veintiuno y el siete- y- medio. Muy raras casas escapaban a su control, sólo alguna que otra: la de Tres Duques, la de Meningite y el antro de Paranaguá Ventura. Sobre todas las otras extendía sus garras ávidas y ganchudas (y bien tratadas, por una manicura exclusiva, una mulatita procreada por Barreiro - el padre de Tiburcio, el abogado-, un especialista: había modelado treinta y siete mulatas en diferentes madres, cada cual más gallarda y fabulosa).

¿Y qué decir del inmenso imperio ilegal (en apariencia) de la quiniela? Sólo

Pelancchi podía bancar en ella con permiso policial, y, si algún inconsciente se atrevía a hacerle la competencia, las celosas autoridades en seguida aplicaban al infame contraventor el máximo rigor de la *dura lex, sed lex*.

No existía en todo el estado de Bahía hombre de más poder, civil o militar, obispo o *padre- de- santo*. Pelancchi Moulas hacía y deshacía a su antojo.

Administrador, gobernante del más complejo y rico de los imperios, el del juego, al frente de un ejército de subordinados, de maestros de sala, croupiers, fiscales, banqueros, soplones, proxenetas, espías, policías y guardaespaldas, era el Papa de una secta con millares de creyentes sumisos, fanáticos y esclavos. Con sus dádivas sustentaba y enriquecía a ilustres figuras de su administración, la intelectualidad y el orden público, comenzando por el propio jefe de policía. También contribuía para la realización de obras pías y la construcción de iglesias.

A su lado, ¿qué eran el gobernador y el alcalde, los comandantes de tierra y mar - o de submarinos- , el arzobispo con su mitra y su anillo? Ningún poder en la tierra podía amedrentar a Pelancchi Moulas, viejo italiano de cabellos blancos, de risa afable y ojos duros, casi crueles, siempre fumando un eterno cigarrillo en boquilla de marfil y leyendo a Virgilio y a Dante, pues, aparte del juego, sólo le gustaban de verdad la poesía y las mulatas.

El negro Arigof andaba abatido: tanta mala suerte era demasiado. Hacía casi un mes que le había caído encima: desde que tropezó con el paquete del *ebó* al descender desprevenido por la escalera del altillo en que tenía su cuarto de soltero. Mandinga fuerte, hechizo puesto en su camino para arruinarle la vida. El papel se rompió y se desparramaron el engrudo amarillo, las plumas negras de gallina, las hojas rituales, dos monedas de cobre y pedazos de una corbata suya de punto, todavía en buen uso. La corbata le dio la pista segura: era una venganza de Zaíra, *iaba* sin corazón, incapaz de sufrir un insulto sin dar en seguida la respuesta.

Cierta noche en que perdió su calma y su elegancia de hidalgo, le dio un par de bofetadas en pleno Tabaris, para enseñarle modales de persona y para que no le jorobara más la paciencia. Zaíra era de la nación de los *mucurumim*, pero seguía los ritos *caboclo* y *angola* y tenía poderes ante los *inkices*.

Era un hechizo de los más fuertes, un bozó tremendo, ¿quién le prepararía a Zaíra un despacho tan fatal? Con seguridad algún entendido en lo que está escrito, bueno en las hojas y poderoso en la maldad. No hubo conjuro contra él que diese resultado, el *ebó* prendió la suerte del negro en el fondo de un pozo y él se arrastraba como un mendigo por las casas de juego, perdiendo en todas ellas. Ya había pignorado sus mejores prendas: el anillo de plata verdadera, la cadena de oro con higas de *guiñé* y un pequeño cuerno de marfil, el reloj comprado a un marinero rubio, tal vez robado en el camarote de algún millonario: tan bonito y señorón que el español Do Sete, con todo lo que sabía de joyas, silbó de emoción al verlo, ofreciéndole al negro quinientos mil- réis más si quería vendérselo en lugar de empeñarlo.

Zaíra, criolla mandinguera, nacida en la hechicería, le había secado la suerte. Preocupado, Arigof se preguntaba dónde andaría el resto de su corbata de punto. Seguramente atada a los pies de un *caboclo* o de un *inkice*, junto con su retrato, una fotografía chiquita, sacada para la cédula de identidad: el negro, sonriente, mostrando su diente de oro. Arigof se lo dio a esa *iaba* sin corazón en prueba de amor, y ahora imaginaba su rostro acribillado de alfileres en la hornacina del santo, para que el «despacho» se rehiciera cada mañana, apagándole de un golpe y para siempre su buena estrella.

Ya había tomado un baño de hojas, y Epifanía de Ogun rezó por él. La *iyá moró* tuvo que renovar por tres veces el atado de hojas, pues se marchitaban apenas tocaban su cuerpo, tan grande era el peso del maleficio sobre la cerviz de Arigof.

Decaído a causa de semejante mala suerte iba el negro por la calle Chile reflexionando sobre las amarguras de la vida. Venía del restaurante y se

encaminaba a la casa de Teresa. Waldomiro Lins lo había invitado a cenar, después de una tarde desastrosa en la cueva de Zezé da Meningite, donde el negro perdió los últimos níqueles. Arigof, de rabia, comió tanto que aquello parecía a la vez almuerzo, merienda y cena.

- Estás muerto de hambre, Arigof..., ¿qué te pasa? - preguntó el otro al ver tan exagerado apetito.

El negro respondió, definitivamente pesimista:

- No sé si voy a volver a comer otra vez...

- ¿Enfermo?

- De mala suerte, hermanito. Me ataron la suerte a los pies de un encantado, de un *caboclo*, si no es de un *orixá* de Angola, que esta peste debe proceder de gente de los *inkices*. Estoy en las últimas, hermano.

Le habló de su mala racha, de cómo se desvanecían los pálpitos más infalibles y no acertaba una. Perdía siempre, a los dados, a las cartas, en la mesa de la ruleta. Los parroquianos ya lo miraban de reojo, como si él contagiase la mala suerte:

- Mi mala suerte se pega, hermanito...

Le hizo un relato lleno de pormenores, en la esperanza de que Waldomiro Lins, joven de posibles y alegre compañero, lo ayudase en el apuro, prestándole unos billetes para el juego nocturno. Le falló el golpe, pues el amigo en vez del dinero le dio unos consejos. Sólo hay un modo de rehuir la mala suerte; escaparle al juego por un tiempo. Que no fuese loco; debía dejar que se retirase la marea de la mala suerte, que se extinguiera la fuerza del *ebó*. Si seguía porfiando iba a terminar desnudo, con los calzoncillos empañados. Él, Waldomiro Lins, aprendió a respetar la mala suerte y el azar, y una vez pasó más de tres meses sin ver una baraja, un dado o una mesa de ruleta.

Subiendo por la calle Chile, Arigof daba la razón al amigo: su terquedad no pasaba de ser pura estupidez, obstinación de tarado. Lo mejor era ir a visitar a Teresa de la Geografía, una blanca que tenía calentura por los negros fuertes y que fuera el motivo de aquellas bofetadas a Zaíra. En la casa de Teresa, tendido en la cama junto a la blanca, sorbiendo una *cachaca* con limón, se olvidaría de tantas derrotas y descansaría de su mala suerte en el tapete. Sí, esta vez el negro Arigof estaba vencido, no le quedaba otro remedio que retirarse vergonzosamente. Tenía razón Waldomiro Lins, hombre de experiencia, buen consejero.

Aunque dispuesto a tomar el rumbo de la licenciada geografía de la Teresa - la negrista- , no iba, sin embargo, muy satisfecho. No era su costumbre ni le causaba placer rehuir una batalla, incluso cuando como ahora, en plena desesperación, se daba por derrotado anticipadamente. Se acordó de otro Waldomiro, su amigo ejemplar e insustituible: Vadinho, desgraciadamente muerto. Era competente y audaz, inigualable en materia de juego y en general. Él sí que podría ayudarle si estuviera vivo.

Una noche, hacía muchos años, después de semanas y semanas de mala suerte absurda, cuando ya no le quedaba un vintén ni tenía a quién pedirselo, Arigof entró al Tabaris, tropezando con Vadinho, que estaba lleno de altivez y de fichas, y apostaba alto. Le dio al negro una ficha y su ejemplo victorioso: y Arigof ganó noventa y seis contos en unos minutos, nunca se había visto cosa igual. Fue una noche alucinante: Arigof ordenó la hechura de media docena de temos de una vez, tirándole en la cara al sastre los billetes de quinientos. Noche de descomunal orgía en el burdel de Carla, pagando él todos los gastos. Noche legendaria en las memorias del juego de Bahía.

¡Qué curioso! mientras recordaba a Vadinho y su arrogancia, ¿no le parecía estar oyendo claramente su voz insolente?

- Y, negro cobarde, ¿en dónde está tu valentía? ¿En el culo de la blanca? El que no persigue a la suerte no merece ganar, tú lo sabes. ¿Desde cuándo eres discípulo de Waldomiro Lins? ¿Tú no eras ya profesor cuando él jugó por vez primera?

Arigof se quedó inmóvil en medio de la calle Chile, como un atontado, tan viva y próxima le parecía la voz de Vadiho en su oído. Surgiendo del mar, la luna comenzaba a cubrir de oro y plata la ciudad de Bahía.

- Deja la anatomía de la blanca para después, negro asustado, lo que tienes es miedo del hechizo, pero ¿acaso tú no eres hijo de Xangó? Deja la blanca para después de haber partido la mala suerte por la mitad, que esta noche la vas a celebrar.

Ese Vadinho atolondrado... tenía unos pálpitos tan absurdos, y era siempre el mismo, en la buena y en la mala suerte, siempre con la misma sonrisa maliciosa y desafiante. ¿Quién sabe?, pensó Arigof. Vadinho, desde lo alto de la luna, lo estaría viendo con su mala suerte a cuestas, sin su cadena de oro, sin el anillo de plata, sin el reloj codiciado por el español Do Sete...

- ¿Dónde está tu coraje, negro? ¿Dónde el negro Arigof, tres veces macho?

Waldomiro Lins, prudente y sutil jugador, le había aconsejado que no insistiera contra la mala suerte, que se achicara, escondido en el lecho de la amante, tan alba y tan resabida: Teresa recitaba de memoria los ríos de China, los volcanes de los Andes, los picos de las montañas. Cuando veía al negro Arigof, enorme y desnudo, ella, muy melindrosa, saludaba al mismo tiempo el pico del Himalaya y el eje de la tierra: ¡esa desvergonzada de Teresa! Con tanta maldición encima mientras Teresa lo esperaba, realmente sólo un loco volvería esa noche a los naipes.

- Anda, que yo te lo garantizo, negro flojo... - le repetía la voz de Vadinho al oído.

Arigof miró en torno suyo, para ver si estaba por allí, pues hasta creía sentir el vaho de su aliento. Era como si su amigo del pasado lo tomase de la mano y lo condujera por los peldaños del Abaixadinho, cerca de allí.

- Nunca me dieron miedo las cartas... - dijo el negro.

Teresa lo esperaría comiendo chocolates, enredada en los lagos canadienses, en los afluentes del Amazonas. Sin un cobre en el bolsillo, Arigof entró en el Abaixadinho y se fue a las mesa del *lasquiné*.

Antonio Dedinho, el croupier, preparaba el *cahier* de seis barajas para volver a dar juego. A su alrededor, todas las caras eran de perdedores, ninguna reflejaba entusiasmo, la suerte era íntegra de la casa. Arigof no vio un amigo al que pudiese pedir una ficha o dinero. Antonio Dedinho anunció una banca de cien contos y puso boca arriba dos cartas sobre la mesa: la dama y el rey.

- En la dama... - oyó Arigof que ordenaba Vadinho.

¡Y nadie que le prestara por lo menos cinco mil réis! Se fijó en un hombre bien vestido, trajeado con un terno blanco, con unas fichas en la mano y aire de *habitué*, pero desconocido, quizá del interior. Arigof se sacó de la corbata el vistoso alfiler, una llave atravesando un corazón, regalo de Teresa. Pero el oro era metal dorado y los brillantes de vidrio sin valor, según le dijera desmoralizadamente el español Do Sete, negándose a recibirlo de prenda. Mostrándose, Arigof se dirigió al ricacho de terno blanco:

- Estimado señor, présteme una ficha, una cualquiera, y quédese con esta joya en garantía. Ya le pagaré, mi nombre es Arigof, aquí me conocen todos.

El viva la Virgen le dio una ficha de cien:

- Guarde su alfiler, si gana me paga... y le deseo suerte. Puesta la ficha sobre la mesa, Arigof esperó sólo, pues nadie de la rueda quiso arriesgarse, era un desatino. Tampoco se atrevió el hombre de blanco, que prefirió mirar el juego. Antonio Dedinho dio vuelta a la primera carta, que resultó ser la dama. Arigof recogió las fichas y Dedinho echó de nuevo las cartas, que, por casualidad, volvieron a ser la dama y el rey. De nuevo Arigof puso su dinero en manos de la dama.

Antonio Dedinho sacó una carta del *cahier* y, más casualidad todavía, esa primera carta fue de nuevo la dama. Otra vez cartas y la casualidad fue aún mayor, pues ahora ya era algo notable: por tercera vez se vio en la mesa a la dama y al rey. Arigof se mantuvo firme en la dama y el hombre de blanco apostó junto con él. Llegaron los primeros curiosos. Antonio Dedinho sacó el naipe del *cahier*, y, por más increíble que parezca, la primera carta, por tercera vez, era la dama. Para más era de oros, recordando a la rubia Teresa. «Dios mío», exclamó una fulana, nerviosa.

No sólo nerviosa por el hecho de haberse dado tres veces la dama, sino porque

seguía siendo la primera carta, además de haber aparecido tres veces seguidas sobre la mesa de juego las mismas cartas: la dama y el rey.

No sólo tres, sino doce veces cayeron sobre la mesa la dama y el rey, y por doce veces consecutivas acudió la dama a la llamada de Arigof, siendo siempre la primera carta que se daba la vuelta. Ahora no sólo apostaba el hombre de blanco, también otros apostaban siguiendo el palpito del negro, que ponía tres contos en todas las paradas, lo máximo permitido.

Mortalmente pálido, con el corazón encogido, Antonio Dedinho preparó un nuevo *cahier*. Lulu, el fiscal de sala, estaba ahora al lado de Dedinho y seguía con atención el barajar de los naipes. En torno a la mesa, el inquieto grupo veía aumentar sus filas. Venía gente del bacará y de la ruleta.

Antonio Dedinho mostró el *cahier* a los jugadores, retirando de él dos cartas: su palidez se hizo aún mayor y sus manos temblaron, pues las cartas eran la dama y el rey. Arigof sonrió: había quebrado la mala suerte, había roto el *ebó* cuando fue en busca de la buena suerte con manos y dientes. Y con el recuerdo de Vadinho. Si había otro mundo, si los muertos andaban por ahí en el más allá, como decían ciertos especialistas en el asunto, entonces tal vez Vadinho lo estuviera viendo desde lo alto de la luna que se derramaba en oro y plata sobre el mar y el caserío. Con seguridad estaría orgulloso de la valentía de su amigo Arigof, negro macho, vencedor de malas suertes y hechizos.

Pero la cosa es que Vadinho estaba verdaderamente allí, en la sala, muy arrimado a Arigof y muy furioso, ya que el negro decidió, después de profundos cálculos cabalísticos, cambiar de carta y cargarle al rey (era imposible que la dama volviera a repetirse, totalmente imposible). En eso oyó la voz severa del amigo, que le daba con dureza una orden:

- En la dama, negro- hijo- de- puta.

Y la mano de Arigof, independientemente de su voluntad, como si obedeciese a una fuerza superior, puso las fichas a la dama.

Apretando los dientes, con pánico en los ojos, Antonio Dedinho retiró la primera carta: dama. Conmoción general, exclamaciones, risas nerviosas, y cada vez más gente que venía a ver lo imposible.

Gilberto Cachorráo, el gerente del garito, con su aire desconfiado de perro ovejero, se apostó al lado de Lulu, dispuesto a descubrir la tramoya (¿qué otra cosa podía ser sino una fullería, y gorda?). En sus mismos hocicos se repitió el absurdo varias veces y la banca de cien contos estalló. Alborozada y alegre, la dama era siempre primera carta. ¿En dónde estaba la trampa, gorda o flaca, Cachorráo?

Antonio Dedinho, vencido, se volvió hacia el gerente esperando órdenes, pero éste no dijo nada, limitándose a mirarlo con desconfianza. El croupier preparó nuevos naipes, pausadamente, a la vista de todos y con el mayor esmero:

- Banca de cien contos...

Dio vuelta a dos cartas: dama y rey. Un silencio de muerte. Ahora todos querían apostar a la dama. Venía gente hasta de la calle y del Tabaris, adonde ya había llegado la sensacional noticia. Tampoco duró la nueva banca.

Ante una orden de Gilberto Cachorráo, Lulu salió disparado hacia el teléfono. En la sala lo imposible, era algo que ya aburría: la dama salía siempre y siempre era la primera carta. El hombre de blanco dijo en voz alta:

- Me voy ya porque siento que me pasa algo..., mi corazón no aguanta... Hace más de diez años que juego en Ilhéus y en Itabuna, en Pirangi y en Agua Preta. He visto mucha trapacería, fraudes de todos los tipos, pero nunca uno igual a éste. Y digo más: lo veo y no lo creo.

Arigof quiso devolverle la ficha e invitarlo a la cena en casa de Teresa, pero el hombre no aceptó:

- Dios me libre y guarde. Tengo miedo que todo sea un encantamiento, ya que esto es cosa de hechicería. Quédese con la ficha, que yo voy a cambiar las mías antes de que se desvanezcan o se deshagan.

Lulu volvió, no tardando en unirse a él y a Cachorráo la figura circunspecta de un criollo viejo, de anteojos, con mucha calma: el profesor Máximo Sales, principal

testaferro de Pelancchi Moulas, su hombre de confianza.

Cuando Lulu le telefoneó, el magnate no podía creer esa historia sin pies ni cabeza. Con seguridad Lulu había vuelto a beber, y esta vez en horas de trabajo, un abuso imperdonable. Con la cabeza canosa reposando en la tibieza de los senos de Zulmira Cimóes Fagundes, en dulce intimidad, Pelancchi mandó a Máximo Sales para que pusiera en claro esa patraña pluscuamperfecta. Lo más probable es que todo eso no pasara de ser otro desmadre de Lulu:

- Si está borracho, profesor, no vacile, por favor, despídalo inmediatamente. Y telefonéeme el resultado...

Mal tuvo tiempo el testaferro de informarse sobre el fenómeno y comprobar la sobriedad de Lulu, cuando allá se fue por los aires la banca de cien contos, en los dedos de Arigof.

Antonio Dedinho, enjugándose el sudor de su frente exangüe, miró al trío que estaba frente a él. Tenía hijos por criar y no servía para otro empleo, ¡ay!, ¡Dios mío! Los tres lo miraban de reojo; el profesor Máximo susurró: «prosiga». Con su traje azul, sus anteojos sin aro, su anillo de rubí, Máximo Sales parecía un respetable catedrático de ensortijada pelambre blanqueada en el estudio y en las vigiliass científicas. Era tan formal, tan digno, que todos lo trataban de profesor, incluso Pelancchi, aunque sólo se había licenciado en contravenciones, fichas y barajas. Y en esa materia era realmente una autoridad, de gran competencia, de notorio saber, un doctor angélicus.

Antonio Dedinho, víctima del destino, preparó otro *cahier* y todo volvió a repetirse, como en una pesadilla. Como dijo Amesina (su lindo sobrenombre estaba formado por Ame de Américo, su padre, y Sina de Rosina, su madre), meretriz dada a la lectura del *Almanaque del Pensamiento* y de otras fuentes esotéricas, aquello era «la esperada señal del fin del mundo». Máximo Sales hizo algunas preguntas a Cachorráo y a Lulu (cuyo aliento inocente comprobó), y, dejando aquel diluvio de damas, se dirigió al teléfono.

De ahí que apareciese en la sala Pelancchi Moulas, con Zulmira tras él. El grupo le abrió paso para que así pudiese ver bien de cerca cómo se diluía su dinero en el *lasquiné*. La banca de cien contos estalló en su cara.

Con un gesto de rey, Pelancchi Moulas apartó a Antonio Dedinho y a la vista de todos los presentes echó una ojeada al *cahier*: los doce reyes aparecieron acumulados en el fondo de la baraja: eran las últimas cartas. Los tres empleados, Máximo, con su pose doctoral, el ovejero Gilberto y Lulu, fiscal de sala, cambiaron una mirada de expertos. Antonio Dedinho se vio a un tiempo condenado e inocente. Pelancchi Moulas, fríos los ojos, azules de crueldad, miró primero al croupier y a los tres funcionarios, y después a la muchedumbre en torno: rostros ávidos y tensos, jugadores en los límites finales del absurdo. Al frente de todos, el negro Arigof: montaña del Himalaya, altura inmensa, eje del mundo, al decir entendido de Teresa, geógrafa y negrista. Arigof sonreía, cubierto de sudor y de fichas.

También sonrió Pelancchi Moulas (a Zalmira, volviéndose para mirarla), y luego preparó él mismo un nuevo *cahier*, anunciando la banca como si declamase un verso:

- Banca de doscientos contos.

Mas no por ser él Pelancchi Moulas, señor del juego, de horca y cuchillo, majestad y todo lo otro que ya se sabe y no vale la pena repetir, no por eso cambió la suerte, que ya no era suerte sino prodigio: ahí venían rey y dama, saliendo dama la primera carta. Cuando estalló la banca antes de llegar a mitad del *cahier*, Pelancchi Moulas examinó la caja con el resto de los naipes: allá al final («el fin del mundo...»), repetía Amesina la profetisa), estaban juntos los doce reyes inútiles. Largando las cartas, Pelancchi Moulas susurró algo y Gilberto Cachorráo tradujo en voz alta:

- Se suspendió el juego por hoy...

Arigof se retiró entre muestras de simpatía, seguido por los admiradores y las ardientes damas, que se pegaban a él. Cambió las fichas, compró champán y rumbeó para la casa de Teresa, aquella blanca que le daba por los negros, una

autoridad en geografía y en juegos de cama. El negro se fue lleno de aires y de orgullo: con él no podían ni la mala suerte ni el hechizo, ni la cólera de la *iaba bucurumim*.

Pelancchi Moulas se quedó reflexionando. Lulu no sabía qué hacer con las manos; Gilberto Cachorrão no podía explicárselo, pero concordaba con Máximo Sales: allí había trampa, suciedad, una audacia de las grandes. Náufrago en medio de un mar de damas, Antonio Dedinho esperaba la sentencia. Hay que poner todo en claro, decía el solemne profesor. Pelancchi Moulas se encogió de hombros: que hicieran lo que quisiesen, interrogatorios o investigaciones, que llamaran a la policía si era necesario. En cuanto a él, tenía una idea, su sangre calabresa era sensible al misterio, a las emanaciones del más allá.

También lo eran los senos de Zulmira Simões Fagundes, bronce y terciopelo. De repente, la primera- secretaria, la *prima donna*, la favorita de Pelancchi Moulas, comenzó a reírse mimosamente al tiempo que se contorsionaba:

- Siento algo aquí, en los pechos, Pequito, hay algo que me hace cosquillas, ¡ay!, ¡qué cosa más loca...! Hasta parece algo del otro mundo...

Pelancchi Moulas hizo la señal de la cruz.

## 8

Fueron aquéllos unos días confusos, de trajín y cansancio, de emociones. El doctor Teodoro y doña Flor tuvieron un ajeteo permanente, yendo de un lado a otro, del banco a la escribanía, de la escribanía a las diferentes oficinas municipales. Ella se vio obligada a suspender las clases hasta el fin de la semana, y él casi no apareció por la farmacia. Celestino, con su habitual franqueza lusitana, aconsejó a doña Flor:

- Si verdaderamente quiere comprar la casa, largue por unos días esa porquería de clases. Si no, adiós...

Había aparecido otro candidato y si no fuese por la buena voluntad del banquero habrían perdido una vez más la oportunidad de realizar el negocio. Otra vez volvía a estar todo prácticamente concluido, faltando apenas firmar la escritura definitiva: la escribanía tardaría unos días en tenerla lista. Pero ya estaba pagada la seña al antiguo dueño, para lo cual emplearon el dinero de la libreta de la Caja Económica, los ahorros de doña Flor.

Del brazo del marido, apoyada en su fuerza y en su saber, aquel fin de semana, doña Flor recorrió medio Bahía. No paró un minuto en casa, apenas el tiempo necesario para comer y dormir, sin tener un solo momento para descansar. ¿Cómo hacerlo con Vadinho allí, apostándose a su lado apenas ella aparecía, y cada vez con mayores atrevimientos, dispuesto a llevarla a la deshonra, al adulterio?

¿Adulterio?.. ¿Cómo adulterio...?, preguntaba el malvado, ¿si soy tu marido? ¿Dónde se vio que una mujer fuese adúltera por entregarse al marido legítimo? ¿No le había jurado ella obediencia ante el juez y el sacerdote? ¿Dónde se vio, mi flor de pasionaria, un casamiento platónico? Era absurdo...

El maldito tenía frases azucaradas, labia fina, lógica y retórica; sabía cómo confundirla con sus argumentos... y su voz era un arrullo:

- Mi bien, ¿no fue para dormir juntos para lo que nos hemos casado? ¿Entonces?

Dona Flor aun sentía en el suyo el peso del brazo del doctor, aún sentía el olor de su transpiración en las cuevas cuando iban en busca de la burocracia. Mas la voz de Vadinho la perturbaba..., ¿cómo descansar si tenía que estar atenta, si no podía abandonarse ni un segundo sin correr peligro? Peligro de dejarse arrastrar por la música de su voz, embobada por sus palabras, por las caricias de sus manos traicioneras, por sus labios. Cuando quería acordarse, ya la habían aprisionado sus brazos, teniendo que desprenderse de ellos con violencia. Pero no se había entregado y no se entregaría nunca.



No se entregó, o, por lo menos, no se dio del todo, pues algunas cosas le permitió en esos días fatigosos: algunas leves e inocentes caricias. ¿Serían realmente así, tan leves, tan inocentes?

Una tarde, por ejemplo, en que llegara deshecha de andar por las oficinas y la escribanía (pues el doctor tuvo que ir a la farmacia a preparar recetas), doña Flor se quitó el vestido, se sacó los zapatos y las medias y se tendió en la cama, así como estaba, sólo con el corpiño y la combinación. Había silencio y brisa en la casa vacía y doña Flor suspiró.

- ¿Cansada, mi bien? - Era Vadinho, a su lado. ¿De dónde venía, dónde estaba escondido que doña Flor no lo había visto?

- Tan cansada... Nunca pensé que para encontrar un papel en una oficina hubiera que perder una tarde... Vadinho acariciaba su rostro:

- Pero tú estás contenta, mi bien...

- Siempre quise que la casa fuera mía...

- Yo siempre quise darte esta casa...

- ¿Tú?

- ¿No lo crees? Es natural... Pues has de saber que la cosa que más he deseado fue poder algún día darte esta casa. Alguna vez habría de ganar tanto dinero al diecisiete que podría comprarla... Iba a llegar con la escritura, sin decirte nada antes... Pero no hubo tiempo... Si no... ¿Tú no lo crees, no?

Doña Flor sonrió:

- ¿Por qué no te voy a creer?

Sentía la boca de Vadinho a la altura de su rostro y quiso liberarse de sus brazos envolventes:

- Déjame...

Pero él le rogó tanto que le permitiera dejar su rubia cabeza junto a la suya que consintió en descansar apoyada en su pecho. Inocentemente, claro.

- Jura que no vas a intentar...

- Lo juro...

Fue un momento lleno de dulzura. Doña Flor sentía en su cuello el aliento de Vadinho y las manos de él protegían su descanso: con una le acariciaba la cara, le recorría el cabello, mitigando su fatiga. De tan cansada, se quedó dormida.

Cuando despertó ya habían llegado las sombras de la noche y también el doctor Teodoro.

- ¿Dormiste, querida mía? Debes estar muerta, pobre... Además de gastar tus ahorros, todo este trajín...

- No digas sonseras, Teodoro... - y púdicamente se cubrió con la sábana.

En la penumbra del cuarto, sus ojos buscaron a Vadinho, pero no lo vio. Seguramente se fue al sentir los pasos del doctor, ¿tendría celos de Teodoro?, preguntó doña Flor sonriendo. Vadinho lo negaba, naturalmente, pero ella tenía sus dudas.

El doctor Teodoro se puso el saco del pijama y doña Flor la bata, levantándose. Él tomó sus manos:

- ¿Qué apurón, eh, querida? Pero vale la pena, ahora tenemos casa propia. Aunque no voy a descansar hasta pagar la hipoteca y depositar en la Caja todo el dinero que pusiste en la transacción.

Juntos, casi abrazados, la mano del farmacéutico en la cintura de ella, salieron del dormitorio para el comedor. Allí encontraron a doña Norma, deseosa de saber novedades sobre la compra de la casa.

- Parecen dos tortolitos... - dijo la vecina al verlos así, tan enamorados, y el doctor se separó en seguida, apartándose de la esposa.

Al día siguiente, por la mañana, doña Norma volvió para hablar con doña Flor sobre cosas de costura. Apuntándole al cuello desnudo, bromeó:

- Esos amores con tu marido se están volviendo escandalosos...

- ¿Eh? ¿Qué es eso?

- ¿Acaso no los vi yo ayer, a ti y al doctor, en pleno idilio, viniendo del dormitorio muy agarraditos?

- ¿Tú estás hablando de mí y de Teodoro? - preguntó, todavía asustada.  
- ¿Y de quién había de ser? ¿Te estás volviendo lela? El doctor está perdiendo su seriedad... Y antes de cenar... ¿eh? ¿Continuó después la función? Claro, tenían que festejar la compra de la casa...

- ¡Qué conversación, Normita...! No hubo ninguna función...

- ¡Ah, mi santa, eso no! Tú con todas esas marcas de chupones en el cuello, a cada cual más linda..., y diciéndome que no pasó nada... Yo no sabía que el doctor era del tipo sanguijuela...

Doña Flor se pasó la mano por el cuello y corrió a mirarse en el espejo del cuarto. Unas marcas rosadas que tendían a enrojecer se extendían por todo un lado del cuello. Escandaloso...

¡Ah, Vadinho...! ¡Qué traidor, qué loco, qué malvado...! Ella había protestado al sentir el roce de los labios, pero él le preguntó qué mal había en que le acariciara el cuello, si eso ni siquiera era un beso, apenas si le tocaba la piel con la boca. Mientras la acariciaba, doña Flor se quedó dormida... ¡Ah, qué Vadinho, no tenía arreglo!

Se apartó del espejo y se puso una blusa de cuello alto para esconder las marcas acusadoras. ¿Qué diría el doctor si viese esas rosadas señales dejadas por unos labios que no eran los suyos, por lo demás incapaces de tales obscenidades y depravaciones? Y regresó a la sala:

- Normita, hija mía, por el amor de Dios, no vayas a hacer bromas con Teodoro sobre estas cosas... Tú sabes cómo es él de vergonzoso... Es tan tímido...

- Claro que no voy a gastarle pullas al doctor, pero, Florcita, es un hecho que está dejando de ser un hombre grave... Tímido lo fue en otros tiempos, mi santa, ahora se soltó... Hasta se va pareciendo a Vadinho, que sólo le faltaba hacer las cosas a la vista de los vecinos...

Doña Flor sintió que alguien se reía, sintió su presencia. Felizmente, doña Norma no podía percibirlo: el malvado apareció suspendido en el aire y para colmo vistiendo aquella camisa que mostraba mujeres desnudas y que doña Gisa trajera de Norteamérica, de regalo para el doctor. La camisa sólo le cubría el tórax, todo el resto quedaba a la vista. Más indecente todavía.

## 9

- ¿Qué hay de malo en eso, mi bien? ¿Qué es lo que tiene de malo? Deja que mi mano esté ahí, no te voy a sacar un pedazo, ni a acariciarte; la mano está quieta... ¿qué tiene eso de malo? Y mantenía, discretamente, la mano sobre las redondas caderas; pero, en cuanto obtuvo su mudo consentimiento, la mano no se contuvo más, yendo y viniendo de las ancas a los muslos..., vasto territorio poco a poco conquistado.

Así, con las manos, el aliento, los labios, las palabras suaves, la mirada, la risa, la invención, la gracia; con lamentos, riñas, mimos, Vadinho iba cercando la fortaleza, calificada de irreductible por doña Flor, y echando abajo las murallas de la dignidad y del pudor. Su avance continuo y firme, su obstinado asedio, reducía a cada instante el campo de batalla.

En cada encuentro tomaba una nueva posición, y los bastiones iban cayendo uno tras otro, rendidos por la fuerza o por la astucia: la mano sabia o la palabra con mil promesas, todas en vano: «sólo un beso, mi bien, sólo uno...». Así fueron tomados los senos, los muslos, el regazo, las caderas, las nalgas de satén. Ahora todo eso le pertenecía, era un terreno en que su mano se movía libremente, sin censuras, y lo mismo sucedía con sus labios y caricias. Cuando doña Flor se dio cuenta, tanto su honestidad como la honra del doctor se encontraban acorraladas en un último reducto, que era cuanto le quedaba incólume. Para más, él se había apoderado del ardiente campo de batalla sin que ella se diera cuenta. Doña Flor intentó

recriminarlo por las manchas rojas en el cuello, señales obscenas, horribles; estaba resuelta a prohibir más intimidades, pero él la envolvió en un abrazo, disculpándose entre susurros o burlándose de su pudor y de su seriedad, y al rato ya le estaba dando mordiscos en la oreja y acariciándola hasta hacerle sentir escalofríos. Se hacía urgente e imprescindible poner coto de una vez por todas a esas relaciones equívocas, que ya se habían distanciado tanto del afecto tierno, de la inocente amistad amorosa, del platónico sentimiento que doña Flor imaginara posible cuando Vadinho regresó. Viéndose en creciente peligro, la virtuosa esposa se llenó a la vez de miedo y de bríos, disponiéndose a poner término a aquella absurda situación. ¿En dónde se vio una mujer con dos maridos? Sentada en el sofá, reflexionaba doña Flor sobre asunto tan delicado - tenía que llevar la conversación con mucha habilidad para no lastimarlo, para no ofenderlo, ya que al fin y a la postre él vino en respuesta a su llamada - , cuando el tinoso apareció y la tomó en sus brazos. Mientras doña Flor buscaba el modo de iniciar la conversación, Vadinho metió la mano por debajo de su falda, procurando alcanzar el último reducto, todavía incólume, el cofre fuerte que guardaba su dignidad de mujer y la honra del doctor.

- ¡Vadinho!

- Déjame ver tu peladita, mi bien... Me muero de nostalgias de tu papaya... Y ella se muere por mí...

Levantóse doña Flor en un acceso de cólera, con violencia y furia. Vadinho también se enojó y el diálogo fue áspero y desagradable. Tal vez él no esperase una reacción tan brusca por parte de doña Flor, creyendo que ya estaba totalmente conquistada.

- Sácame la mano de encima, no me toques más... Si aún quieres verme y hablar conmigo ha de ser de lejos, como conocidos y nada más..., ya te advertí que soy una mujer honesta y que me siento muy feliz con mi marido...

Él le respondió, con sorna:

- ¡Tu marido! Ese espantajo, ese tarado... Lo único que tiene es estatura... ¿Qué sabe de estas cosas ese flojera...?

- Teodoro no es un ignorante como tú, no es un fanfarrón, es un hombre de mucho saber...

- Mucho saber... Puede ser que para preparar un jarabe sea un talento... Pero para lo que tiene valor, para yogar, debe ser el ganso mayor del mundo... Basta verlo..., es un capón...

Doña Flor enfrentó entonces a Vadinho resueltamente, nunca la había visto él tan indignada:

- Pues has de saber que estás muy equivocado... ¿quién puede conocer su capacidad mejor que yo? Y estoy más que satisfecha... No conozco un hombre mejor que él. En todo, y en eso también... Tú no le llegas ni a los pies...

- ¡Puf! - soltó Vadinho, haciendo un ruido irrespetuoso y vulgar.

- Déjame en paz, no te necesito para nada... Y no vuelvas a tocarme nunca más...

Esta vez estaba decidida: no le permitiría más intimidades, ni abrazos, ni los tales besos inocentes, ni que se echase junto a ella «para conversar mejor». Ella era una mujer honesta, una esposa seria.

- Si estabas tan satisfecha, ¿para qué me llamaste?

- Ya te dije que no fue para eso... Y ya me arrepentí de haberte llamado...

Más tarde, a solas, se preguntaba si no había sido demasiado grosera y violenta. Vadinho se quedó furioso, ofendido, humillado. Se marchó y no lo volvió a ver durante el resto del día. Cuando regrese, a la hora del crepúsculo, ella le explicaría sus razones con buenas palabras. Aunque cínico e insolente, Vadinho tenía a veces reacciones inesperadas y era capaz de comprender los escrúpulos de doña Flor de circunscribir sus relaciones a los límites impuestos por el decoro y la honra. Todas las tardes doña Flor, terminadas las tareas cotidianas, después del baño, envuelta en perfume y talco, se echaba unos minutos para reposar. Entonces, invariablemente, Vadinho se tendía junto a ella y conversaban sobre las cosas más disímiles (y mientras hablaban iba él derribando bastiones, estrechándola contra su pecho, quebrando su voluntad). Cuando se disponía a protestar, él la distraía

hablando de los lugares de donde regresó, y doña Flor, llena de curiosidad y de preguntas, no tenía fuerzas para prohibirle nada:

- Y la tierra, vista desde allá, ¿cómo es, Vadinho?

- Es toda azul, mi bien.

Y el tentador descendía su mano por la cadera o la alzada hasta el seno, mientras ella preguntaba:

- ¿Y cómo es Dios?

- Dios es gordo.

- Quitale la mano de ahí, te estás riendo de mí...

Vadinho se reía, la mano siempre puesta en el túrgido seno, los labios buscando la boca de doña Flor... ¿Cómo saber si sus respuestas eran serias o si eran mentiras? Su aliento abrasaba, era un hálito ardiente como la pimienta, una brisa dulce, suave viento del mar..., ¡ay! Vadinho mentiroso y sinvergüenza... Así la iba él tomando poco a poco, sólo le quedaba el último reducto, su recato final. Pero ese día lo esperó en vano, no vino. Doña Flor, inquieta, se removía en el lecho, debatiéndose entre ansias y dudas. ¿Se habría ido sin más, de vuelta, herido en su orgullo, ofendido? ¿Se habría ido para siempre? Doña Flor se estremeció ante la idea. ¿Cómo vivir nuevamente sin su presencia? ¿Sin su locura, sin su gracia, sin su tentación?

Fuera como fuese, sin embargo, debía pasarse sin él, si es que quería seguir siendo una mujer honesta, recta. Ésa era la única solución viable, no encontraba otra salida para ese atolladero. Terrible determinación, prueba descomunal, pero ¿qué hacer si no? Se imponía una drástica ruptura: si Vadinho continuaba allí, ni su voluntad de ser honesta ni la decisión de ser virtuosa serían capaces de impedir lo irremediable. Ella no se engañaba: ¿qué eran las conversaciones sino un pretexto para las caricias, para esa lucha tan terrible y deliciosa?

¿Cómo resistir la labia de Vadinho? ¿No procuró él convencerla, y doña Flor se dejó convencer, de que a excepción de la posesión total todo lo demás no era más que un juego sin la menor maldad, un juego de primos, que no implicaba deshonor, ni siquiera indecencia? No habiendo posesión, no había deshonor..., y se mantenían intactas tanto su dignidad como la insigne testa del doctor.

Vadinho lograba por segunda vez adormecer sus escrúpulos con la misma canción de cuna, la misma *modinha* con que la había mareado en los días lejanos cuando él la cortejaba en Río Vermelho y la Ladeira do Alvo. Ella se había abandonado al arrullo y cuando abrió los ojos él ya se había comido la breva y la honra de su doncella junto al mar de Itapoá.

Otra vez estaba Vadinho llegando al muelle de su último puerto, a la fibra más recóndita de su ser. Al menor descuido de ella, en un instante cualquiera de deseo incontenible; ahora él ya no comería solamente su breva de doncella, sino la honra de un marido y la decencia de una esposa.

De una esposa modelo, de un marido que era ejemplo de buenos maridos. Cuando el pobre menos lo pensase, su testa aparecería florecida de cuernos, y ésa sería la mayor de las injusticias. La semilla de tan injustos cuernos ya estaba plantada por las manos de Vadinho, por los besos de su boca, por su calor de hombre que encendía en doña Flor la gula y el pecado.

Sí, sólo había una solución, única y segura; que él se fuera por donde vino; sólo así estarían garantizadas la honestidad de la esposa y la testa del droguista. A doña Flor se le iba a romper el corazón, iba a sufrir mucho, pero ¿qué otro camino había, qué otra salida? Ella le explicaría amablemente sus razones: «Perdona, amor, es imposible continuar así. Todo fue culpa mía, adiós, déjame en paz...»

¿En paz? ¿O en la desesperación? Como quiera que fuese, por lo menos se mantendría honesta, recta, fiel a su marido.

Vadinho no apareció. Ni en el dormitorio a la hora del crepúsculo, ni después en la sala a la hora de la merienda. Contra su costumbre de venir a hacerle carantoñas, obligando a doña Flor a morderse los labios para no echarse a reír cuando, metido en una camisa transparente, salía bailando y exhibiéndose, o a no irritarse al verlo por detrás de la silla del doctor, poniéndole cuernos en la testa, ¡el perverso!

Cuernos inexistentes, pues ella no se había entregado, había mantenido indemne el reducto en que se guarda la verdadera honra (el resto eran sonseras, como le decía Vadinho y como saben cuantos conocen esas cosas). Esperó hasta la hora de dormir, pero él no vino. Vadinho se había ido, seguramente ofendido. Era orgulloso y duro, capaz de enfrentar con la cabeza erguida la prueba más recia. Quién sabe si no habrá partido para siempre. ¡Ay, Dios mío, ni siquiera se despidió!

## 10

La desaparición de Vadinho ocurrió un miércoles por la mañana y doña Flor estuvo todo el día desmadejada, afligida por su ausencia, temiendo haberlo perdido de nuevo, y con el contradictorio deseo de que así fuese, pues, como ella sabía, sólo su partida definitiva, para siempre jamás, podía salvar la felicidad de su hogar.

Ahora bien, los miércoles por la noche, así como los sábados, tal como ya se dijo repetidamente, el metódico doctor honraba a su esposa y hacía uso de ella, cumpliendo, gozoso, la grata tarea de sus obligaciones matrimoniales. Con bis los sábados (no lo olvidemos), y con el mismo ritual de siempre, en el cual el placer no excluía el respeto, un placer envuelto en pudor, cubierto por el recato (y por la sábana).

Tras el desacierto de la noche del aniversario de casados, la noche del retorno de Vadinho, las relaciones de cama entre doña Flor y el doctor Teodoro volvieron a ser normales, doña Flor dándose al esposo con modestia y con ternura y recibiendo de él plena y total satisfacción, que los sábados era doble.

Por lo demás, doña Flor nunca estuvo tan animada en el placer con el bravo farmacéutico como en los últimos tiempos: a decir verdad, ahora se entregaba con más ternura que modestia, y el doctor la sentía ansiosa y apasionada, perdiendo a veces su discreta contención, gimiendo y suspirando exacerbadamente. Alegrábase el doctor con tales pruebas de amor y satisfacción: el amor de su esposa aumentaba con el correr del tiempo y también él la amaba todavía más, si era posible.

Incluso hubo una noche de placer extra, fuera de la estricta agenda: la del día en que se terminaron los trámites de la compra de la casa en el banco de Celestino y en la escribanía de Marback. El doctor fue feliz cumpliendo esa celebración del acontecimiento, pareciéndole justo romper, con tal motivo, el orden sistemático de la vida nocturna de la pareja.

Esa tarde, al salir del dormitorio para la sala, el brazo en la cintura de doña Flor, la cabeza de la esposa reclinada en su hombro, al percibir la maliciosa sonrisa de doña Norma, él mismo sintió la llamada del amor, que flotaba en el ambiente, procedente de doña Flor, y se conmovió. Ya había él mismo pensado en celebrar la fecha, considerando que «una extravagancia de Pascuas a Ramos no constituye un exceso ni amenaza la salud física y moral de los cónyuges (siempre que no se convierta en hábito, evidentemente)».

Doña Flor no sabía si fue la compra de la casa lo que influyó sobre ella induciéndola a provocar al esposo y a obtener su aquiescencia y colaboración de la citada extra. Porque el fuego que la quemaba no fue encendido por los trámites bancarios, la hipoteca, los recibos, la escritura. La compra de la casa la unía más aún al doctor y sin duda fortalecía su afecto. Pero lo que la llevaba a exigir el placer y la posesión extemporánea era la hoguera levantada por Vadinho con sus caricias, los mimos de sus manos, los besos de su boca, aquella desvergüenza suya cuando en el crepúsculo le dejó las rojas marcas en el cuello. Ahora, cuando el doctor, encima de ella, la desbordaba, envuelto en la sábana, doña Flor, al cerrar los ojos, ya no veía un pájaro gigantesco: veía a Vadinho, que finalmente la poseía, haciéndola gemir y suspirar. Una confusión de todos los diablos.

Cuidóse doña Flor de no analizar esta nueva complicación, ya le sobraban motivos para mortificarse. El doctor, por su parte, decidió, con toda seriedad, incluir en sus planes una extra cada quince días.

La noche de aquel miércoles, de la discusión con Vadinho, doña Flor se sintió perpleja y agitada, con mucha necesidad de calmar los nervios. Pensaba en Vadinho, que tal vez se había ido para siempre. Era el retorno a una existencia tranquila, el fin del tenso período en que se había encontrado entre dos maridos, ambos con derecho a su amor, y ella sin saber qué hacer, llegando en ciertos momentos a mezclarlos y a confundirlos, en la mayor de las tribulaciones. ¿Podría ahora quizá retornar a la apacible rutina de antes de la vuelta de Vadinho, cuando su cuerpo sólo se despertaba los miércoles y los sábados?

Así, ese miércoles a la noche, escondiendo bajo las sábanas las marcas de los besos de Vadinho en su cuello, y encerrando en su corazón el temor a la ausencia, doña Flor acogió a su esposo Teodoro, iniciando con él el discreto y dulce ritual. Pero apenas el doctor se había tendido sobre ella, cual comfortable paraguas, cuando la risa de Vadinho resonó en los oídos de doña Flor hasta hacerla estremecer.

Primero fue la alegría de verlo allí, en equilibrio sobre los barrotes del pie de la cama. No había partido para siempre, como doña Flor temiera. Después la alegría se convirtió en rabia, al percibir su risa libertina y la expresión compasiva, burlona, zumbona, de su rostro.

El miserable se divertía mientras alzaba la punta de la sábana para ver y mofarse mejor. Doña Flor escuchaba su voz dentro de sí, su risa libertina, de escarnio y burla:

- ¿Y a eso es a lo que llamas tú yogar? ¿Y ése es el doctor Sabelotodo, el maestro de las putas y el rey del relajo? ¿Esa basura, mi bien? Nunca vi algo más insípido... En tu lugar yo le pediría que en vez de eso me diera un frasco de jarabe: cura la tos y es más sabroso... Porque lo que él está haciendo, mi bien, es la cosa más triste que he visto...

Ella estuvo a punto de decir: «pues a mí me gusta y mucho», pero no pudo. El doctor llegaba al fin y ella se había perdido entre las risas de Vadinho, muerta de vergüenza (y de deseo).

## 11

Quedaba doña Flor sumida en la aflicción, enloquecida, temiendo por su honra y por la felicidad de su hogar, ambos en peligro. Pero ¿y qué decir entonces de Pelancchi Moulas? Su imperio se derrumbaba como bajo un terremoto o una revolución.

Nunca se viera nada igual desde el comienzo del mundo y de las apuestas. Se sabía de golpes de suerte extraordinarios, y malas suertes descomunales, y más de una vez algún jugador hizo saltar la banca de un casino. Mas estos acontecimientos eran raros y siempre limitados. Aparte de eso, está la martingala. Pero la trapacería no tarda en descubrirse sobre todo si es persistente, si se repite. En ese mundo de incertidumbres, nada era, sin embargo, más seguro que la fórmula, que las ganancias de los concesionarios de los casinos, de la quiniela, de la timba: ganan a muchos, pierden con unos pocos, son unos grandes señores, viven a sus anchas. Mejor negocio, ubre más rendidora, solamente la Presidencia de la República.

Y sin embargo, las barajas, los dados, las ruletas, se habían sublevado contra Pelancchi Moulas. Nada de lo que ocurría era explicable. Era absurdo, increíble, imposible; era necesario verlo para creerlo, y aun así, mirando con estos ojos que la tierra ha de comer, mucha gente repetía las palabras de aquel hombre de Ilhéus, cuando presenció el torneo de las damas de Arigof: «Lo estoy viendo y no lo creo.»

En materia de juego, el profesor Máximo Sales había visto en su vida todo lo que hay que ver, incluso un hombre que murió del corazón al acertar un pleno en la ruleta y otro que se mató tragando una píldora de veneno, una muerte horrible. Pero nunca pensó que se iba a encontrar con lo inexplicable; era un escéptico, tenía

los pies en la tierra y la cabeza fría. De adolescente había vendido quinielas en Porto Alegre; fue gerente en Manaus de un tugurio clandestino, croupier en Río, cuentero en Recife, banquero en Maceió; vivió del póker en los garitos, conocía los secretos, todas las trampas.

- Entonces, profesor, ¿qué me dice? ¿Cuáles son los resultados de su investigación? En concreto, ¿qué hay? - la voz de Pelancchi, sus ojos malignos y el miedo.

En concreto, nada..., y Máximo Sales ponía la mano para la palmatoria. Los dados y las barajas fueron objeto de los exámenes más minuciosos, así como las mesas y las cajas..., ningún indicio. Vino la policía, un oficial con fama de muy competente, y varios detectives. Interrogaron a los empleados, bajo la dirección de Máximo. Exhaustivamente, sin tener en cuenta el cargo, la edad, o por lo menos sus relaciones íntimas con el patrón. Ni siquiera se hizo excepción con Domingos Propálato, hermano de leche de Pelancchi. Sólo Zulmira se salvó de semejante humillación; pero no por ser quien era estaba libre de la desconfianza del profesor:

- Vaya uno a saber si esa tipa no es de la banda...

Para Máximo sólo una banda, y de las mejores organizadas, podría haber montado aquella martingala extraordinaria. Una banda internacional, pues los tahúres locales no eran competentes para una faena como ésa. Y tampoco los de Río o San Pablo. Sólo especialistas europeos o americanos, de Montecarlo o de Las Vegas, serían capaces de una hazaña como la del bacará: durante dos noches seguidas, en la misma mesa de bacará, en el Tabaris, se dio punto todas las veces y ni una sola banca, ganando el viejo Anacreón una fortuna. El y todos los demás, pues una verdadera multitud acompañó el juego del suertudo. ¿Suertudo? Para Máximo, Anacreón era sólo un cómplice de los bandidos.

En nombre de la casa estaba al frente de la banca el mejor banquero de bacará de la ciudad, y quizá del norte del Brasil, Domingos Propalato. No era un empleado cualquiera, sino el cofrade, el compadre, el hermano de leche de Pelancchi Moulas. Nacidos en la misma aldea, con diferencia de días, la madre de Domingos había amamantado en su abundante seno al futuro millonario. Hombre capaz de matar o morir por su fraterno Pelancchi, Propalato estaba por encima de cualquier sospecha. Y frente a él, el viejo Anacreón, más que sospechoso.

¿De dónde había sacado el palpito y el dinero para el juego? Todos conocían la mísera situación a que llegara el viejo: tan abajo que se veía obligado a vender quiniela en el café de Raimundo Pita Lima.

Además - sumaba Máximo con los dedos - , el viejo tenía audacia y experiencia. Mucho antes de que Pelancchi Moulas estableciera su imperio en Bahía, ya Anacreón era figura popular en las ruedas del juego clandestino, siendo perseguido y además robado. Era tan hábil tallador de naipes como echador de dados, ¿qué otro tenía más antigüedad y constancia que él en la mesa de la ruleta, frente al bacará o en la suerte de la ronda, el veinte y uno, el siete y medio? Era todo un patriarca.

Pasaban los años, surgían y desaparecían generaciones y sólo el viejo Anacreón se mantenía igual, claro que con sus altos y sus bajos, sus buenas y malas rachas, sin que jamás hubiera ejercido otro oficio que el del juego.

Muchos jóvenes que se hicieron a su sombra ya no jugaban, estaban convertidos en personas serias y respetables, como Zé- quitó Mirabeau, Guerreiro, Nelito Castro, Edgard Cúrvulo, y hasta Giovanni Guimarães. Uno de sus primeros camaradas, Bittencourt, ingeniero competente, llegó rápidamente a director de Aguas Corrientes, pero no se olvidó del amigo y le ofreció un empleo seguro, garantía para los días de su vejez. Conmovido, Anacreón lloró al abrazar a Bittencourt, pero nunca fue a firmar el contrato ni a ocupar el cargo:

- Sólo sirvo para jugar, para nada más...

Algunos (felizmente pocos) ocupaban cargos importantes o estaban casados con mujeres ricas y no se atrevían ni siquiera a recordar aquellos tiempos de juventud y bohemia. Otros murieron en plena adolescencia y Anacreón vivía recordando sus nombres y sus hechos: el alegre Ju, príncipe del chiste, del gracejo, de la picardía sutil; el bello Divaldo Miranda, rico y elegante mestizo; el gordo Rossi, de

extremada simpatía, loco por la samba y la *cachaca*: una vez, borracho, orinó en pleno salón del Pálace, a la vista de las señoras, y si no lo lincharon fue sólo porque Anacreón sacó la navaja y hecho una fiera le aseguró la retirada; Vadinho, el inolvidable, su amigo más dilecto, el más loco y divertido, el mejor, el más osado, un tipo macanudo. Macanudo, sí, ¡el más macanudo! Incluso muerto y enterrado, haría sus buenos tres años, no pudo tolerar que el viejo Anacreón estuviese anotando jugadas de quiniela en el fondo del café, en la miseria, con la moral por el suelo. Apareciéndosele en sueños - un sueño que más parecía una realidad, pues Anacreón ni siquiera estaba dormido, apenas era un cabeceo después del magro almuerzo- , Vadinho le aconsejó que fuese sin falta al Tabaris, tanto ese día como al siguiente, y que en la mesa de Domingos Propalato apostase al punto, y sólo al punto, toda la noche. Siempre al punto, jamás a la banca. ¿Cómo encontrar dinero? Tomó prestado algún dinero de la caja de Raimundo, sin que él lo supiera; el dueño del café era un buen tipo, no iba a preocuparse por unos mil- réis. Además, al día siguiente, Anacreón, lleno de oro y nuevamente cliente de la quiniela, y no empleado de quinielero, repondría con intereses los centavos del préstamo sacados del fondo de las apuestas en el café de Raimundo.

Anacreón, jugador antiguo y experimentado, respetaba los sueños y daba justo valor a un buen palpito, y todavía más si estaba proporcionado por un amigo tan leal como Vadinho. Dio el golpe final de la tarde, al rendir cuentas, haciendo desaparecer unos billetes, y el bueno de Raimundo no dijo nada.

Después ocurrió lo que sabemos, para asombro y comentario de la ciudad: la sensacional racha en el bacará, al repetirse el punto sin parar durante dos noches, haciéndole perder la calma a Domingos Propalato, por primera vez en sus largos años de oficio, y obligando a Máximo Sales, con aire de pasmado, a salir corriendo en busca de Pelancchi Moulas.

El mismo Anacreón, con toda su gloriosa crónica de contraventor, nunca viera nada comparable a esa suerte suya y a la mala suerte de la banca. Pero no le competía a él discutir lo que ocurría: el palpito de Vadinho era para que se lo honrase y no para desperdiciarlo en locas discusiones. Hombre de amplios horizontes, Anacreón creía en el destino y en su buena estrella, y para él, en tratándose de fichas y naipes, no existía lo imposible.

Apenas Pelancchi Moulas entró en la sala, vio el pánico en los ojos perplejos de Domingos Propalato. Yendo a colocarse junto al hermano de leche, le oyó decir en un susurro, con desesperación, algo que era como si oyese su sentencia de muerte: - *¡Dio cane, Pecchiccio! ¡Siamo fututi!*

Simple muñeco de la fatalidad, Propalato dio vuelta a la carta y salió punto.

## 12

«¡Sono fregato, sono fututo!», repitió Pelancchi Moulas cuando después de Anacreón le llegó el turno a Mirandáo.

De todos los muchachos de su generación, Mirandáo era el único que seguía siendo el mismo jovial bohemio, como si el tiempo no corriera para él, pasando las noches entregado a las emociones del juego.

Un domingo por la mañana, cuando estaba en casa cuidando los pájaros, Mirandáo oyó con toda claridad el mensaje de Vadinho: esa noche, en la ruleta, el 17.

Mirandáo no tuvo un amigo mejor: él y Vadinho fueron como gemelos, inseparables. Tanto era así que el nombre de Vadinho no dejaba de estar en sus labios, ni el recuerdo en su memoria. ¿Cómo lo iba a olvidar si no hubo amigo igual a éste?

Pero aquel día se trataba de algo distinto. El recuerdo de Vadinho adquiría la solidez de una presencia, como si él estuviera allí, ayudando a Mirandáo, junto a las jaulas, imitando con su silbido el canto del canario y del *curió*.

La negra Andreza había invitado a Mirandáo a almorzar, a comer un *sarapate* en su



casa. Mientras iba hacia allá, la voz le repitió el palpito, y también lo hizo cuando estaba a la mesa, de mantel blanco e invadida por el perfume del *sarrabulho* y de la salsa de pimienta. El 17 era el número de suerte para Vadinho, pero nunca había favorecido a Mirandáo.

Sólo que ese domingo no tenía un cobre, y entre los invitados de Andreza - el carpintero Waldemar, Zuca, un empleado de servicio rural que no había cobrado aún los sueldos atrasados, el albañil Rufino, el maestro Pastinha... sólo Robato Filho podría quizá disponer de algún dinero para prestarle. El nombre de Vadinho vino al caso y Robato, alzando la copa de cerveza, declamó la oda del poeta Godofredo; pero, en cuanto a dinero, estaba pelado, sin un vintén.

Con el buche lleno y el alma aligerada (nada como un buen *sarapatel* para aliviar el alma en un domingo), Mirandáo se desesperó recorriendo inútilmente las calles en busca de unos pesos. Si encontrase dinero suficiente podría perder algo al 17. Su número era el 3, aunque también lo atraía el 32. Jugar al 17 era tirar el dinero, pero él lo hacía como si depositara flores en la tumba del amigo.

Mas ¿dónde obtener el dinero en domingo? Todo el mundo estaba en el fútbol o en el cine, no había nadie en la calle. Los dos o tres amigos que encontró se negaron a financiarle la suerte, los pesimistas.

Cuando ya iba perdiendo las esperanzas se acordó de doña Flor, su comadre. Nunca había recurrido a ella para sus necesidades de juego, sólo le pidió ayuda alguna vez por enfermedades de los chicos y en una ocasión para arreglar las tejas del techo, pues el dueño se negaba a cumplir las obligaciones de propietario, mostrándose mezquino y desalmado:

- ¿Llueve dentro de la casa? ¿Encima de los chicos? Por mí, señor Mirandáo, puede llover sobre cualquiera; pueden caer las paredes, el tejado, la cumbrera, ¿qué me importa? ¿Es mía la casa? Más bien parece que la casa es de su señoría, mi caro amigo. Ya va para más de seis años que yo no veo el color de su dinero...

¿Y si estuviese el doctor Teodoro? Desde el nuevo casamiento de la comadre, Mirandáo la visitó sólo una vez, no queriendo imponer su presencia al farmacéutico, quien ciertamente no tendría gusto en verlo, pues él se parecía tanto a Vadinho que podía ser su copia o su retrato; no en lo físico, ya que uno era rubio y el otro mulato, sino en lo moral, o, como dirían algunos, en la falta de moral.

Pero aquella tarde Mirandáo no tenía otro recurso: o molestar a la comadre o renunciar a jugar.

- Mire quién está ahí... - dijo doña Gisa a doña Flor, las dos sentadas a la puerta de calle.

- ¡Dios mío!, también se le apareció a Mirandao... - pensó doña Flor, asustada, pues al lado del compadre venía el ex finado, muy campante y desnudo (no llevaba puesta aquella camisa de mujeres provocadoras).

No, Mirandao no lo percibía. Menos mal. Saludando a doña Flor y a doña Gisa, el compadre preguntó cómo estaba el doctor.

- Está muy bien. Fue a una reunión en la Sociedad de Farmacia.

- Y yo sin saber que tú estabas aquí solita... - dijo Vadinho, aunque sólo doña Flor lo oyó, sin hacerle caso.

Doña Gisa se quedó conversando un poco más y después se fue con el pretexto de que tenía que corregir los deberes de inglés. Mirandao se sentó en la silla que ella dejó libre:

- Discúlpeme, comadre, vine a molestarla porque estoy en un apuro tremendo...

- ¿Alguien enfermo en casa, compadre?

Casi inventa una enfermedad, un hijo con fiebre, la necesidad de comprar remedios o ir al médico... Pero ¿para qué apenar a la comadre, además de birlarle los cobres?

- No, comadre, no se trata de una enfermedad... En realidad, es un asunto de juego...

- Mejor así, compadre.

Y Mirandao se encontró de repente contándole todo con detalles:

- ...La voz de él, igualita, comadre, ordenándome que fuera a jugar hoy, sin falta.

Que no dejara de ir...

Doña Flor lo estaba viendo ahí sentado en el borde de la ventana, bajo la luz de la tarde, Vadinho la miraba con ojos de calavera. Ella hacía lo posible por no mirarlo, pero, aun sin quererlo, su vista se desviaba hacia la desnudez del mozo, la piel blanca y tersa, la pelusa de oro, la cicatriz del navajazo, la boca insinuante.

- ¿Cuánto necesita, compadre?

- Poca cosa...

Fue a buscar el dinero, y Vadinho la acompañó; al llegar al dormitorio la abrazó y le dio un beso. La pobre doña Flor ni gritar podía, con el compadre esperando en la puerta. Su resistencia se desvaneció en el beso.

- ¡Ay, Vadinho...! - gimió finalmente, y ella misma le ofreció entonces los labios, ya perdidos el pudor y la razón.

Vadinho la fue llevando hacia la cama, al tiempo que intentaba desnudarla. De no haber oído los pasos del compadre dentro de la casa, quizá doña Flor hubiese perdido en aquel momento su honor de mujer casada, de esposa honesta. En el último momento volvió en sí, apretó las piernas, se liberó del beso y del vértigo, salió de debajo de Vadinho:

- ¡Qué locura...! Con el compadre ahí...

- Está afuera...

- Está en la sala..., déjame..., ¡qué vergüenza!

Se arregló el pelo con los dedos, y compuso sus ropas, yendo al comedor, donde Mirandao estaba tomando agua. Le dio el billete, empapado por el sudor de su mano.

- Gracias, comadre, no sé cómo agradeceré. Si no gano hoy ya no ganaré nunca. Es algo seguro, es como si el compadre estuviera junto a mí dándome suerte.

Ya en la puerta de calle, Mirandao se rió y reveló su plan.

- Claro que él está empeñado en que yo juegue al diecisiete, pero voy a jugar al tres y al treinta y dos, porque no estoy loco. Una vez, comadre, acerté cuatro plenos seguidos al treinta y dos. Fue sensacional.

- «¡Idiota!»

- ¿Oyó, comadre? ¿Lo oyó hablar? Era la voz de él, ¿no? Dígame...

Doña Flor, sintiéndose desfallecer, el corazón sobresaltado, la boca ardida y seca, habló bajito:

- No haga caso, compadre, a veces también me tienta a mí...

Mirandao no entendió. Ese día, por lo demás, todo estaba embarullado, nada tenía explicación ni sentido. Lo mismo ocurría con la noche, que estaba llegando de repente, súbitamente, del lado del poniente, adelantada la hora, sin esperar los rojos colores del crepúsculo, una noche totalmente azul. El reloj de Mirandao marcó la hora del juego: no debía perder una sola puesta, ni una bola siquiera.

- Adiós, comadre, mañana vengo a pagarle...

- No es necesario, compadre. Si gana, compra de mi parte unos bombones para los chicos... - Hizo una pausa y concluyó, bajando la voz: - ...y de parte de su compadre...

El beso de Vadinho le acarició el rostro como si fuera la brisa de aquella noche azul.

- Hasta luego, mi bien... De noche voy a venir a sacarte de la cama... Espérame... Sin falta, espérame...

Noche de domingo. Salones abarrotados, la orquesta atacó un fox y las parejas salieron a la pista de baile; entre ellas, Mirandao reconoció al argentino Bernabó y a doña Nancy. Cambió por fichas en la caja los cien mil-réis de doña Flor. Puso dos de las más chicas en el bolsillo: «Éstas son para el 17 de Vadinho, más tarde.» Dividió las otras en dos grupos iguales: mitad para el 3, mitad para el 32. En la

mesa de ruleta saludó con una sonrisa a Lorenzo Mano- de- Vaca, el croupier, viejo conocido suyo. Con mano certera sacó una ficha para el 3 y otra para el 32. Y he aquí que las dos giraron en el aire y fueron a caer juntas sobre el 17, en el mismo momento en que Lorenzo cantaba el juego. Salió, naturalmente, el 17. Y nunca más dejaría de salir siempre y con seguridad, si no fuera porque un poco después de medianoche Pelancchi Moulas ordenó la suspensión del juego con el pretexto de un desperfecto en la taza de la ruleta.

## 14

En el departamento de Zulmira, en el regazo de la mestiza, en la bienaventuranza de sus abundantes senos, Pelancchi Moulas escuchaba el relato del profesor Máximo Sales: la taza y la mesa de la ruleta, desmontadas pieza por pieza y sometidas a todas las pruebas, no revelaron ninguna inclinación o defecto, ninguna señal de marrullería.

- Yo ya lo sabía... Es inútil... - gimió el pobre rey.

Allí, en esa dirección que sólo unos pocos conocían, se escondía el gran hombre, el dueño de la ciudad, el jefe del gobernador, huyendo de los cargos y de las preocupaciones. En su escritorio («Pelancchi Moulas, empresario») había un desfile permanente, de la mañana a la noche: individuos de la más variada especie, comisiones de todo tipo, cada cual con su lista, su carta, su pedido, su problema, su mutilación, su cuento. Todos venían en busca de dinero.

Dinero para construir iglesias, comprar campanas, contribuciones para hospitales y obras de caridad, para asilos de ancianos y reformatorios infantiles, ayuda para excursiones de estudiantes al sur y al norte del país. Periodistas y políticos, ávidos, insaciables, necesitando todos ellos algún dinerito para salvar a la patria, a la moral cristiana, a la civilización y al régimen de la tenebrosa y fatal amenaza de la subversión y del ateísmo. Literatos con proyectos de revistas y originales de libros: «Usted es amigo de la cultura, de las letras y de las artes, de la poesía; es el mismo Mecenas resucitado.» (Pelancchi tenía ganas de responder: «Mecenas es la puta que los parió», en vez de eso soltaba un billete de veinte o de cincuenta, según que el sablista fuera un joven genio o un viejo sonetista.) Reformadores, moralistas, católicos, protestantes, ocultistas, todos los que combatían las malas costumbres y la anarquía, el peligro comunista y el amor libre, el inicuo abandono de las reglas de la gramática portuguesa (el pronombre indeterminado al iniciar las frases), y el escandaloso escote de las mallas en las playas (exhibiendo todo, hasta las vísceras). La Asociación de Madres de Familia en Permanente Vigilia contra el alcohol, la prostitución y el juego («madres de familia» quería decir, principalmente, Antonio Chinelinha, que entonces estaba en los comienzos de su prometedor carrera); la Sociedad Protectora de las Misiones en Oceanía; la Campaña Contra el Analfabetismo, del mayor Cosme de Faria; la Devoción de San Genaro, y el Club Carnavalesco de las Alegres Morenas de Cabula; enfermos de todas las enfermedades, desde la lepra al cáncer, desde la bubónica al beriberi, desde el mal de Chagas al de San Vito, y los batallones de ciegos, de cojos, de mancos, para no hablar de los locos y de los que, simplemente, iban a pedir dinero sin ningún pretexto, con la cara más fresca de este mundo.

De todo eso descansaba Pelancchi en el departamento y en los senos de Zulmira, preciosos refugios, ahora más que nunca: sólo en ellos podía hundir el miedo pánico que lo asaltaba, que lo dominaba. Allí oía a sus auxiliares: unos pesados, unos babosos.

Sin darse por vencido, Máximo Sales exponía un plan audaz y simple: ¿Por qué no aprovechar la ruleta desmontada y poner todo en claro? ¿Cómo? He aquí cómo... Alabeando el plato de la ruleta hasta hacer imposible que la bolita caiga en el sector

del 17. Un truco tan viejo como el mismo juego de la ruleta. Sin duda era peligroso y desde luego deshonesto; pero, no siendo así, ¿cómo obtener la última prueba?

Máximo mantenía su posición inicial: todos esos presuntos absurdos, en los que Pelancchi veía la mano del destino, no pasaban de ser un truco monstruoso, obra de una banda - ¡extranjera!- de acuerdo con fiscales y croupiers, y con Arigof, Anacreón y Mirandão.

«Qué banda ni qué extranjeros..., *isono /regato, sono fatuto!*»

Para Pelancchi Moulas toda esa charla de Máximo Sales era pura pérdida de tiempo, nada más. Ni banda ni martingala. Era mucho peor: sus enemigos, para arruinarlo, echaban mano a las fuerzas sobrenaturales, incontrolables, extraterrenas.

En el curso de su vida, no siempre fácil, Pelancchi había sembrado odios profundos, mortales enemistades. Cuando se hizo necesario, su mano fue pesada y dura, dejando a su paso un rastro de maldiciones y de juramentos de venganza. Ahora se veía acorralado, entre el hechizo y la brujería.

Pelancchi no temía luchar con los hombres, era un recio adversario. Pero este gángster moderno, este hijo del siglo de las luces y de la técnica, se metía debajo de la cama al primer ronquido del trueno, se moría de miedo ante la fulgurante luz de los relámpagos, y en esos casos se convertía de nuevo en una criatura de Calabria, en un chico campesino, hijo de la superstición y de la miseria.

- *¡Maledetto, sono stregato!*

- Pues muy bien - dijo Máximo Sales, que sólo temía a los hombres y no creía en las almas del otro mundo; era librepensador y escéptico, y procuraba encontrar una explicación racional y lógica para todo tipo de fenómeno- ; pues muy bien, pongámoslo en claro. Combemos la ruleta y veamos qué pasa. Está prohibido y es deshonesto, y a usted no le gusta este recurso ni a mí tampoco. Pero se trata de un recurso extremo, y más deshonesto es lo que le está pasando a usted, ¿no le parece? Si una vez alabeada la ruleta todavía se diera el diecisiete - y bien sabe que es imposible que se dé- , yo estaré de acuerdo con usted: entonces es cosa del diablo y confiaremos la solución a los macumbeiros.

Pelancchi Moulas se encogió de hombros: si era para realizar la prueba, y sólo para eso, que Máximo hiciera lo que mejor le pareciese, que alterase la ruleta, pero con el máximo cuidado y discreción.

- Yo mismo me encargo del trabajo, quédese tranquilo.

- Y sólo por una noche.

- De acuerdo, sólo por esta noche.

Restregándose las manos, Máximo fue a realizar su delicada tarea. A Pelancchi Moulas todo eso le parecía inútil. Era tiempo de poner su fortuna y su destino en manos más competentes que las de Máximo y las de la policía. Si había alguien capaz de descubrir la explicación del enigma, ese alguien era Cardoso y S.<sup>a</sup>, el carismático filósofo cuya mente sublime se proyectaba en el más allá, en los páramos del infinito: un destello en el espacio cósmico que revelaba el pasado y el futuro, pues él vivía al mismo tiempo en el ayer, en el hoy y en el mañana, en las luminosas cumbres y en los negros abismos.

Zulmira tampoco tenía dudas: era brujería, era el demonio suelto. Ella no se lo había dicho antes para no aumentar sus preocupaciones, pues ya tenía Pequito bastantes motivos de inquietud: en el Pálace, en la víspera, cuando se suspendió el juego, tal como ya le había sucedido anteriormente, un fantasma le palpó los pechos y le hizo cosquillas. Y no contento con eso - ¡qué horror, Dios mío!- se metió bajo sus faldas y le pellizcó las nalgas:

- Mira, Pequito... Fíjate...

Levantó la bata. Por debajo relucía la piel color cobre, en la que él observó las marcas rojiazules de los dedos de Vadinho, definitiva prueba de la intervención de lo ignoto.

- ¡Accidente! - exclamó el calabrés, y sacando fuerzas de flaqueza, se hundió en ese oscuro misterio.

¡Insensato e insolente!... Vadinho siempre fue así y no había cambiado en los años de ausencia:

- De noche vuelvo para sacarte de la cama... Espérame...

Como si doña Flor fuese la última de las perdidas, tan disoluta como para entregarse al libertinaje mientras el esposo dormía a su lado. En la cama de hierro, el doctor Teodoro duerme el famoso sueño de los justos, su noble figura en plácido reposo, la respiración uniforme, como si roncase al ritmo del fagot.

Doña Flor contempla el honrado rostro del marido y la embarga una ola de ternura: no existe un hombre mejor, un esposo tan perfecto. Ánimo fuerte, carácter impoluto - también llamado diamantino...- ; doña Flor decide liberarse de una vez para siempre de aquel enredo turbio e insoportable, indigno de su condición y de su honestidad.

Sería mejor esperarlo en la sala, pasar allí la velada. Al mismo tiempo sería más seguro: no corría el riesgo de verse en los brazos de Vadinho en el mismo cuarto en que dormía el otro esposo (el bueno, el probo). Porque ella, esclava de los sentidos, del cuerpo vicioso, de la vil materia, teme entregarse imprevistamente. Su voluntad ya no le obedece, sus fuerzas se desvanecen apenas surge Vadinho, y, cuando él se arrima, le da un vértigo y queda a merced del seductor. Ya no era dueña de su cuerpo, la indócil materia no obedecía más a su espíritu, sino al deseo de Vadinho.

Aún no se había entregado, es verdad, pero quizá fuese porque Vadinho casi no se dejó ver en los últimos días, de nuevo entregado a la timba, a la vida airada, desaparecido.

Así que ésta era la noche. Fue tan categórico, tan incisivo: «Espérame, espérame sin falta, que esta noche te vengo a buscar a la cama.» Ni siquiera tenía para con ella la menor consideración: hizo la promesa de venir y allá se quedaba demorándose en el juego. Si es que no estaba en algún prostíbulo. Doña Flor camina por la sala, abre la ventana, escudriña la calle, cuenta los minutos.

Tantos juramentos de amor, tanta declarada pasión, todo mentira. Allí estaba ella, solita, esperándolo, y él no era capaz de sacrificarle una sola jugada. Hasta puede que venga después de la última bola.

Sin embargo, el juego ya había terminado. Doña Flor conoce bien los horarios, está familiarizada con todos los detalles. Esta vigilia esperando a Vadinho tuvo sus comienzos hacía ya muchos años. ¿Dónde estará ahora, qué fiesta lo retendrá, por quién habrá cambiado la promesa hecha a doña Flor? Vadinho, ¿por qué abusas así de mis sentimientos, por qué no vienes si hiciste la promesa de venir y yo te espero sumida en el desprecio a mí misma? ¿Qué me importa la honra, la decencia, el hogar feliz, el noble marido? Sólo me importa tu presencia. ¿Por qué se la anunciaste a mi deseo?

Por la mañana, en la clase de cocina, doña Flor, nerviosa y abstraída, casi pierde el punto del arroz de *haussá*. En el fondo de la casa se oía a Zulmira Simões Fagundes, que contaba algo, muy excitada:

- Chicas, es cosa de sortilegio, ando con un miedo... ¿Ustedes no se acuerdan que el otro día, aquí, en la clase, sentí que algo me palpaba el seno? ¿Pues saben que la cosa continúa...?

Las alumnas no salían de su asombro:

- ¿Qué? ¿Cómo? Cuenta...

- Ayer por la noche yo estaba en el Pálace...

- Tú no pierdes una *soirée* en el Pálace...

- Forma parte de mi trabajo...

- Un trabajo así es lo que yo querría...

- Cuenta, Zulmira...

- Pues ayer a la noche yo estaba en el Pálace con mi patrón y a la ruleta le pasó algo..., sólo se daba el diecisiete... Doña Flor escuchaba, pensativa.

- En el momento de mayor confusión, sentí que la misma cosa invisible me tocaba

los senos y después... - bajó la voz- ...me dio un pellizco en las nalgas...  
- ¿Pellizco de algo invisible? No me diga... - dijo dudando una señora poco afecta a los misterios y de trasero inocuo.

- ¿No lo cree? Pues todavía tengo la marca.

Como no estaba dispuesta a pasar por mentirosa, Zulmira levantó la pollera y exhibió un anca que podía causar envidia incluso a las colegas más bien servidas en materia de cuadriles. Un tanto borrosa, allí estaba la marca de los dedos de Vadinho. Silenciosamente, doña Flor salió de la sala. Lo esperó durante todo el día, con tristeza. Vadinho no vino. Tampoco en la segunda noche. Toda su pasión era mentira, su delirante amor sólo era falsedad e hipocresía. Ella en vela, esperándolo, y el trasto tan tranquilo en el juego o bajo las polleras de Zulmira pellizcándole las nalgas. Vadinho, cínico e irresponsable, falsario y desleal, sin corazón... Y doña Flor se sentía libre de toda contradicción, libre a un tiempo del pudor y del deseo. Pero triste.

## 16

Al llegar la hora de la victoria, el profesor Máximo Sales no se llenó de soberbia; por el contrario, modestamente, atribuyó el éxito al antiguo proverbio, a la probada fórmula: «a ladrón, ladrón y medio». Era erudito sin soberbia, un verdadero humanista. Pero que no le viniesen con historias de espíritus- del- otro- mundo, ni charlatanerías sobre embrujados y hechizos. Bastó con desnivelar la ruleta para que toda la brujería se disolviese, indicando la existencia de la trampa; ahora faltaba solamente descubrir al responsable, al jefe, al cabecilla de la banda, y ajustarle las cuentas. Ignorante del complot, Lorenzo Mano- de- Vaca echaba la bolita en el plato de la ruleta: en la víspera sólo se dio el 17, y hoy no había salido una sola vez en toda la noche. El rostro de Pelancchi Moulas estaba menos tenso. Él le temía a lo sobrenatural y a nada más. Pero ¿cómo iba a ser ésa una fuerza cabalística si era incapaz de superar el arreglo de la ruleta? Máximo le había quitado a la martingala su máscara de misterio, y Pelancchi, con su brazo largo e insuficiente, alcanzaría al responsable y le haría pagar con intereses el dinero ajeno, la audacia, la insolencia, y sobre todo las horas de pusilanimidad, el miedo declarado, el pánico que le había roído el corazón. Entre Zulmira y Domingos Propalato, de nuevo en paz con el mundo, Pelancchi sonreía a los jugadores: no podía haber una sonrisa más cordial y afable. Mientras tanto, Mirandáo, desertor y borracho, dormía en el burdel de Carla, en el hermoso y discreto *boudoir* rosa. La noche anterior, cuando Pelancchi Moulas, visiblemente descontrolado, ordenara la suspensión del juego, Lorenzo Mano- de- Vaca, el croupier, y Domingo Propalato, allí presentes, no fueron los únicos que al fin se vieron liberados de aquella indescifrable pesadilla. No se sintió menos aliviado Mirandáo, en medio de un mar de cifras, tan absurdo y tremendo era el asunto. Mientras en la ruleta se cantaba el 17, Mirandáo se mantuvo entre la euforia y el terror. Euforia debido a su descomunal suerte, terror ante lo ilimitado de esa diabólica suerte suya. Aquella noche se rompieron los diques de la fortuna y todas las fichas de los casinos obedecían a Mirandáo. Pero esa suerte ¿le pertenecía realmente a él? Todo era sospechoso y extraño por demás: oyendo la voz de Vadinho, a partir de la mañana, junto a las jaulas, luego a la hora del *sarapatel* y después por la calle. Más tarde la visita a doña Flor, sus extrañas palabras, sus frases oscuras, y el insulto del finado, que él oyera como si además de Mirandáo y la comadre, también Vadinho tomase parte en la conversación. Y después, el comportamiento mágico de las fichas, yendo a caer en el 17 cuando él las echaba al 3 y 32. A medianoche, Mirandáo quiso hacer una prueba temeraria, apostando de nuevo a sus números predilectos, cargándolos de fichas. Pero todas ellas, por su cuenta y nadie sabe cómo, aparecieron en el 17. Finalmente, ¿qué era Mirandáo? ¿Un jugador o un juguete del

destino? Cuando salió del Pálace, convertido en un arrogante millonario, pero con el corazón afligido, se encaminó al burdel de Carla, lugar apropiado para las conmemoraciones de los hechos grandiosos como aquél, y un lugar acogedor en las horas de angustia. Confió su dineral a la gorda italiana, señora de mucha integridad y escrúpulos (autorizándola, claro es, a gastar en la fiesta lo necesario, sin mezquindad). De este modo se precavía del exceso de cariño de las mujeres o del súbito afecto de los múltiples amigos cuando quedase borracho. Porque esa noche Mirandáo se disponía a tomar la tranca de su vida, ahogando en ella los términos del enigma, los fragmentos de tanto desvarío.

La fiesta, regida por la gorda Carla, duró hasta el día siguiente y los más resistentes, como los literatos Robato Filho y Áureo Contreiras (siempre con una flor en la solapa) y el periodista João Balisla, se quedaron a almorzar en el burdel... una *feijoada* genial y arrasadora, con *cachaca* y vino seco. Sólo después de semejante maratón cayó Mirandáo desplomado, llevándose en andas las chicas, como si fuese un muerto. Lo desvistieron y le dieron un baño libio, de inmersión, envolviéndolo luego en perfume y talco y tendiéndolo, dormido por fin, en una cama de colchón de *barriguda*, en el *boudoir* reservado a los huéspedes de honor, todo en satén rosa.

Mirandáo y algunos otros invitados sensibles, como la ya citada Amesina (Ame de Américo, su padre, y Sina de Rosina, su madre), sintieron en el ambiente la presencia de una fuerza irreprimible que dirigía la fiesta. ¿Cómo explicar, si no es así, el número de la gorda Carla bailando la danza de los siete velos, espectáculo sublime y monstruoso?

Máximo Sales, aunque escéptico, realista y librepensador, también tuvo la impresión de que lo observaban, cuando, aquella tarde, en la sala de juego (con la sola ayuda de Domingos Propálalo, hermano de leche de Pelancchi), realizaba, con pericia y conciencia, con la perfección de un artista, la difícil tarea de examinar la ruleta. Por momentos, la sensación era tan fuerte y extraña que suspendió el trabajo y recorrió la sala con la mirada en busca del invisible testigo.

Alrededor de medianoche, en momentos en que el juego alcanzaba la mayor animación, Mirandáo, desde el fondo de su sueño de piedra, bajo el peso del cansancio y el alcohol, volvió a oír la misma voz de la víspera. Al principio vagamente, luego con claridad; era igual a la de Vadinho y le ordenaba volver a la mesa de ruleta con urgencia: al Pálace, rápido, a jugarle al diecisiete y sólo al diecisiete. ¡Vamos! Al abrir los ojos, Mirandáo se encontró a solas con las sombras de la noche y aquella voz. Encogido bajo las sábanas, muerto de miedo, se tapó los oídos con la almohada. No quería oír. La víspera, en plena fiesta, Anacreón le preguntó: «¿Tú también oíste la voz de Vadinho susurrándole al oído? No hay otro amigo como él. Ni después de muerto se olvida de uno.» Mirandáo no quería oír, pero no podía dejar de hacerlo, oía con toda claridad, estaba poseído, embrujado, con un *egun* mon- lado en su cuello. Necesitaba ir cuanto antes al candomblé de la Madre Senhora para *rezar o corpo* y ofrecer un gallo a los orixés, o quizá un cabrito.

A través de la almohada, intimidante, proseguía la voz, casi amenazadora. Mirandáo no encontró una salida más digna, menos humillante que gritar a lodo pulmón, clamando socorro y alarmando al burdel. Pidiendo disculpas al meritísimo magistrado, cliente ilustre y lento, que eslava entregado a su competencia, la buena Carla fue a atender al aterrado huésped. Cuando lo tomó en sus brazos y lo escondió en su seno, Mirandáo le juró por el alma de su madre y por la felicidad de sus hijos que jamás volvería a jugar. Jamás en su vida. No habría fuerza humana (o sobrehumana) capaz de hacerle tocar otra vez una ficha.

Cuando sonó el teléfono hacía ya dos horas que Giovanni Guimarães dormía. Después de casado se acostumbró a acostarse y levantarse temprano, hábitos éstos, en opinión de la esposa, extremadamente saludables. Nada tan útil y necesario para gozar de buena salud y tener éxito en la carrera, sobre todo para quien había perdido antes tantas noches, llevando una vida extravagante y censurable. He ahí un hombre - el conocido periodista Giovanni Guimarães- cuya vida se transformó por completo y en poco tiempo. De un día para otro, como se dice. Una prueba de las excelencias del matrimonio con una mujer dedicada y enérgica, poco dispuesta a aprobar excesos y relajos. Giovanni conservaba su alegría fácil, su risa espontánea, sus mentiras, sus exageraciones. En apariencia era el mismo, el buen conversador, el que conocía todos los pormenores de la vida de la ciudad: políticos, financieros, adulterinos, todos. Pero sólo en apariencia. Porque el bohemio incorregible, el trasnochador, el jugador, ya no existían más, para asombro de muchos.

Cierta vez, cuando era soltero, la familia, alarmada con las noticias que llegaban al latifundio de Urandi, mandó a Bahía a un primo recaudador, con fama de carcamal, para que observara el comportamiento del hijo pródigo. El carcamal se hospedó con Giovanni en el apartamento del célibe, en la Piedade, y, para cumplir mejor su delicada misión, lo acompañó en sus andanzas durante una semana inolvidable. Al volver, resumió su diagnóstico en una sola palabra: «¡Irrecuperable!»

Al menos, eso parecía: despilfarrando lo que ganaba, así como la renta de la herencia, en los antros de juego y por ahí, Giovanni había cambiado el día por la noche, apareciendo por la repartición sólo para cobrar el sueldo. Acribillado de deudas y simpatizante de ideas sospechosas, ¿de qué le servían su prestigio de periodista, el brillo de su inteligencia, la irradiante simpatía que le ganaba la amistad de todos?

Ya reintegrado a sus recaudaciones, en el seno de la religión y la familia, el pariente consideraba extremadamente improbable la regeneración de Giovanni; tendría que ser un imbécil rematado para abandonar esas delicias, y sobre todo una de ellas, gracioso ornamento de la casa de Zazá, llamada Jucundina, más conocida por Cosita Dulce. Cayéndosele la baba, el recaudador comunicaba a la llorosa familia:

- Pierdan las esperanzas... Es un disoluto... No tiene arreglo...

Sin embargo, lo tuvo. Cuando ya se le consideraba un caso perdido, un incorregible, llegó el amor y en dos meses lo llevó al casamiento. Hubo quienes compadecieron a la novia: «Pobre, va a maldecir el día en que se casó, ese Giovanni es un loco.»

Decían esto porque no conocían a la joven, engañados por su tranquila apariencia, por sus moldes casi tímidos. Seis meses después del casamiento, el carcamal del sertón, otra vez en la capital, dijo meneando la cabeza: «¡Pobre Giovanni!», y salió a toda prisa hacia la casa de Zazá... quizá Cosita Dulce estuviese todavía disponible y le gustase ir a conocer el campo y la vida rural.

Era otro Giovanni: nadie lo vio más en la mesa de juego o en una farra de cualquier clase. Una vez cada dos meses arriesgaba diez tostones a la quiniela, y eso era todo. Ella era una hermosura de mujer, de esas de película... Además, ahora era también un señor muy respetable, un perfecto funcionario; un padre de familia como es debido, dándole el brazo a la esposa cuando iba por la calle, y el otro a su hija Ludmila, un *trem- de- risco*. ¡Un cuadro conmovedor!

Le había salido un principio de calvicie, tenía ideas conservadoras, hábitos principescos y ambición de tierras y bovinos: como se ve, era un hombre totalmente recuperado para la sociedad, la familia y el latifundio.

Ya hacía, pues, más de dos horas que estaba durmiendo Giovanni cuando sonó el teléfono. ¿Quién sería?

- ¿Es Giovanni? - preguntaron.

- Sí. ¿Quién habla?

- Habla Vadinho, Giovanni. Vente corriendo al Pálace y juega al diecisiete, juega sin miedo, que va a darse, te lo garantizo yo. Pero vente rápido, corriendo...

- Voy ahora mismo.



Se vistió a prisa, procurando no hacer ruido. Mejor que la esposa no se despertara, no tenía tiempo para explicaciones. Con tanto apuro por salir se olvidó las llaves, los documentos y la cartera con el dinero. Por la esquina pasaba un taxi y lo tomó, y sólo cuando iba a pagar se dio cuenta de que le faltaba la cartera.

- Me olvidé la cartera...

- No es nada, doctor... Después voy por el diario a cobrar... - Giovanni reconoció al chófer, Cígano, siempre en su puesto a la madrugada.

Reconoció al chófer, pero no se reconoció a sí mismo, Giovanni Guimarães. ¿Qué diablos estaba haciendo ahí frente a la puerta del Pálace, a la una de la mañana? Fue despertado por una llamada telefónica. Era Vadinho, recomendándole el diecisiete. Pero Vadinho había muerto hacía unos cuantos años, antes de que él, Giovanni, se casara. Seguramente se trataba de un sueño, de una alucinación. Pero, sueño o pesadilla, ya que se encontraba allí y el mal estaba hecho - saliendo de su casa por la noche y a escondidas, ¡ay!, imposible evitar las consecuencias- , lo mejor que podía hacer era aprovechar el palpito. Lo envolvía el aire de la noche y de la libertad, y, al subir las escaleras hacia el juego, Giovanni se sintió casi un héroe.

A pesar de la hora tardía había mucho movimiento en el salón, sobre todo en la mesa de ruleta, y fue recibido con saludos cálidos:

- Felices los ojos que lo ven...

- ¿A qué se debe el milagro?

Acercándose a Pelancchi, el periodista consultó:

- ¿Puedo hacer un vale? Salí con tanto apuro que me olvidé la cartera y el talonario de cheques...

- Lo que quiera... La caja es suya...

- Sólo lo necesario para probar un palpito... Soñé con el diecisiete...

- ¿El diecisiete?

La sonrisa de Máximo Sales se acentuó, pero Pelancchi Moulas sintió una corazonada, un presentimiento. Giovanni hizo el vale y tomó las fichas poniendo dos sobre el 17.

- Hoy no se dio una sola vez - comentó alguien.

- No va más... - se oyó la voz de Lorenzo Mano- de- Vaca.

La bolita giró en la bandeja alabeada de la ruleta... imposible que se diese el 17. La cara de Máximo Sales, bienaventurada como la de un santo; la de Pelancchi Moulas, tensa.

- Negro. Diecisiete - anunció Lorenzo Mano- de- Vaca.

## 18

Tarde de sábado, de melancolía y lluvia. Se le hacía tan difícil estar a solas con su tristeza. Ni eso conseguía doña Flor. Con paraguas y capa, allá se había ido el doctor Teodoro al ensayo en casa del doctor Venceslau. Doña Flor se disculpó: tenía jaqueca y pocas ganas de hablar sobre figurines y recepciones y sobre la vida ajena. Tampoco la atraía la monotonía del ensayo. Eso no se lo dijo, está claro; por el contrario, se lamentó de no poder oír, una vez más, la nueva composición del maestro Agenor Gómez, tan de su gusto, un lánguido vals en homenaje a doña Gisa, de quien el músico se hiciera amigo: *Suspiros en una noche de luna en el Mississippi*. Además, hacía un rato que doña Gisa la invitara a una demostración de *capoeira*, en unos baldíos que quedaban por el lado de Amaralina: esa gringa pizpireta siempre con novedades. Pero ¿cómo aceptar, si ni siquiera accedió ir al ensayo, caída físicamente como estaba y con el ánimo por los suelos? Lo mismo les dijo al doctor Ives y a doña Emina, fieles a las *matinéas* de los sábados, yendo casi siempre al mismo cinematógrafo. También doña Norma le había hecho una invitación:

- Ven a fisgar la brisca, el juego no impide que se converse.
- Gracias, Normita. Si tuviera ánimos habría acompañado a Teodoro. Lo dejé ir solito... Doña Norma aprobaba:
- Lo vi cuando pasó hacia el tranvía. Iba desolado, con cara de muerto. Ese marido tuyo te adora, Flor.

Era una injusticia no haberlo acompañado al ensayo: el marido le pedía tan poco a cambio de tanto amor y devoción. Mientras que el otro... No quería pensar en el granuja, en el malvado. ¿Por qué será tan contradictorio el corazón de uno? ¿Por qué deseaba ella, finalmente, estar a solas? La alegría más grande del doctor Teodoro era tocar el fagot en los ensayos cuando asistía doña Flor, oyéndolo y animándolo. Y ella no quiso ir... ¿Por qué, si no es por la esperanza de que el otro viniese, aunque fuera haciendo una escapada de su eterna noche de juego?

Quizá era eso, sí, pero para decirle toda la verdad, para echarlo, para romper toda relación con él. ¿Sería así, verdaderamente? ¿Para decirle esa verdad o la otra? ¿Cuál de las dos verdades le diría?: «Tómame, Vadinho, tómame entera, ya no puedo aguantar más.» ¿Cuál de las dos verdades le diría? ¡Ay!, en la batalla entre el espíritu y la materia, ella era nada más que un pobre ser desesperado. De la casa de al lado llega la voz de Marilda, en un canto de amor. La estudiante de pedagogía era ya casi novia; la joven estrella de la radiodifusión todavía no estaba comprometida oficialmente, porque el pretendiente, con abundancia de cacao y de prejuicios, le exigía que abandonara la radio. Que cantara sólo para él y para nadie más. Mucho le había costado a Marilda llegar ante los micrófonos y cubrir la ciudad con su pequeña voz melodiosa. ¿Por qué pagar por el novio un precio tan elevado? Con toda confianza, le pedía consejo a doña Flor. Pero doña Flor ya no sabía aconsejar a nadie, ni a sí misma, tan perdida estaba en su propia confusión. Ya no era más una única persona, siempre igual, entera e íntegra: estaba dividida en dos, la casta y la lasciva, por un lado su recto espíritu y por el otro las ansias de la materia. Todo un desacuerdo. El doctor Teodoro había salido bajo la lluvia, protegiendo el fagot con la capa, pues para él sólo dos cosas eran sagradas en este mundo: doña Flor y la música. Por la esposa y por el son del fagot, si fuera preciso, sacrificaría la farmacia y las ganancias, las tesis científicas y su situación social. Un hombre recto, ejemplo de maridos. El otro era un tarambana, un vago y nada más. A pesar de haber resuelto deshonrarla por segunda vez, no era capaz de sacrificar nada para conseguirla, ni siquiera un minuto de sus horas de jarana. Lo mismo sucedió la primera vez: no le había dado nada, nada le había concedido... Para doña Flor, nada más que las sobras del libertinaje. «Espérame, voy hasta ahí, ya vuelvo», y no volvía. Era un Belcebú de las trampas y la conversación engañosa.

Manida se arrodilló a los pies de doña Flor:

- Florcita, dime, ¿qué hago? El canto es mi vida, pero mamá dice que mi vida es el casamiento, es tener un hogar, marido e hijos; que el resto son caprichos de chiquilla. ¿Tú qué me dices?

¿Qué podía decir doña Flor? «Vete ya, maldito, déjame ser honrada y feliz con mi esposo», o si no «tómame en tus brazos, penetra en mi última fortaleza, tu beso vale por cualquier felicidad»... ¿Qué decirle? ¿Por qué cada criatura se escinde en dos? ¿Por qué es necesario siempre desgarrarse entre dos amores? ¿Por qué el corazón contiene a un tiempo dos sentimientos en guerra, opuestos?

- Tienes que decidirte por una cosa o por otra: la carrera o el casamiento.

- ¿Y por qué tengo que elegir, por qué no puedo casarme y continuar cantando, si él me gusta y también me gusta cantar? ¿Por qué escoger si las dos cosas me gustan? ¿Por qué, dime?

¿Por qué, doña Flor? A través de la ventana abierta llega la voz del enamorado en busca de Marilda y a la moza se le ilumina el rostro que ostenta su hermosura de medalla- y sale corriendo. Doña Flor la sigue con la mirada: no era el viento lo que le alborotaba los cabellos y le rodeaba las piernas, era Vadinho...

- ¡Vadinho! Con Marilda, no... ¡No te lo permito!

Riéndose, él se acurruca a los pies de doña Flor, en el sitio dejado por Marilda, y le abraza las piernas, posando su cabeza sobre las rodillas.

- Déjame en paz... - dijo doña Flor enojada.

- ¿Por qué eres así conmigo, mi bien? Siempre enfadada... El muy cínico todavía pregunta por qué. Como si no le hubiese dicho: «en seguida vengo, espérame sin falta». Noches de insomnio, días de amargura, de acongojada espera. La única noticia que tuviera de él, de ese cabeza loca, le llegó escrita en las nalgas de Zulmira. Sí, señor, asimismo. Y todavía pregunta.

- Pero si tú me dijiste que no querías verme más, que me fuera para siempre, ¿no fue exactamente así? Entonces fui a divertirme un poco con Pelancchi, un relajo, casi me muero de risa...

- ¿Con Pelancchi o con su secretaria?

- ¿Estás celosa, mi negra? Hice bien en pensar que si desapareciera por unos días ibas a pedirle a Dios que volviese. Me dije: está loquita por dárseme, no resiste más...

- ¿Quién te dijo? Pues es mentira. Soy una mujer honrada, quita de ahí la mano. Mano y labios le quemaban la piel, los labios sobre su boca, la mano oculta en su vientre, en su último reducto. Se le hace insoportable la languidez del cuerpo, se le quiebran las últimas resistencias. Al mismo tiempo que se declara honrada e indoblegable, le entrega su boca sin siquiera cobrarle su ausencia y los suspiros de Zulmira. El vértigo la dominaba y no tenía fuerzas para oponerse a sus avances, para defender el límite final de su honra. ¡Ah! ¡Si al menos tuviera a quién pedir socorro! Vadinho está apurado, tiene que volver al juego, vino con prisa: «Vamos a yogar en la cama, mi amor.» Ella se puso de pie, en los brazos de él..., ya no le resiste..., ¿qué le importan marido y honra? «Donde quieras, mi amor.» Pero en ese momento Dionisia de Oxóssi cruzaba la puerta y decía:

- ¿Qué le pasa, comadre? Qué pálida está... Sentándose de nuevo, salvada por milagro, doña Flor murmura:

- Dios la mandó, comadre Dionisia. Sólo usted puede ayudarme. Siéntese junto a mí.

- Pero ¿qué es lo que tiene usted, comadre? Está toda temblando...

Doña Flor tomó entre las suyas las manos de la *iawó* de Oxóssi:

- Comadre, necesito que alguien encuentre el modo de librarme de Vadinho, que le ordene irse para siempre y que no lo deje perturbarme. Hace tiempo que me está perturbando, y yo ya no soy yo, ni sé lo que hago, se me acabó la voluntad.

- ¿Mi compadre, el finado?

- Haga que él vuelva a su paz, porque si no, comadre, no sé lo que va a pasar... Ni se lo puede contar... A toda hora quiere que vaya con él; ahora mismo quería que fuese, cuando usted llegó, y me dio una flojera que casi voy... Si esto continúa, acabará llevándome...

Dionisia se tapó la boca con la mano para no gritar:

- ¡Ay, comadre! Tenemos que apurarnos, hay que hacer pronto algo. Ahora mismo voy a hablar con el padre Didí. Por suerte sé dónde está, cumpliendo su mandato. Estas cosas de *egun* no son para cualquiera. Sólo para los que tienen bastón de *ojé*. ¡Ay Dios mío, comadre...!

- ¿Didí? - Y doña Flor se acordó de repente de aquel negro flaco del mercado de las flores que le dio el *mokan* para la tumba de Vadinho- . Vaya, comadre, vaya aprisa. Si hay alguien que pueda salvarme, es él. Si no, comadre, estoy perdida, va a ocurrir una desgracia irremediable.

- Ahorita mismo...

Y Dionisia se marchó, protegida por su collar de Oxóssi, toda encogida de miedo a los *egun*, pero con el firme deseo de salvar la vida de la comadre: «una desgracia irremediable», ¿qué otra cosa podía ser sino la muerte? Aprisa, Dionisia, más aprisa por los ocultos y estrechos caminos del reino de Ifá: en su encrucijada encontrarás al *babalaó* y sus poderes.

- Mi padre - dijo la *iawó* al besarle la mano- . El finado quiere llevarse a mi comadre, sálvela, amarre al *egun* en su muerte. - Y le contó la historia, la parte de la historia que ella conocía.

En ese mismo instante, empapado, regresaba el doctor Teodoro. A causa de la

llovía no hubo ensayo. Bebió un sorbo de licor, precaución contra la gripe, se puso el saco del pijama y tomando el fagot ejecutó para doña Flor fragmentos escogidos de su selecto repertorio. Mientras lo oía, ella se fue recuperando del susto y de la tristeza, de la rabia contra sí misma por ser una casada de frágil virtud. Ya no tienes nada que temer, Teodoro, yo te amo y soy tuya y solamente tuya; este sábado, con derecho a bis, y mañana y para siempre. Ningún corazón debe tener dos amantes a un mismo tiempo; mandé que me arrancasen la mitad de mi ser, y aquí estoy, de nuevo entera, íntegra, oyendo tu música en el fagot; aquí está, Teodoro, tu honrada esposa.

Al otro lado de la noche de Bahía se encendió un relámpago y dentro de él el *babalaó* hizo el *jogo dos búzios* con el ruego de Dionisia, hija de Oxóssi. Entonces la lluvia se convirtió en tempestad, rugió el trueno, se alzó furioso el mar, y las *orixás*, cabalgando rayos y relámpagos acudieron, uno a uno, en obediencia a la llamada del *Asobá*.

Todos dijeron sí, menos Exu que dijo no.

## 19

El mensaje de Pelancchi Maulas le llegó al místico Cardoso y S.<sup>a</sup> cuando estaba en la Iglesia do Passo visitando su propia tumba, como lo hacía en cada aniversario de su muerte. De esa muerte suya ocurrida cuando se llamaba Joaquim Pereira, un potentado bahiano fallecido en su solar de Corredor da Vitoria, allá por 1886. Fue aquél un velorio rumboso, un entierro con gran acompañamiento de hermanos masones y de colegas del comercio al por mayor, con asistencia del gobernador de la provincia, y con plañideras y misa de cuerpo presente.

Eran múltiples las tumbas de Cardoso y S.<sup>a</sup>; múltiples y esparcidas por el mundo adelante: una monja descubierta en la Gran Pirámide; una verdadera pieza de museo, enterrada en las nieves eternas de los Alpes, cuando él los cruzara en la vanguardia de los ejércitos de Aníbal; otra en las arenas del desierto árabe, siendo él por entonces Zalomar, en su caballo zaino. En Francia murió por lo menos dos veces, y otras tantas en Italia; murió asimismo bajo las torturas de la Inquisición en España, por alquimista y herético; fue rico y pobre, mendigo y cardenal; vendió dátiles en Egipto, a la puerta del mercado, en las márgenes del Nilo, en los tiempos de Ramsés II; contempló las estrellas del hemisferio oriental cuando era un hebreo de barbas de algodón; fue el célebre sabio matemático Allhy Fouché, nacido y muerto antes de Cristo.

En Bahía, además del nicho perpetuo en la iglesia negra del Passo, reposaba también en la iglesia do Baiacu, en la isla de Itaparica, donde murió en 1638 guerreando contra los holandeses, a los treinta años de edad, cuando encarnaba al bello, fuerte y libertino servidor del rey de Portugal, don Francisco Nunes Marinho d'Eca, primer Capitán- Mayor de la Costa, perito en indias.

Toda esa inmensa experiencia - y mucha más, pues harían falta varios tomos para narrar la multiplicidad de sus vidas, todas ellas plenas de hechos y amores- se acumulaba ahora en el frágil esqueleto de Antonio Melchiades Cardoso e Silva (Cardoso y S.<sup>a</sup> para los elegidos), modesto funcionario de los archivos municipales, maestro de ciencias ocultas, heredero de la Llave de Salomón, filósofo universal e indostánico y capitán del cosmos.

- Vamos, don Cardoso, que el patrón me dijo que lo llevara a toda costa. El hombre está hecho un ascua... - dijo Aurelio, chófer de Pelancchi.

- Vamos, yo ya lo estaba esperando...

¿Usted sabía que yo iba a venir?

El sabio se rió de la pregunta, con una risotada clara y desembarazada; no podía haber nadie más satisfecho y alegre, tan plenamente feliz:

- ¿Qué habrá que yo no sepa, Aurelio? Sé lo negativo y sé

lo adjunto.

Por su parte, Aurelio no pensaba discutir ni sobre lo negativo ni sobre lo adjunto, pues la simple presencia de Cardoso y S.<sup>a</sup> ya lo ponía nervioso. Durante el viaje, junto al chófer, el capitán del cosmos iba saludando a los invisibles.

- Buenas tardes, brigadier...

¿Dónde está el brigadier? ¿Allí, sentado frente al mar, tomando el fresco de la tarde? ¿Dónde, señor Cardoso? Aurelio no consigue ver ningún señor, ni de uniforme ni de civil. No a todos les es dado ver, querido, sólo a algunos.

- Mis respetos, señora mía, a sus pies.

¿Tampoco la ves? Ésa tan elegante, de sombrero de plumas y vestido de cola; fue la más hermosa de su época, en otros tiempos. Por ella se mataron dos jóvenes en la flor de la edad. Ahora van los tres juntos por la orilla, del brazo, entre risas y galanterías. Tus ojos están ciegos, míseros ojos materiales, pues ni siquiera alcanzas a verla a ella, en el esplendor de su realeza.

- Dios me libre y guarde, don Cardoso...

Suelta el maestro una carcajada, la calle se puebla de espectros; al chófer, tenso al volante, no le agrada conducir tanto misterio.

- ¿Así que las cosas no andan bien en el juego? - pregunta

Cardoso de repente.

- ¿Usted lo sabía?

¿Será que verdaderamente lo sabe todo? Pero he aquí que Cardoso oculta el rostro y se esconde. ¿De quién? ¿De esa moza rubia y deportiva que va camino de la playa? De ella misma, querido. ¿Sabes quién es? Es Juana de Arco. ¿Y sabes quién es Cardoso y S.<sup>a</sup>? Pues no es otro que el cardenal francés Pierre Cauchon, legado del Papa, cuya mano pusilánime firmó la sentencia de muerte de la Doncella. Él la ve en todos sus detalles, con sus ojos inocentes y su rubio perfil, durante el sacrificio.

- Yo era desconfiado, frívolo, inmoral, cobarde... En el apartamento de Zulmira, Pelancchi espera impaciente al mago del Hindostán, el único capaz de descifrar lo imposible.

- Tardó, señor Cardoso...

- Nunca llego ni antes ni después, siempre en la hora justa.

Saludó a Zulmira, envuelta en flotantes gasas; Cardoso la conoce bien de otras épocas, cuando al frente de las Amazonas ella cruzaba el valle en fogosa cacería, al aire el único, opulento seno. Que todavía sigue siendo opulento (lo mismo que el otro), pero no lo muestra; es una lástima, piensa el maestro Cardoso, casi puro espíritu, decantado por tantas encarnaciones, pero que, sin embargo, todavía no había llegado al punto de ser insensible a ciertas exigencias de la puerca vida material en que se cumple la pena.

- Hace dos días que lo busco...

- ¿De qué tiene necesidad? ¿De prisa o de solución?

Los ojos inmóviles, fijos en el más allá, el sudor recubriéndole la amplia frente, los fluidos en derredor suyo. Intenta concentración:

- Se reviró la ruleta, ¿no?

Pelancchi miró a Zulmira, como diciéndole: «Ves, lo adivina todo.» Incluso a la tienda espiritual en que Cardoso habita con su pobreza y sus cinco hijos (jamás cobró un real por hacer el bien), llegaban los rumores de la ciudad, y por aquellos días no se hablaba en ella de otra cosa que de lo acontecido en el Pálace, en el Tabaris, en el Abaixandinho, en las mesas de ruleta y bacará, de *lasquiné*. Misterio o martingala, trampa o milagro, nunca hubo noticia de una mala suerte tan grande como la de Pelancchi Moulas. Los comentarios, a decir verdad, habían llegado a oídos del maestro. Pero, si no los hubiera escuchado, ¿acaso eso le impediría saberlo?

- Hoy de mañana, cuando hablé conmigo mismo, antes de salir de casa, me dije: Pelancchi va a mandar llamarme, está en las tinieblas, necesitando un poco de luz.

- ¿Un poco? No, mucha luz... Me dan ganas de acabar conmigo, de liquidarme de una vez...

Le contó los increíbles sucesos; sentado frente a él, impávido, Cardoso y S.<sup>a</sup> oía la relación de los asombrosos acontecimientos. Y meneaba la cabeza, tal vez para confirmar alguna idea o prever una certidumbre. Por entre las finas gasas del *peignoir*, a través de una discreta mirada de reojo, Cardoso y S.<sup>a</sup> miraba conmovido un palmo de muslo de Zulmira, atenta a la dramática narración del rey del juego. Semejante visión camal no perturbaba a S.<sup>a</sup>, pues la belleza no perturba al sabio, que no es inmoral ni se opone al espíritu. Además, hace descansar la vista.

Vista cansada: sus ojos inmateriales veían a través del espacio, atravesaban el tiempo, fijos en lo que queda detrás, en lo que viene delante. Cuando Pelancchi terminó de contarle sus innumerables golpes de mala suerte, para Cardoso y S.<sup>a</sup> ya estaba todo claro, tanto los términos del problema como su incógnita, y ya tenía la respuesta y la solución:

- Son los marcianos... - dijo categóricamente.

Y echó una de sus colosales carcajadas, como si todo aquello no pasara de ser una broma divertida, como si no le estuviese costando una fortuna diaria a los cofres de Pelancchi.

- ¿Marcianos? ¿Qué marcianos?.. Don Cardoso, no me venga con memeces... Confío en usted, no me deje con las manos vacías. ¿Qué tienen que ver los marcianos con esto? Es obra de mis enemigos, eso sí. Es brujería. ¿Quién es el que vio a un marciano? Nadie sabe si existen siquiera. Pero el hechizo existe, y los malos espíritus y el mal de ojo...

- Usted nunca los vio porque es un montón de carne... Son los marcianos, como le dije... Ni enemigos ni brujería. Los marcianos son muy curiosos, en cuanto ven una máquina se ponen a estudiarla, quieren entenderlo todo, y para ellos, mentalidades superiores, no existen la mala suerte ni el azar...

- ¿Marcianos? - preguntó Zulmira, siempre ávida de aprender- . ¿En la tierra? ¿Desde cuándo?

Mas no confundamos ni comparemos a Cardoso y S.<sup>a</sup> con esos cartománticos u ocultistas que andan por ahí, a salto de mata, inclinados sobre las bolas de cristal o con los videntes de óptica reducida, o con las adivinas de pacotilla y los quirománticos de tres al cuarto. Cardoso y S.<sup>a</sup> era profesor de misterios, un sabio de lo oscuro, un científico que ya estaba mucho más allá de la astrofísica y de la relatividad.

- Hace mucho tiempo que los primeros marcianos desembarcaron en la tierra. Sólo tres seres humanos asistieron al desembarco...

- ¿Y usted era uno de ellos? Sonrió con modestia, y continuó:

- Un día de éstos se van a mostrar, y entonces la humanidad va a recibir un sacudón... - Y echó otra carcajada, encontrando infinitamente gracioso el susto que se iba a llevar la humanidad- . Por ahora son invisibles... Sólo algunos elegidos...

Zulmira, con afán de saber, preguntó:

- Usted, que los puede ver, dígame, ¿cómo son? ¿Son hermosos?

- Al lado de ellos, nosotros somos unos bicharracos hediondos. Quedóse la mulatita absorta, meditando, divagando:

- ¿Quiere decir, señor Cardoso, que fueron los marcianos quienes me metieron mano y me pellizcaron? ¡Ay! ¿Ellos también son así?

- ¿Así? ¿Cómo? - Solícito, Cardoso pidió detalles- . ¿Qué mano, qué pellizcos, en qué parte de su anatomía?

Zulmira le contó lo sucedido, todavía alarmada, inocente víctima del libertinaje interplanetario, del toqueteo de los ectoplasmas.

- Se las mostré a Pequito, él vio las marcas. También se las mostré a las compañeras de la clase de cocina, en la escuela de doña Flor. Doña Flor se impresionó tanto que casi se desmaya.

Las mostró a todo el mundo; sólo a él, Cardoso y S.<sup>a</sup>, no se las mostró, ¿por qué esa prevención para con él? Sin un examen *in loco* (como diría el cardenal Couchon) era imposible definir el fenómeno. Un tanto contrariado, Cardoso y S.<sup>a</sup> le respondió:

- ¿Los marcianos? No creo... Ellos sólo transmiten el pensamiento.

¿Sólo transmisión de pensamiento? ¡Qué locos..., pensó Zulmira, y prosiguió haciéndose las uñas. Pero Pelancchi aún tenía dudas:

- ¿Marcianos? ¿Y si no fuera eso?

- Déjelo de mi cuenta, que yo lo resuelvo...

Pelancchi confiaba en Cardoso y S.<sup>a</sup>. Había tenido ocasión de comprobar la grandeza universal de su saber. Pero, para un asunto tan complejo, quizá valiera la pena no limitarse al místico del Indostán; quizá conviniese consultar otros poderes mágicos, a la madre Octavia, por ejemplo.

Cardoso y S.<sup>a</sup> renovó el tabaco de la pipa con la mirada puesta más allá de la ventana y del horizonte, parecía haberse ido siguiendo el rayo de luz. Su voz llegaba de lejos:

- Tengo mucho crédito entre los marcianos..., todavía no hace cuatro días que fui con ellos a Marte. Recorrí todo el planeta. Tienen una ciudad toda de plata y otra toda de oro... Allá los peces vuelan y el mar es un jardín de flores...

Ahora ya ni siquiera contemplaba las piernas de Zulmira, ni su opulento seno entre los encajes del escote. Había llegado a Marte en un barco de luz. «Está en trance», susurró Pelancchi respetuosamente, y Zulmira puso en orden el *peignoir* de encaje.

## 20

Las puertas del infierno se abrieron, y el ángel rebelde traspuso la puerta del dormitorio (y del amor) de doña Flor, encendida su mirada lasciva, incitantes los labios y enteramente desnudo. Si ni siquiera una santa pudo resistir la atracción de esa sonrisa, de ese pecho descubierto, ¿cómo podría hacerlo doña Flor? ¿Dónde estás, comadre Dionisia, con tu collar de Oxóssi, y con el *ebó* compuesto por el *ojé*? Apúrate, Dionisia, apúrate con el *bacalao* y con el *mokan* para amarrar al tinoso en la noche de su sueño. Si él sigue entre los vivos, doña Flor no puede responder por su honra y por la testa del doctor. Toda una vida honesta, de comportamiento ejemplar, de decencia, de respetabilidad, y he aquí que todo ese envidiable capital está en peligro; mañana, el buen nombre de doña Flor, símbolo de virtudes, va a estar en boca de todos, enlodado, despreciado. Mañana será ya otra mujer, a la que señalarán con el dedo, llena de remordimiento y de vergüenza. Doña Flor acoge la mirada del cachondo en el centro de su ser, encelada; gozosamente, responde al convite, ofreciéndose. Es al mismo tiempo una doña Flor alerta y valiente ante el peligro, honrada y austera, intransigente, y una doña Flor apurada por darse, antes de que sea tarde. ¿Cuál de las dos es la verdadera doña Flor? ¿La que cierra la puerta con estruendo, o la que abre en silencio, un resquicio tras otro, la puerta de su cuerpo? Se oye la lluvia sobre el tejado.

Es la noche del sábado, después de la tarde con jaqueca, el vértigo, la visita de Dionisia, el concierto de fagot: ¡todo eso parece tan lejano! El tiempo de doña Flor es un tiempo de batalla, ya no se mide por horas y minutos; es un tiempo de rechazo y de deseo, largo y sufrido. Noche de sábado, noche del doctor, con bis: él se prepara en el baño para la discreta y deleitosa fiesta de los sentidos. Doña Flor lo espera descansando, sumisa y apacible. Pero, ¡ah!, en ese instante aparece el pérfido, acomodándose a los pies de la cama y ordenándole, dedo en ristre:

- Tú no vas a dormir con ese bosta, no te voy a dejar ni aunque tenga que hacer un bochinche de órdago.

Era absurdo, un abuso, un despropósito, pero vaya uno a entender el corazón humano..., doña Flor se sintió contenta y a punto de reír y de preguntarle (en vez de expulsarlo, ofendida e indignada):

- Estás celoso de él, ¿eh?.. Hay que ver... ¡Este punto tiene celos!...

- Lo que tengo es ganas de ti, mi bien - respondió con la mayor tranquilidad del mundo, tendiéndose en la cama a sus anchas- . Ya esperé demasiado... ¿Dónde se vio tener que conquistar a mi legítima, con la que dormí durante siete años? Se

acabó, no espero más. ¿Cómo voy a tener celos de tu doctor de fórmulas, si no estoy en guerra, en competencia con él? Se casó contigo, es tu marido, y, excepto en el yogar, para lo que no le da el cuero, en lo demás, lo reconozco, incluso es un buen marido. No le niego su derecho. Sólo que hoy tendrá que disculparme: se va a quedar al sereno, el que va a yogar es este punto, que es el que sabe cómo se hace la mazmorra...

- Ya puedes ir esperando, vas a tener que esperar mucho...

Totalmente desnudo, ardientes los labios, la mirada cachonda y la mano siguiendo su curso, él la domina: doña Flor ya es una esclava de Vadinho, sólo es libre de palabra, pura fanfarronería. ¿No había sido siempre así? Su orgullo y su pudor se desvanecían en las manos de él, quedando doña Flor a las órdenes de su marido y dueño. Orgullo, pudor, decencia, moral, dignidad, ¿de qué vale todo eso si él la desea y vino por ella? (bien sabéis de dónde: de donde no se vuelve).

- Yo estaba preso en los abismos, atado de pies y manos; me dio harto trabajo desatarme para venir a verte, mi bien. Pero tú me llamabas y vine, atravesando el fuego y el frío, la nada y lo que no es, y llego aquí y tú me niegas el pan y el agua..., ¿por qué?

- ¡Ay, Vadinho!...

- ¿Por qué me tratas así, como a un perro? Se acabó, mi bien. O hoy o nunca más. Cuando aparezca esa cucaracha tonta le dices que no te sientes bien, que hoy no puedes. Después este punto te va a arar la peladita.

- ¡Ah, eso no!... Soy una mujer seria y honrada, no voy a traicionar a mi marido, ¿cuántas veces te lo dije?

El doctor, saliendo del baño, de pijama limpio, trasciende a jabón de olor. Su aspecto es apacible, sincera su sonrisa, honesta su mirada. Vadinho toma en su mano la rosa azul de doña Flor. ¡Ah, doña Flor!..., ¿cómo puedes ser tan despreciable?

- Teodoro, querido, perdóname, hoy no me siento bien, estoy indispuesta. Lo dejamos para mañana si no te enojas.

¿Enferma? El doctor se inquieta. Ya se había quejado a la tarde. ¿No sería algo más que una simple indisposición? ¿Dónde está el termómetro? ¿Y el jarabe, las píldoras, la caja de los medicamentos? No necesito nada de eso, mi querido, no te aflijas, duerme, mañana estaré bien, estaré bien del todo...

- ...y a tu disposición - dijo, prometedora, doña Flor.

¿Cómo puedo ser, así de pronto, tan carente de sentimientos, tan sin orgullo, sin decencia, sin moral? - se interroga doña Flor, sintiendo por el alarmado esposo una suave ternura al mismo tiempo que cierto gusto por la farsa. Le dio un beso en la mejilla. Pero el doctor Teodoro no se conforma: debe tomar un sello, unas gotas, algún sedante para dormir de un tirón toda la noche y despertar tranquila y descansada. Va a buscar el remedio y el agua. Apenas sale, doña Flor se siente apresada en los brazos de Vadinho.

- ¡Loco! Suéltame, que ya está volviendo... Vadinho, objetivo e imparcial, reflexiona:

- No es mal sujeto, tu segundo... Muy al contrario, ¿sabes, mi bien?, cada vez me es más simpático... Aquí entre nosotros, tú estás muy servida. Él para atenderte y cuidarte, yo para yogar... El doctor trajo el porrón de agua fresca, dos vasos y una pequeña ampolla con un líquido incoloro:

- Tintura de valeriana, veinte gotas en media copa de agua. Con esto vas a poder dormir y descansar, querida.

Alzó el cuentagotas y con calma y atención mezcló el sedante con el agua. ¿Cambió alguien los vasos en cuanto el doctor se dio vuelta por un segundo? ¿Quién? ¿Vadinho o doña Flor? Pero si así fuera, ¿cómo el doctor, un farmacéutico competente, no reconoció el gusto fuerte de la valeriana? ¿Ocurrió un milagro? Si ocurrió, a esta altura de los acontecimientos, un milagro más o un milagro menos ya no impresiona a nadie ni le causa sorpresa. También puede ocurrir que no hubiese habido cambio, que doña Flor no bebiese el sedante y que el profundo sueño del doctor se debiera solamente a la lluvia en el tejado y a su conciencia



tranquila. Apenas tuvo tiempo de darle un beso a la esposa.

- Se quedó corneado... - dijo Vadinho, empleando el término justo- . Ahora nosotros, mi bien...

- Aquí no... - pidió doña Flor, gastando las últimas briznas de pudor y de respeto por el segundo esposo- . Vamos a la sala...

Y en la sala se abrieron las puertas del cielo e irrumpió el canto de aleluya.

«¿Dónde se vio yogar en camisión?» Doña Flor quedó tan desnuda como él, vistiéndose y completándose el uno con la desnudez del otro. Una lanza de fuego la traspasó y Vadinho la deshonró por segunda vez: una antes, cuando era doncella, otra ahora, de casada (y si tuviera otras honras también se las quitaría). Y allá se fueron los dos por las praderas de la noche, hasta las orillas de la mañana.

Nunca se entregaba de ese modo, tan suelta, tan fogosa, con tan ardiente voracidad, con tanto delirio. ¡Ah, Vadinho!, si tú tenías hambre y sed, ¿qué decir de mí, sostenida con un régimen escaso y soso, sin sal y sin azúcar, casta esposa de un marido respetador y sobrio? ¿Qué me importa lo que digan la calle y la ciudad; mi nombre digno, mi honra de casada?, ¿qué me importan? Toma todo eso en tu boca ardiente de cebolla cruda y quema en tu fuego mi decencia innata, rasga con tus espuelas mi antiguo pudor, soy tu perra, tu yegua, tu puta.

Fueron y vinieron, partieron y llegaron, y, apenas volvían, ya partían de nuevo, siempre de llegada, siempre de regreso. Tantas nostalgias y tantas metas a cumplir todas alcanzadas, algunas repetidas.

Insolente y bienamada, sucia y linda, la boca de Vadinho le decía tantas indecencias, le recordaba las dulzuras de otro tiempo.

- ¿Recuerdas la primera vez que te sentí? La gente paseaba en la plaza, tú te arrimaste a mí...

- Fuiste tú quien me abrazó, y me metiste la mano.. Él le metió la mano y la exploró:

- Tu rabo de sirena, tu barriga color de cazuela, de barro esmaltado, tus pechos de aguacate. Creciste, Flor, estás más opulenta, estás sabrosa de la cabeza a los pies. Te voy a decir una cosa: he comido muchas brevas en mi vida, una buena cosecha: ninguna como tu peladita, te lo juro, mi Flor...

- ¿Qué gusto tiene? - preguntó doña Flor con impudor y cinismo.

- Tiene gusto a miel y a pimienta, y a jengibre...

Él hablaba y doña Flor se deshacía en ayes: qué Vadinho más loco, más perverso, fuego y brisa a la vez. No te vayas más, nunca más. Si te fueras otra vez me moriría de pena. Aunque yo te lo pida y te lo niegue, no te vayas; aunque yo te lo mande y te lo ordene, no me dejes...

## 21

El domingo era día de levantarse más tarde, y cuando doña Flor se despertó, en aquella mañana de domingo todavía lluviosa, vio el rostro del doctor inclinado sobre el suyo, contemplándola con devoción, la mano puesta sobre la mejilla de ella:

- ¿Dormiste bien, querida? Fiebre no tienes...

Sonrió doña Flor desperezándose, contenta de tener tan buen marido, de sentirse objeto de tantos cuidados; le pasó los brazos por el cuello y le dio un beso de agradecimiento:

- Ya no siento nada, Teodoro... Fue una tontera...

Sentía una modorra..., sentía el placer del ocio, ganas de estar en cama, de seguir disfrutando aquel calorcito y la dedicación del farmacéutico. Mañana sin compromisos, colchón de espuma, la lluvia en el tejado, la devoción del marido, santo esposo. Se recogió en el mimo de sus brazos:

- Qué pereza, querido...

- ¿Y por qué no te quedas descansando? Ayer no estabas bien, descansa hoy hasta

más tarde. Si quieres traigo el café aquí. Tan bueno, tan encantador:

- Sólo me quedaré si tú también te quedas, querido. Sólo me quedaré si es junto a ti.

El doctor Teodoro, sin malicia, un bebón, a pesar de la situación social, del saber, de la edad:

- Es que... - se rió, torpemente- ...si me acuesto junto a ti, no asumo ninguna responsabilidad si... Doña Flor, con voz mimosa:

- Corre el riesgo, Teodoro... - y escondió la cara en la almohada.

Estaba un tanto alterada, un seno se agitaba junto al pecho del doctor, la curva del anca resaltaba entre las sábanas, con su color de cerámica antigua. La mirada del doctor, tímida y voraz, la mano contenida.

- Tú te diste algunos golpes en la cama, querida, mira la marca... Más de una... Tuviste un mal sueño.

Ella se encogió, sintiendo que se le paraba el corazón:

- ¿Dónde?

- Aquí... Pobre mi querida... - la mano aprovechadora subía por el muslo y más arriba.

Doña Flor ocultó entre las piernas del marido las huellas del mal o bien dormir (o de no dormir). Sus bocas se encontraron y ella se estremeció: el sabor del beso puro, pero ardiente, el inesperado placer de aquel abrazo, la lluvia en el tejado, el calor de la cama, la timidez del doctor Teodoro, la mano sin experiencia y por eso tal vez más deleitosa, el deseo en los ojos entrecerrados del marido, con el pecho jadeante; y todo a plena luz, ¡oh!, ¡iqué vergüenza!... Doña Flor se estremeció de nuevo: una delicia. «Para los trabajos y los cuidados, tu buen marido.» ¿Sólo para eso? «Cada hombre tiene su gusto propio - decía María Antonia, su ex alumna, una experta en machos y cama- , cada uno tiene su característica, unos sabios, otro no. Pero si una sabe aprovechar, ¡ah!, todos son buenos...» Doña Flor se siente anegada por el deseo, un deseo diferente, nacido de la pereza, de la timidez de Teodoro, de su contención.

- Estás en deuda conmigo, querido...

- ¿Yo? ¿Qué?., - preguntó el doctor, sonriendo con inocencia... ¿No era verdaderamente un niño grande y tonto?

Frente amplia, de intelectual, frente de insignes pensamientos, ¡y qué hombre tan bobo! Doña Flor pasó la mano, curiosa, por su frente, y se rió levemente: nunca había sido tan suave y mimosa:

- Pues sí, señor, ayer me falló...

- No seas injusta, quien falló...

- Si soy yo la que está en deuda, entonces páguese, que a mí no me gusta deber - dijo ocultando la cara entre las manos, toda llena de malicia.

¿Qué más podía desear el noble farmacéutico? Contestó con toda seriedad:

- Pues voy a cobrar con intereses...

Hombre metódico, cumplidor de leyes y ritos, el doctor se dispuso a tomar su posición habitual, y se echó la sábana por encima para cubrir el amor con el recato y el pudor que se deben entre esposos. Pero doña Flor no le dio tiempo: de repente, tiró la sábana fuera de la cama y con ella el recato y el respeto, y el doctor se encontró en los brazos de ella. Nunca se iba a olvidar de esa mañana de lluvia, ese domingo bendito, ese día santo y feriado, esa extra sin igual, extra y *super* para decirlo y definirlo todo con exactitud.

Después, doña Flor se hizo un ovillo, adormeciéndose al compás de la lluvia con una sonrisa en los labios, y durmiendo profundamente, tan sosegada y satisfecha que había que verla.

Nada había cambiado, no se observaba ninguna novedad, ése era un domingo como todos los otros y doña Flor seguía siendo la misma de siempre. Igualita. ¡Y ella había pasado las del infierno, llegando a creer que aquello era el fin del mundo!: uno tiene cada sorpresa en esta vida... Sin embargo, como la Droguería Científica estaba de turno, ese domingo era algo distinto, pues el doctor debía atender la numerosa clientela - una sola farmacia abierta para una población tan grande. Cuando salió del dormitorio, el marido ya no estaba. A pesar de eso, tuvo una de las mañanas más agitadas. Primero llegó Marilda con su noviazgo, en crisis, mientras doña María del Carmen casi estaba en el paroxismo: ¿debía seguir cantando o debía casarse? La opinión de las mujeres de la vecindad era unánime, con excepción de doña Gisa. Pero la norteamericana era conocida por sus ideas estrambóticas, tal vez buenas para los Estados Unidos, pero extravagantes, cuando no peligrosas, para el Brasil. No sólo defendía el divorcio, sino que llegó al absurdo de declarar, en voz bien alta, que la virginidad no pasaba de ser algo obsoleto y hasta perjudicial para la salud: los manicomios, según la gringa, estaban llenos de vírgenes. ¡Imagínense! Las demás repetían, moralmente convencidas, que el casamiento era el único objetivo de la mujer, destinada por Dios a cuidar de la casa, atender al marido, procrear y criar hijos, contenta y conforme. Estaba al frente de este bravo ejército doña María del Carmen, con el deseo de ver a su hija establecida en la vida, como ella misma decía:

- Es preciso que esa chica se establezca, que constituya su hogar. La radio no ofrece garantías y es un peligro.

¿Un peligro? El grupo se exaltaba: no uno, sino múltiples peligros rodean a las cantantes, a las artistas, una raza que ya de por sí es un tanto equívoca y de conducta sospechosa, en opinión de doña Dinorá, una persona, como sabemos, de moral severa y rígida, cada vez más intransigente en la lucha contra la indecencia y el libertinaje. Se echaba para atrás apenas oía hablar de artistas, escenarios o radio. En cuanto a los directores, a los cantores, a los músicos, eran todos unos perdularios, unos gavilanes que echaban el ojo a los infelices, con las garras afiladas.

Todavía hacía poco que una joven cantante, una joven de excelente familia - con la que estaba relacionada doña Enaide, «gente distinguidísima»- , fuera internada en el hospital, apresuradamente, porque se iba en sangre, y, cuando el médico averiguó la causa de la hemorragia, comprobó que era un aborto muy mal hecho por una aficionada cualquiera. Si la joven no murió fue gracias a los cuidados del doctor Zezito Magalhães, cuya competencia es de todos conocida. No se murió, el médico le devolvió la vida, pero lo que es el virgo, eso ni el buen doctor Zezito, con toda su competencia, puede devolvérselo. Ni él ni nadie, pues, como decía doña Dinorá: «todavía no se inventó una virginidad de repuesto».

- Pero - comentó doña Norma- el que la invente se hace rico. ¿Se imaginan? Bastaría ir a la farmacia, la Científica para no ir más lejos, y pedir: «Déme dos cachuchas nuevas, una para mí y otra para mi hermana... Y una más barata para la criada...»

Todas se rieron, si bien nada de eso tenía que ver con Marilda, que era una joven honesta, según la opinión general de las vecinas. Por eso mismo, no podía dudar entre el casamiento con el hacendado y el magro *cachet* de la radio. En consecuencia, grande fue el asombro cuando ese domingo doña Flor, al ser abordada una vez más por Marilda, le aconsejó que mandase a comer alpiste a ese novio retrógrado y prepotente y que continuara en la radio, en donde no tardarían en ofrecerle mejor salario. Doña María del Carmen, viendo que su hija, fortalecida por tan inesperado apoyo, se inclinaba a romper el noviazgo, fue a pedir explicaciones a doña Flor y casi riñe con ella:

- Si fuera su hija, dudo...

La discusión fue encendiéndose - con participación de las vecinas- , pero doña Flor mantuvo sus puntos de vista:

- Eso es pura carcamalería...

Las dos acabaron llorando y doña María del Carmen quedó vacilando entre el éxito

radial de la hija y la seguridad del casamiento. Doña Flor había logrado conquistar la opinión de la mayoría. Doña Norma resumió:

- Que se vaya al infierno a ser el amo. Se acabó el tiempo de la esclavitud.

Doña Flor fue a la cocina a preparar el almuerzo - los domingos en que estaba de turno la farmacia no iba a la casa de los tíos en Río Vermelho- , y allí la encontró Dionisia de Oxóssi.

- Permiso, comadre...

Venía a buscar dinero y traía prisa: el *ebó* estaba en marcha y la rueda de las *iawós* la esperaba para danzar desde el atardecer hasta bien entrada la noche. Y antes de eso tenía mucho que hacer, pues el mandato era de los grandes y complicados preceptos. El *Babalaó* había echado las conchillas y los *orixás* respondieron. Para garantizar su tranquilidad, librarla de mal de ojo y de cualquier otra enfermedad, así como de las amenazas del *egun* descontento, que quería atraerla hacia su muerte, doña Flor debía ordenar un sacrificio importante. No bastaba con un simple «despacho», o con un *ebó* cualquiera. Exu, protector del finado, se alzó en rebelión, en pie de guerra. Dionisia le había dicho al *ojé* que no reparara en gastos. Tratándose de un caso de vida o muerte, y con Exu en armas, oblicuamente y del otro lado, era preciso gastar lo que fuese necesario y proceder aprisa: su comadre doña Flor apenas si podía tenerse de pie. En vista de todo esto, el propio Asobá adelantó dinero suyo para los gastos más urgentes: un carnero, dos cabras, doce gallos, seis *conquerís*, doce metros de paño. Para no hablar del resto, una extensa relación escrita a lápiz en marrón, de envolver, en la que figuraba cada compra con su precio, y veinte mil- réis más destinados al *peji* de Ossain para que abriese los caminos de la selva, donde se esconde Exu.

Pero cuando Dionisia llegó se encontró con una doña Flor tan bien dispuesta, tan contenta de sí misma, que ni siquiera se parecía a la de ayer por la tarde. ¿Habría hecho mal en autorizar tantos gastos?

Había hecho bien, pues en la víspera la misma doña Flor, asustada, le pidió que hiciera esas gestiones.

- Gracias, comadre, por tanto trabajo como le di. Ahora, sin embargo, ya nada importa. Para bien o para mal, todo está resuelto.

- ¿El finado dejó de molestarla?

Doña Flor se sonrió nerviosamente y dijo:

- O yo dejé de asustarme. Ya no necesito nada.

¿Y ahora? Era imposible suspender lo que se había puesto en marcha. Durante la noche anterior y esa madrugada se hizo el sacrificio de los animales, y al primer claror del sol pusieron ante cada *orixá* la primera cuenca con su comida ritual. Todo el domingo, por la tarde y por la noche, los preceptos continuarían cumpliéndose con los *orixás* presentes en el *íerreiro*, Suspender el mandato, detenerlo en la mitad, no proseguir, dar lo hecho por no hecho, es imposible, comadre, en un *ebó* de tanto *axé*. Deshacer lo hecho tendría consecuencias fatales e imprevisibles. ¿Y quién podría escapar con vida al castigo cruel de los encantados? Ni ella misma, Dionisia, a pesar de ser una simple intermediaria.

Ahora no quedaba más remedio que ir hasta el fin. Aunque la comadre se considerase libre de amenazas, el *ebó* era una garantía más para su tranquilidad. El dinero ya estaba gastado; los *orixás* ya bebieron la sangre caliente de los animales durante la matanza, aceptando, al llegar el alba, los pedazos de carne preferidos. Todos ellos se presentaron cubiertos con sus armas y sus emblemas. El grito de Yansá ya había resonado en la selva. Eso le daba a doña Flor la seguridad de que jamás volvería a molestarla el finado, ahora amarrado para siempre a su muerte. Doña Flor le entregó el dinero de la cuenta y algo más, y le dio las gracias a Dionisia nuevamente por tantas molestias como se tomó. Quiso retenerla para el almuerzo: gallina en salsa oscura, lomo de cerdo al coñac y tarta de mandioca; de postre, mangos y zapote. Pero Dionisia tenía prisa por volver al *terreiro*, donde al son de los timbales Oxóssi reclamaba su caballo preferido. Los domingos de guardia, después de almorzar (el doctor comía a las apuradas, sin siquiera notar el gusto de los manjares con la preocupación de volver pronto a la farmacia, que

quedaba al cuidado del negro de los mandados), doña Flor se cambiaba de ropa, y, sin hacer caso a las protestas del esposo, lo acompañaba para hacerle menos pesada la obligación de trabajar en un día de descanso. Se ponía a su lado en el mostrador ayudándolo a despachar, muy paqueta, con un aire y unas maneras de tanta exquisitez como si estuviera visitando a doña Magá Paternostro, la millonaria, o de fiesta en casa de la comendadora Inmaculada Taveira Pires. Tanta elegancia y lindeza estaban dedicadas a él, y el doctor Teodoro se sentía recompensado y más que recompensado. Así sucedió ese domingo: doña Flor, toda donaire y hermosura, hechizo y melindre, ostentaba el antiguo collar de turquesa, regalo de Vadinho. Nada había cambiado, era un domingo igual a tantos otros en tarde de guardia. Todo igual: la calle, la gente, el doctor y ella. Nadie la señalaba con el dedo, nadie se había dado cuenta de nada, nadie la acusaba de adúltera y culpable, ni siquiera doña Dinorá, metida a adivina y ponzoñosa. El mismo sol de antes, la misma lluvia (ahora fina llovizna), las mismas conversaciones y las mismas risas, la misma consideración hacia ella, sin cambio alguno. Ella había pensado que iba a ser el fin del mundo, tanto en la calle como dentro de sí: que iba a romperse su corazón, era preferible la muerte. En lugar de eso, todo seguía igual: cómo se engaña uno en esta vida. Desde el mostrador, mientras atiende a una denta, el doctor Teodoro le sonrío, muy embobado y orgulloso al verla tan hermosa. Ella le sonrío también y, de reojo, observa su frente: ni rastro de cuernos. Qué tontería, doña Flor, ¿que significa esa repentina afición a la farsa? Nada había cambiado tampoco entre ella y el doctor. Sólo que persistía el recuerdo de esa mañana en la cama, haciendo más íntima la tarde de guardia. En su memoria persiste también el recuerdo de la noche en el sofá, la impúdica cabalgata bajo la lluvia, aleluya de Vadinho. En la tarde serena, en la paz tranquila del domingo, el agujijón del deseo se clava en su cuerpo. ¿Cuándo vendrá de nuevo el tarambana, el tirano, el malvado, el tinoso, su «primer»? A la noche con seguridad, cuando el doctor, cansado del trabajo, duerma el sueño de los justos y felices. En medio de esa dulce paz, la buena esposa, solidaria con el segundo marido, cumpliendo con su deber de ayudarlo en la guardia, espera la llegada de la noche libertina con el primero. Súbitamente la inquieta una idea. La comadre Dionisia dijo que jamás volvería Vadinho a molestarla: quedaría amarrado para siempre en las cuerdas del despacho. Dios mío, ¿y si fuese así?

## 23

La madre Otavia Kisimbi «rezó por el cuerpo» de Pelancchi y tanto él como Zulmira tomaron un baño de hojas con jabón de coco. Las plumas de los gallos sacrificados fueron puestas en las encrucijadas de los caminos. La madre Otavia defendía a Pelancchi por los cuatro rincones y por las siete puertas y le dijo que esperase los resultados. Pero el rey de la quiniela tenía apuro y fue a llamar a las puertas de otros cultos. La vidente Aspasia acababa de llegar de Oriente, traída por las auras de la mañana y casi no había terminado de vestir su uniforme de adivina (un tanto gastado) cuando recibió la visita de Pelancchi, dinero en grande por delante. Si bien la pitonisa no era sensible al tintineo del oro - vivía de la gracia de los cielos y en total ayuno de las cosas de este mundo- , ¿cómo rechazar unos billetes, cuando además se le exigía un trabajo tan difícil? Echando mano del «sistema de la ciencia espiritual en movimiento», patente suya, exclusiva, partió hacia el más allá y gimio unas palabras con voz enronquecida, debatiéndose como si intentaran estrangularla. No era un espectáculo de los más agradables, y el profesor Máximo Sales, de naturaleza escéptica, un cabeza dura, tuvo deseos de marcharse. Pero Pelancchi se mantenía firme, con tensa atención, apretando la mano trémula de Zulmira, a quien lo sobrenatural afectaba enormemente desde que los invisibles habían demostrado interés por sus cuadriles (y, ¿quién sabe?, por lo otro). Zulmira, secretaria y confidente, leal, junto al patrón, era consuelo de los afligidos, ¡y qué

consuelo! Babeándose toda, con los ojos desencajados, la sacerdotisa del Oriente retornó de las esferas siderales y, al ver a Pelancchi, su cuerpo se contorsionó y de su pecho esquelético - una tabla rasa que daba tristeza ver- partió un grito. Y pidió más dinero, ¡ah!, era un trabajo extenuante, en los círculos del más allá todo estaba oscuro como alquitrán, ¡tan negra era la suerte de Pelancchi! Un dinerito para verlas. Quizá ese refuerzo de la iluminación bastase para que ella pudiera aclarar toda la intriga. Guardó los billetes en la gaveta, encendió las velas simbólicas, y, a la luz de ellas, sus ojos de vidente reconocieron a los enemigos de Pelancchi:

- Veo tres hombres a la vera de un camino y los tres le quieren mal...

- ¡Ah! - gimió Pelancchi- . Dígame cómo son, señora... Ella se concentró, esforzándose por ver claro. Pero Pelancchi tenía prisa:

- Fíjese si uno es calvo y otro gordo. El tercero...

- Deje que ella misma describa al tercero... - sugirió Máximo Sales, un entrometido de la peor especie- . Si no, ¿qué es lo que le deja para adivinar?

La pitonisa, a pesar de estar en trance, fulminó con la mirada al canalla que le hacía más difícil la limosna: ¿quién dijo que ganaba fácilmente su dinero?

Gruñó, se mordió las muñecas, se dio golpes en la cabeza: ¿era fácil, acaso, sacarle ese dinero a Pelancchi? Difícil y arriesgado:

- El primero de los tres - anunció con voz de ultratumba- es un hombre calvo.

- Gran novedad... - masculló Máximo, el muy crápula.

- El segundo es un señor gordo, muy gordo...

- ¿Y cómo es el tercero? - exigió el tal por cual de Máximo.

- Al tercero no lo veo bien todavía, está en las tinieblas... Pelancchi no podía contenerse:

- Eso es, siempre escondiéndose, ¡el maldito! Mire si tiene bigotes y la nariz partida...

La pitonisa parecía no escuchar, estaba en la lejanía, en el más allá, procurando ver:

- Ahora lo veo: tiene bigotes..., tiene la nariz rota...

- Son los Strambi, no cabe duda - dijo Pelancchi, y preguntó qué se podía hacer para apartar de su camino a los implacables Strambi.

Para expulsarlos de Bahía, inculcarles los nobles sentimientos del perdón y llevarlos al más lejano Levante, Aspásia, extenuada, exigió una cantidad un tanto fuerte. Pelancchi ya estaba sacando la cartera, pero Máximo Sales, ese traste inmundo, otra vez se metió donde no lo llamaban y obtuvo una rebaja sustancial.

Los Strambi se fueron de la mano de Aspásia, pero no se fue la mala suerte en el juego. Y Pelancchi siguió su vía crucis, su peregrinación entre adivinas y ocultistas.

Por lo menos Josete Marcos, comprobó Máximo Sales, era bonita y joven: una excepción en la cofradía, que, en general, estaba formada por los pellejos más repelentes. ¿Por qué - se preguntaba el profesor de contravenciones- el otro mundo utilizaba semejantes espantajos? ¿Por qué eran tan sucias las salas de consulta, los templos de las revelaciones? ¿Por qué tan fuerte el hedor del misterio, el tufo de las almas? El escéptico Máximo concluyó que el más allá era un tanto fétido y sucio. ¡Salve Josete Marcos, esbelta, rubia, limpia! En la salita en que los recibió había un jarro con flores y varias salvaderas. Luego de oírlos, los dejó en compañía de su marido y ayudante y se fue a orar en la sala de levitación y videncia. El marido, Mister Marcos, también joven, con un simpático aire de malandrín diplomado, explicó que Josete no cobraba nada por los beneficios que se distribuían entre la gente, por intermedio de sus facultades de médium. Todo lo hacía gratis, pues los espíritus no aceptaban nada y Josete recibía sólo lo estrictamente necesario para las inyecciones y los remedios (todo es tan caro hoy en día, todo sube de tal modo) destinados a rehacer su salud, que quedaba resentida después de cada sesión; al producir ectoplasma - y ella no hacía economías, como los señores constatarían personalmente- , su organismo, ya de suyo frágil, llegaba a la debilidad más extrema, poniendo en peligro su vida. Pelancchi, lleno de compasión y esperanza, fue generoso, y Mister Marcos embolsó.

En la otra sala, la de los fenómenos, tapizada de paño rojo, la oscuridad era casi total. De bata blanca, tendida en un diván, allí estaba Josete con sus fluidos, y el marido ordenó a los cuatro - Pelancchi, Zulmira, Domingos Propalato y Máximo- que se dieran las manos para establecer la corriente del pensamiento. Una vez que lo hicieron, se apagó la única luz de la sala, una pequeña lamparita.

En seguida comenzaron a tintinear campanitas, se oyeron unos chillidos, una especie de maullidos, y se vio una luz que se movía en el aire, alrededor de la cortina, arrancando un grito histérico de Zulmira. En cuanto a Pelancchi, ni gritar podía, y Propalato, trémulo, sudaba, apretando los dientes. Esa luz y ese cascabeleo eran el hermano Li U en persona, sabio chino de la dinastía Ming, absolutamente auténtico. Según Máximo Sales - incorregible- , en vez del sabio Li U, la luz y el sonido eran obra de la sabiduría de Marcos, un vivo que gozaba de la buena vida a costa del lindo ectoplasma de su mujer. Pero como Máximo Sales era un deslenguado y un incrédulo, sus opiniones no tienen ningún valor y no merecen mayor crédito, y si las incluimos aquí es para mantener la precisión del relato.

Quien merece crédito y confianza es Josete, transformada en ectoplasma y hablando en un extraño idioma, como de niños, quizá el chino antiguo o el portugués de Macao, pues era necesario cierto esfuerzo para entenderlo. Según el sabio Li U, la causa de toda la confusión era una señora, itálica y rencorosa, a la que Pelancchi había engañado.

- ¿Rubia o morena? - preguntó el calabrés.

- Morena y bonita, de unos veinticinco años...

- ¿Veinticinco? Casi cuarenta, y era una víbora. Yo no tuve la culpa, por favor, cara mía, dígame al chino que yo no tuve la culpa...

Se llamaba Anunciata y parecía una *signorina* ingenua y perseguida en busca de protección: ¡Oh! ¡Qué *putaña* más *putaña*! El, Pelancchi, sí que era entonces un *ragazzo*, *povero ragazzo* de diecisiete años...

Con la impetuosidad de sus desengañados diecisiete años, le había tajeado a la traidora una flor de sangre en la cara, agregando algunos cortes en el mentón, ya por pura saña y maldad. Como Pelancchi era un menor se libró de la cárcel, mientras Anunciata, en el hospital, juraba que se vengaría, muerta o viva. Ahora, después de tantos años, venía a cumplir su promesa de odio en este dramón italiano. Anunciata, su primer amor, itan *carina*, tan *putaña*!

Pelancchi, todavía hoy, no se arrepentía. Una mujer suya no es para compartirla con otro, es suya y de nadie más. Zulmira, en la oscuridad, se encoge..., ¡hay cada peligro en este mundo!

El sabio chino, por unas cajas más de inyecciones, libró a Pelancchi del recuerdo de Anunciata y de su odio. Los detalles materiales, tales como el precio y el pago, se arreglaron por intermedio de Mister Marcos, mediador de las almas y gerente espiritual de aquella tienda. Y la Anunciata se fue con su flor de sangre y sus cortes en el mentón. Pero no se fue la mala racha.

El arcángel Sao Miguel de Carvalho, envuelto en una especie de sábana, con un turbante en la cabeza, no describió fisonomías ni citó nombres, pero fue positivo y rápido. Tomando las manos de Pelancchi, lo miró en los ojos: en el espacio sideral lo perseguía un enemigo cruel, un hombre al que el calabrés ofendiera gravemente, y que había desencarnado hacía poco. El arcángel lo localizó en seguida, con su linterna angélica:

- Está de pie aquí, junto a usted.

Hubo un principio de retirada general y el mismo Máximo Sales, por las dudas, se colocó junto a la puerta.

- ¿Hace poco que murió?

- Sí. Y la riña fue a causa de una mujer., - prosiguió el arcángel, habiendo respirado a fondo sus mágicos poderes.

Pelancchi identificó a Diógenes Ribas. Le había quitado la esposa, una mulata pretenciosa, una catástrofe de bonita, una manceba espléndida y matrera. Diógenes, propietario perjudicado y disconforme, anduvo por ahí con un cuchillo, profiriendo amenazas. Pelancchi, que ya era un poderoso señor de la timba, para

hacerle callar la boca, y a pedido de la mulata - a la que Diógenes perseguía con insultos y calumnias- , mandó que le diesen una zurra, encargando el trabajo a un equipo de especialistas. Cuando salió de las manos de los médicos, Diógenes Ribas desapareció para siempre. Sólo por casualidad vino Pelancchi a saber de su reciente y triste muerte, en la miseria. En cuanto a la mulata, eje del drama, Pelancchi se la cambió a un suizo por una gruesa de barajas.

El arcángel, con su flamígera espada, barrió a Diógenes..., muchas palabras y pocos hechos, un espíritu pobre, de tercera, un cornudo. No cobró mucho, pues no era un explotador de creyentes, sino un benefactor de la humanidad, como les dijo. El cornudo se retiró con sus guampas, pero la mala suerte siguió, cada vez mayor.

La doctora Nair Sabá, médica - clínica y cirujana- , diplomada con distinciones y honores por la Universidad de Júpiter, una cuarentona fea como la desgracia, curaba enfermos con pases magnéticos. Por una módica cantidad, descubrió en la conjunción de los astros por lo menos a seis enemigos de Pelancchi, inmediatamente identificados por éste sin la más mínima posibilidad de error. La doctora de Júpiter liquidó a los seis en un plazo récord y de propina curó a Pelancchi de una úlcera al duodeno y a Propalato de un reumatismo pertinaz. A lo único que no pudo vencer fue a la mala suerte en el juego.

Madame Deborah era sesentona y a juicio de Máximo no valía lo que cobraba ni siquiera como espectáculo: poco afirmativa, se quejaba de dolores en el vientre (hacía más de treinta años que estaba grávida, pues había concebido iba a parir el Apocalipsis), despedía un vaho que denunciaba la *cachaca*, tenía un catarro crónico y estaba metida en unas ropas de gitana. Sólo hizo referencia a una tal Carmosina, antiguo amor de Pelancchi, abandonada por él sin dolor ni piedad, pues el rey del juego no mantenía clavos. Madame Deborah tuvo dificultades para despachar a la fulana, pero por fin lo consiguió, ayudada por unos tragos de caña que tomó de un frasco de jarabe para la tos. Después quiso venderle a Pelancchi palpitos infalibles para la quiniela. Naturalmente, la mala suerte continuó.

El único que no cobró nada fue Teobaldo, Príncipe de Bagdad, un viejito esmirriado, todo de blanco, los ojos azules y finos, la faz bondadosa, la boca enigmática. No quiso dinero ni contribución de ninguna especie, ni tampoco reveló a un enemigo visible o invisible, macho o hembra. Con ojos lacrimosos, tocando el hombro de Pelancchi, dijo tan sólo:

- Únicamente el Maestro del Absurdo lo puede salvar. Sólo él, nadie más...

- ¿Y dónde puedo encontrar a ese caballero?

Anciano con más de ochenta años, y desde los veinte anunciando el fin del mundo, resistiendo a la incredulidad y a la persecución, a la cárcel y al manicomio, jamás vencido, implacable profeta del Viejo Testamento, Teobaldo, Príncipe de Bagdad, informó:

- Donde menos se espera es donde se lo encuentra... - dicho lo cual cerró los ojos y se durmió.

En el apartamento de Zulmira, en la soledad propicia al pensador, Cardoso ponía en orden los últimos detalles de su plan de campaña: había logrado una cita con los marcianos, entre los cuales tenía amigos.

- ¿Cómo le fue? - le preguntó a Pelancchi.

Cansado y pesimista, el rey del juego alzó los hombros:

- ¿Usted sabe por casualidad dónde puedo encontrar a un tal Maestro del Absurdo? ¿Oyó hablar de él?

- ¿El Maestro del Absurdo? ¿Quiere encontrarse con él? - y la carcajada del místico sacudió la sala.

- Con urgencia.

- Pues aquí lo tiene, frente a usted. Yo soy el Maestro del Absurdo.

En el bacará, en el *lasquiné*, en el *grande* o *pequeño*, en la ruleta, Arigof, Anacreón, Giovanni Guimarás y una multitud que había seguido sus palpitos hacían estallar una banca tras otra y jamás perdían. Ni una vez sola.

- ¿Usted? Pues apúrese. Si esto dura otra semana, quiebro.

- Aprisa, Cardosito - suplicó también Zulmira. El Maestro del Absurdo sonrió ante el



tratamiento íntimo de la leal secretaria: - Váyanse tranquilos, que ya empiezo. «Mirada de águila, irresistible», pensó Zulmira.

## 24

Doña Flor y el doctor Teodoro, del brazo, llegaban de la farmacia a la hora de cenar. Él, tras un breve descanso, debía volver al trabajo, pues la guardia se prolongaba hasta las diez de la noche, un latazo.

- Pobre mi querido... - dijo doña Flor.

- Tú hoy vas a dormir temprano, querida, ayer estabas febril - le recomendó el marido.

Y doña Flor tan satisfecha: de repente se sentía entera, unida; no más contradicciones, no más estar partida por la mitad, su espíritu en lucha contra su materia. Sólo un temor: ¿Y si él no volviera, su primero? ¿Si ya no lo viese más?

Pero él vino en cuanto el doctor se fue a la farmacia (de capa y paraguas, ya que de nuevo arreciaba el aguacero). Y he aquí a doña Flor y a Vadinho yogando en la cama de hierro, en el colchón de espuma.

- Estás pálido y cansado, te veo flaco. Es que no duermes, llevas una vida de juego y de orgía. Necesitas descansar, mi amor.

Se lo dijo en un intervalo de lentas caricias, después del embate de fuego y tempestad. Vadinho, pálido, como si se le hubiera ido la sangre, pero sonriente:

- ¿Cansado? Sólo un poco. Un poquito nada más. Pero tú no te imaginas cómo me reí a costa de Pelancchi. Dentro de un rato...

- ¿Dentro de un rato? ¿Es que vas a jugar? ¿No vas a quedarte conmigo toda la noche?

- La noche nuestra es ahora. Después, mi bien, es el turno de mi colega, tu marido.

Doña Flor se llenó de bríos, volviendo a formular dramáticas decisiones:

- Con él, nunca más... ¿Cómo podría? Nunca más, Vadinho. Ahora somos sólo nosotros dos..., ¿no lo ves acaso?

Él sonrió plácidamente, estirado en la cama a sus anchas:

- Mi bien, no digas eso... Tú adoras ser fiel y seria, ya lo sé. Pero eso se acabó, ¿para qué engañarse? Ni sólo conmigo, ni sólo con él, con nosotros dos, mi Flor engañadora. Él también es tu marido y tiene tanto derecho como yo. Un buen tipo ese tu segundo, cada vez me gusta más... Por lo demás, cuando llegué, te avisé que nos íbamos a llevar bien los tres...

- ¡Vadinho!

- ¿Qué pasa, mi bien?

- ¿A ti no te importa que yo te ponga los cuernos con Teodoro?

- ¿Cuernos? - dijo pasándose la mano por la lívida frente-. No, no hay motivo para que aparezcan cuernos. Él y yo estamos a la par, mi bien, los dos tenemos derecho, ambos nos casamos por el juez y por la iglesia, ¿no es así? Sólo que él te gusta poco, es bobo. Si así lo prefieres, mi bien, el nuestro puede ser un amor perjuro, para que nos parezca más picante, pero es legal como el de él, con certificados y testigos, ¿no es cierto? Y si ambos somos maridos tuyos y con iguales derechos, ¿quién engaña a quién? Sólo tú, Flor, nos engañas a los dos, porque a ti misma ya no te engañas más.

- ¿Que los engañó a los dos? ¿Y a mí no me engañó más?

- Te quiero tanto, ¡oh! - la voz de celestes acentos resonando dentro de ella- , con tal amor para verte y tomarte en mis brazos rompí lo que no es y otra vez soy yo. Pero no exijas que yo sea al mismo tiempo Vadinho y Teodoro, pues no puedo. Sólo puedo ser Vadinho y sólo te puedo dar amor, el resto de todo lo que necesitas es él quien te lo da: la casa propia, la fidelidad conyugal, el respeto, el orden, la consideración y la seguridad. Quien te da eso es él, pues su amor está hecho de cosas nobles (y aburridas), y todas te son necesarias para ser feliz. También de mi amor necesitas para ser feliz, este amor hecho de impurezas, equívoco y tortuoso,

lascivo y ardiente, que te hace sufrir. Un amor tan grande que resiste a mi vida desastrosa, tan grande que después de no ser volví a ser y aquí estoy. Estoy aquí para darte alegría, sufrimiento y gozo. Pero no para estar siempre contigo, para ser tu compañero, tu atento esposo, para guardarte constancia, para llevarte de visita, para tener día fijo de cine y hora exacta para dormir..., para eso no, mi bien. Eso es cosa de mi noble colega de concha, y no podrás encontrar otro mejor. Yo soy el marido de la pobre doña Flor, el que va a despertar tus ansias y mover tu deseo, escondidos en el fondo de tu ser, de tu recato. Él es el marido de la señora doña Flor, cuida de tu virtud, de tu honra, de tu respeto humano. El es tu rostro matinal, yo soy tu noche, el amante frente al cual no tienes freno ni resistencia. Somos tus dos maridos, tus dos faces, tu sí y tu no. Para ser feliz nos necesitas a los dos. Cuando era yo solo, tenías mi amor y te faltaba todo, ¡cómo sufrías! Cuando era él solo, lo tenías todo, nada te faltaba, y todavía sufrías más. Ahora sí que estás entera, como debes ser.

Crecían las caricias, los cuerpos se quemaban en llamaradas:

- A prisa, mi bien, que nuestra noche es corta. Vamos a yogar rápido, que dentro de poco partiré para la perdición, que es mi destino, y habrá llegado la hora de mi colega en ti, mi socio, mi hermano. Para mí tu ansiedad, tu deseo secreto, tu base de impudor, tu grito enronquecido. Para él el resto, los gastos y la custodia, tu agradecido respeto, el lado noble. Y todo perfecto, mi bien, yo, tú y él, ¿qué más deseas? Lo demás es engaño e hipocresía, ¿a qué seguirte engañando?

- Crees que vine a deshonorarte y, sin embargo, vine a salvar tu honra. Si yo no hubiese venido, yo, tu marido, con derechos legales, dime, Flor mía, di la verdad, no te engañes: ¿qué iría a pasar si yo no viniera? Vine a impedir que tomases un amante y arrastrases tu nombre y tu honra por el barro.

»¿Ni siquiera pensaste alguna vez, jamás admitiste siquiera alguna vez la idea de un amante, mujer íntegra, viuda honesta, esposa honrada, fiel a sus maridos? ¿Y qué me dices del «Príncipe de las Viudas», «Eduardo de Tal», también conocido por el «Señor del Calvario»? ¿Ya no te acuerdas de él, parado junto a un poste? Te quedabas en el rincón de la ventana para verlo, y si yo no envió a Mirandao rápidamente, le hubieras entregado la peladita sobre mi luto, poniendo un jardín de cuernos en mi tumba. Su voz celeste, su sabor, su gusto ardiente, de jengibre, de pimienta, de cebolla cruda, gusto a la sal de la vida (y a la verdad verdadera).

Ahora olvídate de todo, mi bien, es tiempo de yogar, y yogar es cosa santa, cosa de Dios, vamos, mi bien. Qué Vadinho más embrollador, más hereje, más tirano..., vamos. Vadinho, apúrate.

## 25

Con la cabeza reclinada en los senos de terciopelo y bronce de Zulmira Simões Fagundes, el místico Cardoso y S.<sup>a</sup>... ¿Cardoso y S.<sup>a</sup>? Sí, no se trata de engaño o de un error, de un cambio de nombres, sino de una real (lamentablemente) y momentánea sustitución de personas físicas. No era Pelancchi Moulas, el rey del juego, el emperador de la quiniela, el patrón del Gobierno y de Zulmira el que se reclinaba, en uso de sus derechos exclusivos, sobre los senos de la mulata, gozando del calor y del consuelo de tales prendas. Quien lo hacía, y además con una sorprendente desenvoltura, era nuestro siempre insólito Maestro del Absurdo, el intrépido Capitán del Cosmos, ese casi puro espíritu inmaterial. ¿Cómo llegó Cardoso y S.<sup>a</sup> a esas alturas y grandezas? Pues rogando. Mientras se empeñaba en solucionar los problemas de Pelancchi, frecuentando sus salones de juego en conferencias sucesivas con los jefes marcianos (entrevistó incluso al Guía Genial, el tenebroso y benemérito dictador de Marte, hasta entonces inaccesible a cualquier ser humano), le rogaba a Zulmira, le pedía con insistencia y la adulaba, y la antigua fórmula demostró una vez más su eficacia.

Al principio solicitó - sólo por mera curiosidad científica- ver las marcas dejadas

por los invisibles en «sus magnas caderas de amazona». Las marcas ya se borraron, respondió ella, sólo quedaba el recuerdo. Aun así quiso Cardoso y S.<sup>a</sup> ver el lugar (estudiar el fenómeno *in loco*), sin lo cual era imposible hacer un diagnóstico perfecto. La ciencia es exacta.

Le fue mostrado entonces el ampuloso lugar y él se demoró (la prisa es enemiga de la ciencia), estudiándolo: el color, la solidez, la arquitectura: todo era, en verdad, de primera. Zulmira lo dejaba, entre risueña y avergonzada, pues ¿no era Cardosito casi un puro espíritu, liberado de la vileza de la materia? Casi.

- Es igual a las montañas de Marte, en la conformación y en los abismos - reveló el Geógrafo de los Planetas.

Habiendo saciado (en parte) su curiosidad por dicho territorio y recordando los detalles de lo sucedido con los senos, le rogó que le mostrase tales maravillas, sus vertientes y cumbres, invocando para tan importante pedido razones estéticas, además de las científicas. Habiéndola habituado Pelancchi al culto de lo bello y de la poesía, ¿cómo negarse a una súplica tan insistente como cortés, desprovista de cualquier brizna de lascivia y que provenía de persona tan correcta? - se preguntaba Zulmira... y consintió.

El Maestro Cardoso y S.<sup>a</sup>, artista respetuoso, pidió contemplar nada más que por un instante aquellas «obras maestras del Supremo Artífice del Universo», pero, al verlas sueltas, fue tan grande el deleite estético que perdió por completo la cabeza. Si él, que era casi un puro espíritu inmaterial, se entregó a las intemperancias de la materia, ¿cómo exigir de Zulmira, frágil mortal, más rígida conducta?, y así fue como sucedió, entre pedir y dar.

Por lo demás, si Pelancchi Moulas fuese realmente generoso y quisiera premiar como es debido el esfuerzo descomunal del astrólogo y alquimista en favor suyo, tendría que darle Zulmira de regalo a Cardoso y S.<sup>a</sup>, liberándola de cualquier obligación o compromiso con relación al juego y su señor, tanto en la mecanografía como en la recreación, reservando para sí tan sólo los gastos (elevados) de la opulenta. Porque el Gran Capitán, cumpliendo su palabra, había salvado la fortuna del calabrés, librándolo de la mala suerte y de la confusión de los marcianos. Algo, al menos, es cierto e indiscutible: por aquellos días ocurrió la desertión de Giovanni Guimaráes, el último en retirarse. El primero fue Anacreón. El viejo patriarca, educador de generaciones, hombre respetable y de canas, dirigió cierta noche sus pasos hacia el cubil de Paranaguá Ventura y en aquel centro de fullería, en el que todas las cartas estaban marcadas, se sintió de nuevo jugador. Porque ganar permanentemente no era jugar, no era una disputa entre él y la suerte, una batalla contra el banquero y la bola de la ruleta, contra la carta y el dado. Y no así, tomar una ficha, ponerla en la carta o en el número y recoger las ganancias. ¿Qué gusto podía tener eso? Sin duda era cosa de magia, pero no tenía gracia. ¿Qué había hecho él, Anacreón, el perfecto jugador, el pedagogo de la ruleta, para merecer el castigo de esta suerte infalible? Eso era ganar, no era jugar. La emoción del juego consiste en no saber, en el riesgo, en la rabia de perder, en la alegría de acertar, en la ganancia y en la pérdida. Es seguir la bola en la fuente de la ruleta, en su girar loco y en el imprevisible número en que caerá, distinto cada vez. Cuando por casualidad se repetía, ¡qué emoción! Ahora Anacreón ya ni miraba la bola que, obediente, iba a caer en el número sobre el que él había puesto las fichas. Y lo mismo en las cartas y en los dados. ¿Qué crimen cometiera él para merecer ese castigo? El viejo Anacreón era hombre de una sola pieza, honesto, decente, jugador por el placer del juego, el placer del no saber, de arriesgarse. Y ahora no corría riesgo, sabiendo el resultado antes incluso de comenzar. Una vergüenza.

Juntó las fáciles ganancias y allá se fue al encuentro de Paranaguá Ventura:

- Esto no es el casino de Pelancchi - le dijo el negro- , no me venga con martingalas.

Ambos se echaron a reír; allí se necesitaba más que suerte, había que tener coraje y una mirada alerta para no ser robado. Pero a Anacreón esa noche no le importaba perder, fuese contra el azar o contra los fulleros. Lo único que no quería era tener aquella suerte milagrosa, obtener lucro sin gracia, sin lucha, sin placer. La

naturaleza humana es así.

Arigof, que había comenzado antes que los otros, todavía tardó unos días en ir al antro de Tres Duques, al garito de Zezé da Meningite, lugares en donde el juego era juego de verdad. ¿Por qué esa tardanza? No lo ocultemos: las ganancias fáciles estuvieron a punto de corromper el íntegro carácter de Arigof. Le dio la manía de mantener mujer, de gastar con la amante, cosa que era una inversión total de las buenas costumbres. Llenaba a Teresa de regalos, habiéndole comprado un globo terráqueo en relieve y un pájaro cantor para que se durmiera al son de su tonada. Quiso a todo trance hacerse cargo de los gastos del alquiler, del almacén, y de todos los otros.

La geógrafa, frustrada y ofendida, le hizo ver lo absurdo y lo ridículo de la situación: era a ella, Teresa Negritud, a quien correspondía mantener la casa y al negro macho, pues ella tenía que defender su orgullo y su honra. Uno que otro regalo, pase. El pájaro la conmovió, pero de ahí a querer pagar el alquiler, ¡ah!, era un desatino.

Arigof, gracias a Teresa, vio a tiempo el abismo que se abría ante sus pies: ya no iba al casino por el juego, sino por el dinero. ¿Dónde estaba su entereza de hombre y su placer de jugador? Finalmente volvió a encontrarlas en el tugurio de Tres Duques y en el antro de Zezé de Meningite. Y Teresa le abrió de nuevo su mar de espumas, su blanca extensión.

En cuanto a Mirandão, ya se sabe lo que le pasó, ya se conoce la promesa que hizo en un instante de pánico. Siguió siendo bohemio, poblando la noche con sus historias, su risa y sus largas horas de *cachaca*, pero nunca más jugó. No quiso sentir de nuevo, tan próxima, la presencia de lo sobrenatural. Cuando Giovanni Guimarães volvió a los salones del Pálace, ya no era más el antiguo jugador: estaba convertido en alto funcionario y en hacendado. Por lo tanto, si fuese por su gusto, se pasaría el resto de su vida ganando al 17 e invirtiendo en tierras y bueyes el dinero de Pelancchi. Pero su esposa y la sociedad censuraron su vuelta al juego, y el simpático periodista, miembro reciente de las clases conservadoras, se inclinó ante el lar y el crédito bancario, volviendo a acostarse temprano. No salió del Pálace para ir al antro de Tres Duques o de Zezé, o al cubil de Paranaguá Ventura. Se fue a su lecho de casado, a su respetabilidad. Lo movieron a ello, sin duda, razones excelentes, pero no del mismo tenor moral que las de Anacreón y Arigof.

Así pues, las tres acciones corrieron paralelas y llegaron juntas a su destino: el acuerdo interplanetario del Capitán del Cosmos con los marcianos, el juego de pedir y dar, inocente entretenimiento con el que se divertían el místico y la amazona para pasar el tiempo, y el hastío de los amigos de Vadinho.

La victoria de Cardoso y S.<sup>a</sup> no melló las convicciones materialistas del profesor Máximo Sales, renuente y cabeza dura. Todo estaba claro para él: ese Cardoso, con su aparente extravagancia y sus palabras en las nubes, tenía que ser el jefe de la banda, y Zulmira su cómplice. Sin duda, los dos se conocían hacía mucho y eran amantes, sólo Pelancchi, viejo cornamenta, podía no darse cuenta. De no ser así, ¿cómo explicar entonces lo sucedido? ¡El sorprendente, el insólito Cardoso y S.<sup>a</sup>, Cardo- sito para los íntimos como Zulmira! ¿Quién lo diría tan familiarizado con las cosas del amor? No sólo del amor en nuestro mísero y minúsculo astro, sino también en los planetas más progresistas, en las galaxias más nutridas. Era todo un catedrático en la dulce disciplina que enseñaba a la atenta alumna. Atenta y preguntona:

- ¿Y cómo es en Saturno, dime, Cardosito? ¿Cómo besan si no tienen boca, como tocan si no tienen manos?..

Antes de oírse la respuesta, resonaba la carcajada del Maestro del Absurdo:

- Ahora mismo te voy a mostrar cómo...

Zulmira tenía miedo que Pelancchi descubriera ese afecto espiritual, esa mística ligazón de almas hermanas, viendo maldad y vicio donde sólo había curiosidad científica y deleite estético.

- ¿Y si Pequito entrase ahora y nos viera así? Es capaz de matarnos. Una vez juró...

El Gran Iluminado la tranquilizó:

- Hago así con las manos y nos volvemos invisibles. Hizo así con la mano y le enseñó ciertas costumbres de los habitantes de Neptuno..., icada cosa!

## 26

Cada día estaba más pálido, más abatido con doña Flor, inclinada sobre su rostro, y preguntándole:

- ¿Qué te pasa, Vadinho?

- Siento un cansancio...

La voz ronca, los ojos desencajados, las manos descarnadas... Para doña Flor era consecuencia de aquella vida sin orden, sin horario. No hay organismo que pueda soportar un desgaste tan grande y tan constante.

La vez anterior sucedió de repente: cuando todos lo creían fuerte y sano, lleno de bríos, de vigor y de energía, Vadinho se desplomó entre las máscaras, en medio del carnaval, con su disfraz de bahiana y en plena animación. Tan joven todavía, joven y hermoso, jactancioso y fanfarrón, y sin embargo tenía el corazón hecho pedazos, estaba totalmente gastado por dentro. Doña Flor había ido hasta allí haciéndose camino entre las máscaras y los conjuntos, apoyándose en doña Norma y doña Gisa. Cuando llegó, lo vio muerto, sonriéndole a la muerte. Junto a él estaba Carlitos Mascarenhas, vestido de gitano, callado el sublime guitarrillo. El luto de la plaza era de cascabeles, lentejuelas y colores vivos.

Pero esta vez la muerte llegaba paso a paso; la muerte o lo que sea. Primero, pálido y descarnado; luego, lívido y fluido. Si fluido y casi transparente. No era la flacura de los enfermos, tampoco tenía dolores ni fiebre. Iba perdiendo densidad, se volvía incorpóreo, iba desvaneciéndose.

Al principio, doña Flor no le dio importancia a la cosa. Como Vadinho era tan chacotero y dado a las bromas, todo un comediante, creyó que era una farsa tramada por él para reírse de su preocupación y burlarse de sus temores. Desde luego que Vadinho no perdió los viejos hábitos, volvió hecho el mismo tramoyista de antes, riéndose de todo y divirtiéndose a costa de los demás. Y si no que lo dijera doña Rozilda, empavorecida: era un chacotero.

La vieja se presentó de improviso con sus grandes maletas, que anunciaban una estancia prolongada. El doctor Teodoro se tragó la sorpresa, y, de acuerdo con sus buenas maneras, acogió con hidalguía a la suegra, «siempre bienvenida a esta casa». Con el correr de los años la maldad de doña Rozilda se había agudizado y era un pozo de veneno. Apenas llegó y ya la ponzoña coma por la casa y por la calle:

- Tu hermano es un calzonazos, un pocacosa, tiene sangre de cucaracha. La mujer lo domina a ese legañoso. Vine para quedarme.

«Dios mío, dame paciencia», rogó doña Flor, y el doctor Teodoro perdió todas las esperanzas. Ante aquella monstruosa amenaza sólo veía dos soluciones: o envenenar a la apestosa, y no tenía coraje para tanto, o que ocurriera un milagro, y ya no estamos en tiempos milagrosos. Se equivocaba el doctor, como bien sabemos nosotros y pronto lo comprobó.

Menos de veinticuatro horas después de su desembarco, doña Rozilda regresaba a Nazareth, corriendo hacia el vapor, como si el infierno entero le estuviera mordiendo los talones. No sería todo el infierno, pero sí Satanás, o Lucifer, o Belcebú, el Can, el Repugnante, no importa el nombre o el título: el demonio, el peor de ellos, aquel que en otro tiempo fuera su yerno para desgracia suya y de su hija. Le tiraba de los pelos y una vez incluso la derribó. Se pasaba el día diciéndole cosas horribles, lanzándole obscenos insultos, amenazándola con darle bofetadas o puntapiés en el culo y proponiéndole porquerías.

- Esta casa está maldecida, iválgame Dios! No vuelvo a poner los pies aquí... - exclamó finalmente, juntando las maletas.

Pues sucedió un milagro - aunque no es tiempo de ellos- , pensó el doctor con humildad, no creyéndose merecedor de tanta gracia, de semejante merced.

- El maldito anda suelto, quiso matarme... - y dichas estas palabras doña Rozilda se fue a toda prisa, calle adelante.

- Está caduca... - diagnosticó el doctor Teodoro, con tanto alivio como competencia. Doña Flor se sonrió, en señal de acuerdo con la opinión del doctor, solidaria con su desahogo, y al mismo tiempo en respuesta a la guiñada de ojo de Vadinho. En la puerta, el tinoso se reía a carcajadas, aunque ya un tanto inmaterial y fluido.

Siguió acentuándosele aquella palidez suya, y cada vez era menos material, volviéndose casi gaseoso y transparente, y en cierto momento doña Flor llegó a ver a través de su cuerpo.

- ¡Ay, amor! Te estás desvaneciendo en la nada...

Era la primera vez que doña Flor veía a Vadinho sin fuerzas para reaccionar, desorientado, perdido. ¿Qué se había hecho de su ardor, de su arrogancia, de su picardía?

- No sé, mi bien... Siento que me están llevando... a pesar mío. ¿Será que tú ya no me deseas? Porque sólo tú puedes echarme. Mientras me quieras y me desees, mientras pienses en mí, seguiré vivo y aquí. ¿Qué hiciste, Flor?

Ella se acordó entonces del *ebó*. Ya se lo advirtiera su comadre Dionisia. Ella, doña Flor, tenía toda la culpa por haber recurrido a los *orixás* y suplicado que se llevaran a Vadinho de vuelta a la muerte.

- Es el hechizo...

- ¿Hechizo? Su voz era como de agua, se deshacía en un susurro.

Le contó lo ocurrido cuando el sábado por la tarde, estando ya en los brazos de Vadinho, su honra se salvó gracias a Dionisia de Oxóssi; desesperada, le encargó el *despacho*. Se hizo cargo del trabajo el *Babalaó* Didí, él, que era *pai- pequeno* de Vadinho, cuya mano defendía su destino. ¿Qué hiciste, Flor, mi Flor perdida, y para qué?

- Para salvar mi honra...

De nada le había servido, igual sucedió lo que tenía que suceder. Más veloz que el despacho había sido la fuerza del deseo que las palabras de Vadinho desataran. Después de lo ocurrido, ella intentó suspender el encargo, pero era tarde, ya se había derramado la sangre de los sacrificios.

- ¡Ah! Tú me echaste, me mandaste de vuelta, no tengo más remedio que partir. Porque mi fuerza es tu deseo, mi vida es tu querer y si no me quieres no existo. Adiós, Flor, ya me voy, me están amarrando con un *mokan*, todo se acabó.

Y fue desapareciendo ante su vista hasta disolverse en la nada.

## 27

Y allá se fue Vadinho, convertido en campo de batalla en la guerra de los *santos*, presa de los *orixás*, *egun* sin cementerio.

¿Por qué no aprovechas, doña Flor? Es tu última ocasión, tu oportunidad final para salvar la honra, la decencia, el recato, la virtud, las leyes morales de tu calle, de tu gente, de tu clase. Todavía te queda esa salida: el *ebó* encargado por Dionisia y realizado por Didí, el *asobá*. Por mucho que nos cueste confiar en hechizos y *orixás* engatusadores del pueblo, ¿qué otro modo hay para salvar la moral en peligro, la virtud y los preceptos de la sociedad, de la civilización, en fin? Lo importante, doña Flor, es rescatarte ante Dios y tu conciencia, oveja de regreso al redil, purificada. Ante los hombres no es necesario, pues ellos (felizmente) ignoran tu mal paso.

Si ahora dejas partir a Vadinho, será fácil olvidar esas pocas noches de desvergüenza, la loca cabalgata, los ayes de amor. Todo eso puede haber sido únicamente un sueño, un delirio

febril, una alucinación o tan sólo unos simples y locos pensamientos surgidos en momentos insustanciales de una vida decente y feliz en su totalidad. Nada tendrás que pagar, no tendrás remordimientos, vivirás en paz con tu esposo y con tu conciencia. Doña Flor, ésta es tu última oportunidad de ser virtuosa, de volver a ser un pilar de la moral, de las buenas costumbres. Deja que Vadinho regrese a la paz de su muerte, ¿eres o no una mujer honesta?

¿Dónde vas, doña Flor, y con qué fuerzas? ¿Para qué libertarlo del no ser?

No podía vivir sin amor, sin su amor. Mejor es morir con él. Si no lo tuviera a mi lado tendría que salir desesperada a buscarlo en cuanto hombre pasara frente a mí; a buscar su gusto en cada boca, echándome a correr por las calles ululando como una loba hambrienta. Él es mi virtud.

## 28

En la guerra de los *santos* la ciudad se elevó por los aires, y los relojes señalaron a la vez el mediodía y la medianoche: todos los *orixás* se habían unido para enterrar a Vadinho, *egun* rebelde, y su vínculo de amor. Sólo *Exu* estaba a su lado. El rayo, el trueno, la tempestad, acero contra acero y una cantidad de sangre de todos los diablos. El encuentro sucedió en la encrucijada del último camino, en los límites de la nada.

En la cresta del océano, *Yemanjá*, toda vestida de azul, larga cabellera de espuma y cangrejos. En la cola de plata tenía tres sexos, uno blanco de algas, otro verde de limo, el tercero de polvos negros. Con su abanico de metal, el abebé esparcía vientos de muerte. Comandaba una flota de cascos de navío y un ejército de peces la saludaba en su mudo idioma, *iodóia!*

Las selvas se inclinaron ante *Oxóssi*, el cazador, el rey de *Ketu*. En esa guerra él montó tres cabalgaduras. En la arremetida de la mañana, un jabalí; el caballo blanco en el arco del menguante, y por la madrugada su caballo fue *Dionisia*, la más bella de sus hijas, la predilecta. Por donde él pasaba con el *ofá* y el *erukeré*, en guerra sin cuartel, morían los animales y todo cuanto existía. *Oxumaré*, cobra inmensa, venía en los colores del arco iris, a un tiempo macho y hembra. Cubierto de serpientes - la cascabel y la yarará, la coral y la víbora- , y seguido por cinco batallones de hermafroditas. Empujaron a Vadinho por una punta del arco iris; cuando entró era un macho desafiante, cuando salió era una mañosa adolescente, una doncella derretida. *Exu*, con su tridente, deshizo el arco iris. *Oxumaré* metió el rabo por la boca, anillo y enigma. *Ogun* batió el hierro y templó el acero de las espadas. *Euá* con sus fuentes, *Naná* con su vejez. Rey de la guerra, *Xangó*, rodeado de *obás* y de *ogans*, del esplendor de su corte, arrojaba rayos y centellas. A su lado, *Oxun*, muy zalamera, deshaciéndose en arrumacos. *Omolu*, con su terrible ejército, comandaba la viruela negra y la lepra milenaria, el esputo putrefacto y el pus, las enfermedades todas. Vadinho, tísico y pestilente, ciego y sordo. *Exu*, curandero de tribus africanas, masticó las enfermedades, una a una.

Empuñando el *paxoró* de plata, lanza invencible, *Oxalá* era dos a la vez: el joven *Oxoguiá* y el viejo *Oxolufá*. Ante su paso de danza todos se inclinaban. Lo precedía *Yansá*, la que gobierna a los muertos, madre de la guerra. Su grito enmudeció a la gente, y se hundió como un puñal en el corazón visible de Vadinho.

Venían juntos en formación cerrada, con sus armas, sus herramientas, su ley antigua. Viendo que aun siendo tantos eran pocos, llamaron a los *orixás* de la nación *gruña* y a los de Angola, a los *inkices* congolesees y a los *caboclos*. Todas las naciones, de norte a sur, contra *Exu* y su *egun*. Y se aprestaron a la batalla final. Entonces, las doncellas de la ciudad se desnudaron y salieron a ofrecerse por las calles y plazas. Y de inmediato nacían los hijos, a millares. Todos iguales, pues eran todos hijos de Vadinho, todos ellos zurdos y de pelo ensortijado. Por el mar navegaban casas y caseríos, el farol de la Barra y el solar del Unháo; el Fuerte del Mar se trasladó al Terreiro de Jesús, y brotaban peces en los jardines, y maduraban

estrellas en los árboles. El reloj del Palacio marcó la hora del espanto, en un cielo carmesí con manchas amarillas. Vióse entonces nacer una aurora de cometas sobre los prostíbulos y cada mujer de la vida tuvo marido e hijos. La luna cayó en Itaparica, sobre los mangos; los enamorados la recogieron y en su espejo se reflejaban el beso y el desmayo. De un lado la ley, los ejércitos del prejuicio y del atraso, bajo el comando de doña Dinorá y de Pelancchi Moulas. De otro lado, el amor y la poesía, la osadía de Cardoso y S.<sup>a</sup>, teniente coronel del ensueño, riéndose entre los senos de Zulmira. Venía la gente corriendo por las laderas, con hachas encendidas y una agenda de huelgas y revueltas. Al llegar a la plaza quemó a la dictadura como un papel sucio y encendió la libertad en cada esquina.

Fue jefe de la rebelión el Can, y a las veintidós horas y treinta y seis minutos derribaron el orden y la tradición feudal. De la moral vigente quedaron sólo los restos, que fueron de inmediato guardados en el museo.

Pero el grito de *Yansá* mantuvo a los hombres en el temor de la muerte. De *Vadinho*, sin manos, sin pies, sin estructura, quedaba muy poco: una humareda sucia, cenizas esparcidas, el corazón roto en la batalla. Era el fin de *Vadinho* y de su vínculo de deseo. ¿En dónde se vio que un finado exista de nuevo, yogando en cama de hierro? ¿En dónde?

Pero la suerte de la batalla se dio vuelta cuando a *Exu* no le quedaban ya fuerzas y estaba cercado por los siete costados, sin salida, cuando el *egun* ya estaba, en su cajón barato, en su sepultura arrasada, y ya podía decirsele: adiós, *Vadinho*, adiós, hasta nunca.

Fue entonces cuando atravesó los aires una figura que penetró en los más cerrados caminos y venció a la distancia y a la hipocresía, con su pensamiento libre de cualquier traba: era doña Flor, desnuda, en pelo. Su gemido de amor cubrió el grito de muerte de *Yansá*. A última hora, cuando *Exu* ya rodaba por el monte y un poeta comenzaba a escribir el epitafio de *Vadinho*.

Fue entonces cuando una hoguera se encendió en la tierra y la gente quemó el tiempo de la mentira.

## 29

En la mañana clara y leve de un domingo los *habitúes* del bar de Méndez, en Cabeça, vieron pasar a doña Flor, muy elegante, del brazo de su marido, el doctor Teodoro. La pareja iba a Río Vermelho, en donde la tía Lita y el tío Porto los esperaban a almorzar. Animada la cara, pero baja la mirada, discreta y seria como corresponde a una mujer casada y decente, doña Flor respondía a los buenos días respetuosos.

- Nunca creí que ese doctor Jarabe fuera capaz de tanto. No lo parece y sin embargo vea...

- ¿No parece qué? Es farmacéutico, pero es mejor que muchos médicos... - le interrumpió el santero Alfredo.

- Fíjense en ella... ¡Qué hermosura, qué belleza de mujer! Una pera de agua..., y se ve que está satisfecha, que no le falta nada en la mesa ni en la cama. Hasta parece una mujer que tuviese un nuevo amante, poniéndole los cuernos al marido...

- ¡No diga eso! - protestó Moysés Alves, el perdulario del cacao-. Si hay una mujer decente en Bahía, es doña Flor.

- Estoy de acuerdo, ¿quién no sabe que es honesta? Lo que quiero decir es que ese doctor con cara de bobo es un tipo que se las trae. Me quito el sombrero ante él, nunca pensé que fuera capaz de dar cuenta del recado. Para un pedazo de mujer como ésa, tan cachonda, se necesita ser muy competente.

Y con los ojos encendidos concluyó:

- Miren cómo se menea. La cara seria, pero las caderas - ¡miren ahora!- de lo más sueltas, hasta parece que alguien se las está palpando... Un felizote, ese doctor...



Del brazo del marido, sonreía mansamente doña Flor: ¡ah!, esa manía de Vadinho, de ir por la calle tocándole los pechos y los cuadriles, revoloteando en torno a ella como si fuese la brisa de la mañana. De esta limpia mañana de domingo, en la que doña Flor va de paseo, feliz de la vida, satisfecha con sus dos amores.

Y aquí se da por terminada la historia de doña Flor y sus dos maridos, narrada en todos sus pormenores y con todos sus misterios, clara y oscura como la vida. Todo esto sucedió realmente, créalo quien quisiere. Pasó en Bahía, donde estas y otras cosas mágicas suceden sin que nadie se asombre. Si lo dudan, pregúntenle a Cardoso y S.<sup>a</sup> y él les dirá si es o no verdad. Pueden encontrarlo en el planeta Marte o en cualquier esquina pobre de la ciudad.

*Salvador, abril de 1966.*